HAGAMOS JUNTOS EL CAMINO

Discursos, artículos y ensayos

ÓSCAR ARIAS

Al pueblo de Costa Rica,
como muestra de
gratitud por brindarme
su confianza.

HAGAMOS JUNTOS

El CAMINO

Discursos, artículos y ensayos

ÓSCAR ARIAS

© 2005, Óscar Arias Sánchez
© Partido Liberación Nacional, Instituto Rodrigo Fació

Presentación: Francisco Antonio Pacheco
Selección y recopilación: Mariangel Solera Víquez
Corrección de contenido: Juan Manuel Muñoz Portillo,
Ana Lucrecia Pacheco K., Gerardo Bolaños G.
Revisión filológica: Fernando Diez Losada
Coordinación editorial: Rodrigo Ortiz Astúa

ISBN: 9968-16-177-2

Hecho el depósito de Ley.
Reservados todos los derechos.

De conformidad con la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos es prohibida la reproducción, transmisión, grabación, filmación total o parcial del contenido de esta publicación mediante la aplicación de cualquier sistema de reproducción, incluyendo el fotocopiado. La violación a esta ley por parte de cualquier persona física o jurídica, será sancionada penalmente.

Impreso en Costa Rica, julio del 2005.

INDICE

Presentación.	7
Un compromiso cristalino con los hombres y las mujeres de mi patria, 3 de febrero de 1986.	11
Una alianza para la libertad y la democracia, 8 de mayo de 1986.	14
Paz en Centroamérica: libertad y democracia para cinco pueblos, 24 de setiembre de 1986.	25
El significado de la abolición del ejército, 1 de diciembre de 1986.	37
Los caminos de la libertad, 4 de diciembre de 1986.	41
Una hora para la paz, 15 de febrero de 1987.	43
Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica, 15 de febrero de 1987.	49
Por encima de toda amenaza, 5 de agosto de 1987.	54
Que nadie se refugie en la guerra, 22 de setiembre de 1987.	59
Démosle una oportunidad a la paz, 22 de setiembre de 1987.	65
Un nuevo camino hacia la paz de Centroamérica, 23 de setiembre de 1987.	74
Hagamos juntos el camino de la paz, 24 de setiembre de 1987.	81
La paz no tiene fronteras, 10 de diciembre de 1987.	89
Sólo la paz puede escribir la nueva historia, 11 de diciembre de 1987.	92
El ejército libertador del comandante Figueres, 7 de junio de 1988.	101
Cien años libres, 27 de octubre de 1989.	110
Hemos venido a proclamar un nuevo espíritu, 28 de octubre de 1989.	118
El escrutinio del pueblo, 25 de junio de 1991.	121
El mundo y el premio Nobel de la Paz en el siglo XXI, S de diciembre del 2001.	129

Gracias a Noruega de parte de todos los Premios Nobel, 9 de diciembre del 2001. 135
Paz en la paz, 12 de agosto del 2002. 140
Sólo los ríos no se devuelven, 21 de octubre del 2002. 148
Es hora de cambiar, 26 de octubre del 2003. 151
Comercio y desarrollo, 17 de junio del 2003.
"Si queremos progresar, nos tenemos que educar", 13 de noviembre del 2003.
El amor y la soledad en la vida social y política, 30 de noviembre del 2003. 178
Un nuevo liderazgo para América Latina, 1^{0} de diciembre del 2003. 184
Paz, desarrollo y medio ambiente: el ser humano antes que el armamentismo, 8 de diciembre del 2003. 194
Reflexiones sobre el futuro de nuestro país, 21 de enero del 2004. 201
Anuncio de una candidatura, 18 de marzo del 2004. 206
Es hora de hacer realidad el ideal de Bolívar, 10 de mayo del 2004. 209
Por encima de todo, un optimista, 28 de agosto del 2004. 216
Tributos, corrupción y gasto público, 18 de setiembre del 2004. 225
Qué podemos hacer como país, 20 de setiembre del 2004. 229
Mensajero de la compasión, 26 de setiembre del 2004. 231
Reinventemos la política, 28 de octubre del 2004. 240
Honrar honra, 2004. 242
Programa de acción política, 14 de enero del 2005. 260
Un lugar digno bajo el sol, 22 de mayo del 2005. 286
¡Sí Costa Rica!, 5 de junio del 2005. 296
O exportamos bienes o exportamos personas, 17 de julio del 2005. 305

PRESENTACIÓN

El Instituto Rodrigo Facio, adscrito al Partido Liberación Nacional y consagrado a la formación política, ha decidido centrar buena parte de sus esfuerzos en la reflexión sobre temas ligados al pensamiento social, al desarrollo y evolución de las instituciones y ala investigación en estos campos. Con la publicación de este libro de Óscar Arias, que ofrecemos hoy al público, se inicia nuestra producción editorial, en esta nueva etapa de actividades de nuestra entidad. Es nuestro propósito poner al alcance de los jóvenes -especialmente de los jóvenes- las fuentes del pensamiento socialdemócrata. Su título, "Hagamos juntos el camino", encierra una invitación a actuar, aunque, al mismo tiempo, nos induce a la reflexión.

La literatura producida por las personas ligadas a los asuntos públicos, en nuestro medio, tiende a centrarse en la polémica circunstancial y, en el mejor de los casos, en lo que podríamos calificar como la crónica de hechos relevantes. Cuando repasamos las páginas de este libro -se trata de una recopilación de escritos fundamentales-, descubrimos, en cambio, una reflexión madura, serena, ligada a las experiencias vividas por este notable político a lo largo de las últimas dos décadas. Es decir, la obra que presentamos aquí se aparta de esa tendencia, a pesar de que su hilo conductor sean hechos, acontecimientos. Y esta condición, que podría parecer paradójica, no es casual. Para nada lo es.

No en vano, *su autor fue definido,* por *Roberto Murillo,* como el más *político de los intelectuales y el más intelectual de los políticos. Y esta característica está presente en la obra. Y así había de ser*; *puesto que constituye uno de los aspectos más notorios de su personalidad, de su manera de enfrentar los problemas políticos y de ver el mundo. Óscar Arias, en este libro y en su trayectoria pública, ha sabido aunar, de manera espontánea, política y pensamiento, acción y reflexión. Es esto lo que le imprime carácter a sus actos como líder, a su producción escrita y, en particular, a esta obra. En otros términos, es ello lo que aparta este libro de la literatura política común, tan subordinada al activismo, a la pugna del día.*

El carácter intelectual de sus escritos, inseparables de los hechos históricos y de sus actividades de hombre público, se muestra de muchas formas. Óscar Arias conoce y cita autores de importancia en la cultura universal, ha impartido lecciones en universidades de prestigio mundial, es buen lector y hombre de academia. Sin embargo, lo propio de la actitud intelectual auténtica, lo que trasluce este libro, es su carácter reflexivo. En efecto, los escritos, los discursos, artículos y ensayos, que se recogen en este volumen, se ven matizados por la "reflexión por esa doble flexión -si se me permite expresarlo así- sobre la realidad, ese movimiento de segundo grado, que hace a la mente salirse de los hechos y los actos humanos para observarlos para efectuar su valoración, para examinarlos casi al tiempo en que se van produciendo. Y ello, mucho más que la erudición, les da el tono característico a los escritos políticos de Óscar Arias, que, por cierto, siempre son obra personal de sus manos y su mente.

La reflexión, ese intento de comprender el sentido de lo que se hace y de lo que hacen los otros, nos pone siempre frente a la dimensión ética de lo humano; de manera natural nos lleva a considerar los valores morales envueltos en la cuestión. No sorprende, por ello, que Óscar Arias haya afirmado que "en la política, como en toda actividad humana, hay espacio para el error, pero, como en cualquier actividad humana, hay espacio para el bien, es decir, para el amor. Lo que no debe-

mos admitir como natural en la política humana es el mal, la perversión. Hay actividades y propósitos humanos que son perversos por naturaleza, aunque, muchas veces, se pretenda justificarlos con espurias pruebas de amor".

El libro nos va presentando los hitos de su tarea como gobernante, sus luchas por la paz en Centroamérica, su vocación pacifista que desborda ampliamente el problema específico al que nos enfrentó la historia en ese triste periodo. La magnitud de la titánica labor de Arias se va reflejando en varios de los escritos y discursos que se presentan aquí. Las páginas escogidas van develando el heroísmo de su empresa quijotesca y la incomprensión sufrida en muchas ocasiones que él parece ignorar; tal fue su fe en la meta que se había propuesto. Pero, finalmente, aparecerán, como contrapunto, las declaraciones de paz y sus intervenciones en Oslo, en ocasión de haber sido galardonado con el Premio Nobel de la Paz.

No vamos a hacer la reseña completa del contenido del libro. El lector se encargará de descubrir con facilidad la relevancia de los aportes que se ofrecen en él. ¿Cómo ignorar; por ejemplo, la importancia de su intervención en la sesión conjunta del Congreso de los Estados Unidos, o su discurso inaugural como presidente de la República? Pero la historia no se detiene ahí, según nos lo muestra este libro. Los aportes de Óscar Arias se van sumando y nos conducen, a lo largo de varios años, hasta nuestros días.

Los costarricenses, y, de seguro, numerosos políticos y pensadores extranjeros -se trata de una figura de relieve universal-, desde hace tiempo necesitábamos contar con un volumen que recogiera lo esencial de la obra escrita de Óscar Arias. Este se acerca, en algo, a ese propósito. Ciertamente, su obra intelectual rebasa con mucho la producción que se ha recopilado aquí. Sin embargo, bien podemos decir que todos los aportes del autor, seleccionados para esta obra, resultan imprescindibles. Gracias a ellos, el lector podrá recrear la visión de uno de los más importantes protagonistas de la historia de Centroamérica, sobre los temas centrales de la gran política nacional y regional de los últimos veinte años y aun de asuntos de relevancia universal.

Por ello,y nada de lo que se ha incluido resulta superfluo, aunque estemos lejos de ofrecer en este libro todo lo que resultaría de interés en relación con los temas expuestos. Obviamente, esta publicación que ofrecemos hoy a los lectores nacionales y extranjeros -muy particularmente a los estudiantes del Instituto Rodrigo Faió-, no nos dispensa, a los costarricenses, del esfuerzo de recopilar y publicar las obras completas de Óscar Arias que un día deberemos emprender; ineludiblemente. Aun cuando sus escritos se enriquecerán mucho más con el paso de los años, nada nos impide comenzar cuanto antes.

Como podrán imaginar los lectores, entre lo esencial que se recoge en este libro, se destacan ideas y hechos importantes en relación con las luchas de Óscar Arias por los derechos humanos y, dentro de ellos, por la paz. Bien señala él mismo que, cuando el pueblo de Costa Rica haga el escrutinio de sus obras, <c juzgará a los curas y a los barberos por lo que hagan con ellas... entre las que sin duda veo liberada de cualquier intento de condena -nos señala- la que construimos alrededor de una idea: la idea de la paz. Porque esa, estoy seguro, está tan cerca del corazón de mi pueblo, que nadie será capaz de aproximarla al fuego".

Francisco Antonio Pacheco*
San José, julio del 2005.

*Doctor en filosofía; primer rector de la Universidad Estatal a Distancia (UNED); ministro de educación (1986-1990); diputado (1994-1998); presidente del Partido Liberación Nacional.

UN COMPROMISO CRISTALINO CON LOS HOMBRES Y LAS MUJERES DE MI PATRIA [2]

ACCIÓN DE GRACIAS

OCHO PELDAÑOS

Nadie que suba los peldaños de nuestra catedral puede hacerlo con rencor en su corazón. Subir estos peldaños, para entrar en el templo, es traer el arrepentimiento por las ofensas que se puedan haber cometido; es traer las alegrías que se desea compartir; es venir a pedir fuerzas para cumplir; es venir a encontrar la humildad que aplasta la soberbia y el orgullo.

Subir estos peldaños será, siempre, reafirmar el compromiso de que el amor está por encima del egoísmo. Será, siempre, reafirmar que luchar por los más humildes es el mensaje que recibimos de Cristo.

Ocho peldaños nos levantan hasta este templo. En cada uno de ellos, al subir esta mañana, dejo grabado ante Dios y la Virgen de los Ángeles un compromiso, limpio y cristalino, a los hombres y las mujeres de mi patria.

2 Discurso pronunciado en el acto de acción de gracias celebrado frente a la jaredral metropolitana de San José, el 3 de febrero de 1986.

PRINCIPIOS CRISTIANOS

Aquí le digo al Pastor de nuestras almas que, en el primer peldaño, está inscrito que regiremos todas nuestras acciones de gobierno basados en los principios espirituales de la civilización cristiana. Nunca tentación alguna habrá de apartarnos de los más sagrados valores morales. Nunca tentación alguna habrá de apartarnos de la humildad. Nunca tentación alguna habrá de apartarnos de nuestro compromiso de servir a los más humildes.

INCORPORACIÓN PLENA DE LA MUJER

En el segundo peldaño de esta catedral, reafirmo nuestro compromiso de luchar incansablemente por la incorporación plena de la mujer. Como el amor y la entrega de que, para nosotros los cristianos, diera testimonio la mujer desde el Calvario, su incorporación plena en nuestra sociedad puede ser tan solo augurio de una Costa Rica más grande; de una Costa Rica donde los odios y la violencia nunca tendrán lugar en nuestras luchas sociales, políticas y económicas.

LA PATRIA JOVEN

En el tercer peldaño de esta catedral, reafirmo mi compromiso de incorporar a la patria joven. Todo aquello grande y hermoso que nos entregaron nuestros antepasados, hemos de preservarlo con orgullo. Pero queremos hacer también cosas nuevas, que respondan a los retos de los tiempos. Estamos en un mundo nuevo y aún no hemos resuelto problemas muy viejos, que se manifiestan dolorosamente en una Costa Rica olvidada, donde miles y miles de compatriotas padecen hambre, carecen de empleo y no tienen techo digno donde cobijar el amor de sus familias.

MÁS DEMOCRACIA ECONÓMICA

En el sexto peldaño de esta catedral, reafirmo mi compromiso de luchar incansablemente por una mayor democracia económica. Las cooperativas deben extenderse a todos los rincones y actividades de la patria. Es este un modo libre y solidario para que más y más costarricenses sean propietarios y participen en la forja de más riqueza para Costa Rica.

COMBATIR LA CORRUPCIÓN

En el séptimo peldaño de esta catedral, reafirmo mi compromiso de luchar incansablemente contra la corrupción. No habrá cabida en Costa Rica para el narcotráfico, ni para hombres y mujeres que, en la actividad pública o la privada, busquen el enriquecimiento por caminos deshonestos.

Es este un mandato sagrado de nuestro pueblo, que clama en esta hora por recobrar la confianza plena entre gobernantes y gobernados; que clama por entrar en un camino de futuro, donde no existan manchas en el alma, donde no tenga cabida la mentira en la boca y donde no exista nunca la traición en las acciones de los gobernantes.

Diremos lo que pensamos y haremos lo que decimos.

ROBUSTECER LA PAZ

En el último peldaño, en aquel que nos permite ya caminar hacia el altar, reafirmo mi compromiso de defender y robustecer la paz «de Costa Rica.

Mantendremos a Costa Rica fuera de los conflictos centroamericanos y lucharemos incansablemente por que en Centroamérica no sigan matándose hermanos, olvidándose de Dios.

PIDO LA BENDICIÓN

Aquí, a la par suya, Pastor de nuestras almas, he venido a pedirle la bendición para cumplir el mandato que he recibido de mi pueblo.

He de subir estos peldaños cada vez que sienta flaqueza o necesite compartir alegrías.

Sé que aquí encontraré siempre al amigo que no traiciona jamás, al amigo que siempre escucha, al amigo que sabe perdonar, al amigo que sabe hacer fuerte el brazo que lucha por la justicia, al amigo que es capaz de iluminar la más negra de las oscuridades.

Gracias, mil gracias a todos, y que ¡viva Costa Rica!

UNA ALIANZA PARA LA LIBERTAD Y LA DEMOCRACIA [3]

TOMA DE POSESIÓN

Hace unos momentos juré, ante Dios y ante Costa Rica, servir a mi patria desde la Presidencia de la República. Asumo el cargo por mandato de un pueblo orgulloso de su democracia centenaria, forjado en la libertad de sus hijos, cuya soberanía descansa no solo en fundamentos jurídicos, sino también en el respeto y en la admiración que le profesan las demás naciones.

Reafirmo aquí las palabras del presidente José María Castro Madriz:

> *«Quiero que mi patria, ya que no puede ser temida por su fuerza, sea considerada por su justicia y cordura, de modo que sobre cualquier agravio que se le infiera, recaiga el anatema del mundo civilizado. No tenemos escuadras, tengamos la simpatía de las naciones».*

Estas palabras, dichas hace más de un siglo, tienen validez para la Costa Rica de ayer, de hoy y de siempre.

Mi conciencia del deber -pero sobre todo mi amor por Costa Rica- me mueve a definir ante ustedes los objetivos de mi gobierno, a confirmar ante mi país y ante el mundo los principios que orientarán la actividad política de la nueva Administración.

[3] Discurso de toma de posesión el 8 de mayo de 1986, en el Estadio Nacional, La Sabana, San José.

Dejo constancia de esos objetivos y principios como garantía de que nuestra democracia no se manchará nunca con palabras o acciones reñidas con la voluntad popular expresada en las elecciones; como confirmación de que nadie podrá poner en duda la independencia del Estado frente a los distintos grupos sociales; como testimonio de nuestro inquebrantable apego a los valores patrios; como homenaje de gratitud a la inspiración de nuestros antepasados; como bienvenida optimista a esa patria joven que asume hoy la responsabilidad de responder a los graves retos que nos amenazan; como aliento de esperanza de los más humildes; como acción de gracias a Dios por esta Costa Rica nuestra.

UN MUNDO DIFÍCIL Y ATORMENTADO

Nunca antes, en nuestra historia, estuvieron tan estrechamente vinculados los aspectos internos y externos que condicionan la vida de la nación. Ya no es posible hablar de paz y libertad, ni asumir decisiones sobre nuestro desarrollo, sin antes tomar en cuenta los acontecimientos más allá de las fronteras del país. Garantizar la libertad y el reparto justo de los frutos del crecimiento entre las naciones, demanda hoy la formación de alianzas basadas en valores y principios compartidos de buena fe.

Vivimos en un mundo difícil y atormentado. Estamos en una región en donde, a los graves problemas económicos y sociales, propios del contexto norte-sur, se suman, de modo inequívoco, los del enfrentamiento este-oeste. Así, se ha configurado, en el corazón de las Américas, una cruz que proyecta sombrías pers-

pectivas. Es una de esas cruces que señalan los linderos entre la guerra y la paz y que marcan en el mapa de la humanidad los lugares en donde se pone en peligro la convivencia pacífica.

Vivimos en un mundo difícil y atormentado. Con demasiada frecuencia constatamos que no existe correspondencia entre la velocidad con que un problema aparece y evoluciona y la lentitud de nuestras respuestas. Entre tanto, vamos acumulando, en frías estadísticas, las víctimas del terrorismo y la violencia, los seres humanos sin hogar y sin trabajo, los jóvenes devorados por la droga y el alcohol, los que mueren de hambre en el mundo, hasta envolvernos en una gigantesca maraña de insensibilidad, tras la cual escondemos la ineptitud de muchos sistemas políticos.

Vivimos en un mundo difícil y atormentado. Casi todos los días vemos cómo se aplican políticas ajenas a los valores sagrados que pretendemos compartir. Así, los ahorros de los hombres libres llegan a menudo, a través de los sistemas financieros internacionales, a tierras regidas por tiranos que aplastan las libertades. Se invoca el eufemismo de lo apolítico para entronizar, cínicamente, lo amoral. Y con las armas ¿acaso no sucede lo mismo?

Estoy convencido de que podremos superar todos los desafíos de este difícil y atormentado mundo si somos capaces de diseñar y aplicar políticas consecuentes con nuestros más altos valores éticos. Estos valores deben regir tanto la conducta política interna como las relaciones internacionales de los estados.

En el ámbito interno, nos hallamos ante una encrucijada. Si acertamos en escoger el camino correcto, conduciremos al país hacia la meta de la prosperidad y la justicia, mantendremos incólumes sus instituciones y fortaleceremos su régimen de libertades. Si erramos el sendero, seremos los responsables de la miseria de nuestros hijos y de la instauración del egoísmo y la tiranía.

Es preciso llamar a todos mis compatriotas a la reflexión y convocarlos a unir voluntades frente al reto ineludible de los tiempos.

LA ECONOMÍA NACIONAL

Durante varias décadas disfrutamos los beneficios de un desarrollo sostenido. En todos los campos de la vida nacional, esa época de progreso significó cambios importantes. Desde la educación y la salud hasta la vivienda y la recreación, hubo avances evidentes. La calidad de vida del costarricense mejoró. La democracia dio prueba de que, también en los países pobres, es el mejor sistema político para alcanzar un desarrollo justo.

La crisis económica de los años recientes, sin embargo, profundizó debilidades y desequilibrios estructurales. Aumentó la brecha entre ingresos y gastos públicos y entre importaciones y exportaciones, y se transformó en un problema crónico. El país recurrió a un mayor endeudamiento externo para satisfacer necesidades de corto plazo. El nivel de vida se vio disminuido, el desempleo llegó a niveles intolerables y el país se estremeció en medio de un panorama generalizado de deterioro social.

Con grandes sacrificios de nuestro pueblo, con una política económica realista y con el apoyo generoso de países amigos, fue posible lograr una estabilidad relativa. Ahora debemos recorrer un arduo y difícil camino de cambios profundos y ajustes impostergables en la economía nacional.

CONCORDANCIA DE OBJETIVOS Y PROPÓSITOS

Nos proponemos modernizar la estructura de la producción y aprovechar al máximo las oportunidades comerciales que se le presentan al país. Comprendemos que el futuro económico no será fácil. Lo afrontaremos con realismo. La transformación económica nos llevará paulatinamente a recuperar el nivel de vida que tuvimos antes de la crisis.

A pesar de los problemas y obstáculos, vamos a cumplir los compromisos financieros externos, pero lucharemos en todos los frentes por mejores condiciones para nuestro desarrollo.

Mi gobierno no propiciará jamás medidas que beneficien a unos pocos, o que causen sufrimiento o incertidumbre a muchos. Creo en la economía humanista, cuyo objetivo principal es el bienestar del hombre. Al definir los nuevos rumbos que Costa Rica demanda, nos proponemos, sobre todo, reorientar la economía para que nunca se desvincule de las angustias y los dolores, .u$ alegrías y las esperanzas de nuestros hombres y mujeres.

Como nación, debemos sentirnos orgullosos del elevado consenso nacional existente ante los retos a que se enfrenta la patria.

Cuando observamos el alto grado de concordancia entre los medios que los diferentes sectores propiciamos para alcanzar nuestros fines, nos damos cuenta de lo afortunados que somos. Es cierto que en algunas ocasiones las diferencias que nos separan parecen ser importantes. Frente a esas discrepancias, el tono del debate podrá ser vehemente, pero siempre será leal a los intere - ses de Costa Rica.

H v nos enfrentamos a nuevos desafíos. Los problemas del presente exigen soluciones distintas, llenas de imaginación y au-

dacia. Las viejas soluciones no son siempre aceptables. Nunca, como ahora, el país reclama que, frente a estos retos, hagamos uso de la tradicional y hermosa virtud de concordar y luchar juntos por todo aquello que pueda engrandecernos.

REAFIRMO MIS COMPROMISOS

No se nos ha entregado, para moldearlo a nuestro gusto, un país como si acabara de nacer. Recibimos la responsabilidad de conducir a una nación cuyos ciudadanos tienen profundas convicciones democráticas. Una nación que ha madurado a lo largo de su historia y que ha forjado instituciones que no está dispuesta a perder. Dichosamente, Costa Rica exhibe un perfil propio como nación, que sus conductores deben respetar. Yo me he comprometido con una Costa Rica que ama su libertad, que es devota de la democracia y que cree firmemente en el derecho como el único medio de dirimir los conflictos entre los hombres.

Al día siguiente de las elecciones, fui a la catedral metropolitana. Le di gracias a Dios por el inapreciable don de ser todos vencedores tras la contienda electoral.

Reafirmo hoy, ante el altar de la patria, los compromisos de campaña que asumí aquel día ante el altar de Dios y que se convirtieron desde entonces en propósitos para Costa Rica y su pueblo.

Regiremos todas nuestras acciones de gobierno basados en los principios espirituales de la civilización cristiana. Nunca tentación alguna habrá de apartarnos de los más sagrados valores morales. Nunca tentación alguna habrá de apartarnos de la humildad. Nunca tentación alguna habrá de apartarnos de nuestro compromiso de servir a los más humildes.

Lucharemos incansablemente por la incorporación plena de la mujer, augurio de una Costa Rica más grande, de una Costa Rica donde los odios y la violencia nunca tendrán lugar en nuestras luchas sociales, políticas y económicas.

Vamos a incorporar a la patria joven. Todo aquello grande y hermoso que nos entregaron nuestros antepasados, será preservado con orgullo. Pero queremos hacer también cosas nuevas, que respondan a los retos de los tiempos. Estamos en un mundo nuevo y aún no hemos resuelto problemas muy viejos, que se manifiestan dolorosamente en una Costa Rica olvidada, donde muchos compatriotas carecen de un empleo y no tienen un techo digno donde cobijar el amor de sus familias.

Solo la educación y la cultura son pilares válidos en Costa Rica para transformaciones en libertad. La disciplina, el coraje, la ima-

ginación y la creatividad, el amor a la naturaleza y a la vida serán los propósitos nuevos que animen la educación. El goce compartido de los frutos de la cultura es nuestra verdadera riqueza, base de nuestra realización espiritual. La cultura y la educación son la fragua de la democracia y de la libertad.

Vamos a construir 80.000 viviendas y vamos a generar 25.000 empleos por año. Vamos a facilitar la creación de parques para la sana recreación de hombres y mujeres, jóvenes y viejos.

Distribuir el poder político es un imperativo. Las comunidades, por medio de los municipios y asociaciones de desarrollo, habrán de tomar sus propias decisiones. Son ellas las que mejor conocen sus problemas y, sólo si cada cual asume su responsabilidad en la tarea de resolver aquello que le concierne, lograremos una sociedad más libre y más próspera.

Lucharemos por una mayor democracia económica. Las cooperativas deben extenderse a todos los rincones y actividades del país. Es éste el mejor modo para que más y más costarricenses sean propietarios y participen en la tarea de forjar más riqueza para todos.

Reafirmo vigorosamente mi compromiso de luchar incansablemente contra la corrupción. No habrá cabida en Costa Rica para el narcotráfico, ni para hombres y mujeres que en la actividad pública o en la privada busquen el enriquecimiento por caminos deshonestos. Es éste un mandato sagrado de nuestro pueblo, que clama en esta hora por recobrar la confianza plena entre gobernantes y gobernados. Que clama por entrar en un camino de futuro, donde no existan sombras en el alma, donde no tenga cabida la mentira en el fácil discurso demagógico y donde no exista nunca la traición en las acciones de los gobernantes.

Diremos lo que pensamos y haremos lo que decimos.

LA PAZ, VALOR INCUESTIONABLE

Cumpliremos fielmente el compromiso de defender y robustecer la paz y la neutralidad. Mantendremos a Costa Rica fuera de los conflictos bélicos centroamericanos y lucharemos, con medios diplomáticos y políticos, para que en Centroamérica no sigan matándose los hermanos.

Para emprender la tarea de actualizar el Estado -obra que no admite demoras- debemos comenzar por redefinir y fortalecer la seguridad y el Estado de derecho. El cambio social que demanda Costa Rica debemos impulsarlo con la ley en la mano. El derecho es nuestro principal instrumento de cambio y de desarrollo.

La realidad de nuestro país es un vivo testimonio de que la seguridad no se preserva con las armas. Se preserva con su prestigio de nación que tiene como estandarte la razón y el derecho y que rehúsa involucrarse en conflictos bélicos que puedan poner en peligro su paz y su seguridad.

Afirmo que, gracias a la política internacional puesta en práctica por Costa Rica durante la mayor parte de su historia como nación independiente -de paz, de no intervención, de neutralidad-, hemos surgido en la comunidad internacional más fuertes que si hubiésemos tenido que resguardar nuestra seguridad con las armas.

Costa Rica se mantendrá alejada de la guerra. Lo hará para fortalecer su arraigada tradición de paz. Lo hará para preservar sus tradiciones civilistas. Lo hará para conservar un clima propicio de desarrollo económico y de armonía social.

Seremos neutrales en los conflictos bélicos regionales. Estamos contra la guerra. Para nosotros la paz es un valor incuestionable. Nuestra fuerza ha sido el derecho internacional, y lo será siempre.

Nunca negociaremos sobre la dignidad nacional. No toleraremos amenaza, ofensa o acto alguno que menoscabe esa dignidad. Somos una nación de ciudadanos razonables y amantes de la paz. Pero que nadie interprete que estas virtudes, que nos enaltecen, puedan debilitar nuestra decisión inquebrantable de defender a Costa Rica. Nunca claudicaremos en nuestra lucha contra cualquier amenaza a nuestra soberanía.

GOBERNAR JUNTOS

Pido a Dios que nos ilumine para que estos propósitos se arraiguen en el corazón de cada costarricense. Soy el presidente de todos y vamos a gobernar juntos, sin ninguna discriminación. En cuanto a privilegios, haremos una excepción a favor de los más humildes. En la medida en que aumente la justicia, haremos más indestructibles nuestras libertades.

El oasis de paz que disfrutamos, el refugio de libertad que representa nuestra tierra, el paradigma de democracia que somos para el mundo entero, son virtudes de las que nos sentimos orgullosos como pueblo. Queremos compartirlas con todas las naciones hermanas del continente.

ALEGRÍAS Y TRISTEZAS

En mi espíritu se juntan sentimientos encontrados de alegría y de tristeza cuando miro más allá de nuestras fronteras.

¡Cómo no saludar con alegría inmensa el retorno a la democracia de tantos países hermanos que en la América Latina han

recobrado sus libertades políticas en este último lustro! Como la más antigua democracia de Iberoamérica, Costa Rica saluda con regocijo ese retorno a la libertad y renueva su fe en el destino superior de las Américas. De aquí en adelante, todos transitaremos por los caminos de los hombres libres.

¡Cómo no estar tristes si, tras la caída de los dictadores, ha quedado al descubierto ante el mundo un acongojante escenario de crueldad, de endeudamiento inútil, de corrupción desenfrenada y de violaciones sistemáticas a los derechos humanos!

¡Cómo no ha de llenarnos de alegría el valiente y solidario esfuerzo de paz realizado por los países del Grupo de Contadora! ¡Cómo aumenta esa alegría cuando vemos que las nuevas democracias de países hermanos se suman a ese esfuerzo en el Grupo de Apoyo!

¡Cómo no entristecernos ante la duda de que algunos pudiesen burlar ese esfuerzo y utilizarlo para fines distintos a la paz anhelada!

¡Cómo no ha de colmarnos de alegría y de optimismo el saber que hoy, como nunca antes, tantos hombres y mujeres de las tres Américas y del Caribe tengan la oportunidad de realizar sus sueños democráticos!

¡Cómo no estar tristes si, en el preciso momento en que el camino de la libertad se ensancha para las Américas, en el istmo centroamericano el suelo es ensangrentado todavía por la violencia!

¡Cómo no estar alegres de que los latinoamericanos hayamos rechazado el despotismo y hayamos escogido la ruta pluralista de la democracia para resolver la más aguda crisis económica de nuestro continente!

¡Cómo no estar tristes cuando observamos que aún no se ha podido establecer la necesaria cooperación con las potencias de Occidente -hermanas en la democracia- para vencer nuestras graves dificultades económicas!

Al contrastar unas y otras, vemos con satisfacción que las alegrías predominan sobre las tristezas. En esta hora de tan hermosas perspectivas para Latinoamérica, no renunciaremos al optimismo, la esperanza y la confianza en el futuro democrático de nuestros países. Juntos hemos de luchar sin desmayo por mantener la libertad alcanzada y consolidar la democracia y la paz en toda la región.

EN BUSCA DE UNA SOLUCIÓN PACÍFICA

Costa Rica reitera su fe inquebrantable en la búsqueda de una solución pacífica, por medios diplomáticos, a los apremiantes pro-

blemas centroamericanos. Confirmamos aquí nuestro apoyo al esfuerzo del Grupo de Contadora y nuestra voluntad de suscribir el Acta para la Paz y la Cooperación de Centroamérica, producto de largas negociaciones.

La gestión de Contadora y del Grupo de Apoyo es fiel reflejo del anhelo de generalizar los regímenes democráticos en América Central y en el continente. Los pueblos de este hemisferio han comprendido, tras angustiosas noches de intolerancia y muerte, que los retos del desarrollo sólo pueden asumirse en la paz que se funda en la tolerancia y el respeto a los derechos de todos los americanos.

En América, la paz debe ser democrática, pluralista, tolerante, libre. Mientras persistan la intransigencia y la ausencia de diálogo, no habrá paz. En la negociación política deben buscarse los acomodos necesarios para la convivencia armónica de los pueblos. Esa negociación tiene el apoyo de los centroamericanos, de América Latina y de todo el continente. No debemos desmayar en nuestros esfuerzos por encontrar soluciones políticas en todos los foros continentales.

PLAZOS PERENTORIOS DE CUMPLIMIENTO

Es necesaria una nota de advertencia para quienes dudan de las soluciones diplomáticas y del poder del diálogo internacional para evitar derramamientos de sangre. Es insensato confundir el diálogo con la debilidad. Es imprudente desvirtuar la gestión diplomática con fines desleales.

Por esta razón, las negociaciones diplomáticas no deben prolongarse indefinidamente. Aceptar tales actitudes sería desnaturalizar el sentido del diálogo y convertirlo en instrumento de engaño, en burla a la buena fe. Los costarricenses demandamos la fijación de plazos perentorios para el cumplimiento cabal de los compromisos adquiridos.

El 6 de junio es una fecha sagrada. Ese día hemos de firmar el Acta de Contadora. A partir de ese momento, mi gobierno alentará -en estrecha cooperación con las naciones amigas preocupadas por la suerte de Centroamérica- el desarrollo de tres procesos simultáneos. La primera etapa habrá de cumplirse en los próximos meses y consistirá en impulsar gestiones para que los respectivos congresos ratifiquen el acta. Luego realizaremos una labor tenaz para poner en ejecución los mecanismos previstos en el acuerdo, y en la tercera etapa velaremos por la pronta apertura de diálogos de reconciliación nacional en los países azotados por la violencia. El objetivo será siempre crear o fortalecer las insti-

tuciones propias de la democracia. Estos procesos constituirán la columna vertebral de la paz centroamericana.

¡Ay de los gobernantes que pretendan burlarse del Grupo de Contadora! Quienes así actúen traicionarán el compromiso de afianzar la democracia entre todos los pueblos de Latinoamérica.

EL GRITO LIBERTARIO DE BOLÍVAR

Costarricenses y queridos amigos que nos visitáis desde todos los rincones del mundo:

Hoy en Costa Rica, manos agradecidas de nuevas generaciones se estrechan fraternalmente con las manos curtidas de hombres y mujeres que nos dieron tanto. Nos corresponde afrontar desafíos diferentes a los de ayer. No tememos a esos desafíos si podemos enfrentarnos a ellos en paz y libertad.

Por eso estamos obligados a escuchar el grito libertario de Bolívar y a ponerlo en práctica.

El llamado de Contadora es el grito libertario de Bolívar. Cuando algunos países hermanos se unen en Contadora, para trabajar por la paz, proclaman que sólo la democracia y la libertad podrán evitar la guerra.

Decía Víctor Hugo: «Nada hay más fuerte que una idea a la cual ha llegado su tiempo». Esta es la hora de la democracia. Las dictaduras pertenecen al pasado. La democracia, el gobierno de las mayorías, es el único camino para liberarnos de la miseria y la dependencia.

Porque sobran las razones, es la hora de convertir en realidad el ideal de Bolívar. Los tiranos no tienen cabida en nuestro continente.

Costa Rica cree en la necesidad de una alianza para la libertad y la democracia en las Américas. Ni económica ni políticamente, debemos ser aliados de gobiernos que opriman a sus pueblos.

Convoco a una alianza para la libertad y la democracia en las Américas y el Caribe. Libertad y democracia para el desarrollo. Libertad y democracia para la justicia. Libertad y democracia para la paz.

En esta grandiosa empresa política no hay lugar para los pusilánimes, ni para los débiles de espíritu. Es la hora de responder al reto y cristalizar las esperanzas. Es la hora de que quienes creemos en la libertad y en la democracia como las únicas armas para superar la injusticia, cerremos filas y nos unamos indisolublemente.

Mi lealtad es con el pueblo de Costa Rica. Mi fidelidad es con la historia patria. Mi compromiso es con el porvenir. Yo no voy a

rehuir mis obligaciones de conducir a mi patria cuando están en juego la vida y la muerte, la paz y la guerra.

Cuento con los compatriotas que tienen fe inquebrantable en el futuro de la patria. Cuento con los conciudadanos que tienen voluntad para diseñar un porvenir distinto. Cuento con los hombres y las mujeres sensatos, deseosos de construir con sus propias manos un destino feliz, inspirados por una gran pasión latinoamericanista.

Invito a mis conciudadanos para que, juntos, como protagonistas, escribamos un nuevo capítulo de nuestra historia, unidas la imaginación y la memoria. Para afrontar un desafío inmenso, como el que superaron nuestros antepasados, es preciso reconocer lo que ellos hicieron por nosotros y diseñar lo que nosotros queremos hacer por nuestros hijos. Escuchemos a Jorge Debravo, el poeta cuya voz nos llama:

«Oídnos trabajar.
Vamos a crear el mundo.
Con pasos y con ojos vamos a crear el mundo.
Con lo mejor de todas las edades
vamos a construir el mundo.
Asidos a esta nueva manera de mirar,
vamos a construir el mundo.
Con los huesos de todos nuestros padres
vamos a construir el mundo.
Ladrillo por ladrillo,
hombre por hombre
vamos a crear,
de nuevo,
el mundo».

PAZ EN CENTROAMERICA: LIBERTAD Y DEMOCRACIA PARA CINCO PUEBLOS [6]

XLI ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS

Vengo de un pueblo sin armas. Nuestros hijos nunca han visto un tanque y desconocen el helicóptero artillado, el barco de guerra y el cañón. Los padres y abuelos explican a los jóvenes la curiosa arquitectura de algunas escuelas, en relatos que atestiguan cómo, hace ya muchos años, esas escuelas fueron cuarteles.

Vengo de un pequeño país que disfruta de una democracia centenaria. En mi patria, ninguno de sus hijos, hombre o mujer, conoce la opresión. No hay un solo costarricense que marche al destierro. Es la mía una nación de libertad.

Vengo de una tierra que en pocos años ha dado refugio a más de 250.000 extranjeros. Son hombres, mujeres y niños que han llegado a nuestro suelo, huyendo de tiranías, huyendo de horizontes de miseria sin esperanzas, huyendo de la violencia entre hermanos, para buscar protección en la libertad y la paz de Costa Rica. Estos extranjeros constituyen el 10% de la población del país y son, en su mayoría, nicaragüenses.

[6] Discurso pronunciado el 24 de setiembre de 1986, ante la XLI Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York, Estados Unidos de América.

Vengo de una nación que, al igual que muchas de las de ustedes, se enfrenta a problemas graves. Nuestros problemas van desde una pobreza que afecta a numerosos compatriotas, hasta amenazas a la paz que amamos tanto. Queremos derrotar esa miseria y queremos preservar la paz.

Vengo de una región del mundo caracterizada por grandes contrastes. Existen desigualdades entre los cinco países del istmo centroamericano y entre los hombres que los habitan. Hay en estas tierras pueblos que pueden elegir libremente a sus gobiernos, otros que no; hay pueblos en los que los derechos humanos se respetan, otros en los que se violan diariamente; hay pueblos donde la violencia tiene lugar en campos y ciudades, otros en que la convivencia pacífica es ejemplar. Junto a miles y miles de analfabetos hay, entre sus hombres y mujeres, músicos y poetas que honran a la humanidad. Hay poetas y escultores que han trascendido sus fronteras con sus expresiones artísticas. Ha habido dictadores que han sobrepasado los límites de la crueldad en décadas de sombría historia. Son esas tierras de Centroamérica, entre las cuales se encuentra Costa Rica, tierras de bienestar para unos pocos, de dolor para muchos, pero de esperanza para todos.

Vengo de la democracia más antigua de Iberoamérica. Traigo aquí la alegría de una nación que ve como única esperanza de paz para las Américas, que la democracia, con justicia, llegue a reinar en toda su geografía. Nos regocijamos de que tantos pueblos hermanos hayan ido recobrando sus libertades políticas. Quisiéramos olvidar pronto la estela de dolor que ha quedado tras cada experimento autocrático y despótico en nuestra América.

ALIANZA PARA LA LIBERTAD Y LA DEMOCRACIA

Lamentamos que el escenario de crueldad, de endeudamiento inútil, de corrupción desenfrenada y de violaciones sistemáticas a los derechos humanos, que queremos olvidar, tenga aún expresiones diarias en unos cuantos pueblos de nuestra América. Por eso, al asumir, hace poco tiempo, la Presidencia de mi país, convoqué a una alianza para la libertad y la democracia. Dije entonces que, ni económica ni políticamente, debía Costa Rica ser aliada de gobiernos que opriman a sus pueblos. Afirmé, y lo reitero aquí, que para transitar por caminos de paz en las Américas y el Caribe, debe superarse el miedo a la libertad: libertad y democracia para el desarrollo, libertad y democracia para la justicia, libertad y democracia para la paz.

Traigo a este foro el mandato de mi pueblo para hablarles de la raz en Centroamérica, asediada por la violencia que persiste en naciones hermanas y por la amenaza de la guerra.

Desde hace muchas décadas, hombres singulares predijeron cae solo en democracia y en libertad podría encontrarse el cámino adecuado para luchar por la justicia. La noche de las dictaduras fue, sin embargo, muy larga en la región. Al brillar la luz de la libertad, ha quedado al desnudo lo que significaron para los pueblos años y años de atropellos a los derechos del hombre, de insensibilidad ante los problemas del humilde, de explotación abusiva y despiadada por parte de sus gobernantes.

El despertar democrático de Centroamérica no es fácil y está plagado de obstáculos. En algunos países, las sombras de ejércitos acostumbrados a la dictadura parecen acechar, de modo siniestro. los primeros pasos de los gobiernos elegidos por los pueblos. En otros casos, la desconfianza profunda entre hombres nacidos en una misma tierra, estalla en guerra de guerrillas. El llamado a la reconciliación interna por el sendero de la democracia no parece, por ahora, tener efectos tangibles. Continúan matándose hermanos, continúa desangrándose la América Central.

UNA LUCHA LIBERTARIA TRAICIONADA

Los problemas hasta aquí descritos son abrumadores. Pero todavía hay más. La heroica lucha libertaria del pueblo nicaragüense, que culminó con el derrocamiento del tirano Somoza, ha tomado un curso político que no responde a las ansias de libertad de ese pueblo, ni a las esperanzas por la vigencia plena de la democracia, que alentaron tantos países que, en su hora, apoyaron la lucha contra la dictadura.

Ese curso político, no querido ni previsto, ha transformado a Centroamérica en otro escenario del enfrentamiento entre el Este y el Oeste. No hay alivio para nadie por el camino que escogieron los comandantes que traicionaron una revolución destinada a devolverles la democracia a varias generaciones que solo conocieron la opresión. No hay alivio para ese pueblo que, frustrado y decepcionado, ha vuelto a la guerra civil. No hay alivio para naciones vecinas, que sienten ya la amenaza de un nuevo dogmatismo totalitario y que sufren ya las consecuencias de una frontera de dolor y desencanto.

CONTADORA NO HA MUERTO

América Latina, cansada ya de violencia inútil y adolorida por décadas de opresión, advirtió que los albores de una era de libertad

para todo el continente americano están ensombrecidos por el conflicto entre el Este y el Oeste, como consecuencia del camino que decidió tomar el gobierno de Nicaragua. Surgió entonces una iniciativa diplomática sin precedentes: el Grupo de Contadora.

El objetivo perseguido por México, Colombia, Panamá y Venezuela mereció el respeto y el respaldo del mundo entero, y desde luego el apoyo de Costa Rica. El propósito no fue otro que propiciar un foro para ayudar a los estados centroamericanos a robustecer su democracia y sus libertades. Se creó como un foro para buscar la reconciliación interna de los pueblos en lucha armada y para garantizar, por medio de la democracia, la liquidación inmediata de la incipiente amenaza de un conflicto entre el Este y el Oeste. Se creó como un foro para facilitar la comprensión del mundo entero en favor de un tratamiento económico preferencial para el área centroamericana. Se creó como un foro para acelerar el desarrollo económico de nuestros pueblos y para mitigar, así, los rencores acumulados durante la época de los dictadores.

Al Grupo de Contadora se unió, luego, el Grupo de Apoyo, constituido por los gobiernos democráticos de Argentina, Brasil, Perú y Uruguay. Latinoamérica entera buscaba unirse para revivir el grito libertario de Bolívar. Contadora se transformó en la vanguardia de una América Latina que quería marchar unida, en pos de la libertad, y en favor de la democracia política para todos sus pueblos. «No más dictaduras de uno u otro signo en el camino de paz para las Américas», gritó Contadora.

El Gobierno de Nicaragua no ha querido escuchar el mensaje libertario de la historia. El Gobierno de Nicaragua no ha querido estrechar la mano fraterna de Contadora. Encerrado en un dogmatismo estéril, ha utilizado el foro de la libertad para ganar tiempo a fin de consolidar un estado militar y totalitario en su territorio.

Contadora no ha muerto. Costa Rica seguirá apoyando este esfuerzo mientras exista un solo aliento de esperanza. Queremos una solución pacífica y buscamos el imperio de la razón. Hay una historia de libertades en la que estamos llamados a ser protagonistas responsables y conscientes. Habrá una tragedia de guerra, si damos las espaldas a esa historia, en la que estamos llamados a ser víctimas.

HAREMOS RESPETAR LA NEUTRALIDAD

Costa Rica se ha declarado neutral frente a los conflictos armados de Centroamérica. Mi gobierno hará respetar esa neutralidad, con todo el coraje que sea necesario. Así lo hemos demostrado con palabras y con hechos. Costa Rica no está de acuerdo con

que ruerzas exógenas alimenten guerras y extiendan la muerte en la región ¡Mientras el mundo entero llama a la paz, en América Central se acerca la guerra! ¡Mientras el mundo entero clama por un mayor crecimiento económico, en gran parte de América Central aumenta la miseria!

No permitiré que grupo armado alguno utilice nuestro territorio rara agredir a estados vecinos. No lo permitiré porque Costa Rica es respetuosa del derecho internacional. No lo permitiré porque la existencia de grupos armados en nuestro territorio es un peligro para la seguridad nacional pues carecemos de ejército para defendernos. Perderíamos, si así actuásemos, toda legitimidad frente a la comunidad internacional, en cuyos principios confiamos la defensa de nuestra soberanía. No lo permitiré porque esa utilización del territorio costarricense puede fácilmente vincularse con el tráfico de armas y con el tráfico de drogas. No lo permitiré porque la moral de Costa Rica es un valor sagrado. No lo permitiré porque los costarricenses creemos en las soluciones pacíficas y no estamos dispuestos a permitir que nuestro suelo sea usado por quienes pregonan las vías de la violencia. No lo permitiré porque los costarricenses no queremos la guerra ni a los hombres que creen en ella.

Nuestro compromiso es con la paz y con el desarrollo. La aspición de más techo y más trabajo para mi pueblo, señores delegados, es incompatible con la guerra.

CONFIAMOS EN EL DIÁLOGO

Porque en Costa Rica no conocemos el miedo a la libertad, nunca dejaremos de confiar en el diálogo. Por eso fuimos a la reunión de los mandatarios centroamericanos en Esquipulas, Guatemala, En Esquipulas, Centroamérica reafirmó su fe en la democracia y en la libertad. El Gobierno de Managua quedó advertido de que solo la democracia es escudo contra el dolor y la guerra que queremos evitar.

Costa Rica también cree en la iniciativa del presidente Cerezo de crear un Parlamento Centroamericano. Pero cree en ese Parlamento sólo si se constituye como expresión genuina de regímenes democráticos de cada una de las naciones centroamericanas. No aceptamos un foro regional que sólo sirva para legitimar ininternacionalmente a las dictaduras.

SANDINO ASESINADO NUEVAMENTE

El Gobierno de Nicaragua ha acusado a mi país ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya por una pretendida complici-

dad de mi gobierno en acciones bélicas desde territorio costarricense. Singular ejemplo de «las pavas tirándole a las escopetas», como dice la expresión popular.

Vamos a ir a la Corte de La Haya a defendernos. Ya conocemos las maniobras publicitarias del régimen de Managua. Estamos cansados de diálogos en que todo se cambia; cansados de insinceras promesas de negociación. Queremos que en La Haya el mundo entero vea la verdad oculta de una Nicaragua donde Sandino fue traicionado una vez más. Hace siete años Sandino resucitó para celebrar la libertad de un pueblo. Una vez más lo han asesinado.

PIDO AL MUNDO QUE COMPRENDA

Hemos recibido miles y miles de refugiados nicaragüenses. A los costarricenses nos preocupa que se consolide un régimen de ideología marxista totalitaria en nuestras fronteras. Nuestro pueblo sabe que en Europa y en otras latitudes de la tierra, las fronteras geográficas entre el Oeste y el Este cuestan millones y millones de dólares en armamentos, sistemas defensivos y alianzas militares.

¿Puede el mundo entender que en Costa Rica no queremos pensar siquiera en la posibilidad de restablecer las fuerzas armadas? ¿Puede el mundo entender que no nos es posible continuar recibiendo oleadas de refugiados?

Pido al mundo que comprenda, pido a las grandes potencias de todas las ideologías que entiendan que hacer en las Américas un pacto por la democracia, por el pluralismo y por la libertad, beneficia a la humanidad y propicia la paz del mundo.

UNA PÁGINA FRANCA Y HONESTA

Traigo también el mandato de mi pueblo para hablarles de nuestras preocupaciones en el campo de la economía mundial y para hablarles de nuestros propósitos de alcanzar un desarrollo más humanista. En esta época difícil de la historia, queremos escribir una página especialmente franca y honesta. Para ello, necesitamos garantizar la paz del país y requerimos un orden internacional más justo.

Nos preocupa, en primer lugar, que el retorno a la democracia política en las Américas no esté acompañado de un trato económico internacional más equitativo.

Con asombro apreciamos la paradoja de que a Latinoamérica se le impongan, hoy, las restricciones económicas más severas que se recuerdan desde la crisis de los años treintas. Difícilmente

la historia podrá calificar de aliados de América Latina, en sus esfuerzos de democratización, a muchos de los países industrializados. A lo sumo, los señalará como observadores indiferentes de un proceso que parece importarles mucho menos que las congojas de la banca privada internacional.

En el ayer cercano de América Latina, vimos al banquero hábil y eficiente alentar los sueños de grandeza de generales que conculcaban las libertades en muchos pueblos. Ayer, la banca internacional compitió fieramente para prestarle al tirano. Hoy, se une para cobrarle al demócrata. Ayer, no le importó que su dinero mantuviera en el poder al déspota. Hoy, no le importa el sufrimiento del que paga en libertad. Nadie tiene derecho a invocar lo apolítico para cometer lo amoral. Ello daña la digna convivencia humana y deteriora las relaciones internacionales civilizadas.

LA SEMILLA DE LA IGUALDAD

La beligerancia con que la comunidad financiera internacional ha puesto al cobro las deudas, contrasta con la serenidad de espíritu y sentido de responsabilidad con que el Tercer Mundo se ha consagrado a consolidar sus esquemas de libertad política. No todos esos esfuerzos gozan de la misma calidad ética. Es legítimo un Club de París, en resguardo de los acreedores, pero parece no serle uno de Cartagena o Buenos Aires, en defensa de los deudores. Es sabio y adecuado un comité coordinador para los bancos privados, que ordene el comportamiento de los deudores, pero es peligroso que los presidentes de los bancos centrales de nuestros países se reúnan para planear acciones conjuntas.

Nos preocupa que la multilateralidad, antaño instrumento para robustecer la autonomía de los pueblos, por pequeños que eso fuesen, haya tomado una modalidad muy diferente. Se le están imponiendo al Tercer Mundo condiciones económicas tan duras, que los propios países desarrollados no se atreven a imponerlas en forma bilateral. Para este propósito se utilizan algunos organismos multilaterales. Este es un grave error político, que puede llegar a tener funestas consecuencias, si no se corrige pronto.

Nos preocupa el disgusto que la igualdad política de los estados les causa a algunos países poderosos. Esto parece reflejarse -al menos en parte- en la crisis económica que hoy afronta la Organización de las Naciones Unidas. Pareciera que a estados pequeños y débiles quisiera negárseles el derecho al diálogo entre iguales, el diálogo sin imposiciones ni condicionamientos. Mi gobierno desea la pronta solución de los problemas financieros

de esta organización. Conscientes de nuestras limitaciones para contribuir en este sentido, mi país aportará lo que le corresponde a fin de que la semilla de la igualdad siga siendo, en este foro, baluarte de una paz duradera para el mundo.

COSAS QUE DEBEN CAMBIAR

Costa Rica cumplirá sus compromisos internacionales, pero propicia ajustes en las reglas del juego. Hay cosas que deben cambiar: a los países con deudas elevadas debe dárseles la oportunidad de crecer para que puedan pagar, en vez de forzarlos a pagar sin importar su empobrecimiento. Así se evitará el rencor del débil y la arrogancia del fuerte. Urge luchar para que el esquema multilateral se practique en todos los órganos de las Naciones Unidas. Denunciemos a aquellas de sus agencias que se presten para favorecer a unos pocos países o favorezcan fórmulas únicas de desarrollo, haciendo nugatoria la diversidad que enriquece al mundo.

No tenemos por qué seguir tolerando que se cuestione la ayuda para la vivienda, para la salud o la alimentación, mientras proliferan préstamos para la compra de aviones de combate y de vestuario para soldados. No volvamos a permitir que los desequilibrios del mundo industrializado se reflejen en más miseria y más angustia para el Tercer Mundo. Es preciso compartir más equitativamente el precio de los errores del pasado. Es necesario que las esperanzas de desarrollo vuelvan pronto a los países más débiles.

MÁS ALLÁ DE LA BANCA

En estos años, a los países grandes y a los pequeños, se nos ha obligado a mirar el mundo bajo el prisma de los problemas que la banca internacional privada contribuyó a crear. Hemos empequeñecido el mundo. Extendamos la mirada más allá de la banca. Devolvamos a las luchas por la paz y la libertad su valor para derrotar la miseria, para garantizar en cada rincón del mundo el respeto a los derechos del hombre. Son muchas las causas nobles que se han envilecido al someterlas al prisma del financista. Retomemos las causas nobles para mirar al mundo. No le temamos al único enfoque que puede conducirnos a la paz duradera y segura: un mundo que lucha solidariamente por liberarse de la miseria.

NUESTRO DESARROLLO

Lo que hemos logrado como pueblo se explica, en buena medida, por el hecho de que nuestros antepasados hicieron de la

educación el principal proyecto nacional. La experiencia nos ha enseñado que aumentar la educación de todos y propiciar la calidad de vida en familia, es ruta que no nos aparta de la modestia de nuestros recursos limitados. Hemos aprendido que esta ruta robustece nuestra democracia y ensancha el horizonte de nuestras libertades.

Como la mayoría de vuestros países, hoy nos enfrentamos a condiciones adversas. No creemos, sin embargo, que esa adversidad pueda justificar que nos apartemos de la sensibilidad social en la búsqueda de soluciones de desarrollo. No podemos eludir los retos para hacer más eficiente nuestra economía y adaptarla a condiciones nuevas. Podemos, sin embargo, escoger un camino para lograr esa meta, en donde no se fomente el desempleo, en donde jamás se coarten libertades. Podemos escoger un camino para preservar primero la paz social. Queremos fortalecer la única fuerza que nos permite crecer en libertad.

Estamos empeñados en un programa para incorporar en nuestros esquemas de progreso a las juventudes que integran la patria joven. Estamos empeñados en absorber nuevas tecnologías para promover el desarrollo. Buscamos la incorporación plena de la mujer a la vida productiva, en la más completa igualdad con el hombre, en derechos y responsabilidades. Propiciamos que en nuestra patria no existan campesinos sin tierra ni tierra sin campesinos.

LA VIVIENDA: CORAZÓN DEL DESARROLLO

Hemos colocado en el centro de todo este esfuerzo un desafío nacional, por encima de los partidos políticos: queremos y vamos a solucionar el problema de la vivienda para miles de familias que no la tienen.

Darle prioridad a este objetivo de la vivienda es congruente con la declaratoria de 1987 como el «Año Internacional de la Vivienda para las Personas sin Hogar». Costa Rica será ejemplo de que puede terminarse con la vergüenza del tugurio cuando se trabaja solidariamente.

Este año de 1986 es el año consagrado a la paz por la comunidad internacional. La iniciativa de esa dedicación fue de mi país. Puedo decir, con orgullo, que ante las situaciones más adversas, ante las provocaciones más absurdas, Costa Rica ha robustecido la fuerza de su paz. Haremos lo mismo con la vivienda.

Me propongo volver aquí dentro de cuatro años, al terminar mi mandato presidencial, para decirles que el tugurio es en mi patria solo un triste recuerdo del pasado. Quisiera venir a decirles, también, que juntos extendimos la paz a toda Centroamérica.

LAS BRECHAS SE ENSANCBÍAN

Vengo de un país cuyo mandato es luchar para que el pensamiento, la palabra y la acción sean concordantes también en el mundo de las relaciones internacionales. Costa Rica sabe que la brecha entre lo que se dice y lo que se hace ha crecido en estos últimos años.

El medio ambiente continúa deteriorándose. Aumentan el hambre y la miseria. Aumentan las armas y la capacidad destructiva de las maquinarias de guerra. Aumenta el proteccionismo de los poderosos, de los mismos que claman por el libre comercio. Se habla de solidaridad internacional mientras la ayuda económica se reduce.

Los países ricos se alejan cada vez más de los países pobres. La humanidad está embriagada de tecnologías que causan muerte porque se utilizan sin capacidad para controlarlas. Cada vez que nos juntamos, hablamos de que nuestros objetivos son todo lo contrario de lo que está sucediendo en el mundo. Pero no debemos perder la fe: si no existiera la Organización de las Naciones Unidas, las brechas a que me he referido serían aún más conmovedoras.

DESARME

En nombre de Costa Rica, debo insistir, una y otra vez, en que propiciamos toda iniciativa de desarme. La carrera nuclear se ha transformado en el monumento más gigantesco jamás construido para mostrar la ceguera del poderoso.

DISCRIMINACIÓN RACIAL

Con vigor y renovada fe en la humanidad, Costa Rica pide condenar toda discriminación racial. Esta discriminación empequeñece al hombre y ofende a las civilizaciones. Hace unas pocas semanas, mi gobierno rompió relaciones diplomáticas con el régimen de Sudáfrica. Lo hemos hecho porque pensamos que deben intensificarse todas las presiones incluidas en la lista de los métodos pacíficos para poner fin a esas prácticas degradantes.

LAS ISLAS MALVINAS Y EL COLONIALISMO

Quiero reiterar aquí que el diálogo entre Argentina y Gran Bretaña para resolver la soberanía de las Islas Malvinas es urgente.

Propiciamos la pronta conclusión de los resabios del colonialismo. Es hora ya de que el concepto de los territorios de ultramar ceda paso a la libertad que por tantos años han anhelado los pueblos que habitan esos territorios.

TERRORISMO

El mundo ha visto también cómo, en estos días, el terrorismo extiende su crueldad implacable. ¡Es imperdonable que un hombre de paz, tan grande como el exprimer ministro de Suecia, Olof Palme, a quien rindo tributo aquí, haya caído víctima de la violencia fanática y absurda! Pienso que debemos poner todo nuestro vigor en combatir estas prácticas.

Sería aconsejable que la Organización de las Naciones Unidas pensara, desde ahora, en la posibilidad de establecer una brigada internacional contra el terrorismo. Es necesario combatir una práctica que atenta contra lo que nos es más querido. Repito:
» condenamos todo tipo de terrorismo, venga de donde venga y se exprese donde se exprese.

DROGAS

Reafirmo también, en este foro, que Costa Rica piensa que el combate contra las drogas debe ser causa conjunta de la comunidad internacional. No hay mayor crimen contra la juventud del mundo entero, que el narcotráfico.

HAMBRE EN ÁFRICA

Reafirmo el deseo de Costa Rica de que se combata el hambre en África, como primera prioridad de la comunidad mundial. Hay una bomba atómica como la de Hiroshima, que detona cada día en silencio y se expresa en la falta de alimentos que matan y destruyen cuerpos y mentes de niños, hombres y mujeres.

RECONCILIACIÓN EN COREA

Reafirmo aquí la creencia de Costa Rica de no temer jamás al diálogo, de que este foro se abra a todas las naciones que respeten su carta. Solo el diálogo puede contribuir a encontrar soluciones pacíficas, a diluir las amenazas de violencia. Por eso, mi país reitera su fe en que este foro de las Naciones Unidas pueda servir, también, un día cercano, para que las dos Coreas dialoguen y encuentren el camino de la reconciliación.

REFUGIADOS

Los exiliados políticos y económicos son otras de las cicatrices de dolor que marcan el rostro del mundo. Esas cicatrices son visibles en mi patria. Yo agradezco aquí los esfuerzos del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y del Comité Internacional para las Migraciones. Costa Rica necesita

una colaboración mucho mayor para atender el problema de refugiados que hoy afronta.

PAZ PARA EL MEDIO ORIENTE

Apoyamos todos los esfuerzos de las Naciones Unidas que buscan la paz en el Medio Oriente. Nos preguntamos cuánto dolor estéril, cuánto sufrimiento acongojante falta aún por presenciar antes de que la razón retorne y la concordia vuelva a reinar en esas latitudes. Costa Rica hace votos por ver concluida la guerra entre Irán e Iraq. No habrá historia que pueda justificar la estela de muerte y desolación que producen los fanatismos.

NAMIBIA, KAMPUCHEA Y AFGANISTÁN

Costa Rica apoya el camino de la independencia incondicional para Namibia. Anhelamos también la pronta liberación de Kampuchea y Afganistán.

EL DESTINO SUPERIOR DEL HOMBRE

Permítame expresar mi agradecimiento al señor secretario de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar, y a esta Organización, por sus esfuerzos permanentes en favor de la paz. Mientras este foro exista, nadie podrá olvidar la vinculación entre paz y desarrollo. Mientras no olvidemos esa relación, tendremos causas comunes para luchar contra la miseria, para defender los derechos humanos por encima de las fronteras, para desterrar de todos los pueblos el miedo a la libertad.

Ante las adversidades de este lustro, ante los peligros que se multiplican en el istmo centroamericano, ante las desigualdades que aumentan, Costa Rica renueva su fe inquebrantable en el destino superior del hombre, porque el alma de los pueblos se alimenta de la libertad, la democracia y la paz.

Hoy, más que nunca, debemos retomar las causas más nobles -esas que están en el alma de los pueblos- y superar el miedo a la libertad.

Permitidme, entonces, terminar con orgullo, tomando las palabras del gran poeta español Miguel Hernández:

Cierra las puertas, echa la aldaba, carcelero.
Ata duro a ese hombre: no le atarás el alma.
Son muchas llaves, muchos cerrojos, injusticias:
no le atarás el alma.

EL SIGNIFICADO DE LA ABOLICION DEL EJERCITO”

MUSEO NACIONAL

LA HISTORIA HONRA A UNA GENERACIÓN

Hoy se cumplen treinta y ocho años del día en que el país supo que la Junta Fundadora de la Segunda República había suprimido el ejército. Fue aquella una decisión sin precedentes de un general victorioso.

Hoy se cumplen treinta y ocho años del día en que este vetusto edificio, reminiscencia cuartelaria de un pasado, se convirtió en centro de cultura. Fue aquella una decisión de profundo sentido humanista.

Hoy se cumplen treinta y ocho años del día en que el viejo cuartel Bella Vista se constituyó en depósito de la cultura de nuestro país, al convertirse en museo. Fue aquella una decisión sabia y sanamente nacionalista.

Para la generación que respaldó los hechos gloriosos del ayer, es este un recuerdo que la hará sentirse honrada por la historia.

[14]Discurso pronunciado el l.° de diciembre de 1986, en el Museo Nacional, San José, en el acto de firma del decreto que estableció esa fecha como el «Día de la abolición del ejército».

Para los autores de aquella gesta, esta celebración es testimonio que les tributa la patria.

Para las nuevas generaciones, este acto debe ser una lección de la grandeza de un pueblo que supo retornar a la ruta de la paz y consolidar su vida democrática y libre.

Celebramos hoy uno de los más trascendentales acontecimientos de nuestra historia patria. En aquella patriótica medida se materializaron los sueños de los más preclaros patricios, de los idealistas forjadores de esta patria durante más de un siglo. Celebramos hoy un hito de la vida nacional. Desde aquel momento se confirmó la voluntad de mantener una vida republicana vigorosa, de conservar instituciones fundadas en la supremacía del espíritu y no en la fuerza de las armas.

DERRIBANDO CONTRAFUERTES

Cuando el hecho que hoy celebramos aconteció, era yo sólo un niño. Mi vida, alentada en las virtudes de un hogar cristiano, se forjó, desde entonces, al calor de una concepción nacional vivificadora. Encontré inspiración en el brillante gesto de un hombre-guerrero pocos meses antes que, en aquella mañana de diciembre, mazo en mano, derribaba los arcaicos contrafuertes de un cuartel. Un hombre que hacía callar el infausto estallido de los fusiles para cambiarlo en canciones de jóvenes que proclaman la educación y la cultura como ruta hacia lo sublime y lo grandioso. No exagero al afirmar que las virtudes inspiradoras de mi conducta de político y de gobernante se afirmaron al calor del sol que, en aquella mañana del 1° de diciembre de 1948, más sonriente que nunca, iluminó los muros de este edificio, para señalarle a Costa Rica un destino superior.

Hoy hace treinta y ocho años, en esa radiante mañana, acudieron a este lugar los hombres que gobernaban de facto la nación. Venían acompañados de jóvenes y viejos, estudiantes, trabajadores, maestros y profesores, y de mujeres llenas de esperanza. A su lado estaban unos soldados, con sus oficiales de toda gradación, que todavía prestaban guardia a la bandera tricolor. Muchos de ellos guardaban el recuerdo melancólico y hasta doloroso de la lucha en las montañas. Todos tenían conciencia de que, ese día, terminaba una Costa Rica y nuevas generaciones comenzarían a crear una patria cuya defensa y cuya libertad se sustentarían en los inconmovibles contrafuertes de la justicia, el desarrollo compartido y la libertad para todos.

EL TRIUNFO DEL ESPÍRITU

Emocionado, el gran educador Luis Dobles Segreda dijo, dos días después: «Ha triunfado el espíritu del bien, ha vencido la cultura, y don José Figueres, que fue el primero en la guerra, llega a ser el primero en la paz». El espíritu de don Mauro Fernández, quien años atrás había vivido en este lugar, así como el espíritu de miles de maestros, parecían desfilar sobre los muros de este viejo cuartel y sobre los campos de mi patria, con el evangelio de la paz en los labios. Ahora ya no encontrarían en el cuartel Bella Vista, ni en ningún otro centro castrense del país, soldados velando inútiles fusiles, sino juventudes acariciando libros y soñando en llegar a las estrellas.

El acto que hoy conmemoramos no debe ser sólo una efeméride, por muy emocionada que sea. Debe ser una consagración de gobernantes y gobernados, de todas las generaciones, a un esfuerzo sostenido y enérgico para que aquellos ideales no desaparezcan de nuestro suelo. ¡Hemos de jurar lealtad a ellos y vivirlos en la esfera de acción propia de nuestras vidas!

Se deponían los sables para que brillaran los libros. Los fondos que consumía el ejército se dedicarían a fecundar los jardines del pensamiento humano.

Don Rómulo Valerio, ese gran profesor de ciencias, ejemplo de los grandes educadores del pasado, conociendo las intenciones de la Junta, sugirió que el cuartel Bella Vista se convirtiera en la casa de la cultura costarricense, en museo que recogiera un pasado que no podríamos olvidar nunca más.

EL MAZO *QUE* DESTRUYE INJUSTICIAS

Nos hemos reunido esta mañana para aplaudir, una vez más, a don José Figueres, que, mazo en mano, golpeara una de las alme-

ñas del cuartel. Ese mazo, que destruía tiranías, ha pasado a las nuevas generaciones para que se dispongan a oponerse, vigilantes, a toda amenaza de tiranía y a todo peligro de totalitarismo. Las nuevas generaciones lo han tomado también para abrir rutas de progreso y de desarrollo para todos y para derribar, así, la miseria. Esta es, compañeros de mi generación, la consagración que venimos a hacer en este día.

No entendamos mal nuestros gestos heroicos. No vamos a fallarle a nuestro Himno Nacional. Seguiremos diciéndole a la patria: «Cuando alguno pretenda tu gloria manchar verás a tu pueblo, valiente y viril, la tosca herramienta en arma trocar».

DERRUMBAR LOS MUROS DE LA INCOMPRENSION

El acto de este día significa nuestra consagración a la tarea de derrumbar los muros de la incomprensión, que dividen y separan a los partidos políticos y a los grupos sociales en detrimento de los intereses de la nación. Significa que nos dedicaremos a derribar los muros de la mala fe y de todo tipo de corrupción, que podrían amarrar el espíritu, ya liberado por el gesto que hoy conmemoramos.

Consagrémonos a ser un ejemplo ante el mundo y, sobre todo, en esta Centroamérica. Que los hombres amantes de la paz se consagren a la cruzada impostergable de convencer a los gobernantes de Centroamérica de la necesidad de disolver los ejércitos. El talento del militar sería un gran aporte a las empresas de desarrollo. Los soldados que hoy integran sus ejércitos serían, con tierra propia, grandes obreros de la tierra. ¿Por qué no soñar ese sueño para nuestra Centroamérica?

Consagrémonos en este día a una gran tarea. Consagrémonos a la tarea de crear en el espíritu de todos los hombres el estado de ánimo de fraternidad, de solidaridad, de confianza mutua, de amor a la libertad, de pasión por la justicia, para que aquel acto de José Figueres, treinta y ocho años atrás, se convierta en el símbolo que mañana derribe muros mentales y abra caminos a la libertad, a la justicia y a la paz en Centroamérica.

LOS CAMINOS DE LA LIBERTAD [15]

CASA BLANCA, WASHINGTON

DIÁLOGO FRANCO

Estoy muy complacido de este diálogo franco y sincero. La discusión de problemas políticos y económicos, cuya solución interesa a nuestros dos países, fue constructiva y alentadora.

NO QUEREMOS LA VIOLENCIA

Costa Rica limita al norte, desde hace muchos años, con la opresión y la violencia. Mi país no es parte de los problemas de Centroamérica, pero estos son parte de nuestros problemas.

Deseamos mantener a Costa Rica fuera de los conflictos bélicos centroamericanos. No queremos que la violencia traspase nuestras fronteras. Aspiramos a que nuestra paz la puedan disfrutar nuestros hermanos en la región. Pensamos que sólo la democracia puede garantizar la reconciliación entre los pueblos. Por eso hemos propuesto una alianza para la libertad y la democracia en las Américas.

Solo si propiciamos el disfrute de la democracia para todos los pueblos, solo si alentamos por igual la caída de todo tirano,

[15] Discurso pronunciado el 4 de diciembre de 1986, en el Jardín de las Rosas de la Casa Blanca, en Washington, D.C., con ocasión de su visita al presidente Ronald Reagan.

podremos evitar que en las Américas crezcan las amenazas a la paz del mundo.

MÁS ALLÁ DE CENTROAMÉRICA

Los retos a que se enfrenta Costa Rica van más allá del problema centroamericano. Aspiramos a niveles superiores de desarrollo. Solo la ausencia de pobreza extrema es garantía de paz y es escudo contra la violencia.

Queremos superar esta era de incertidumbre política y de crisis económica, robusteciendo nuestra democracia y robusteciendo nuestra economía. Hoy, más que nunca, estamos obligados a generalizar el bienestar y no permitir que se extienda la pobreza. Hoy, más que nunca, estamos obligados a reafirmar nuestra fe en los caminos de la libertad. Hoy, más que nunca, estamos obligados a orientar nuestros sacrificios con sentido pleno de la historia, de los tiempos que vivimos. Hoy, más que nunca, requerimos la solidaridad internacional y un trato comercial y financiero justo porque somos la frontera de la paz con la guerra y de la libertad con la opresión.

COMPROMISO CON LA DEMOCRACIA

La democracia que hoy viven muchas naciones americanas no podrá consolidarse si no hay desarrollo económico y justicia social. Antes que cualquier condición política o económica que pueda imponerse a las democracias de América, ha de prevalecer el compromiso del mundo occidental de robustecer la democracia en todas nuestras naciones. En América, la paz debe ser democrática, pluralista, tolerante, libre. Mientras persistan los dogmatismos y la intransigencia, y no haya diálogo, la paz no será posible. Trabajar juntos por la democracia, por la libertad y por el desarrollo, es trabajar juntos por la paz.

Señor presidente Reagan: le reitero cuán complacido estoy por nuestras numerosas concordancias en esta conversación. Salgo convencido de que este diálogo, siempre abierto entre nosotros, servirá para perpetuar la excelente amistad entre nuestros dos países.

UNA HORA PARA LA PAZ [4]

PLAN DE PAZ PARA CENTROAMÉRICA

La paz de las Américas sólo puede sustentarse en la independencia de cada una de sus naciones; en la cooperación política y económica entre sus pueblos; en el disfrute de las más amplias libertades; en la vigencia de regímenes democráticos estables; en la satisfacción de las necesidades básicas de sus habitantes y en el desarme progresivo.

La paz reclama su hora. Las dictaduras que por tantos años han regido los destinos de muchos pueblos de este continente, han violado de manera sistemática los derechos del hombre y han sumido a la población en la miseria, la explotación, la servidumbre, la desigualdad y la injusticia.

La paz reclama su hora. En unos pocos países de América persisten dictaduras y con ellos sobreviven las prácticas de irrespeto a los más altos valores del hombre. La paz que reclama su hora, reclama entonces el final de las dictaduras que aún subsisten. Es necesario propiciar, juntos, la sustitución de las tiranías ahí donde los pueblos son víctimas de la privación de la libertad en cualquiera de sus formas. Esa sustitución se concibe de manera preferente como el tránsito pacífico, sin derramamiento de sangre, hacia la democracia.

[4] Texto del documento «Una hora para la paz» (Plan de paz para Centroamérica) tal y como fue aprobado el 15 de febrero de 1987, en el Teatro Nacional, de San José, Costa Rica, por los presidentes de Costa Rica, Dr. Óscar Arias Sánchez, de El Salvador, José Napoleón Duarte, de Guatemala, Vinicio Cerezo Arévalo, y de Honduras, José Azcona Hoyo, para ser presentado al presidente de Nicaragua, Daniel Ortega Saavedra.

La paz que reclama su hora, también reclama terminar con la pobreza extrema; reclama que se haga efectiva la igualdad de oportunidades para todos. Sin este compromiso con la justicia persistirán los conflictos.

La paz que reclama su hora, también reclama el robustecimiento de la democracia en todas las naciones de América. Ahí donde se han abierto las puertas de la libertad y la democracia, donde los hombres pueden elegir libre y periódicamente a sus gobernantes, donde prevalecen el pluralismo político, el diálogo y la expedita manifestación de las ideas, la lucha armada sólo puede interpretarse como el deseo de establecer una nueva dictadura: no se trata de luchas libertarias, sino de pugnas de fanáticos que pretenden imponer, por la fuerza, el pensamiento de una minoría, cualquiera que sea su signo ideológico. Ejemplos claros de estas luchas fanáticas, cuya consigna es impedir el desarrollo de la libertad en las democracias, son las guerrillas que persisten en El Salvador, Perú y Colombia.

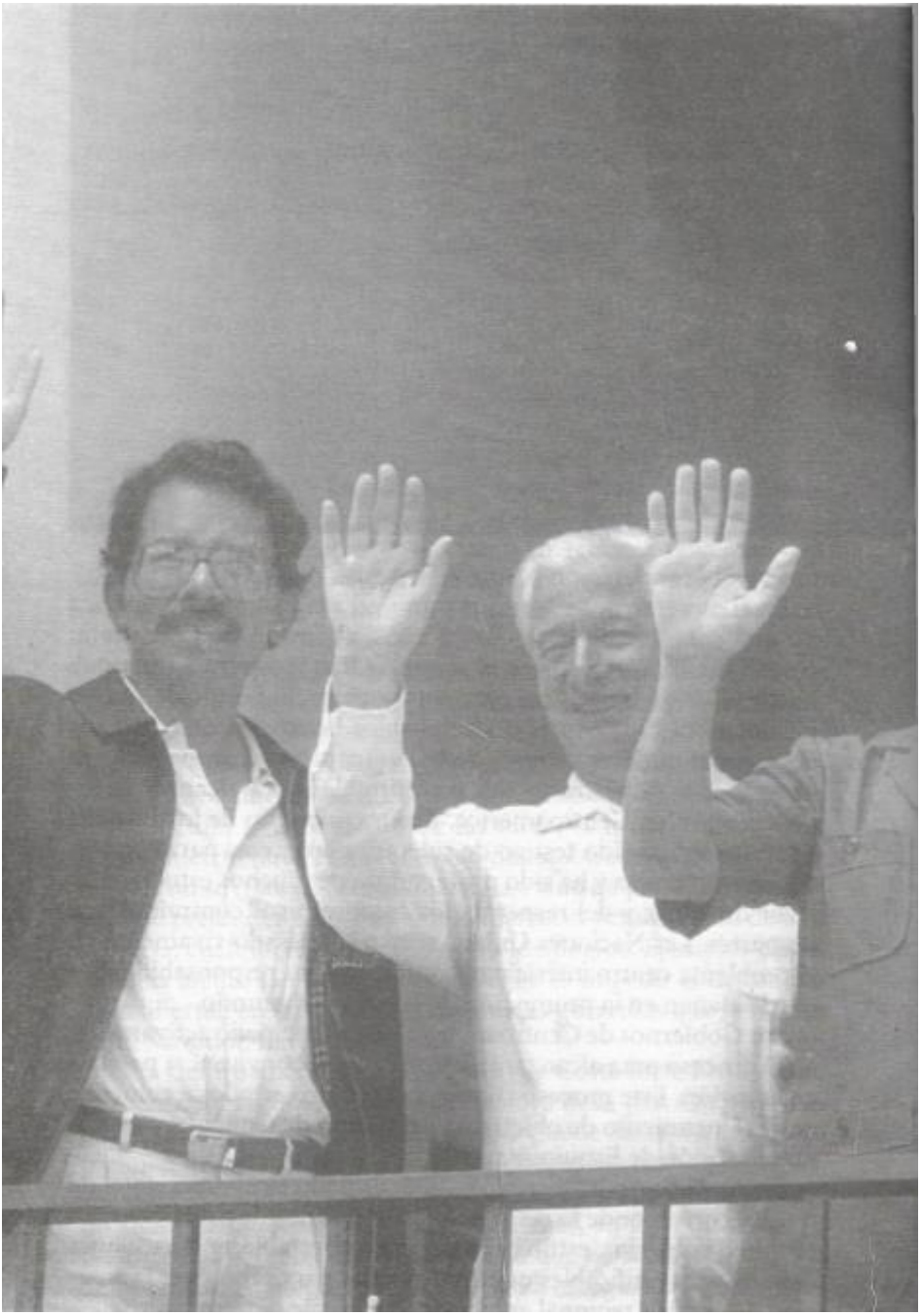
Para Centroamérica, los Gobiernos de Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras reclaman la hora de la paz. Quieren una paz estable y duradera: la paz que sólo puede darse dentro de un régimen democrático y comprometido con los más necesitados. Buscan estos Gobiernos la reconciliación de los pueblos para que no sigan matándose hermanos. Reafirman su fe en la solución política de los problemas y proclaman que en la libertad y en la democracia el diálogo reemplaza al fusil, la seguridad destierra el

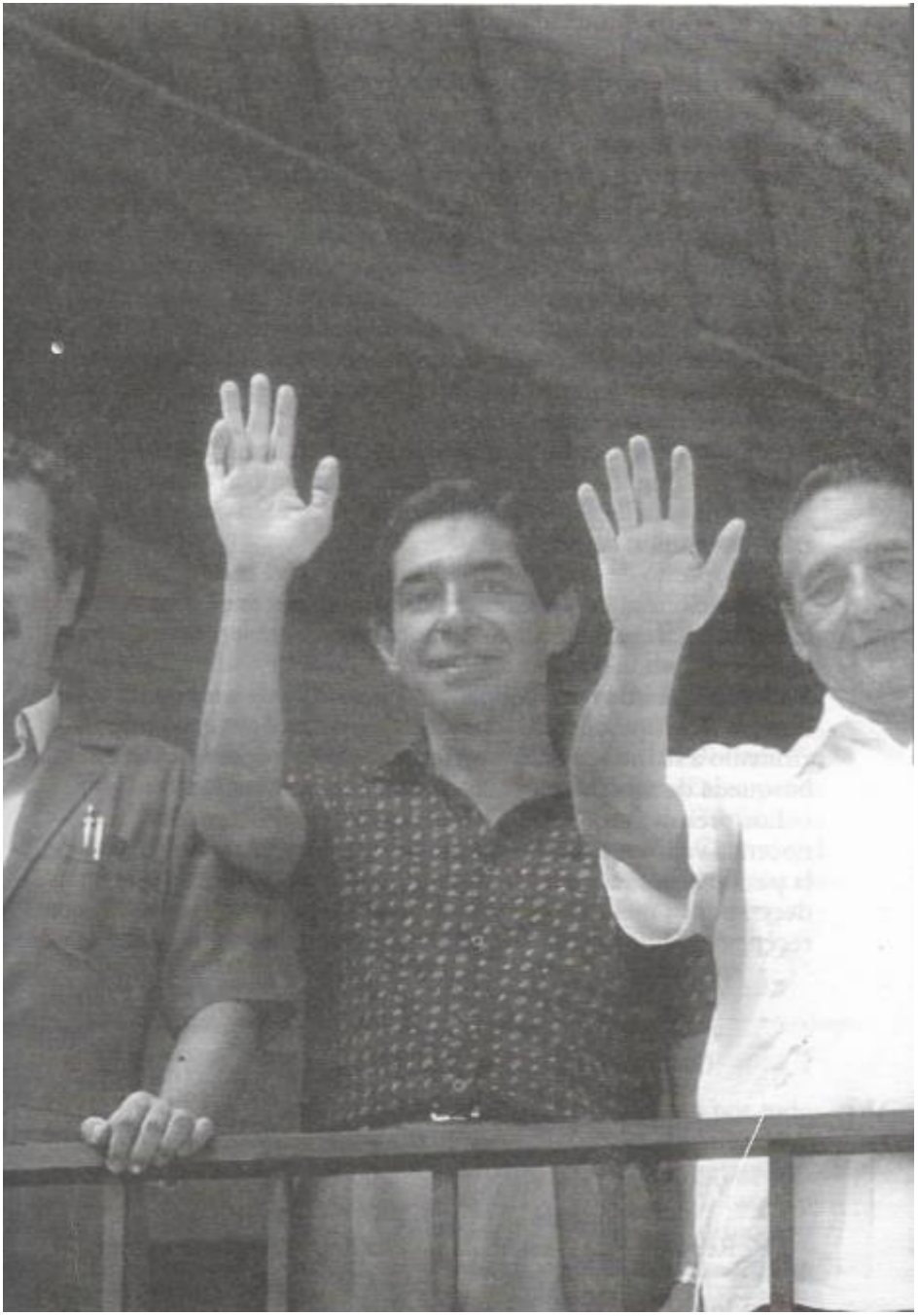
temor y la cooperación sustituye al egoísmo.

En el esfuerzo por hacer que prevalezca la paz, Centroamérica no está sola. Desde hace cuatro años, el Grupo de Contadora, con su mediación, expresa el sentir de una América Latina que busca soluciones pacíficas entre sus pueblos. El Grupo de Apoyo a Contadora es la expresión de pueblos hermanos que, habiendo reencontrado el camino de la democracia, pregonan que la libertad y la democracia son insustituibles para alcanzar la reconciliación en Centroamérica. La Organización de los Estados Americanos ha sido testigo de solemnes promesas para establecer la democracia y ha sido protagonista de muchos esfuerzos en favor de la paz y del respeto a los compromisos contraídos por las partes. Las Naciones Unidas se han interesado vivamente en el problema centroamericano, conforme a las responsabilidades que le atañen en la promoción de la paz en el mundo.

Los Gobiernos de Centroamérica han participado activamente en el proceso para alcanzar la seguridad y la convivencia pacífica en la región. Este proceso condujo a los cinco estados a coincidir en el «Documento de objetivos» del Grupo de Contadora y en la «Declaración de Esquipulas».

Los Gobiernos democráticos de Centroamérica, conscientes de que les corresponde la responsabilidad política de solucionar sus propios problemas, estiman que es urgente establecer las acciones definitivas y verificables que se requieren para promover la solución de la crisis regional en plazos claramente determinados.





Es necesario transformar el pensamiento en acción y los acuerdos en realidades. Es hora de actuar. El cumplimiento de los acuerdos engrandece el diálogo, revive la fe entre los pueblos y previene la violencia y la guerra.

Los presidentes de Costa Rica, El Salvador, Guatemala y Honduras, inspirados en la «Carta de la Organización de los Estados Americanos» (Carta de Bogotá) y en la «Carta de las Naciones Unidas», en su propósito de promover la solución pacífica de las controversias e instar a los estados a prevenir y eliminar amenazas a la paz y a la seguridad regional, declaran que consideran el documento presentado por el señor presidente de Costa Rica, que más adelante se consigna, como instrumento viable, oportuno y constructivo para encontrar la paz de Centroamérica por medio de la negociación política.

Los jefes de Estado aquí reunidos solicitan al Gobierno de Costa Rica que transmita el presente documento al Gobierno de Nicaragua e invite al presidente Daniel Ortega Saavedra a concurrir a la reunión de Esquipulas.

El propósito de la reunión de Esquipulas será el de conocer las modificaciones que los Gobiernos estimen necesarias para buscar el robustecimiento de la democracia y establecer, así, la paz firme y duradera en Centroamérica.

El documento se enviará para su conocimiento a los países que forman el Grupo de Contadora y el Grupo de Apoyo, en reconocimiento a su interés y al importante papel que desempeñan en la búsqueda de soluciones a la problemática de la región.

Los presidentes de El Salvador, Guatemala y Honduras reconocen la valiosa iniciativa del presidente Óscar Arias en favor de la paz; le brindan, en tal sentido, su total respaldo moral y agradecen por su medio al pueblo y Gobierno de Costa Rica la cálida recepción y hospitalidad de que han sido objeto.

Óscar Arias Sánchez
Presidente
República de Costa Rica

José Napoleón Duarte
Presidente
República de El Salvador

Vinicio Cerezo Arévalo
Presidente
República de Guatemala

José Azcona Hoyo
Presidente
República de Honduras

San José, Costa Rica, 15 de febrero de 1987.

PROCEDIMIENTO PARA ESTABLECER LA PAZ FIRME Y DURADERA EN C E NTROAME RICA [5]

Los Gobiernos de los cinco estados de Centroamérica se comprometen a seguir el procedimiento que aquí se consigna para alcanzar los objetivos y desarrollar los principios establecidos en la «Carta de las Naciones Unidas», la «Carta de la Organización de los Estados Americanos», la «Declaración de Guatemala», la «Declaración de Punta del Este», el «Comunicado de Panamá», el «Documento de objetivos» del Grupo de Contadora, el «Mensaje de Caraballeda para la Paz, la Seguridad y la Democracia en América Central», el proyecto de «Acta de Contadora para la Paz y la Cooperación en Centroamérica», y la «Declaración de Esquipulas». Para esos propósitos, procederán como de seguido se consigna.

1. RECONCILIACIÓN NACIONAL

a) Amnistía

En los 60 días siguientes a la firma de este documento por todos los Gobiernos de los estados centroamericanos, en aquellos de estos países en donde existan luchas armadas deberá decretarse una amnistía general para los delitos políticos y conexos. Los respectivos decretos de amnistía deberán establecer todas las disposicio-

[5] Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica. Firmado por los presidentes centroamericanos el 15 de febrero de 1987 en San José, Costa Rica.

nes que garanticen la inviolabilidad de la vida, la libertad en todas sus formas, los bienes materiales y la seguridad de las personas.

Asimismo, esos decretos crearán, en cada uno de dichos estados, una Comisión Nacional de Reconciliación y Diálogo, integrada por representantes del Gobierno, de la oposición política interna, de la Iglesia Católica y de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que tendrá las funciones de atestiguar la vigencia real del proceso de reconciliación nacional.

En un plazo que no excederá de 6 meses después de la firma de este documento, el decreto de amnistía deberá estar plenamente cumplido en todos sus extremos, de manera real y eficaz, a juicio de la citada Comisión. a

b) Diálogo

Los Gobiernos de los estados de América Central que padecen luchas armadas deberán iniciar, o robustecer, en su caso, a partir de la firma de este documento, un diálogo amplio con todos los grupos desarmados de oposición política interna, como medio de fortalecimiento cívico y de «promover acciones de reconciliación nacional en aquellos casos donde se han producido profundas divisiones dentro de la sociedad, que permitan la participación, de acuerdo con la ley, en los procesos de carácter democrático» (Documento de objetivos).

2. CESE DEL FUEGO

Simultáneamente con el inicio del diálogo, las partes beligerantes de cada país suspenderán las acciones militares.

3. DEMOCRATIZACIÓN

A partir de la firma de este documento, deberá iniciarse un «auténtico proceso democrático pluralista y participativo que implique la promoción de la justicia social, el respeto a los derechos humanos, la soberanía de la integridad territorial de los estados y el derecho de todas las naciones a determinar libremente y sin injerencias externas de ninguna clase su modelo económico, político y social» (Declaración de Esquipulas), y comenzarán a adoptarse, de manera verificable, «las medidas conducentes al establecimiento y, en su caso, al perfeccionamiento de sistemas democráticos, representativos y pluralistas que garanticen la efectiva participación popular en la toma de decisiones y aseguren el libre acceso de las diversas corrientes de opinión a procesos electorales honestos y periódicos, fundados en la plena observancia de los derechos ciudadanos» (Documento de objeti-

vos). Para efectos de verificar la buena fe en el desarrollo de este proceso de democratización, se entenderá lo siguiente:

a) A los 60 días, contados a partir de la firma de este documento, deberá existir completa libertad para la televisión, la radio y la prensa. Esta completa libertad comprenderá la de abrir y mantener en funcionamiento medios de comunicación para todos los grupos ideológicos, sin excepción de ninguna naturaleza, y para operar esos medios sin sujeción a censura previa.

b) En el mismo plazo, deberá manifestarse el pluralismo político partidista total. Las agrupaciones políticas tendrán, en ese aspecto, amplio acceso a los medios de comunicación, pleno disfrute de los derechos de asociación y de las facultades de realizar manifestaciones públicas, así como el ejercicio irrestricto de la publicidad oral, escrita y televisiva para difundir sus ideales.

4. ELECCIONES LIBRES

Creadas las condiciones inherentes a toda democracia, deberán celebrarse elecciones libres, pluralistas y honestas.

La primera expresión conjunta de los estados centroamericanos, de encontrar la reconciliación y la paz duradera para sus pueblos, ha de ser la celebración de elecciones para la integración del Parlamento Centroamericano, cuya creación se propuso mediante la «Declaración de Esquipulas», del 25 de mayo de 1986.

Estas elecciones se realizarán simultáneamente en todos los países de América Central en el primer semestre de 1988, en la fecha que oportunamente convendrán los presidentes de los estados centroamericanos. Estarán sujetas a la vigilancia de la Organización de los Estados Americanos para garantizar ante el mundo entero la honestidad del proceso, que se regirá por las más estrictas normas de igualdad de acceso de todos los partidos políticos a los medios de comunicación social, así como por amplias facilidades para que se realicen manifestaciones públicas y todo otro tipo de propaganda proselitista.

Luego de efectuadas las elecciones para integrar el Parlamento Centroamericano, deberán realizarse, en cada país, con iguales garantías y vigilancia internacionales, dentro de los plazos establecidos en las respectivas Constituciones Políticas, elecciones igualmente libres y democráticas para el nombramiento de representantes populares en los municipios, el parlamento y la Presidencia de la República.

5. SUSPENSIÓN DE LA AYUDA MILITAR

Simultáneamente con la suscripción de este documento, los Gobiernos de los cinco estados centroamericanos les solicitarán

a los Gobiernos extrarregionales que, abierta o veladamente, proporcionan ayuda militar a los insurgentes o fuerzas irregulares, que suspendan esa ayuda. Solicitarán simultáneamente a las fuerzas irregulares y a los grupos insurgentes que actúan en América Central abstenerse de recibir esa ayuda, en aras de un auténtico espíritu latinoamericanista. Estas peticiones se harán en cumplimiento de lo establecido en el «Documento de objetivos» en cuanto a «Eliminar el tráfico de armas, intrarregional o proveniente de fuera de la región, destinado a personas, organizaciones o grupos que intenten desestabilizar a los gobiernos de los países centroamericanos».

6. NO USO DEL TERRITORIO PARA AGREDIR A OTROS ESTADOS

Los cinco países que suscriben este documento reiteran su compromiso de «Impedir el uso del propio territorio y no prestar ni permitir apoyo militar y logístico a personas, organizaciones o grupos que intenten desestabilizar a los gobiernos de los países de Centroamérica» (Documento de objetivos).

7. REDUCCIÓN DEL ARMAMENTO

En el plazo de 60 días, contados a partir de la firma de este documento, los Gobiernos de los cinco estados centroamericanos iniciarán «negociaciones sobre control y reducción del inventario actual de armamentos y sobre el número de efectivos en armas» (Documento de objetivos). Para ello, los cinco Gobiernos aceptan el procedimiento contenido en la «Propuesta conjunta de Costa Rica y Guatemala», presentada en las deliberaciones del Grupo de Contadora.

Estas negociaciones abarcarán, también, medidas para el desarme de las fuerzas irregulares que actúen en la región.

8. SUPERVISIÓN NACIONAL E INTERNACIONAL

a) Comité de Seguimiento

Dentro del plazo de 30 días, a partir de la firma de este documento, deberá quedar instalado un Comité de Seguimiento, integrado por el secretario general de las Naciones Unidas, el secretario general de la Organización de los Estados Americanos, los cancilleres del Grupo de Contadora y los cancilleres del Grupo de Apoyo. Este Comité tendrá las funciones de supervisión y verificación del cumplimiento de los compromisos contenidos en este documento. Sus funciones de seguimiento se aplicarán aun en

aquellos casos en que se establecen otros órganos de vigilancia y cumplimiento.

b) Respaldo y facilidades a los organismos de supervisión

Con el objeto de fortalecer la gestión del Comité de Seguimiento, los Gobiernos de los cinco estados centroamericanos emitirán declaraciones de respaldo a su labor. A estas declaraciones podrán adherirse todas las naciones interesadas en promover la causa de la libertad, la democracia y la paz en Centroamérica.

Los cinco Gobiernos brindarán todas las facilidades necesarias para el cabal cumplimiento de las labores e investigaciones a cargo de la Comisión Nacional de Reconciliación y Diálogo de cada país y del Comité de Seguimiento.

9. EVALUACIÓN DE LOS PROGRESOS HACIA LA PAZ

En la fecha que oportunamente convendrán, pero en todo caso dentro de los 6 meses posteriores a la suscripción de este documento, los presidentes de los cinco estados centroamericanos se reunirán en Esquipulas, Guatemala, con el propósito de evaluar los avances de los compromisos aquí adquiridos.

10. DEMOCRACIA Y LIBERTAD PARA LA PAZ Y PARA EL DESARROLLO

En el clima de libertad que garantiza la democracia, los países de América Central adoptarán los acuerdos económicos y culturales que permitan acelerar el desarrollo, para alcanzar sociedades más igualitarias y libres de la miseria.

Los puntos comprendidos en este documento forman un todo armónico e indivisible. Su firma entraña la obligación, aceptada de buena fe, de cumplir, dentro de los plazos establecidos, todos los puntos de este «Procedimiento para establecer la paz firme y duradera en Centroamérica».

Este documento rige a partir de la fecha en que sea firmado por los presidentes de los Gobiernos de los cinco estados de América Central.

Óscar Arias Sánchez
Presidente
República de Costa Rica

José Napoleón Duarte
Presidente
República de El Salvador

Vinicio Cerezo Arévalo
Presidente
República de Guatemala

José Azcona Hoyo
Presidente
República de Honduras

POR ENCIMA DE TODA AMENAZA [7]

ANTES DE PARTIR A GUATELAMA

TRABAJO Y DIÁLOGO

Yo no soy culpable de mis sueños. En ellos hay una historia de libertad. Hay trabajo y hay diálogo. Yo no soy culpable de mis sueños. No sé cuántas generaciones anteriores me enseñaron que no se debe aplastar al caído, sino levantarlo. No sé cuándo aprendí a perdonar al ofensor y a no guardar rencores. Yo no soy culpable de mis sueños. Bendigo al cielo porque vivo en una tierra donde podemos trabajar por los sueños, donde los sueños pueden transformarse en realidades. Nadie que viva en Costa Rica es culpable de sus sueños. Aquí, al poderoso le atormentará el sueño cuando quiera apartarse de la justicia social y refugiarse en el egoísmo. Aquí, al humilde jamás le será prohibido exigir que su sueño de eliminar la pobreza termine antes de tener que heredarles la pobreza a sus hijos.

Existes, Costa Rica, por encima de todos los dolores y de todas las amenazas. Muchos han querido decirte que tu existencia no es posible. Que eres una ficción. Que no puedes seguir siendo diferente. Que los sueños del mundo ya terminaron. Que debes tomar las armas y crear un ejército. Quieren decirte cobarde cuando tienes el coraje de no portar armas y de rehuir la guerra. Que debes ser realista y aceptar que tus hijos participen en guerras ajenas. Quieren que pregones ser libre, pero pretenden obligarte a pensar como ellos. Que debes ser blanca o ser negra. Quieren decirte que debes entender que unos dicen toda la verdad y otros

[7] Discurso pronunciado por cadena de televisión, 5 de agosto de 1987.

practican toda la mentira.

Voy a seguir soñando. Costa Rica va a seguir soñando. La paz nunca estará equivocada, el diálogo no será jamás el estandarte del fanático. Siempre habrá batallas que se ganarán en la vida y también más allá de la muerte, como las ganó el Cid Campeador. Serán las batallas por la libertad del hombre. Serán esas batallas que, como he repetido mil veces, no conocen la derrota.

Por la paz de Centroamérica he sido servidor de la voluntad de mi pueblo. Junto a todos ustedes, soy hermano de esos sueños que forjaron nuestros antepasados en los montes, valles y mares de esta tierra. Con la fuerza de la paz que heredamos, alejaremos * de nuestras fronteras la amenaza de la guerra.

HISTORIA DE LIBERTAD

No en vano en nuestra historia de libertad y de apego a los principios hay más fuerza que la de mil ejércitos. ¿Acaso no es cierto, Costa Rica, que el mundo entero escuchó nuestro llamado de paz? ¿Acaso no es verdad, Costa Rica, que desde la nación más poderosa hasta la más humilde, desde la más fanática hasta la más tolerante, se detuvieron para escuchar lo que nosotros queríamos decir para la paz de Centroamérica? No nos escuchan porque hagamos tronar cañones, o porque existan entre nosotros soldados con habilidad para manejar tanques o para volar con maestría aviones de combate. Nos escuchan porque no hemos renunciado a soñar, porque no daremos la espalda a ese legado hermoso que recibimos de nuestros padres y de nuestros abuelos.

LES DOY LAS GRACIAS

Les doy las gracias a todos ustedes, amigos y amigas, porque nunca me dejaron solo en los viajes por la paz. Yo tampoco los he dejado solos nunca. Siempre los llevé conmigo, costarricenses de hoy, de ayer y de mañana. Ahora pueden terminar estos viajes. No puedo decirles hoy, al partir para Guatemala, si esos viajes terminan para bien de la paz o habrán de continuar para evitar la guerra. Pidamos a Dios que triunfen la cordura y la reconciliación.

Les doy las gracias a todos ustedes, amigas y amigos míos, porque en la noche y en el día, a través de continentes y frente a obstáculos que parecían insalvables, siempre han estado conmigo.

Como testigos de la paz por la que lucha Costa Rica aparecen, con toda la nobleza de la historia patria, seis expresidentes de la República. Rafael Angel Calderón, mi contendor en las últimas elecciones, entregó su amplio y generoso apoyo a estos esfuerzos de paz. Los partidos políticos, sin excepción, dijeron presente al

llamado de la paz. El campesino y el obrero, el maestro y el estudiante, todos en el país me han expresado, en forma que conmueve, su solidaridad en esta lucha por lograr la paz en Centroamérica.

Hoy le digo a Costa Rica que no serán unos pocos los que desanimen nuestros esfuerzos de paz. Algunas minorías añoran la violencia para resolver los conflictos. Esas minorías no lograrán perturbar el empeño de un pueblo unido en la paz de su historia y comprometido con un destino de libertad irrenunciable. A Costa Rica se aplica hoy, con toda propiedad, aquella reflexión de don Quijote, donde se expresa la grandiosidad de una empresa de los hombres que comparten una misma meta. Permítanme leerles ese pasaje tan hermoso:

«Tapaos, Sancho, y subid, Sancho; ... y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá oscurecer malicia alguna».

VAMOS A HABLAR DE PAZ

Vamos a Guatemala a hablar de paz. El mundo entero va a hablar de la paz de Centroamérica. Hace unos meses se hablaba solo de la guerra en la región. Vamos a hablar de paz en torno a una propuesta de Costa Rica. Como les he dicho muchas veces, lo que proponemos para la paz se basa en los valores de democracia y libertad en que creemos los costarricenses. Queremos compartir lo que tenemos.

Hemos dicho que nuestro plan de paz no es un dogma. Bienvenidas son todas las modificaciones que lo mejoren, que aumenten el consenso entre los centroamericanos. A nosotros nos complace infinitamente que muchos hombres y gobernantes hayan dedicado su trabajo a buscar la forma como puedan entenderse los pueblos de Centroamérica, la forma como puedan terminar con la violencia estéril.

En Guatemala vamos a considerar sugerencias de todos los países de la región. Vamos a considerar sugerencias de los países que forman el Grupo de Contadora y el Grupo de Apoyo. Vamos a considerar inquietudes del Gobierno de Estados Unidos.
Lo que buscamos es un acuerdo político para luchar juntos por la paz. Los costarricenses queremos aportar tolerancia y comprensión. Estamos convencidos de que los dogmatismos de uno y otro extremo atenían contra la paz. Costa Rica sabe que es posible ser firme en el diálogo, que es posible defender principios sin recurrir a la violencia, sin utilizar el insulto.

En Guatemala, quizá como nunca antes en la historia, Centroamérica tiene la posibilidad de tomar el destino de sus jóve-

nes, sus conflictos, sus esperanzas y sus dolores en sus propias manos. Nosotros proponemos la reconciliación en la libertad. Proponemos la definición de los conflictos mediante el diálogo. Proponemos que los caminos de los pueblos se determinen en elecciones libres. Proponemos dejar atrás la pesadilla de dictadura e injusticia social que marca el alma de tantos millones de centroamericanos.

En esta empresa en que todos me han acompañado, a todos doy las gracias, profundamente conmovido. He singularizado esta noche en algunas personas y por eso he sido injusto. Voy a ser injusto una vez más al singularizar mi gratitud por los enormes esfuerzos del canciller de la República y de una Cancillería que lo ha entregado todo en condiciones muy difíciles.

NO SEREMOS DERROTADOS

El mundo vio ondear, en tristes días, las banderas victoriosas de Hitler, Mussolini y Stalin. En América Latina hemos visto también ondear muchas veces las banderas que pregonan verdades únicas para afirmar fanatismos de un extremo o de otro. Nunca nada bueno quedó tras esas banderas. Sus recuerdos son de desolación y muerte, de opresión, de cárceles y de miseria.

En Costa Rica no nos impresionan los héroes de papel ni los ídolos de barro. Aquí no nos cegamos por el resplandor de las medallas que adornan los pechos de los hombres que han dedicado sus vidas a hacer la guerra. -

No puedo prometerles, al partir para la reunión de Presidentes, que vamos a triunfar. Puedo asegurarles, eso sí, que jamás seremos derrotados. No viajo solo. No transito por los caminos de la vanidad. Soy fiel a un mandato. Fiel a un pueblo que me encargó sus sueños y que me exige llevarlos al futuro, entregarlos a la patria joven sin una sola mancha.

Quiero compartir con ustedes las estrofas de un poema de Jorge Debravo, que anoche leía:

"¿ No ha muerto entonces la paz?
¿Aún habita algún astro?
—Hijo, la paz te recorre
el corazón como un canto.
—Hijo, la paz es el aire
y el amor con que te hicimos.
—Hubo un tiempo en que la paz
era un vago sueño humano.
La sangre mojaba el mundo

como si todos los astros
fueran cántaros de sangre
y hubieran roto los cántaros.
La paz es tener amor
y no conocer la herida
y no hallar las calles rojas
como si estuvieran vivas"

OPTIMISMO Y ALEGRÍA

Quiero compartir también con ustedes, y para concluir esta noche, un optimismo que me llena de alegría. Sé que la tarea es enorme y muchos obstáculos parecen insuperables. Sé también que en esta causa estamos obligados a triunfar. La alegría que me invade y que quiero compartir con ustedes es la noticia de que, en Roma, el Santo Padre le pidió hoy al mundo orar por el éxito de la reunión de Guatemala. Su Santidad bendijo nuestra propuesta de paz.

Hace unos días le entregué al Nuncio Apostólico una carta dirigida al Papa. Seguro de interpretar a toda Costa Rica, concluí esa carta con las siguientes palabras:

"Sé bien, Santo Padre, que el apoyo de todas las naciones, de sus poetas y sus políticos, de sus trabajadores y sus músicos, de sus maestros y sus pintores, de sus estudiantes y sus campesinos, no tendrá la fuerza de la bendición suya, que ahora le imploro.

Ruégole, Santo Padre, orar por nuestras patrias, por la paz que buscamos en su nombre.

La gran victoria por la paz solo a usted puede ser ofrecida. Quiera Dios que nuestras imperfecciones no nos impidan alcanzarla .

QUE NADIE SE REFUGIE EN LA GUERRA [10]

CONSEJO PERMANENTE DE LA ORGANIZACIÓN DE ESTADOS AMERICANOS

*

EL MÁS PRECIADO VALOR

Me complace estar en esta Organización, donde los ciudadanos de las Américas tratamos de promover nuestros ideales comunes. La mayoría de ustedes representa hoy a gobiernos elegidos libremente por sus pueblos. El ideal libertario heredado de Simón Bolívar es el más preciado valor que deseamos compartir. Esta es la institución más adecuada para impulsar nuestros anhelos de libertad y democracia.

Aquí están los representantes de los países del Grupo de Contadora. Aquí están, también, los embajadores de los países del Grupo de Apoyo. Mucho han hecho ustedes por encontrar una solución pacífica a los problemas de Centroamérica, y aquí les doy las gracias, una vez más, por su cooperación. Han escrito para la paz del mundo páginas que están grabadas ya en la historia de América. Aquí está el secretario general de la Organización de Estados Americanos, João Baena Soares, quien ha confiado y apoyado sin desmayos los esfuerzos de paz de Centroamérica. Todos ustedes han aceptado, además, seguir con nosotros la ruta de la paz, participando en la vigilancia de los acuerdos firmados en Guatemala. Aquí están, entonces, nuestros mejores aliados contra la guerra.

[10] Discurso pronunciado el 22 de setiembre de 1987, ante el Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos, en Washinton, D. C., Estados Unidos de América.

AQUÍ SE COMPROMETIÓ SANDINO

Fue en este recinto donde el espíritu de Augusto César Sandino se comprometió en la ruta de la libertad del pueblo nicaragüense, después de que heroicamente fuera derrotado el tirano Somoza, después de que cayera para siempre la cruel dictadura que durante tantas décadas martirizó a Nicaragua.

Las cinco naciones centroamericanas hemos firmado un plan de paz para que la promesa de libertad que aquí se hizo en nombre de Sandino llegue a ser realidad sin amenazas ni agresiones. El plan aspira a la reconciliación de los centroamericanos, allí donde la amargura ha llevado a muchos a tomar las armas. Persigue la paz de nuestra pequeña América Central, el disfrute de la democracia política para nuestros pueblos y el imperio de la libertad para todos.

POBREZA Y DESARROLLO, GUERRA Y PAZ

Centroamérica es hoy una región especial del mundo. En ella tienen lugar una dura batalla entre la pobreza y el desarrollo y otra entre la guerra y la paz.

Un drama de males económicos y sociales recorre los territorios de istmo. La prolongada crisis económica sustenta un proceso de empobrecimiento permanente. El desmedido peso de la deuda externa, la pérdida en los términos de intercambio de nuestros principales productos, la fuga de capitales, el analfabetismo y el hambre, la mortalidad infantil, el desempleo, la falta de vivienda y otros problemas de igual magnitud, describen el escenario desigual en que debe darse la batalla en favor del desarrollo y la lucha contra la pobreza.

En el campo político destaca el creciente número de refugiados. Aumentan la cantidad de asesores militares, las maniobras bélicas y la guerra de guerrillas. Hay actos nacionales e internacionales de terrorismo. Hay guerra desatada de declaraciones políticas, en la que participan países de dentro y fuera del área. Hay conflicto y tensión en algunas fronteras.

Centroamérica está sometida a una descarnada presión económica, que amenaza con perpetuar la pobreza. Está sometida a una cruel presión política que amenaza con desintegrar incipientes instituciones democráticas. Pobreza y guerra, guerra y pobreza. ¿Es este el destino reservado a Centroamérica? Ya sabemos que esta es parte de su historia. Pero ¿tiene que formar parte también de nuestro futuro?

SE ABRIÓ UNA PUERTA

Los pueblos del istmo decidieron tomar el destino de estas batallas en sus propias manos. Contra todas las predicciones, contra fuerzas dogmáticas de los extremos, contra intereses económicos poderosos, las cinco naciones firmaron un acuerdo de paz. Se abrió una puerta que estaba cerrada, se abrió un camino que para algunos estaba destruido para siempre.

Estamos cansados de una historia de muerte, de enfrentamientos estériles, de dictadores despiadados, de pueblos marginados de los beneficios del desarrollo. Ese camino significa colocar dictadores a la cabeza de los pueblos, y ya no queremos más dictadores en América. ¿Qué intereses oscuros pretenden refugiarse, una vez más, tras los uniformes militares? Evidentemente, no son los intereses de los pueblos. Los intereses de nuestros pueblos están de cara al Sol, abiertos al mundo; piden libertad, trabajo, pan, techo, seguridad. Nunca hay nada oculto en los intereses del pueblo; por eso, el pueblo no necesita armas para dormir sin temor su cansancio.

Nos negamos a aceptar que todo tenga que seguir igual. Nos negamos a aceptar que, cuando las juventudes miran el futuro, se les quiera obligar a ver el pasado. Nuestros pueblos tienen derecho a transitar por la libertad, a disfrutar la paz, a trabajar con éxito por el desarrollo. En Guatemala firmamos un compromiso para cambiar la historia.

Son muchos los obstáculos que deberemos vencer. Son muchos los que no creen que eso sea posible. Algunos pocos parecen haber decidido oponerse al camino de paz acordado. No es justo que el costo de algunas guerras se mida por el número de jóvenes que mueren en ellas, y el de otras, por los dólares que en ellas se gastan. No es justo que se busque la paz en las guerras en que caen los hijos propios, y se alienten victorias o derrotas en guerras en las que caen hijos ajenos.

UN TRATO ECONÓMICO JUSTO PARA LA PAZ

Las naciones centroamericanas necesitamos apoyo para construir el camino propio que nos hemos trazado. Necesitamos apoyo político y necesitamos apoyo económico. Pedimos que dejen de llegar armas a la región y que, en su lugar, lleguen inversiones. Pedimos que se nos abran mercados y se nos permita pagar nuestras deudas en condiciones más favorables. Nuestros esfuerzos de paz sólo podrán tener éxito si simultáneamente somos capaces de reactivar nuestras economías, de distribuir mejor la propiedad y el ingreso, de elevar los niveles de vida de nuestros pueblos.

Ustedes saben bien que a los países de Centroamérica no se les está dando todo el trato preferencial que necesitamos. Son insuficientes los acuerdos especiales para vender nuestros productos y para pagar nuestras deudas. Faltan créditos para la región, falta comprensión política de nuestros problemas por parte de algunos organismos internacionales de desarrollo. Este comportamiento internacional es un obstáculo a nuestros esfuerzos de paz. Estamos obligados a luchar para romper esta muralla.

Muchas veces hemos hablado de un nuevo orden económico internacional. Hemos hablado del diálogo Norte-Sur, hemos hablado de cómo mejorar las condiciones de intercambio para los países en desarrollo. Hoy necesitamos hablar de una nueva economía para la paz de Centroamérica porque es necesario asegurar que, frente al reto de la guerra y la paz, sea la paz la que prevalezca.

Los países industrializados tienen temor de hacer concesiones especiales aun en nombre de la paz. Quizá temen verse obligados a extender luego esas ventajas a todas las demás naciones. Ese temor debe cesar. Si no aceptamos que puedan hacerse excepciones, incluso en nombre de la paz, estaremos aceptando que todo en el mundo es igual, que nos da lo mismo el tirano que el demócrata, que nos da lo mismo la guerra que la paz, que serán solo las reglas de la economía las que habrán de regir las relaciones entre los pueblos.

Nosotros sabemos que en Centroamérica debe emprenderse el esfuerzo por una economía para la paz. Deben cesar las guerras y abrirse posibilidades para atender con prontitud los más apremiantes problemas de quienes han vivido en la miseria durante muchas décadas.

América Central requiere acceso a nuevos mercados para sus productos y estabilidad del valor de su producción exportable. Se necesitan más créditos y es imprescindible una renegociación de la deuda, que permita garantizar la paz, primero, y pagar, después. Es necesario que las economías crezcan para poder pagar.

Si a Centroamérica se le obliga a pagar en las circunstancias actuales, si se le niegan condiciones internacionales más favorables, se estará condenando a muchas democracias a un cruel retorno a las dictaduras, se estará condenando a la región a ser escenario de guerra entre hermanos por tiempo indefinido. Hay en esto una responsabilidad compartida entre nuestros países y la comunidad internacional. No es posible darle la espalda a la historia de paz que estamos invitados a escribir juntos. Es hoy cuando debemos evitar los males para no tener que lamentarnos mañana. Si no lo hacemos ahora, habremos fallado en esta hora crucial de la historia.

NUEVO DIÁLOGO

Los pueblos de Centroamérica están hablando entre sí. Hablan sus presidentes, hablan sus ministros, hablan sus técnicos. Hablan sus escritores y sus periodistas, hablan los hombres de sus iglesias. Hay una ruta centroamericana de diálogo para la que pedimos ayuda. Sabemos mejor que nadie cuán difícil es abrir caminos en el trópico, pero estamos haciéndolo.

El envío encubierto o público de armas a algunos países de la región, por parte de potencias extrarregionales, nos arrastrará irremisiblemente a un enfrentamiento entre el Este y el Oeste. Habrá un punto de no retorno donde acabará por entronizarse la guerra. La senda de la guerra solo puede significar para Centroamérica un futuro peor, más duro, más lleno de opresión y de miseria.

El plan de paz es un reclamo, un grito, un llamado a la razón para poder trabajar por mejores horizontes. Nadie tiene derecho a radicalizar las guerras fratricidas que hoy tienen lugar en Centroamérica. Eso no es justo. La polarización de la política no beneficiará nunca a las grandes mayorías que habitan nuestros territorios.

Si las democracias del mundo mostramos miedo ante la libertad, ante el uso de sus instrumentos propios, como el diálogo y la persuasión, estaremos siguiendo los postulados de los tiranos, la ruta de los opresores. Es necesario que trabajemos con toda honestidad política para que se respete la libre determinación de los pueblos, para que los pueblos sean libres y puedan ejercer sus derechos en democracia. Es necesario que se cumpla la palabra empeñada en el plan de paz. Es preciso que se abra un espacio a la libre decisión tomada por nuestros cinco estados.

DIGNIDAD Y DECORO

Algunos dicen que la batalla por la paz de Centroamérica debe ganarse en Washington. Otros dicen que la batalla por Washington hay que ganarla en Centroamérica. Yo afirmo que la batalla por Washington deben ganarla aquí, con los caminos propios del pueblo norteamericano. La batalla por la paz de Centroamérica debemos ganarla allá, por los caminos propios de los centroamericanos.

No confundamos ya más las cosas. Que nadie se refugie en la guerra, que nadie tema a la libertad. Trabajemos juntos por la democracia y la libertad de todos en América. Esta Organización será de George Washington y de Simón Bolívar el día que aquí no se siente un solo representante de un tirano, el día que aquí

estén solo los embajadores que reflejen la libre expresión de todos y cada uno de los pueblos de América.

No escalemos guerras sin sentido. Es vano escalar cuando no hay cima por alcanzar, cuando no hay gloria por compartir.

Lo que hoy pide Centroamérica se refleja en las palabras de José Martí cuando dijo:

«Un hombre que se conforma con obedecer leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado... En el mundo ha de haber cierta cantidad de decoro, como ha de haber cierta cantidad de luz. Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad, que es robarles a los hombres su decoro. En estos hombres van miles de hombres, va un pueblo entero, va la dignidad humana».

El acuerdo de paz es el camino de la dignidad y el decoro que los centroamericanos hemos escogido en esta hora señalada por la historia. Queremos lograr metas comunes de libertad, democracia y desarrollo.

Invito a las democracias de las Américas y a los hombres que luchan contra la opresión en estos territorios, a que trabajemos juntos por la paz centroamericana, que es también la paz de América.

DEMOSLE UNA OPORTUNIDAD A LA PAZ [16]

CONGRESO DE LOS
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

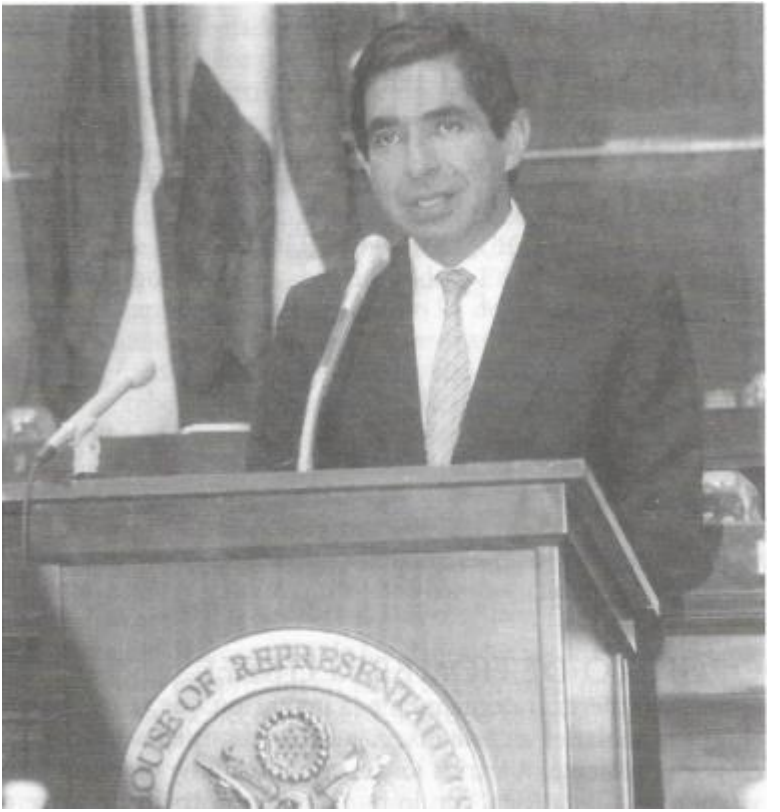
ORGULLO DE HOMBRES LIBRES

Quiero agradecer fraternalmente la invitación que se me ha hecho para hablarles en este día. A muchos de ustedes los conozco personalmente. A varios los he visitado aquí y otros me han visitado en Costa Rica, con lo que han demostrado un sincero interés por conocer nuestros problemas.

¡Qué hermoso es hablar en un parlamento! Ustedes están aquí porque fueron libremente elegidos por los pueblos. Este es el mejor templo a la libertad que reconoce un demócrata. En el parlamento están la fuerza de la justicia y el alma de los pueblos libres.

Una sola ofensa puede cometerse en un recinto parlamentario: no hablar con libertad, no hablar con sinceridad, no hablar con la verdad. Por eso hablo aquí con el mismo orgullo de hombre libre que ustedes sienten, con esa libertad que hace iguales a los hombres e iguales a las naciones. En 1921 ya decía el maestro costarricense Joaquín García Monge:

[16] Discurso pronunciado el 22 de setiembre de 1987, en la sesión conjunta del Congreso de los Estados Unidos de América, en el Capitolio, Washington, D. C.



«Los pueblos pequeños, si son dignos, si no son serviles, si son ilustrados y laboriosos, también tienen derecho a ser libres como los grandes, y que si hay un coraje sagrado es el de los pueblos que se yerguen como un solo hombre en defensa de sus más caras libertades».

DIFERENCIAS QUE NO NOS SEPARAN

Entre esta gran nación y mi querida Costa Rica hay un sinnúmero de diferencias. Diferencias de extensión territorial: el mío es uno de los países más pequeños; el de ustedes, uno de los más grandes. Diferencias de población: la de mi patria es de dos y medio millones, la de Estados Unidos, de doscientos cincuenta millones. Diferencias en el ingreso: quince mil dólares por habitante en este país; mil quinientos dólares en el mío. Diferencias en armamentos: la nación de ustedes es, militarmente, la más poderosa del mundo; nosotros no tenemos armas de guerra.

Ninguna de esas diferencias nos separa. Ninguna de esas diferencias nos aparta de nuestra condición de hermanos. El noble pueblo que ustedes representan y nuestra Costa Rica están unidos porque comparten los valores más hermosos que el hombre ha sabido conquistar en la historia: la democracia, la libertad, el respeto irrestricto a los derechos del hombre, las luchas por la justicia, las luchas por la paz. Creemos en la sabiduría del pluralismo, creemos en la consideración al adversario político. Creemos en el orden jurídico. Anhelamos transformar nuestros sueños en realidades.

Sé que somos iguales porque nos unen los valores que tanto amamos y que juntos aspiramos a poner en práctica. Sé que ustedes quisieran compartir con nosotros todo lo bueno que han alcanzado, al igual que nosotros deseamos compartir con ustedes nuestros logros y el cariño y la hospitalidad de nuestro pueblo.

EL DIÁLOGO DE LA AMISTAD

La relación de nuestros dos países ha sido paradigma de amistad. Cada vez que nuestra centenaria democracia fue amenazada por intentos golpistas, o por invasiones externas, el pueblo estadounidense siempre estuvo a la par del nuestro. Cada vez que ustedes se lanzaron a cruzadas para defender de la amenaza totalitaria al mundo libre, mi pequeña Costa Rica no titubeó en unirse a ustedes. No hay una sola crisis económica en nuestra historia en la que ustedes no nos hayan tendido la mano amiga. Costa Rica se enorgullece de su amistad con Estados Unidos de América, y así lo pregona ante el mundo entero. A ustedes podemos decirles lo que pensamos, sin que necesariamente sea eso lo que quieren oír. Otro tanto hacen ustedes con nosotros. Es el diálogo de la amistad, el diálogo que no conoce la sumisión. Es el diálogo que aspira a encontrar coincidencias por medio de la sinceridad.

LA VERDAD DE MI PUEBLO

Cuando el presidente Ronald Reagan visitó Costa Rica, en diciembre de 1982, citó en su discurso a un distinguido expresidente costarricense del siglo pasado. Repitió estas palabras de don José Joaquín Rodríguez:

«No me siento impresionado al escuchar proclamas de grandes principios; lo que admiro son los hombres que saben ponerlos en práctica».

Y luego agregó:

«Costa Rica es un altivo ejemplo de un pueblo libre que prac-

tica los principios de la democracia. Y ustedes lo han hecho tanto en tiempos buenos como en tiempos malos; cuando era fácil y cuando se requería un gran arrojo».

Con toda humildad quiero decir aquí que esas palabras corresponden a la verdad de mi pueblo. Para nosotros la política no puede tener otro sentido que el de luchar cada día por transformar en realidades lo que pensamos. Sé que para ustedes también es así. Es este quizás el tesoro, el privilegio más grande que comparten nuestros dos pueblos.

Ni ustedes ni nosotros podemos estar tranquilos si sabemos que la libertad está amenazada. Ni ustedes ni nosotros podemos estar tranquilos si sabemos que hay niños abandonados, hombres y mujeres sin trabajo, familias sin techo. Ni ustedes ni nosotros honraremos como héroes a hombres que mientan o engañen. Ni ustedes ni nosotros elegiremos jamás la guerra cuando podemos hacer la paz. Ni ustedes ni nosotros renunciaremos a mirar hacia el futuro. Es en el futuro donde hay más hombres libres, donde hay más democracias, donde hay más justicia, donde hay más paz. Ni ustedes ni nosotros podemos renunciar nunca a la esperanza, a que las cosas sean diferentes, a que haya cambios allí donde hay injusticias, allí donde la paz esté amenazada.

PERTENEZCO AUN PAÍS PEQUEÑO

Yo pertenezco a un país pequeño, que no tuvo temor de abolir el ejército para ser más fuerte. En mi patria no existe un solo tanque, un solo cañón, un solo barco de guerra, un solo helicóptero artillado. En Costa Rica no le tenemos miedo a la libertad. Amamos la democracia y respetamos el derecho. Nuestra democracia tiene cien años de funcionar; es la más antigua de América Latina y una de las más viejas del mundo. Aspiramos al desarrollo. Buscamos la paz en nuestras fronteras.

Hemos avanzado mucho en materia de educación, salud y nutrición. En todos estos campos tenemos niveles comparables a los mejores de América Latina. Aun siendo pobres, hemos podido alcanzar metas satisfactorias de desarrollo, en gran medida porque no gastamos en armas y porque la práctica continua y leal de la democracia obliga a atender las necesidades de las mayorías. Hace casi cuarenta años abolimos el ejército, y hoy no somos amenaza para nadie: ni para nosotros mismos ni para nuestros vecinos. No somos amenaza no porque no tengamos tanques, sino porque prácticamente no tenemos hambrientos, ni analfabetos, ni desempleados.

LA NUEVA ECONOMÍA

En estos años de dura y persistente crisis económica, los costarricenses entendimos que era necesario crear una nueva economía. La base de todo cambio es, sin duda, garantizar la paz en Centroamérica. En seis años, el comercio regional ha caído de 1.000 millones de dólares a 400 millones. Sólo la paz puede devolvernos ese mercado. Igualmente graves han sido los efectos negativos de la disminución de las inversiones y de la fuga de capitales. Si no hay paz, no habrá desarrollo.

Estamos empeñados en realizar profundos cambios en nuestra estructura productiva. Buscamos una concepción diferente del desarrollo económico y social. Nuestra democracia política será invulnerable sólo si somos capaces de crear una democracia económica. Aspiramos a una sociedad de muchos propietarios y no de proletarios. Ya lo decía Daniel Webster: «Power naturally and inevitably foliows property».

En los cambios del sistema productivo, no podemos renunciar a la sensibilidad social, característica de nuestra historia. Somos un país pequeño, de delicados equilibrios que encuentran sus raíces en el respeto mutuo. A muchos les sorprende que en horas difíciles para la economía no estemos dispuestos a abandonar programas sociales. Perfeccionarlos, sí. Hacerlos más eficientes, también. Deshumanizar nuestra economía, no. Por eso hoy estamos empeñados en un programa especial de vivienda popular y hemos extendido a toda la población la atención médica gratuita. Somos dos millones y medio de habitantes y si rompemos la solidaridad que hemos sabido mantener en la pobreza, derribaremos uno de los pilares más sólidos de nuestra convivencia democrática.

Para establecer la nueva economía sin poner en peligro la estabilidad económica alcanzada, estamos negociando programas de estabilización económica con el Fondo Monetario Internacional, y de ajuste estructural con el Banco Mundial. En el campo interno, nos ocupamos en modernizar el sistema financiero. Hemos reducido significativamente el déficit fiscal y estamos empeñados en un gran esfuerzo para aumentar nuestras exportaciones.

Lograremos la nueva economía con más propietarios y mediante el desarrollo de esquemas empresariales en los que la productividad y el esfuerzo individual determinen el ingreso de los trabajadores. Rechazamos la falsa disyuntiva de «eficiencia económica o justicia». Postulamos, más bien, que ambas deben ir de la mano.

Mi gobierno está actuando decididamente para materializar todo el potencial de la iniciativa privada. Por eso, nos empeña-

mos en extender el motivo de lucro mediante planes para que los trabajadores participen como accionistas de las empresas «Profit sharing economy». Estamos en el proceso de traspasarle a las cooperativas las empresas estatales. La semana pasada les transferimos a doscientos mil cooperativistas la Central Azucarera Tempisque, la empresa agroindustrial más grande de mi país.

La nueva organización económica debe fundamentarse en la equidad y en la seguridad. No es posible establecer en Costa Rica, en nombre de la eficiencia, una economía con base en la codicia y la intimidación.

LA COLABORACIÓN DE ESTADOS UNIDOS

Para todos estos cambios hemos contado con la colaboración del pueblo y el Gobierno de Estados Unidos. Esta colaboración se ha manifestado en préstamos y donaciones y también en facilidades nuevas para nuestros productos en el mercado estadounidense. La Iniciativa de la Cuenca del Caribe se transforma, poco a poco, en pilar para nuestras nuevas exportaciones. Todavía subsisten muchos obstáculos en relación con ese programa. Somos un país pequeño y ninguno de nuestros productos constituye amenaza para las empresas de este país. Estamos en negociaciones para incluir otros productos en el convenio. Confiamos en que no sigan aplicándose a Costa Rica sanciones administrativas y en que se aumenten las cuotas de algunas de nuestras exportaciones.

Con la implantación de la nueva economía, pretendemos cambiar paulatinamente la ayuda externa por oportunidades para crear un desarrollo más autónomo. En el camino se interponen, desafortunadamente, una elevada deuda externa, la inestabilidad del acceso a nuevos mercados y el persistente deterioro de los términos de intercambio. En este Congreso se han presentado iniciativas como la del Senador Bradley, para lidiar con la deuda externa; o la del Senador Sanford, para crear programas especiales de ayuda a Centroamérica, que podrían apuntalar de modo importante la economía de la región y contribuir al establecimiento de la paz.

EL PRINCIPAL DESAFÍO

Dije aquí que nuestro principal desafío es lograr la paz en América Central. Ustedes comparten estos anhelos. En agosto, en la ciudad de Guatemala, las cinco naciones centroamericanas firmamos un pacto de paz. En la raíz de los problemas que hoy padece la región hay una historia de doscientos años de injusticia. Se ha perpetuado para millones de seres humanos la pobreza más despiadada. Esta-

mos convencidos de que la miseria es la causa de la tragedia que se vive en el istmo. Estamos convencidos de que, cualquiera que sea el riesgo que debamos correr para luchar por la paz, siempre será menor que los costos irreparables de la guerra.

Estamos cansados de una historia de muerte, de enfrentamientos estériles, de dictadores despiadados, de pueblos marginados de los beneficios del desarrollo. Ese camino significa colocar tiranos a la cabeza de los pueblos, y ya no queremos más tiranos en América.

Nos resistimos a aceptar que todo tenga que seguir igual. Nos resistimos a aceptar que, cuando las juventudes miran el futuro, se las quiera obligar a ver el pasado. Nuestros pueblos tienen derecho a transitar por la libertad, a disfrutar la paz, a trabajar con éxito por el desarrollo. En Guatemala firmamos un compromiso para cambiar la historia.

EL PLAN DE PAZ

El plan de paz propicia la reconciliación nacional allí donde se matan hermanos. Pedimos diálogo y pedimos amnistía. Queremos un cese del fuego lo antes posible. Queremos que se realice la democratización en plazo perentorio. Solicitamos elecciones libres, que reflejen la auténtica voluntad de las mayorías. Demandamos la suspensión de la ayuda militar a todas las potencias que intervienen en la región. Queremos que se garantice la no utilización de territorios para agredir a otros estados. Buscamos una reducción del armamento. Solicitamos la supervisión nacional e internacional al Grupo de Contadora y al Grupo de Apoyo, a los secretarios generales de las Naciones Unidas y de la Organización de los Estados Americanos. Proponemos fórmulas para evaluar los progresos hacia la paz. Afirmamos que en la democracia y en la libertad hemos de retornar al desarrollo que nos permita disfrutar de una paz duradera. Estos puntos recogen años de labor del Grupo de Contadora y expresan la fuerza de un siglo de democracia y libertad de Costa Rica.

Los pueblos de Centroamérica están hablando entre sí. Hablan sus presidentes, hablan sus ministros, hablan sus técnicos. Hablan los escritores y los periodistas, hablan los hombres de las iglesias. Hay una ruta centroamericana de diálogo para Ja que pedimos ayuda. Sabemos, mejor que nadie, cuán difícil es abrir caminos en el trópico, pero sabremos abrirlos. Se han establecido comisiones de reconciliación y está muy cerca el diálogo entre los hombres alzados en armas y los gobiernos. En estos últimos días Costa Rica ha puesto, una vez más, toda su autoridad moral para alentar, en El Salvador y en Nicaragua, los diálogos que con-

duzcan pronto a negociar un cese del fuego. Si callan las armas, si dejan de matarse hermanos, el diálogo tendrá sentido.

El acuerdo de paz es un camino, es un procedimiento en que, de buena fe, nos hemos comprometido todos a trabajar por la paz. Nos hemos fijado plazos. Sobre todo, queremos lograr metas comunes. Algunas cosas las haremos antes del vencimiento de esos plazos; otras quizá demoren más. Hemos abierto una puerta para que en Centroamérica prevalezca la razón, para que se afiancen la reconciliación y el diálogo. Si hay voluntad de cumplir, no podemos enterrar la esperanza.

NO EQUIVOQUEMOS EL CAMINO

Frente a una encrucijada de paz y desarrollo o de guerra y miseria, no debemos equivocar el camino. Ustedes y nosotros no podemos estar separados en esta lucha. La lucha por la paz de Centroamérica es la lucha histórica de las democracias. Como nunca antes, hay una hora señalada en esa historia para que el pueblo de Estados Unidos y el de Costa Rica digan « ¡presente!» con toda la fuerza de los principios y los valores que compartimos.

La historia de Centroamérica es desgarradora. En estos años más de un millón de personas han sido desplazadas de sus hogares. Más de cien mil han muerto. Si grabáramos sus nombres en un muro, como grabados están aquí, en Washington, los nombres de los caídos en Vietnam, tendríamos que construir un muro tres veces más largo para inscribir a los centroamericanos víctimas de la violencia de estos años.

Ustedes buscan la paz con igual empeño que nosotros. Hay planes como la conocida propuesta «Wright-Reagan», que incluye aperturas importantes para facilitar la paz y garantizar la democracia, el desarme y la seguridad regional.

RECOBREMOS LA FE

Es hora de sumar lo positivo de todos los planes. Démosle una oportunidad a la paz. No permitamos que prevalezca la mezquindad de algunos ni la ceguera de otros. Si luchamos juntos por la paz, la alcanzaremos. El camino es difícil. Pero ¿acaso ha sido fácil uno solo de nuestros caminos? Aquí, en Estados Unidos, ¡cuán duras han sido las luchas por conquistar el propio territorio, por conquistar la igualdad para todos los hombres de estas tierras, por preservar la libertad, por llegar al espacio! Cuanto más difícil sea el obstáculo, más grande será la satisfacción de vencerlo.

Recobremos la fe en el diálogo. Usemos sin temor la verdad. Enterremos el miedo a la libertad. La derrota de la política es la guerra. Por eso, jamás podremos aceptar que esa sea su expresión suprema.

NUESTRA VIEJA AMISTAD

Estamos muy agradecidos por la amistad de ustedes. Con su ayuda queremos obtener nuevas y mejores oportunidades de desarrollo. Con su ayuda queremos cambiar las amenazas de guerra por oportunidades para la paz.

Reafirmemos la fe en nuestra vieja y sincera amistad. Costa Rica quiere subsistir con sus viejos y queridos valores. Cuando el presidente John F. Kennedy nos visitó, hace veinticuatro años, dijo con vehemencia:

«Hoy en día, los principios de no intervención y de solución pacífica de disputas se han entrañado tan firmemente en nuestras tradiciones que esta democracia heroica, en cuyo suelo nos reunimos hoy, puede continuar su marcha en pos de sus objetivos nacionales sin que la fuerza armada tenga que guardar sus fronteras. Existen pocos lugares en el mundo de los que pueda decirse lo mismo».

En estas horas difíciles creemos, más que nunca, en las palabras de Kennedy. Este año establecimos en Costa Rica el «Día de la abolición del ejército», suprimimos todos los rangos militares, y, mediante un concurso entre las escuelas, determinaremos el uniforme civil que llevarán nuestros policías.

Enfrentémonos a la guerra con la fuerza de la paz. Enfrentémonos al totalitarismo con la fuerza de la democracia. Unidos en las ideas y en los principios, juntos en el diálogo y en la democracia, lograremos que prevalezca la concordia. Debemos darle a la paz una oportunidad sincera.

UN NUEVO CAMINO HACIA LA PAZ . DE CENTROAMERICA [9]

XLII ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS

USTEDES CONOCEN A COSTA RICA

Vengo de un pueblo que ustedes conocen bien. Conocen nuestros valores, nuestros esfuerzos por el desarrollo, nuestras luchas por la paz. Vengo a pedirles ayuda, a decirles que necesitamos el apoyo de todos los países de buena voluntad para que la concordia prevalezca en la región centroamericana.

He venido a pedir la fuerza de los principios de ayer y de hoy para alcanzar la paz, la libertad y la democracia de Centroamérica. He venido a pedir la fuerza política y diplomática de las naciones del mundo para poder compartir un camino nuevo que asegure la paz en la región.

Hace un año llegué aquí a decir que el destino de Centroamérica estaba ligado a una decisión sobre la guerra y la paz. Quiero decirles ahora que los cinco estados de América Central aspiramos a que nuestro destino sea de paz. Para acabar con la guerra, la democracia política debe establecerse en todos los pueblos de nuestra América, la libertad deben disfrutarla todos sus hombres, y los derechos humanos deben respetarse celosamente en nuestras naciones.

[9] Discurso pronunciado el 23 de setiembre de 1987, ante la XLII Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York, Estados Unidos de América.

PLAN DE PAZ

En el plan de paz que firmamos en Guatemala pedimos diálogo y pedimos amnistía. Queremos un cese del fuego lo antes posible. Queremos que se inicie la democratización en plazos perentorios. Pedimos elecciones libres, que reflejen la auténtica voluntad de las mayorías. Demandamos la suspensión de la ayuda militar a las potencias que intervienen en la región. Queremos que se garantice la no utilización de territorios para agredir a otros estados. Buscamos una reducción del armamento. Solicitamos la supervisión nacional e internacional del Grupo de Contadora, del Grupo de Apoyo, y de los Secretarios Generales de las Naciones Unidas y de la Organización de los Estados Americanos. Proponemos fórmulas para evaluar los progresos hacia la paz y afirmamos que en la democracia y en la libertad hemos de retomar el desarrollo que nos permita disfrutar de una paz duradera. Estos puntos recogen años de labor del Grupo de Contadora y expresan la fuerza de un siglo de democracia y libertad de mi Costa Rica.

TEMORES INJUSTIFICADOS

Algunos se muestran temerosos frente al pacto de paz de los centroamericanos. Dicen que lo que queremos lograr en Centroamérica no se ha logrado nunca antes. Dicen que es impracticable el diálogo cuando los odios son tan profundos. Dicen que es imposible la reconciliación cuando las diferencias han sido tan marcadas y han durado tantos años. Dicen que no es posible caminar juntos cuando ideologías tan extremas separan a los pueblos. Dicen que no se puede confiar en la palabra del que ha mentido. Si tuviéramos que renunciar a lo que nunca antes fue posible, América no habría sido descubierta ni el hombre habría llegado a la Luna; tendríamos que resignarnos para siempre a aceptar la imposibilidad de curación de algunas enfermedades; a aceptar para siempre que las guerras son eternas; a aceptar un destino de crueldad perenne para Centroamérica.

EL DESTINO ESTÁ EN NUESTRAS MANOS

Afirmo lo contrario. Estamos obligados a intentar algo diferente. No podemos renunciar a la imaginación y al coraje para promover los cambios que la sociedad demanda. No podemos seguir caminando a oscuras por la historia, cargados de miseria y atormentados por la guerra. No podemos recorrer a tientas el camino nuevo, titubeando, esperando que sean otros los que nos

guíen. Decimos paz, decimos democracia, decimos libertad, porque sabemos hacia dónde queremos ir, porque sabemos cuál es el futuro que queremos construir. Estamos cansados de derramar lágrimas. Anhelamos encontrar ideales compartidos para trabajar juntos por el desarrollo. Queremos tomar el destino regional en nuestras propias manos.

DE BUENA FE POR LA PAZ

En el acuerdo firmado en Guatemala nos comprometimos a trabajar de buena fe por la paz. Hemos establecido, para dialogar, formas de las que ninguna de las naciones involucradas deberá apartarse y metas que pretendemos alcanzar. Hemos fijado plazos para lograrlas. Todos estamos de acuerdo en que debemos avanzar hacia los objetivos con toda prontitud. En la medida en que lo logremos, aumentará la credibilidad, crecerá la confianza entre nosotros y ante el mundo. Cuanto más pronto callen las armas, más pronto se dejará de alimentar los odios. Cuanto más rápidamente se restablezcan las libertades, más pronto podrán los pueblos disfrutar la democracia y más respetados serán los derechos del hombre.

SE ABRE UN CAMINO POLÍTICO

Seamos claros. Nadie tiene derecho a juzgar el éxito o el fracaso del camino de paz centroamericano en función del presunto incumplimiento de los plazos. Algunos de los propósitos del acuerdo pueden cumplirse en menos de lo previsto; otros podrían requerir más tiempo. Mientras sean efectivos los avances hacia la reconciliación nacional, hacia el disfrute de las libertades y hacia la cesación de las guerras intestinas; mientras esos progresos formen parte de una nueva realidad política, el plan estará vivo, el plan seguirá vigente, la esperanza podrá extenderse por doquier.

Conocemos la enorme magnitud de los obstáculos que nos proponemos vencer. Sabemos que hay enemigos internos y externos, opuestos al camino escogido por los centroamericanos. No será, sin embargo, una fecha postergada en el calendario la que pueda cerrar la última puerta para que en Centroamérica prevalezca la razón, para que la paz se imponga sobre la guerra.

El plan dejará de ser realista y sincero cuando alguno de los actores regionales o extrarregionales actúe con voluntad inconfundible de traicionar lo pactado en Guatemala. Dejará de serlo cuando la conducta evidencie la intención de no deponer las armas, de no avanzar hacia la democracia, de no buscar la reconciliación nacional. Nadie tiene derecho a juzgar exclusivamente

por conductas del pasado. Ninguno de los actores, ninguna de las grandes potencias, tiene autoridad moral para lanzar la primera piedra. Una nueva realidad política surge en Centroamérica. Pedimos respeto para la autodeterminación regional. Pedimos comprensión, pedimos ayuda para superar los obstáculos y acercarnos a la paz.

PAZ Y DESARROLLO

En la raíz de los problemas centroamericanos encontramos largas dictaduras y gravísimas injusticias sociales. Décadas de hambre y sufrimiento desgarrador fueron y son testigos de la. forma de vida miserable que soportan allá millones de hombres y mujeres. Estamos convencidos de que, con el retorno de la democracia a las repúblicas de Centroamérica, podrá favorecerse un desarrollo compartido idóneo para atender seria y prontamente las necesidades básicas de la población.

Estamos conscientes de que, en el reordenamiento de nuestras economías, el principal esfuerzo debemos hacerlo nosotros mismos. Parte importante de ese esfuerzo será lograr la paz, pues sin paz no habrá desarrollo. Hemos iniciado el camino hacia la paz y estamos dispuestos a luchar por su éxito. Para retornar a los caminos de desarrollo sostenido, es de suma importancia obtener un mejor trato internacional. Necesitamos, también, acceso a nuevos mercados, requerimos condiciones más favorables para pagar nuestras deudas y nos resulta imprescindible una mayor estabilidad de los precios de nuestras exportaciones.

A Centroamérica no se le han otorgado todas las condiciones económicas que requiere. La economía del mundo teme hacer excepciones y fundamenta su temor en que, si las hace para unos pocos, deberá hacerlas extensivas a muchos otros países. Ese argumento sirve de pretexto para no hacer excepciones frente a los sufrimientos de la pobreza, para no hacer excepciones frente a las angustias de quienes luchan por consolidar sistemas democráticos, para no hacer excepciones cuando está en juego la paz y cuando condiciones económicas más favorables podrían contribuir a terminar con las guerras.

Es inconcebible que la calculadora frialdad del financista pueda llegar a regir la política de relación entre las naciones. No es bastante lo que hemos alcanzado en materia de renegociación de una deuda externa que no podemos pagar en los términos originalmente pactados. Muy pocos progresos se han hecho con respecto a la apertura de nuevos mercados y a la estabilidad de los precios para nuestros principales productos. Estamos obliga-

dos a seguir insistiendo en que es imprescindible una economía internacional capaz de conmoverse ante la pobreza de algunas naciones. Se requiere una economía internacional solidaria con el robustecimiento de las democracias emergentes. Urge una economía internacional sensible a las angustias de la guerra, aliada con las esperanzas de paz. Pensamos que la economía no puede desvincularse de las causas políticas del hombre orientadas a derrotar la miseria y a garantizar la paz estable entre las naciones.

ALBORES DE UNA NUEVA ERA POLÍTICA

En un escenario mundial complejo y a veces hostil, Centroamérica vive estos días los albores de una nueva era política. Resurge el diálogo entre los presidentes de las cinco naciones. Se hablan sus ministros y sus técnicos. Los hombres alzados en armas y los Gobiernos hablan de dialogar y dialogan. Se han formado comisiones de reconciliación y son muchos los que comienzan a pensar en perdonar y ser perdonados, en volver a trabajar juntos. Hay incertidumbre entre los hombres y las mujeres de nuestros pueblos sobre la política de la paz. Existen razones poderosas para que muchos duden. La tarea es ahora vencer obstáculos, hacer fecundo el diálogo, lograr que cada esfuerzo signifique un poco más de libertad, un poco más de democracia, un poco menos de violencia.

Quiero compartir con ustedes la determinación con que Costa Rica decidió trabajar por la paz.

Hoy se respira otro clima en Centroamérica. Está renaciendo una fe que estaba perdida. Hay que ayudarla a crecer. Es necesario creer de nuevo en la libertad, en el diálogo, en la voluntad de las mayorías libremente expresada. He venido a pedirles que compartamos ese camino. He venido a pedirles que nos ayuden.

La delegación de Costa Rica ante esta Organización presentará a la Asamblea el plan de paz firmado en Guatemala. Le pediremos que lo apruebe como resolución de las Naciones Unidas, que lo haga propio de esta Asamblea. Le pediremos que lo apoye con toda la fuerza política con que las naciones del mundo forjan y sustentan aquí las causas justas. Confío en que se nos dará ese respaldo. Confío en que, unidos, podremos decir que el poder de la diplomacia y la validez de los acuerdos políticos de buena fe serán siempre más eficaces que las armas, que serán más fuertes que la guerra. Confío en que vamos a compartir el camino de la paz para alejar, juntos y por siempre, la guerra de nuestra región.

Decía el gran pensador francés Guizot que «los pesimistas no son sino espectadores: son los optimistas quienes transforman al

mundo». Vengo a pedirles a ustedes que se constituyan en actores llenos de optimismo en esta lucha por consolidar en Centroamérica un territorio de libertad, de justicia y de paz.

DIÁLOGO MÁS ALLÁ DE NUESTRAS FRONTERAS

Por nuestra parte, redoblaremos nuestros esfuerzos en favor de todas las causas nobles en que esta Organización está empeñada. Con renovado vigor condenamos toda discriminación racial. Condenamos la práctica del terrorismo, venga de donde venga y se exprese como se exprese. Condenamos, con indignación, el narcotráfico. Queremos que, contra estas terribles amenazas, se refuerce la colaboración internacional y se hagan más severos los castigos para los infractores.

Quisiéramos que se iniciara el diálogo para resolver el problema de la soberanía de las Islas Malvinas. Quisiéramos que mediante el diálogo se abra la puerta para la reconciliación de las dos Coreas. Quisiéramos que el diálogo garantice la pronta e incondicional independencia de Namibia. Quisiéramos que el diálogo sea instrumento para la pronta liberación de Kampuchea y Afganistán. Celebramos la intensificación del diálogo entre las dos Alemanias. Apoyamos con renovada fe los esfuerzos de las Naciones Unidas en favor de la paz en el Medio Oriente.

Reafirmo aquí que mi país está en favor de la creación de economías especiales para combatir el hambre en África, para mitigar el sufrimiento de los exiliados, para facilitar la consolidación de las democracias emergentes y para alentar todos los esfuerzos de paz en el mundo.

Costa Rica apoya, esperanzada, las negociaciones de desarme entre las grandes potencias. Propiciamos la reducción de armamentos en todos los confines del mundo. Como pueblo sin armas, sabemos que la seguridad no se encuentra en la fuerza, no está en la amenaza y mucho menos en el empleo de la violencia. La seguridad está en los caminos de desarrollo compartido, en la preeminencia de la cooperación sobre el egoísmo, en el respeto al pluralismo, en la renuncia a los afanes imperialistas.

La piedad no aliviará esta vez el dolor de los pueblos que escojan el camino de la guerra. Quien alienta la guerra en el corazón, quien la alienta con dinero, terminará, ciego, por enviar a sus propios hijos a morir en ella. El miedo a la libertad hace que muchos busquen refugio en las armas. El temor al diálogo hace que algunos se amparen en dogmatismos. No podemos darle la espalda a la historia. ¡Cuántas veces hemos vencido unos odios

para caer en otros! ¡Cuántas veces cayó el tirano, tan solo para que ocupara su lugar otro tirano! ¡Cuántas veces volvió la democracia a debatirse en el temor ante el acecho de fuerzas armadas desleales a la democracia!

Caminemos ahora por una ruta diferente. Afrontemos los riesgos que demanda el desarrollo. Asumamos riesgos por la paz, por la libertad y por la democracia.

Mi pueblo ha esgrimido los más caros principios y los más altos valores de la humanidad para detener la guerra. Ha esgrimido esos principios para pedir una economía internacional más justa. Ha esgrimido esos principios para construir una nueva economía con menos pobreza, con más propietarios; para decir - que estamos cansados de dictaduras que anulan al hombre en muchas partes de la Tierra; para repetir ante el mundo que son las injusticias las que llevan al hombre a la violencia; para pregonar que basta de cometer una y otra vez los mismos errores.

No nos atemoricemos porque en esta hora todo parezca más difícil. No nos atemoricemos porque los problemas se multipliquen. No nos atemoricemos porque la solución de las dificultades escape, en algún momento, a nuestro control o porque los odios prevalezcan temporalmente sobre el amor. Está en nosotros mismos hallar el camino que conduce a una nueva alborada de comprensión y de paz. Nuestro poeta Isaac Felipe Azofeifa nos dejó ese mensaje de esperanza en estas hermosas palabras:

—De veras, hijo,
ya todas las estrellas han partido.
Pero nunca se pone más oscuro
que cuando va a amanecer.

Podemos escribir una historia diferente. Diría, con toda humildad, que estamos obligados a escribirla. No es posible ver el pasado cada vez que miramos el futuro. Es esta la hora señalada para forjar un destino mejor para nuestros pueblos. Estoy seguro de que, con la ayuda de ustedes, con la suma de los esfuerzos de hombres y naciones de buena voluntad, podremos tener éxito. Estamos decididos a intentarlo. Hagámoslo ahora y hagámoslo juntos.

HAGAMOS ¡UNOS EL CAMINO DE LA PAZ[11]

UNIVERSIDAD DE HARVARD

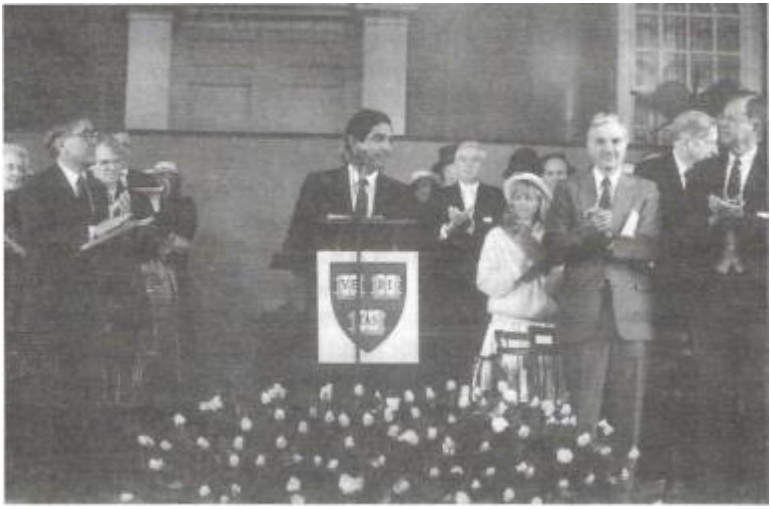
EL 42 DE PENNYPACKER HALL

Me complace estar en esta universidad. Agradezco muy sinceramente la invitación que se me ha hecho para hablar aquí. Añoro mis días de profesor universitario. Añoro mis días de estudiante. Añoro mis reflexiones en el número 42 de Pennypacker Hall. Eran años en que podía, como ustedes hoy, dedicar muchas horas a estudiar problemas, a soñar con un mundo más justo, con un mundo sin guerras. Hoy debo dedicar la mayor parte de mi tiempo a resolver problemas políticos. Confieso que me resultan más difíciles que cuando los estudiaba. Pero no he renunciado a soñar, pensar y trabajar por un mundo diferente.

UN MUNDO NEGATIVO

Vivimos un mundo en que resulta más fácil ser negativo. Los problemas suponen, a veces, obstáculos de tal magnitud, que parece imposible superarlos. La pobreza cruel que padecen millones de latinoamericanos, las dictaduras despiadadas que gobiernan aún a varias naciones de América Latina, las guerras en que se matan hermanos, se encuentran lo mismo en las altas cumbres de los Andes que en los bosques tropicales y en las costas de los [11]

[11] Discurso pronunciado el 24 de setiembre de 1987, en la Universidad de Harvard, Cambridge, Massachussets, Estados Unidos de América.



océanos. Muchas economías de nuestra América están estancadas. Otras retroceden, y muy pocas crecen a duras penas. Las crisis económicas, la violencia y la guerra pueden explicarse más fácilmente de manera derrotista.

Llegan a miles los escritos y los discursos que nos hablan de la imposibilidad de detener las guerras y de derrotar la pobreza. Nos hablan de lo impracticable que resulta permitir que los hombres vivan en libertad y que sucumban los tiranos.

HIPOCRESÍA EN LA AGENDA POLÍTICA

Es preciso luchar con vigor contra el cinismo que parece imperar en la agenda de la política mundial. Vivimos en un mundo lleno de hipocresía, donde la discrepancia entre lo que se dice y lo que se hace parece ser cada vez más grande. No suelen coincidir lo que se predica y lo que se practica.

En el primer lugar de la agenda de los gobernantes deseosos de evitar un final de siglo sin sentido, están la abolición de las armas nucleares y el desarme progresivo.

Mientras se habla de ese desarme, las cabezas nucleares se elevan al espacio y también se sumergen en el fondo del mar para amenazarnos desde los rincones más insospechados. Me asusta pensar no sólo cómo proliferan las cabezas de la destrucción, sino también la forma como algunos hombres parecen haber perdido la razón, parecen haber perdido el espíritu, parecen haber olvidado los ideales de la humanidad. Quiera Dios que el cinismo en materia de desarme no haya llegado al punto en que,

sin sonrojarse, se firmen tratados para deshacerse de las armas obsoletas, mientras se acelera la carrera de la muerte y la destrucción. En Centroamérica se habla de diálogo para la paz mientras se entregan armas a los jóvenes.

En la agenda del mundo está inscrita, también con alta prioridad, la defensa del ambiente. Aquí parece suceder todo lo contrario de lo que deseamos. Nos hemos transformado en consumidores de humo, de ruidos y de pestilencias. Los ríos y las costas, los bosques y las montañas se deterioran con velocidad aterradora.

En la agenda del mundo se incluyen, además, los temas del crecimiento económico y de la justicia social. Hablamos de un nuevo orden entre los países del norte y los del sur. El mundo dice aspirar a reducir la pobreza y cada día hay más pobres. Hablamos de combatir el hambre y cada día hay más hambrientos. Hablamos de solidaridad entre los hombres y cada día es más dura la competencia y más descarnado el egoísmo. Hablamos de compartir sacrificios y permitimos que esos sacrificios se concentren en los más débiles.

En la agenda del mundo destaca la libertad. Hablamos de la autodeterminación de los pueblos, proclamamos la no intervención como derecho sagrado, preconizamos día a día la fuerza del pluralismo mientras contemplamos cómo, tantas veces, sucede todo lo contrario.

Podríamos seguir hablando durante horas de las dificultades que angustian a la humanidad. Podría hablarles de los dictadores de ayer, que acechan para retomar el poder. Podría hablarles del engaño que significan los albores de libertad de algunas naciones americanas.

Quiero hablarles, sin embargo, de mi pueblo, de lo que hemos hecho para resolver nuestras dificultades. Quiero conversarles del compromiso que hemos asumido para remover obstáculos, para allanar caminos en busca de la paz y de la democracia.

COSTA RICA

Pertenezco a un país pequeño, que no tuvo temor de abolir el ejército para ser más fuerte. En mi patria no existe un solo tanque, un solo cañón, un solo barco de guerra, un solo helicóptero artillado. En Costa Rica no le tenemos miedo a la libertad. Amamos la democracia y respetamos el derecho. Nuestra democracia tiene cien años de funcionar; es la más antigua de América Latina y una de las más viejas del mundo. Aspiramos al desarrollo. Buscamos la paz en nuestras fronteras.

CENTROAMÉRICA

Vengo de una región del mundo caracterizada por grandes contrastes. Existen desigualdades entre los cinco países del istmo centroamericano y entre los hombres que los habitan. Hay en estas tierras pueblos que pueden elegir libremente a sus gobiernos, otros que no; hay pueblos en los que los derechos humanos se respetan, otros en los que se violan diariamente; hay pueblos donde la violencia azota campos y ciudades, otros en los que la convivencia pacífica es ejemplar. Junto a miles y miles de analfabetos hay, entre sus hombres y mujeres, músicos y poetas que honran a la humanidad. Son esas tierras de Centroamérica, entre las cuales se encuentra Costa Rica, tierras de bienestar para unos pocos, de dolor para muchos, pero de esperanza para todos.

ESTILO DE DESARROLLO

A lo largo de su historia como nación independiente, Costa Rica ha venido forjando un estilo de desarrollo con rasgos únicos en el convulsionado mundo de América Latina. La abolición del ejército y la vocación nacional civilista, en contraste con la de vecinos fuertemente armados, es igualmente singular. Durante más de un siglo, mi país ha contado con educación gratuita y obligatoria para niños de ambos sexos. En épocas más recientes, un formidable esfuerzo nacional en el campo de la salud ha creado un sistema nacional de seguridad social, que protege a toda la población y que ha llevado a nuestra sociedad a obtener índices de salud comparables con los de países desarrollados. En estos años estamos empeñados en una cruzada nacional de vivienda. El esfuerzo por la electrificación de todo el territorio no tiene paralelo en nuestra región. El 83 por ciento de las familias dispone de electricidad y un porcentaje muy similar tiene acceso al servicio telefónico.

Uno de los pilares fundamentales de nuestro estilo de desarrollo ha sido la pequeña propiedad, y sobre esa base hemos podido consolidar en nuestro país una estabilidad social y política que nos llena de orgullo. De alguna manera, hemos seguido el sabio consejo de Alexis de Tocqueville en su obra «Democracia en América»:

«Las naciones están menos dispuestas a hacer revoluciones en el tanto en que la propiedad personal y su distribución aumenten entre ellas, y en el tanto en que el número de aquellos que la poseen sea aumentado».

Cuando trabajamos por el desarrollo, buscamos un estilo de vida austero y equitativo. Queremos una sociedad en donde todos puedan satisfacer por lo menos sus necesidades básicas. No aspiramos a un estilo de desarrollo por encima de nuestras posibilidades. No somos parte de la carrera armamentista y tampoco

parte de una carrera desenfrenada de crecimiento económico, que haga peligrar el ambiente o someta a nuestro pueblo a presiones sociales que debiliten nuestra convivencia social. Buscamos la tranquilidad basada en la ausencia de miseria y en el acceso al bienestar que la educación depara.

DOMINAR LA TIERRA EN PAZ

Costa Rica es parte de la vanguardia en materia de conservación de los recursos naturales. Tenemos una diversidad ecológica sin paralelo y hemos logrado que el 10 por ciento de nuestro territorio quede dentro del sistema de parques nacionales. Este logro es fundamental, no solo para las actuales y las futuras generaciones de costarricenses, sino también para la humanidad entera pues en la pequeña Costa Rica se halla el 4 por ciento de la diversidad biológica del planeta.

Hace ya dos décadas Adlai Stevenson introdujo la acertada analogía de la Tierra como una nave espacial. Mientras las naciones más poderosas del orbe dedican hoy sus esfuerzos a la conquista del espacio, nuestro país ha puesto todo su empeño en convertirse en prototipo de las nuevas sociedades, necesarias para dominar la Tierra en paz.

Del mismo modo que son indispensables los proyectos pilotos en el campo tecnológico, es importante generar otros que faciliten un nuevo estilo de desarrollo y permitan una nueva ética entre las naciones. Este sueño de un mundo en donde prive la armonía y el respeto entre todos los pueblos es la herencia viva de las aspiraciones más elevadas de nuestros antepasados y forma el corazón de la iniciativa costarricense por la paz y el desarrollo de Centroamérica.

TRABAJAR POR LA PAZ

Dije también que trabajamos por la paz. Al igual que sucede con el desarrollo, son más los que predicen la derrota que los que creen en el éxito de la paz. Nosotros estamos obligados a creer y trabajar por la paz. La alternativa es la guerra y no la queremos.

Costa Rica es el territorio desarmado de Centroamérica. Pedimos paz y respeto por los derechos del hombre. Hemos rechazado el llamamiento de quienes nos incitan al odio, de quienes pretenden exigirnos ver al mundo blanco o negro. La libertad, siendo una, puede tener muchos matices y no debemos temer a la libertad.

Hemos pedido que callen las armas para que puedan dialogar los hombres. Veinticinco millones de seres humanos habitan las tierras de América Central y ya no es posible vivir como ayer. En

Centroamérica no hay plantaciones que puedan justificar nunca más la opresión para lucro de unos pocos. Hay en esa región cinco naciones cuyos hombres quieren ser libres y reclaman, con toda justicia, el derecho a un desarrollo compartido y equitativo.

En el plan de paz de Costa Rica, que acogió Centroamérica el pasado 7 de agosto, se proclama que no es necesaria más violencia para alcanzar la libertad. Quienes persisten en confiar sólo en las armas terminarán, tarde o temprano, perdiendo a sus propios hijos en el viejo y cruel juego de «quien a hierro mata a hierro muere». Que nadie se engañe. Quien predica la guerra, quien cree que esa es la única solución, deberá estar dispuesto a enviar a sus propios hijos a esa guerra y no pagar para que sean los hijos de otras madres los que mueran en guerras estériles.

LA ALTERNATIVA ES LA GUERRA

Ustedes saben cuán cerca está Centroamérica de la guerra total. No ignoran quiénes son los que alientan un enfrentamiento innecesario. Sé que ustedes no ignoran que en muchos de los pueblos centroamericanos los jóvenes se matan y mueren sin piedad. Ustedes saben que millones de hombres han perdido la fe en el diálogo, han soportado el engaño durante varias generaciones y profesan hoy la política de la desesperación. Durante décadas interminables, algunos pueblos de Centroamérica sólo conocieron la dictadura. ¡Cuán difícil es pedirle a la libertad y a la democracia que caminen por las tierras sembradas de cárceles durante tantas generaciones!

Pero yo les pregunto, queridos amigos: ¿qué alternativa hay a la libertad? Estamos muy lejos de ganar la batalla por la paz. Muchos de los que aspiran a una solución armada para Centroamérica quedaron atónitos cuando las cinco naciones centroamericanas firmamos un acuerdo de paz en Guatemala. Hoy sabemos cuán poderosos son algunos de los actores que mueven los hilos de la guerra. Vamos a luchar por la paz, vamos a impulsar con más vigor aún la causa de la paz, que es la causa correcta.

EL ACUERDO DE PAZ

El plan de paz firmado en Guatemala propicia la reconciliación nacional allí donde se matan hermanos. Pedimos diálogo y pedimos amnistía. Queremos un cese del fuego lo antes posible. Queremos que se inicien caminos de democratización en plazos perentorios. Pedimos elecciones libres para un Parlamento Centroamericano. Demandamos a todas las potencias que intervienen en la región la suspensión de la ayuda militar. Queremos que

se garantice la no utilización de territorios para agredir a otros estados. Buscamos una reducción del armamento. Solicitamos la supervisión nacional e internacional del cumplimiento del acuerdo al Grupo de Contadora y al Grupo de Apoyo, a los Secretarios Generales de las Naciones Unidas y de la Organización de los Estados Americanos. Proponemos fórmulas para evaluar los progresos hacia la paz y afirmamos que en la democracia y en la libertad hemos de retornar al desarrollo que nos permita disfrutar de una paz duradera. Estos puntos recogen años de labor del Grupo de Contadora y expresan la fuerza de un siglo de democracia y libertad de mi pueblo.

CAMINO PARA LA PAZ

El acuerdo de paz es un camino, es un procedimiento en que, de buena fe, nos hemos comprometido todos los centroamericanos a trabajar por la paz. Nos hemos fijado plazos. Sobre todo, queremos lograr metas comunes. Algunas cosas cumpliremos con anticipación al vencimiento de esos plazos, otras quizá con demora, pero no claudicaremos en nuestro esfuerzo para que en Centroamérica prevalezca la razón y se afiancen la reconciliación, el diálogo y la democracia.

LA RUTA DE COSTA RICA

No ignoro que las fuerzas que debemos vencer son poderosas. No ignoro que es más fácil predecir la derrota. Tampoco ignoro que cualquiera puede destruir. He tomado la ruta de Costa Rica: la ruta que me lleva a construir, el camino que demanda más trabajo, más imaginación, más fuerza cuando el obstáculo es más grande. Somos un pueblo sin armas y no podemos ni queremos predicar la guerra.

UNA POLÍTICA NUEVA

Después de la firma del plan de paz, nuevos hechos marcan el escenario político. Los cinco estados centroamericanos están dialogando. Están hablando sus presidentes, sus ministros y sus técnicos. Esto no sucedía desde hace muchos años. Los guerrilleros de El Salvador y el Gobierno de ese país quieren renovar el diálogo. Se han establecido comisiones de reconciliación nacional. Otros hechos más revelan una esperanza que los centroamericanos quisiéramos alimentar. Estoy seguro de que, si todas las democracias del mundo estuviésemos unidas en la búsqueda de la paz por métodos pacíficos, diplomáticos y políticos, tendríamos éxito.

MAESTRO DE AYER, PUEBLO DE HOY

He dicho muchas veces que paz y desarrollo van juntos. Necesitamos desesperadamente la paz porque necesitamos imperiosamente el desarrollo. Hay injusticias por corregir, que no pueden esperar más. La alianza de las democracias de América es imprescindible para la paz del istmo centroamericano. Unidos, el reto por vencer es difícil, pero posible. Separados, dejaremos crecer la guerra.

Ayer, cuando estuve en la universidad, era juzgado en mis exámenes por hombres sabios y severos. Hoy me juzgan hombres que buscan la paz y quieren dejar de sentir hambre. Nunca abandoné los ideales que abracé en las aulas universitarias. Por eso, hoy siento que el maestro que me juzga es el mismo. El hombre sabio de ayer es el pueblo de hoy.

Los insto vehementemente a que nunca abandonen los ideales que hoy comparten, a que no separen nunca lo que hoy estudian de lo que harán mañana para lograr una sociedad más justa. He aprendido que, cuando se lucha por ideales, no se conoce la derrota. Siempre podremos volver a comenzar, con la frente muy en alto, cuando las luchas son por la paz, cuando las luchas son para el desarrollo, cuando las luchas son por la democracia.

LA PAZ NO TIENE FRONTERAS[12]

OSLO, NORUEGA

*

Cuando ustedes decidieron honrarme con este premio, decidieron honrar a un país de paz, decidieron honrar a Costa Rica. Cuando, en este año -1987- concretaron el deseo de Alfred E. Nobel de fortalecer los esfuerzos de paz en el mundo, decidieron fortalecer los esfuerzos para asegurar la paz en América Central. Estoy agradecido por el reconocimiento de nuestra búsqueda de la paz. Todos estamos agradecidos en Centroamérica.

Nadie sabe mejor que los honorables miembros de este Comité que este premio es una señal para hacerle saber al mundo que ustedes quieren promover la iniciativa de paz centroamericana. Con su decisión, apoyan sus posibilidades de éxito; declaran cuán bien conocen que la búsqueda de la paz no puede terminar nunca, y que es una causa permanente, siempre necesitada del apoyo verdadero de amigos verdaderos, de gente con valentía para promover el cambio en favor de la paz, a pesar de todos los obstáculos.

La paz no es un asunto de premios ni de trofeos. No es producto de una victoria ni de un mandato. No tiene fronteras, no tiene plazos, no es inmutable en la definición de sus logros.

La paz es un proceso que nunca termina; es el resultado de innumerables decisiones tomadas por muchas personas en muchos países. Es una actitud, una forma de vida, una manera de solucionar pro-

[12] Discurso pronunciado en el Gran Salón de la Universidad de Oslo, Noruega, el 10 de diciembre de 1987, en la ceremonia de recibimiento del Premio Nobel de la Paz de 1987.

blemas y de resolver conflictos. No se puede forzar en la nación más pequeña ni puede imponerla la nación más grande. No pueden ignorar nuestras diferencias ni dejar pasar inadvertidos nuestros intereses comunes. Requiere que trabajemos y vivamos juntos.

La paz no es sólo un asunto de palabras nobles y de conferencias Nobel. Ya tenemos abundantes palabras, gloriosas palabras, inscritas en las cartas de las Naciones Unidas, de la Corte Mundial, de la Organización de los Estados Americanos y de una red de tratados internacionales y leyes. Necesitamos hechos que respeten esas palabras, que honren los compromisos avalados por esas leyes. Necesitamos fortalecer nuestras instituciones de paz como las Naciones Unidas y cerciorarnos de que se utilizan en favor del débil tanto como del fuerte.

No presto atención a los que dudan ni a los detractores que no desean creer que la paz duradera puede ser sinceramente aceptada por quienes marchan bajo diferentes banderas ideológicas o por quienes están más acostumbrados a los cañones de guerra que a los acuerdos de paz.

En América Central no buscamos la paz a solas, ni sólo la paz que será seguida algún día por el progreso político, sino la paz y la democracia juntas, indivisibles, el final del derramamiento de sangre humana, que es inseparable del final de la represión de los derechos humanos. Nosotros no juzgamos, ni mucho menos condenamos, ningún sistema político ni ideológico de cualquiera otra nación, libremente escogido y no exportado. No podemos

pretender que estados soberanos se conformen con patrones de gobierno no escogidos por ellos mismos. Pero podemos insistir en que todo gobierno respete los derechos universales del hombre, cuyo valor trasciende las fronteras nacionales y las etiquetas ideológicas. Creemos que la justicia y la paz sólo pueden prosperar juntas, nunca separadas. Una nación que maltrata a sus propios ciudadanos es más propensa a maltratar a sus vecinos.

Recibir este Premio Nobel el 10 de diciembre es para mí una maravillosa coincidencia. Mi hijo Óscar Felipe, aquí presente, cumple hoy ocho años. Le digo a él, y por su intermedio a todos los niños de mi país, que nunca deberemos recurrir a la violencia, que nunca deberemos apoyar las soluciones militares para los problemas de Centroamérica. Por la nueva generación debemos comprender, hoy más que nunca, que la paz sólo puede alcanzarse por medio de sus propios instrumentos: el diálogo y el entendimiento, la tolerancia y el perdón, la libertad y la democracia.

Sé bien que ustedes comparten lo que les decimos a todos los miembros de la comunidad internacional, y particularmente a las naciones del Este y del Oeste, que tienen mucho más poder y muchos más recursos que los que mi pequeña nación esperaría poseer jamás. A ellos les digo con la mayor urgencia: dejen que los centroamericanos decidamos el futuro de Centroamérica. Déjennos la interpretación y el cumplimiento de nuestro Plan de Paz a nosotros; apoyen los esfuerzos de paz y no las fuerzas de guerra en nuestra región; envíen a nuestros pueblos arados en lugar de espadas, azadones en lugar de lanzas. Si, para sus propios fines, no pueden abstenerse de acumular armas de guerra, entonces, en el nombre de Dios, por lo menos deberían dejarnos en paz.

Les digo aquí a su Alteza Real y a los honorables miembros del Comité Nobel de la Paz, al maravilloso pueblo de Noruega, que acepto este premio porque sé cuán apasionadamente comparten ustedes nuestra búsqueda de la paz, nuestro anhelo de éxito. Si en los años venideros la paz prevalece y se eliminan, entonces, la violencia y la guerra, gran parte de esa paz se deberá a la fe del pueblo noruego y será suya para siempre.

SOLO LA PAZ PUEDE ESCRIBIR LA NUEVA HISTORIA [13]

OSLO, NORUEGA

DESEAR LA PAZ

La paz consiste, en gran parte, en el hecho de desearla con toda el alma. Estas palabras de Erasmo las viven los habitantes de mi pequeña Costa Rica. El mío es un pueblo sin armas, donde nuestros niños nunca vieron un avión de combate, ni un tanque, ni un barco de guerra. Uno de mis invitados a recibir este premio es José Figueres Ferrer, el hombre visionario que en 1948 abolió el ejército de mi patria y le señaló, así, un curso diferente a nuestra historia.

SOY UNO DE AMÉRICA LATINA

No recibo este premio como Óscar Arias. Tampoco lo recibo como presidente de mi país. No tengo la arrogancia de pretender que represento a alguien o a alguno, pero no le temo a la humildad que me identifica con todos y con sus grandes causas. Lo recibo como uno de los cuatrocientos millones de latinoamericanos que buscan en el retorno de la libertad, en la práctica

[13] Discurso pronunciado el 11 de diciembre de 1987, en la Sala Magna de la Universidad de Oslo, Noruega, con ocasión de haber recibido, el día anterior, el Premio Nobel de la Paz de 1987.

de la democracia, el camino para superar tanta miseria y tanta injusticia.

Soy uno de esa América Latina de rostro marcado por profundas huellas de dolor, que recuerdan el destierro, la tortura, la prisión y la muerte de muchos de sus hombres y de sus mujeres. Soy uno de esa América Latina cuya geografía aún exhibe regímenes totalitarios que avergüenzan a la humanidad entera.

LAS CICATRICES DE AMÉRICA

Las cicatrices que marcan a América son profundas. América busca, en estos años, retornar a la libertad y, cuando se asoma a la democracia, ve primero la horrible estela de tortura, destierro y muerte que dejó tras sí el dictador. Los problemas que debe superar América son enormes. La herencia de un pasado de injusticias se agravó con la nefasta acción del tirano para producir el endeudamiento externo, la insensibilidad social, la destrucción de las economías, la corrupción y muchos otros males en nuestras sociedades. Estos males están a la vista, desnudos para quien quiera verlos.

No es extraño que, ante la magnitud del reto, muchos sean presa del desaliento; que abunden los profetas del Apocalipsis, esos que anuncian los fracasos de las luchas contra la pobreza, los que pregonan la pronta caída de las democracias, los que pronostican la inutilidad de los esfuerzos en favor de la paz.

No comparto ese derrotismo. No puedo aceptar que ser realista signifique tolerar la miseria, la violencia y los odios. No creo que el hombre con hambre, por expresar su dolor, deba ser tratado como subversivo. Nunca podré aceptar que la ley pueda usarse para justificar la tragedia, para que todo siga igual, para que renunciemos a pensar en un mundo diferente. La ley es el camino de la libertad y, como tal, debe ser oportunidad de desarrollo para todos.

LA LIBERTAD HACE MILAGROS

La libertad hace milagros. Cuando los hombres son libres todo es posible. Los retos a que se enfrenta América puede superarlos una América libre, una América democrática. Cuando asumí la Presidencia de Costa Rica convoqué a una alianza para la libertad y la democracia en las Américas. Dije entonces, y lo repito ahora, que, ni política ni económicamente, debemos ser aliados de gobiernos que oprimen a sus pueblos. América Latina no ha conocido una sola guerra entre dos democracias. Esta razón es suficiente para que todo hombre de buena fe, para que toda nación bien intencionada, apoye los esfuerzos para acabar con las tiranías.

HAY PRISA EN AMÉRICA

Hay prisa por que América sea libre. Toda América debe ser libre.

Yo vengo de un mundo de grandes problemas, que vamos a superar en libertad. Vengo de un mundo que tiene prisa porque el hambre tiene prisa. La violencia que olvidó la esperanza tiene prisa. El dogmatismo que traicionó el diálogo tiene prisa. Vengo de un mundo donde tenemos prisa por hacer irreversibles los caminos de la libertad y por frustrar todo intento de opresión. Yo vengo de un mundo que tiene prisa por que el guerrillero y el soldado detengan el fuego: están muriendo jóvenes, están muriendo hermanos, y mañana no sabrán por qué. Yo vengo de un mundo que tiene prisa por que sea abran las puertas de las cárceles y salgan los hombres presos, en vez de que, como ayer, entren en ellas los hombres libres.

América tiene prisa por su libertad, prisa por su democracia, y requiere la comprensión del mundo entero para liberarse del dictador, para liberarse de la miseria.

SOY UNO DE CENTROAMÉRICA

Recibo este premio como uno de los veintisiete millones de centroamericanos. Más de cien años de dictadores despiadados y de injusticias y pobreza generalizada son el antecedente del despertar democrático de Centroamérica. Vivir la violencia durante otro siglo o alcanzar la paz superando el miedo a la libertad, es el reto de mi pequeña América. Sólo la paz puede escribir una historia nueva.

En Centroamérica no vamos a perder la fe. Vamos a rectificar la historia. ¡Cuán triste es que quieran obligarnos a creer que la paz es un sueño, que la justicia es una utopía, que no es posible el bienestar compartido! ¡Cuán triste es que haya en el mundo quienes no entienden que, en la Centroamérica donde hubo plantaciones, hoy se afirman naciones que buscan, con todo derecho, un destino mejor para sus pueblos! ¡Cuán triste es que algunos no comprendan que Centroamérica no quiere prolongar su pasado, sino escribir un futuro nuevo, con esperanza para los jóvenes y con dignidad para los viejos!

• CONVERTIR SUEÑOS EN REALIDADES

El istmo centroamericano es zona de grandes contrastes, pero también de alentadoras concordancias. Millones de hombres y mujeres comparten sueños de libertad y de desarrollo. Estos sueños se desvanecen en algunos países ante violaciones sistemáticas de los derechos humanos; se estrellan contra luchas fratricidas en campos y ciudades y afrontan realidades de pobreza extrema que paralizan el corazón. Poetas que son orgullo de la humanidad saben que millones y millones no pueden leerlos en sus propias tierras porque allí miles y miles de hombres y de mujeres son analfabetos. Hay en esta angosta faja de tierra pintores y escultores que admiraremos siempre, pero también dictadores que no quisiéramos recordar porque ofendieron los más queridos valores del hombre.

Centroamérica no quiere ni puede seguir soñando. La historia exige que los sueños se transformen en realidades. Es ahora cuando no hay tiempo que perder. Es hoy cuando podemos tomar el destino en nuestras manos. En estos territorios, que albergan por igual a la más antigua y fuerte democracia de la América Latina -la de Costa Rica- y la historia de las más despiadadas y crueles dictaduras, el despertar democrático exige una fidelidad especial a la libertad.

Si las dictaduras de ayer sólo fueron capaces de crear miseria y de mutilar la esperanza, ¡qué absurdo sería pretender curar los males de la dictadura de un extremo con una dictadura de otro extremo! En Centroamérica nadie tiene derecho a temerle a la libertad, nadie tiene derecho a predicar verdades absolutas. Los males de un dogma son también los males de otro dogma. Todos son enemigos de la creatividad del hombre. Ya lo dijo Pascal: «Sabemos mucho para ser escépticos. Sabemos muy poco para ser dogmáticos».

La historia sólo puede tener la dirección de la libertad. La historia sólo puede tener por alma la justicia. Cuando se marcha en sentido contrario a la historia, se transita la ruta de la vergüenza, de la pobreza, de la opresión. No hay revolución si no hay libertad. Toda opresión camina en dirección contraria al alma del hombre.

LIBERTAD: ANHELO COMPARTIDO

Centroamérica se halla ante una encrucijada terrible: frente a angustiosos problemas de pobreza, hay algunos que desde la montaña o desde el gobierno buscan dictaduras de otros signos ideológicos, ignorando el clamor libertario de muchas generaciones. Así, al lado de los graves males de miseria generalizada, de los males definidos en el contexto Norte-Sur, surge el conflicto Este-Oeste. Allí donde los problemas de pobreza se juntan con la pugna ideológica, el miedo a la libertad perfila en Centroamérica una cruz que irradia sombrías predicciones.

No nos equivoquemos. Solo la liberación de la miseria y del temor es respuesta para Centroamérica, respuesta para su pobreza, respuesta para sus retos políticos. Quienes, en nombre de ciertos dogmas, propician la solución de males centenarios, solo contribuirán a hacer los problemas de ayer más grandes en el futuro.

Hay un anhelo compartido en el alma de los hombres, que pide desde hace siglos la libertad en Centroamérica. Nadie debe traicionar la alianza de las almas. Hacerlo significa condenar a nuestra pequeña América a otros cien años de horrorosa opresión, a otros cien años de muerte sin sentido, a otros cien años de lucha por la libertad.

SOY UNO DE COSTA RICA

Recibo este premio como uno de los dos millones setecientos mil costarricenses. Mi pueblo respira su libertad sagrada por dos océanos, que son sus fronteras al este y el oeste. Al sur y al norte, Costa Rica ha limitado casi siempre con el dictador y la dictadura.

Somos un pueblo sin armas y luchamos por seguir siendo un pueblo sin hambre. Somos para América símbolo de paz y queremos ser símbolo de desarrollo. Nos proponemos demostrar que la paz es requisito y fruto del desarrollo.

TIERRA DE MAESTROS

Mi tierra es tierra de maestros. Por eso es tierra de paz. Nosotros discutimos nuestros éxitos y nuestros fracasos en com-

pleta libertad. Porque mi tierra es de maestros, cerramos los cuarteles, y nuestros niños marchan con libros bajo el brazo y no con fusiles sobre el hombro. Creemos en el diálogo, en la transacción, en la búsqueda del consenso. Repudiamos la violencia. Porque mi tierra es de maestros, creemos en convencer y no en vencer al adversario. Preferimos levantar al caído y no aplastarlo, porque creemos que nadie posee la verdad absoluta. Porque mi tierra es de maestros, buscamos una economía en que los hombres cooperen solidariamente y no una economía en que compitan hasta anularse.

Desde hace ciento dieciocho años, en mi tierra la educación es obligatoria y gratuita. La atención médica protege hoy a todos los habitantes, y la vivienda popular es fundamental para mi gobierno.

UNA NUEVA ECONOMÍA

Así como estamos orgullosos de muchos de nuestros logros, no escondemos nuestras angustias y nuestros problemas.

En horas difíciles debemos ser capaces de establecer una nueva economía para volver a crecer. Hemos dicho que no queremos una economía insensible a las necesidades de los hogares, a las demandas de los más humildes. Hemos dicho que en nombre del crecimiento económico no vamos a renunciar a la aspiración de crear una sociedad más igualitaria. Hoy somos el país de más baja tasa de desocupación en el hemisferio occidental. Queremos ser el primer país de América Latina libre del tugurio. Estamos convencidos de que un país libre de tugurios será un país libre de odios, donde trabajar por el progreso en libertad podrá ser, también, privilegio de países pobres.

MÁS FUERZA QUE MIL EJÉRCITOS

En estos años amargos para América Central, muchos en mi patria temieron que la violencia centroamericana pudiera contagiar, empujada por mentes enfermas y ciegas de fanatismo, a nuestra Costa Rica. Algunos costarricenses fueron embargados por el temor de que tuviésemos que crear un ejército, para mantener a la violencia fuera de nuestras fronteras. ¡Qué debilidad más sin sentido! Estos pensamientos valen menos que los treinta denarios entregados a Judas. La fortaleza de Costa Rica, la fuerza que la hace invencible ante la violencia, que la hace más poderosa que mil ejércitos, es la fuerza de la libertad, de sus principios, de los grandes ideales de nuestra civilización. Cuando las ideas se viven con honestidad, cuando no se le teme

a la libertad, se es invulnerable ante los embates totalitarios.

En Costa Rica sabemos que sólo la libertad permite construir proyectos políticos donde caben todos los habitantes de un país. Sólo la libertad permite que la tolerancia concibe a los hombres. Los dolorosos caminos por los que, errantes en el mundo, transitan cubanos, nicaragüenses, paraguayos, chilenos y tantos otros que deambulan sin poder retornar a sus propias tierras, son el más cruel testimonio del imperio del dogmatismo. La libertad no tiene apellidos y la democracia no tiene colores. Uno las distingue donde las encuentre, como vivencia real de un pueblo.

UN PLAN DE PAZ

Ante la cercanía de la violencia de Centroamérica, Costa Rica y toda su historia, Costa Rica y en especial el idealismo de su patria joven me exigieron llevar al campo de batalla de la región la paz de mi pueblo, la fe en el diálogo, la necesidad de la tolerancia. Como servidor de ese pueblo, propuse un plan de paz para Centroamérica. Ese plan se fundamentó también en el grito libertario de Simón Bolívar, expresado en el trabajo tesonero y valiente del Grupo de Contadora y del Grupo de Apoyo.

SOY UNO DE LOS CINCO PRESIDENTES

Recibo este premio como uno de los cinco presidentes que han comprometido ante el mundo la voluntad de sus pueblos para cambiar una historia de opresión por un futuro de libertad; para cambiar una historia de hambre por un destino de progreso; para cambiar el llanto de las madres y la muerte violenta de los jóvenes por una esperanza, por un camino de paz que deseamos transitar juntos.

La esperanza es la fuerza más grande que impulsa a los pueblos. La esperanza que transforma, que fabrica nuevas realidades, es la que abre el camino hacia la libertad del hombre. Cuando se alienta una esperanza, es necesario unir el coraje a la sabiduría. Sólo así es posible evitar la violencia, sólo así es posible tener la serenidad requerida para responder con paz a las ofensas.

Hay ocasiones en que, no importa cuán noble sea la cruzada emprendida, algunos anhelan y propician su fracaso. Unos pocos parecen aceptar la guerra como el curso normal de los acontecimientos, como la solución a los problemas. ¡Cuán irónico es que fuerzas poderosas se molesten cuando se interrumpe el curso de la guerra, cuando se trabaja por destruir las razones que alimentan los odios! ¡Cuán irónico es que el intento por detener guerras

en curso desate iras y ataques, como si estuviésemos perturbando un sueño justo, un camino necesario, y no un mal desgarrador! ¡Cuán irónico es que los esfuerzos de paz dejen al descubierto que, para muchos, los odios son más fuertes que el amor; que las ansias de alcanzar el poder por medio de las victorias militares hagan perder la razón a tantos hombres, olvidar la vergüenza, traicionar la historia!

QUE CALLEN TODAS LAS ARMAS

En Centroamérica, cinco presidentes hemos firmado un acuerdo para buscar una paz firme y duradera. Pretendemos que callen -Jas armas y hablen los hombres. Son armas convencionales las que están matando a nuestros hijos, son armas convencionales las que matan a nuestros jóvenes.

El pavor a una guerra nuclear, los espantos que se describen en torno a cómo sería el fin atómico del mundo, parecen habernos hecho insensibles ante las guerras convencionales. ¡El recuerdo de Hiroshima es más fuerte que el recuerdo de Vietnam! ¡Con qué fuerza quisiéramos nosotros que existiera el mismo respeto, tanto para utilizar la bomba atómica como para utilizar un arma convencional! ¡Con qué fuerza quisiéramos nosotros que matar a muchos poco a poco, cada día, fuese tan condenable como matar a muchos, en un sólo día! ¿Es que vivimos en un mundo tan irracional que, si la bomba atómica estuviese en poder de todas las naciones, y el destino del mundo dependiese tan solo de un demente, tendríamos más respeto para el uso de las armas convencionales? ¿Estaría, así, más segura la paz del universo? ¿Tenemos derecho a olvidar los setenta y ocho millones de seres humanos caídos en las guerras de este siglo XX?

Hoy el mundo está dividido entre los que viven el terror de ser destruidos en una guerra nuclear y los que mueren, día a día, en guerras con armas convencionales. Ese terror a la guerra final es tan grande, que ha hecho cundir la más pavorosa insensibilidad frente al armamentismo y a la utilización de armas no atómicas. Es urgente -y es una demanda de la inteligencia, es un mandato de la piedad- que luchemos por igual para que nunca más exista una Hiroshima, nunca más un Vietnam.

Las armas no se disparan solas. Son los que perdieron la esperanza los que disparan las armas. Son los que están dominados por los dogmatismos los que disparan las armas. Hemos de luchar sin desmayos por la paz y aceptar sin temor estos retos del mundo sin esperanza y de la amenaza del fanático.

LE DIGO AL POETA

El plan de paz que firmamos los cinco presidentes afronta todos los desafíos. El camino de la paz es difícil, muy difícil. En Centroamérica necesitamos la ayuda de todos para alcanzar la paz.

Es más fácil predecir la derrota que la victoria de la paz en Centroamérica. Siempre fue más fácil predecir la derrota que la victoria. Así sucedió cuando el hombre quiso volar y también cuando quiso conquistar el espacio. Así fue en los duros días de las dos guerras mundiales que conoce este siglo. Así fue y es cuando el hombre se enfrenta a las más terribles enfermedades y a la tarea de terminar con la pobreza y con el hambre en el mundo.

La historia no la han escrito hombres que predijeron el fracaso, que renunciaron a soñar, que abandonaron sus principios, que permitieron que la pereza adormeciera la inteligencia. Si en ciertas horas hubo hombres que en su soledad estuvieron buscando victorias, siempre estuvo vigilante al lado de ellos el alma de los pueblos, la fe y el destino de muchas generaciones.

Quizá fue en horas difíciles para Centroamérica, como las que hoy vivimos, quizá fue previendo la encrucijada actual, cuando Rubén Darío, el poeta más grande de nuestra América, escribió estos versos, convencido de que la historia cambiaría su curso:

«Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios».

Aseguro al poeta inmortal que no vamos a renunciar a soñar, que no vamos a temer a la sabiduría, que no vamos a huir de la libertad. Yo le digo al poeta de siempre que en Centroamérica no vamos a olvidar a don Quijote, no vamos a renunciar a la vida, no vamos a dar las espaldas al alma y no vamos a perder jamás la fe en Dios.

Soy uno de esos cinco hombres que firmamos un acuerdo, un compromiso que consiste, en gran parte, en el hecho de desear la paz con toda el alma.

EL EJERCITO LIBERTADOR DEL COMANDANTE FIGUERES

XV PERÍODO EXTRAORDINARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS

SETIEMBRE DE 1986

La primera vez que hablé ante esta Asamblea General, en setiembre de 1986, dije que venía de un pueblo sin armas, de una Centroamérica agobiada por la violencia. Hablé de las largas décadas de opresión y miseria que precedían al despertar democrático de nuestra pequeña América. Hablé de revoluciones traicionadas y afirmé que Sandino había vuelto a ser asesinado en Nicaragua, porque la revolución que él esperaba y que América Latina entera anhela, sólo puede darse en libertad y democracia. Reafirmé mi fe inquebrantable en una solución pacífica y diplomática a los graves conflictos regionales.

SETIEMBRE DE 1987

La segunda vez que hablé ante esta Asamblea General, en setiembre de 1987, hablé del plan de paz que habíamos firmado los centroamericanos en Guatemala. Les pedí apoyo para ese plan y dije que no queríamos seguir caminando a oscuras por la historia,

[9] Discurso pronunciado el 23 de setiembre de 1987, ante la XLII Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York, Estados Unidos de América.

cargados de pobreza y atormentados por la guerra. Afirmé que queríamos un destino diferente, una paz duradera, que sólo podía ser garantizada por la democracia y la libertad.

En mis dos mensajes anteriores expresé el apoyo de mi país a las iniciativas de desarme. Afirmé que la carrera nuclear se había transformado en un monumento gigantesco que exhibía la ceguera del poderoso. Reiteré que propiciamos la reducción de armamentos como una necesidad para la paz y un mandato para el desarrollo. Como pueblo sin armas ni soldados, sabemos que la seguridad no se logra con la fuerza, no se alcanza con la amenaza y no se mantiene con la violencia.

VENGO A HABLAR DE DESARME

Hoy vengo aquí por tercera vez. Ahora a hablar de desarme, es decir, de paz, de cambio, de desarrollo. Muchas cosas han pasado en estos dos años, y algunas han sucedido muy rápidamente. Se firmó un primer acuerdo que reduce las armas nucleares. Es ese un camino de esperanza que todos debemos alentar. Hay un plan de paz centroamericano, que, por encima de enormes obstáculos y mucho por hacer, ha silenciado armas y ha abierto periódicos. Hay tropas soviéticas que se retiran de Afganistán. Persisten luchas crueles en que se matan hermanos desde las alturas de Macchu Picchu hasta los valles de Irlanda, desde selvas hasta desiertos y mares.

UN MUNDO NUEVO

Por encima de éxitos y fracasos, hay espacios de libertad que han ganado los hombres en todos los confines de la tierra. Hay un mundo nuevo que surge por doquier, como producto de los avances de la libertad en todos los continentes y en todos los sistemas políticos. No podemos traicionar al mundo de la libertad que quiere surgir. Para construir el futuro, no podemos seguir sólo mirando al pasado. Si caemos en el juego de minorías fanáticas que juzgan el comportamiento de hoy por conductas de ayer, el cambio no sería posible y todo tendría que seguir igual: guerra, hambre, opresión.

Hay quienes lamentan que los soldados rusos se retiren de Afganistán, como quienes lamentan que los «contras» hayan cesado de pelear en Nicaragua. Sé que hay quienes lamentan que el mundo gane más libertad. Conozco muy bien a las fuerzas poderosas que celebran los retrocesos temporales que pueda tener un camino de paz e ignoran sus victorias. Es difícil saber qué motivos mezquinos alientan a esas minorías que sustentan gue-

rras sin destino, que favorecen la violencia que agrava conflictos y alejan el entendimiento entre los hombres.

LA FUERZA DE COSTA RICA

Vengo a sumar la palabra y la fuerza de Costa Rica a quienes de buena fe tratan de reducir las armas y aumentar el diálogo. A quienes de buena fe trabajan por compartir los beneficios del desarrollo entre las naciones y por alejarse de los intentos de dominar a otros pueblos. Vengo a sumarme a la cruzada de los hombres y mujeres que no temen a la libertad y trabajan por ese mundo nuevo. A todos aquellos que pueden ayudarnos para terminar con , las amenazas de guerra en Centroamérica. Vengo a pedir que cese el envío de armas a nuestra región, porque solo las armas pueden herir el plan de paz y retardar el avance de la democracia.

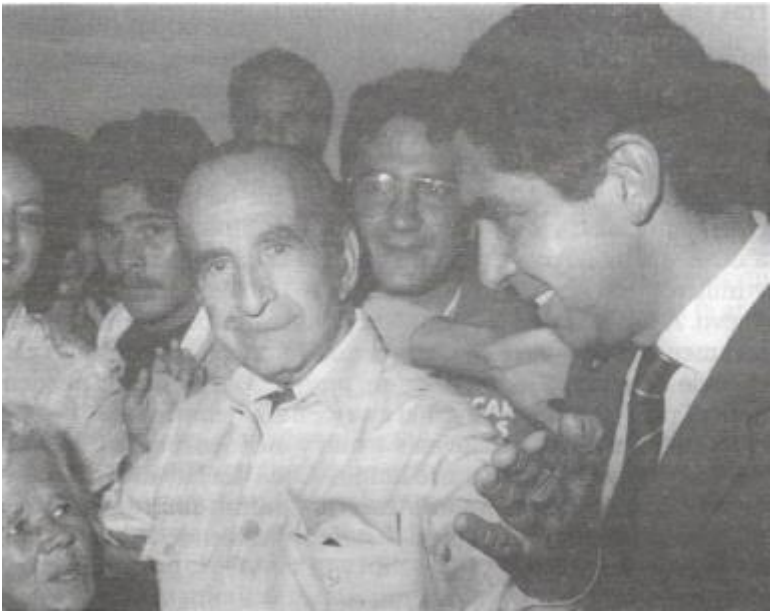
Cada día el mundo tiene más armas y menos árboles. Cada día hay más hambre y menos aire limpio. Cada día hay más drogas y menos agua cristalina. En mi América Central, cada día hay más soldados y menos estudiantes. ¿Estamos perdiendo la batalla por un mundo nuevo?

LA BATALLA POR LA LIBERTAD

Cuando se está ganando la batalla por la libertad, se están ganando todas las batallas. Debemos luchar para que las políticas de la humanidad reflejen la voluntad de las mayorías. Si prevalece la libertad, estarán los días contados para aquellas minorías que impulsan la droga y las armas, destruyen los bosques, secan el agua y tratan de establecer dictaduras en sus pueblos. La única batalla que no podemos perder es la batalla por la libertad pues estaríamos renunciando, una vez más, a ese mundo nuevo que quiere y merece la paz, a ese mundo nuevo que Cristo predicó hace ya veinte siglos.

Una vez en la historia de América Latina, las armas y los ejércitos estuvieron asociados con la libertad y la independencia. Una vez en la historia, las armas y los ejércitos estuvieron asociados con estabilidad, con respeto a las instituciones públicas, con seguridad nacional, con forjar una patria. Una vez en la historia, las armas y los ejércitos estuvieron asociados con disciplina y oportunidades para el desarrollo de nuestros pueblos. Una vez en la historia hubo un ejército libertador.

Han cambiado los tiempos. Ahora es la historia de opresión de los pueblos, la de sus tiranías y su dependencia; ahora es la historia de irrespeto a los derechos humanos, de corrupción y de miseria, la que está escrita por las botas de los militares.



EL NUEVO EJÉRCITO LIBERTADOR

En el mundo se están dando cambios importantes en favor de la libertad. En los pueblos de América es urgente que se den esos cambios para que se pueda consolidar la democracia, para que pueda renacer una esperanza de desarrollo. Necesitamos un nuevo ejército libertador. Necesitamos que el soldado deje el fusil y tome el arado. Necesitamos que el soldado se comprometa con la libertad de su pueblo y que no amenace sus derechos. Necesitamos que el soldado entienda que nunca dos democracias se hicieron la guerra en toda la historia de América Latina.

Los hombres libres se entienden sin necesidad de acudir a la violencia. El nuevo ejército libertador de América debe ser mucho más pequeño, debe estar sometido al poder civil, debe retirarse de la carrera armamentista. Los ejércitos no pueden seguir esperando y fomentando la destrucción de gobiernos democráticos para justificar su existencia y tomar el poder. No pueden seguir siendo testigos irresponsables de la miseria de muchos pueblos para justificar a quienes se alzan en armas. Cada soldado que marcha gallardo, buscando ser aplaudido, le cuesta al mundo veinte estómagos vacíos. Cada tanque, cada barco de guerra y avión de combate son triste testimonio de miles y miles de hombres y mujeres sin trabajo y sin techo, son triste testimonio de la muerte lenta y dolorosa de los niños mal nutridos.

Los ejércitos de nuestros pueblos deben entender que la mejor táctica para enfrentar la amenaza del vecino es la mutua comprensión, el mutuo desarme y el compromiso sólido y permanente para con la paz. Es la táctica que menos vidas humanas y menos recursos naturales costará. Es la táctica que glorificará al teniente y al general como verdaderos héroes de la patria.

El nuevo ejército libertador debe renacer para que América Latina escriba su propia historia de paz y democracia. El nuevo ejército libertador debe renacer para que, en estas pocas páginas que quedan del siglo XX, volvamos a andar los caminos hacia el desarrollo.

COMANDANTE FIGUERES

El grito para crear un nuevo ejército libertador lo lanzó José Figueres, costarricense ilustre, hace cuarenta años. Cuando abolió el ejército de mi país, dijo estas palabras:

«El Ejército Regular de Costa Rica, digno sucesor del Ejército de Liberación Nacional, entrega la llave de este cuartel a las escuelas, para que sea convertido en un centro cultural.

La Junta Fundadora de la Segunda República declara oficialmente disuelto el Ejército Nacional, por considerar suficiente para la seguridad de nuestro país la existencia de un buen cuerpo de policía.

Somos sostenedores definidos del ideal de un nuevo mundo en América. A esa patria de Washington, Lincoln, Bolívar y Martí, queremos hoy decirle: ¡Oh, América! Otros pueblos, hijos tuyos también, te ofrendan sus grandezas. La pequeña Costa Rica desea ofrecerte siempre, como ahora, junto con su corazón, su amor a la civilidad y a la democracia».

Ese acto y esas palabras hicieron de Figueres el primer comandante del nuevo ejército libertador de las Américas. Es hora de rendir honores a los comandantes que desarman a sus pueblos para que sean libres y trabajen por el desarrollo, y no a los que acumulan armas y se tornan insensibles ante el hambre y la sumisión de sus ciudadanos.

En los cuarenta años que han pasado, desde entonces, todos los países de nuestra América conocieron la dictadura militar y algunos aún la viven hoy. Costa Rica no. Nuestras libertades nunca fueron amenazadas ni conocemos la humillación de un destino regido por la fuerza.

En estos cuarenta años, todos nuestros países hermanos han visto morir al joven estudiante, al campesino y al obrero en crueles e inútiles matanzas perpetradas por hombres de armas. En estos cuarenta años ni una sola madre ha llorado en nuestra patria la muerte de un hijo asesinado por la prepotencia de un soldado o por la ceguera de un tirano.

En estos cuarenta años, millones de latinoamericanos han conocido el destierro, han sufrido la tortura, la prisión y la muerte a manos del dictador. Nunca un costarricense abandonó su tierra para no poder regresar libremente a ella. Nunca nadie, entre nosotros, conoció la cárcel por expresar sus ideas, tampoco la tortura y menos la muerte.

En estos cuarenta años, en que los cuarteles militares se transformaron en escuelas, y museos, nuestro símbolo ha sido el maestro que enaltece la inteligencia y no el soldado que oprime a su pueblo.

América Latina reclama el ejército libertador del comandante Figueres, porque queremos paz, porque vamos a vivir en democracia, porque tenemos derecho al desarrollo. Los jóvenes tienen derecho a nuevos héroes, a comandantes que callan las armas y practican el diálogo. Desde la potencia nuclear más poderosa en el mundo, hasta mi pequeña Costa Rica sin armas, estamos obligados a trabajar por el desarme progresivo.

UNIFORMES MILITARES Y CABEZAS NUCLEARES

En Costa Rica declaré el día primero de diciembre «Día de la Abolición del Ejército», y lo celebramos con orgullo. Suprimí los rangos y uniformes militares que se utilizaban en nuestra Policía. El nuevo uniforme fue diseñado por estudiantes y maestros de nuestras escuelas. En esta cruzada hay una responsabilidad para cada país: unos tendrán que destruir cabezas nucleares y otros uniformes de soldados, pero todos, incansablemente, deberemos trabajar por el desarme. Las armas que un día en la historia fueron símbolo de libertad e independencia se han transformado, con demasiada frecuencia, en símbolo de subdesarrollo y de opresión. Desde hace mucho tiempo, los soldados dejaron de ser guardianes de la libertad para transformarse en sus carceleros.

CONSUMIDORES Y PRODUCTORES DE ARMAS

Tenemos un problema serio con el consumo de armas. No hay duda de que los principales adictos en la carrera armamentista son los propios militares. Hay más armas allí, donde hay dictadura, allí donde hay más miseria, allí donde hay más intolerancia, allí donde hay más dogmatismo, sea este político o religioso. La trágica paradoja es que las armas no parecen, casi nunca, ayudar a resolver estas situaciones críticas. Más bien la historia nos muestra que la violencia contribuye a profundizar los odios y a perpetuar la miseria.

Si bien sabemos que el principal problema en la carrera armamentista está en los consumidores de armas y en sus partidarios más fieles, generalmente ubicados en los extremos políticos, hay también un problema muy serio con quienes producen y financian las armas. ¿Quién ignora que es más fácil obtener crédito para armas que para el desarrollo? ¿Quién no sabe, en el Tercer Mundo, que cuando se cierran los créditos para producir o comprar alimentos, aquellos para armas permanecen abiertos?

En la historia de los organismos internacionales que han intentado equilibrar los presupuestos y las balanzas de pago de nuestros países, ¿puede alguien recordar una sola recomendación que tendiera a bajar la importación de armamentos o a disminuir los gastos militares? Las recomendaciones siempre fueron para disminuir los gastos sociales, reducir los subsidios a los agricultores, o despedir algunos funcionarios públicos.

LEY PAREJA

Cuando se trata de afrontar grandes males que afectan a la humanidad, nos preguntamos muchas veces si combatir al productor de esos males, al distribuidor o al consumidor, es lo más correcto. Inevitablemente, en casi todos los casos, debemos concluir en que hay que dar la lucha en todos los frentes.

En lo que se refiere a las drogas se ha sugerido castigar económicamente a aquellas naciones que no combaten la producción de drogas con suficiente rigor. ¿Por qué no hacer lo mismo con los productores de armas?

Donde existe la misma razón, debe existir la misma disposición, dice un viejo refrán. Debemos comenzar a luchar internacionalmente contra amenazas comunes. Para robustecer la confianza en estas luchas comunes, será preciso buscar la erradicación de los males con igual determinación, no importa cuales sean los países afectados. Ni el mundo industrializado puede ser indiferente a los males del Tercer Mundo, ni éste puede serlo ante las amenazas que afectan al mundo desarrollado. Debemos ayudarnos. Juntos debemos construir el mundo nuevo.

ROMPER CON EL PASADO

Los enormes avances tecnológicos, el respeto que la libertad impone día a día en el mundo, las comunicaciones instantáneas, nos obligan a romper con estereotipos del pasado. El desarrollo de los países no puede verse nunca más como una amenaza al mundo desarrollado. Es todo lo contrario: Es parte del camino de paz que a todos va a beneficiar. Lo mismo sucede con aquellas grandes luchas que estamos obligados a dar juntos en el campo

internacional. Es el caso del armamentismo, del medio ambiente, de las drogas, de las enfermedades y tantos otros más.

MORAL Y PRINCIPIOS

Para robustecer las luchas internacionales comunes deberemos también uniformar los principios que aplicamos e igualar la moral con la que juzgamos nuestras acciones. Esta es la hora señalada por la libertad que se abre paso en el mundo, para reivindicar principios y renovar la moral del mundo internacional. Que nuestras políticas comunes reflejen también, fuera de las fronteras de cada país, la opinión de las mayorías. No podemos seguir permitiendo que unos pocos se beneficien haciendo daño a muchos, sea con drogas o con armas.

Que los derechos humanos los defiendan sólo quienes tienen credenciales intachables para ello pues, de otro modo, estamos anticipando la causa de quienes violan esos derechos. Que no se exporte un medicamento o un pesticida que sabemos hace daño en casa. Si conocemos de las bondades del diálogo y la tolerancia, no propiciemos odios, no vendamos armas. Es una triste ironía que la suspensión del envío de armas sea interpretada por algunos como un castigo, cuando debería considerarse como un premio, como una demostración de amistad. Así, en cada causa que debemos superar juntos, trabajemos por que la democracia internacional refleje la voluntad de los pueblos, refleje la fuerza de los principios que compartimos y se sustente en una moral que robustezca la confianza.

GRACIAS

Quiero agradecer a esta Asamblea y a su secretario general, Javier Pérez de Cuéllar, el apoyo limpio e incondicional que han otorgado a los esfuerzos de paz de los centroamericanos. Quiero agradecerles su confianza ante nuestros fracasos temporales, y quiero agradecerles la alegría con que han compartido nuestros éxitos. Me complace también destacar en esta ocasión los esfuerzos de las Naciones Unidas por mostrarle al mundo que desarme y desarrollo son temas que deben tratarse juntos. Es ésta una realidad que no podemos seguir ignorando. Mi propio país es el mejor ejemplo de que sin armas hay una oportunidad para el desarrollo. Les doy las gracias, de igual manera, por alentar el trabajo de la Universidad para La Paz que funciona en Costa Rica.

SOBRAN LAS RAZONES

Hay razones para que el mundo esté impaciente, pues persisten y se agravan muchas injusticias que separan a los mundos del Norte y del Sur. Hay razones para que el mundo grite rebeldía, pues sobreviven tiranos en muchos países y son millones los hombres y mujeres que claman por libertad. Pero sobran las razones para no perder la fe, para insistir en el diálogo, para construir un mundo con mayores libertades y menos injusticias.

Por muchos años hemos vivido un mundo preparado para lo peor: el derrocamiento del demócrata por el soldado, la revolución fratricida, la guerra nuclear. Es hora de superar el miedo. Es
• hora de comprometerse con un mundo preparado para lo mejor: para la paz y para el desarrollo compartido por todos los pueblos. Derrotemos a las minorías que persisten en mirar al pasado. Debemos ser capaces de crear el soldado sin armas. Es nuestra tarea y nuestra responsabilidad alentar ese mundo nuevo: el mundo de los comandantes de la paz.

CIEN ANOS LIBRES [17]

REUNIÓN DE JEFES DE ESTADO Y DE GOBIERNO DEL CONTINENTE AMERICANO

Bienvenidos a Costa Rica, tierra sin armas que no conoce la opresión. Gracias por estar aquí cuando con orgullo celebramos cien años de democracia. Ricos y pobres, desarrollados y subdesarrollados, industrializados y en desarrollo, Norte y Sur, economía de la abundancia y economía de subsistencia. Mañana quizá nos dividiremos entre países espaciales y países terrestres. Estas son las palabras que hemos usado para decir siempre lo mismo: hay naciones que tienen mucho y otras que tienen poco. Pueblos que cada vez tienen más y otros, cada día menos. Palabras con que señalamos una distancia que se agranda, una separación que se hace insostenible.

MUCHOS CAMINOS

Para afrontar las desigualdades en el bienestar de hombres y naciones se han intentado muchos caminos. En mayor o menor medida, casi todos los países aumentaron sus empresas y acciones de bien social mediante el Estado. Algunos pensaron, incluso, que era preciso conculcar las libertades para lograr la disciplina que permitiera el crecimiento económico. El correr de los años fue mostrando que el éxito, allí donde el hombre estaba preso, era lento y efímero. Poco a poco, los pueblos del mundo fueron entendiendo que la libertad era el primer requisito para alcanzar un desarrollo sostenido y una paz duradera. Unos comenzaron a disminuir el aparato estatal y otros, a desmantelarlo. Cayeron dictadores en todas las latitudes y caerán también las cortinas ideológicas, los muros y las alambradas.

DEMOCRACIA

La humanidad vive un reencuentro con la democracia. Pocos son los hombres en la historia que tienen el privilegio de pregonar la libertad de sus pueblos. Pocos son los que tienen la oportunidad de forjar el nuevo destino, de dibujar su rostro y fijar el tamaño de su alma. No puede gobernar en esta hora quien tiene rencores en el corazón. No puede hacerlo quien se aferra al pasado. No tiene derecho a gobernar pueblo alguno quien manchó sus manos con sangre, quien las tiene sucias de corrupción y droga, porque la dictadura y la maldad no caben en el mundo de la democracia.

Este reencuentro con la democracia, espectacular triunfo del espíritu, no significa que podamos renunciar a la solidaridad. Todo lo contrario. Algunos piensan que la libertad puede ser sinónimo de egoísmo y entonces predicen para el futuro mayor concentración de riqueza en pocos hombres y en pocas naciones. No se rescata la libertad de las garras de la opresión para transformarla en prisionera del egoísmo. Hemos visto muchas veces cómo quienes encabezaron luchas contra un dictador, en nombre de la libertad, iniciaron luego dictaduras de otro signo ideológico. Vivimos tiempos en que no se puede burlar el signicado de las palabras ni de los valores que los pueblos salvan de las tiranías.

SIN MIEDO A LA LIBERTAD

El reto del mundo que nace es saber definir lo que hará con la libertad. Así como en nuestros propios países estamos atados por la inercia de innumerables instituciones que responden al pasado, también lo estamos en el mundo internacional. Debemos tener coraje y visión, capacidad de dialogar con prontitud para deshacernos de actitudes que nos amarran al pasado. Debemos tener valor para robustecer la fe en un mundo diferente. Estamos cansados del mundo de la denuncia. Queremos un mundo de resultados. Llevamos cuarenta años denunciando la pobreza, y la pobreza sigue aumentando; cuarenta años denunciando las desigualdades, y las desigualdades siguen aumentando. Denunciamos la deuda y el financista, y la deuda sigue aumentado y el financista haciéndose más poderoso. Denunciamos el hambre, y el hambre se extiende. Nuestra impotencia ante la denuncia, la amenaza y la violencia nos está destruyendo. Demos la bienvenida a la libertad. Hagamos que caigan los dogmatismos para que un nuevo entendimiento nos permita trabajar por mejores soluciones.

Esta década, tan alentadora para la libertad, ha sido una década perdida para el desarrollo. Hemos sometido la libertad que nace a las instituciones del pasado, a aquellas que surgieron

cuando reinaban sin oposición los dogmas, cuando la guerra fría podía transformarse en guerra nuclear, cuando el Estado era poderoso y hasta omnipotente. Seguimos cerrando las fronteras de nuestros mercados. Se esconden nuevas tecnologías y se cobran patentes tan altas por cada paso hacia el futuro, que millones de seres humanos quedan irremisiblemente condenados a vivir en la ignorancia y en el pasado. Cuando hacemos excepciones para influir en el comportamiento de la economía en favor de los más poderosos, estamos traicionando a la libertad reconquistada. Sería un grave error que, ahora que pueden caer los muros ideológicos que separan a los pueblos, permitamos no solo que persistan las divisiones económicas, sino también que levantemos nuevos muros que aparten más y más a las naciones ricas de las pobres.

PAZ

En esta década que cierra el siglo XX se abre una oportunidad única para el entendimiento y el desarrollo de los pueblos. Hace dos mil años un hombre pidió paz en la tierra para aquellos que tuviesen buena voluntad. Aún no le hemos dado un solo siglo sin guerras. No perdamos esta oportunidad. Hay frente a nosotros una agenda común que a todos nos compete: democracia, desarrollo, desarme, deuda, deforestación y drogas. Está en nuestras manos dejar atrás una era de confrontación entre las naciones, que a nada ha conducido. Nuestro compromiso deber ser abrir una oportunidad para colaborar entre todos, para afrontar y superar los problemas comunes, para fijar nuevos rumbos que alienten las esperanzas de los jóvenes en todos los rincones del mundo.

DEMOCRACIA Y DESARME

Nunca dos democracias se hicieron la guerra. Queremos, entonces, democracia en todos nuestros países para que exista paz duradera. Ello nos permitirá disminuir cada vez más lo que hoy se gasta en armas y dedicar esos recursos al desarrollo.

Cuando asumí mi mandato convoqué a una alianza para la libertad y la democracia en las Américas, como requisito necesario para una era de paz y pan. ¡Con qué alegría recibo hoy, aquí, a hombres que encabezaron el retorno de la democracia a sus pueblos! La tarea no ha concluido. Aún quedan gobiernos autoritarios. Aún subsisten tiranías. En nuestro continente hay dictaduras que tienen ya, una treinta años y otra quince, para vergüenza de la historia de la libertad. Junto con alentar los procesos electorales que abren oportunidades a las democracias, debemos utilizar todos los medios diplomáticos disponibles para que no quede un solo tirano en América.

DEMOCRACIA Y DROGA

Los regímenes dictatoriales son repugnantes no sólo porque coartan la libertad, violan los derechos del hombre y alientan la carrera armamentista, sino también porque tras ellos siempre se esconde la corrupción. En un régimen democrático, por existir libertad, es posible evitar estos males.

El más hermoso ejemplo de cómo la libertad se defiende a sí misma lo tenemos hoy en Colombia. Rindo homenaje al presidente Virgilio Barco, a su pueblo y a sus periodistas por la valentía ejemplar con que han afrontado la terrible amenaza de los narcotraficantes. Así como a todos nos conmueve el valor de Co-

lombia, debe preocuparnos lo que sucede cuando estas mafias de delincuentes son amparadas por algunas dictaduras. Una y otra vez la historia nos ha mostrado que, cuando cae un tirano, la verdad descubierta por la libertad suele ser aterradora: prisión, tortura y muerte, hambre, campos de concentración y exterminio. Debemos acabar con todas las dictaduras de América porque no habrá paz entre nosotros mientras una sola de ellas subsista. No podrá haber tranquilidad para nuestros pueblos mientras un Gobierno se preste para esconder la corrupción y para distribuir la droga.

El daño que causa la droga atraviesa todas las fronteras. Nosotros también debemos cruzarlas para vencer a quienes la producen y trafican con ella y a quienes amparan ese infame comercio. Apoyamos sin reservas la cumbre que, para combatir la droga, fuera convocada por los presidentes de Bolivia, Colombia y Perú. Apoyamos también una reunión de la Organización de los Estados Americanos para que, lo antes posible, fijemos tareas y responsabilidades para la erradicación del narcotráfico.

Anuncio aquí, con orgullo, que la Asamblea Legislativa de mi patria aprobó por unanimidad una de las legislaciones más severas del mundo para superar este flagelo.

DEMOCRACIA Y DESARROLLO

Si el derecho al desarrollo no es pronto una realidad compartida para todas las naciones, millones de seres humanos buscarán un mejor destino emigrando a otros países. Cuando un campesino que trabaja tierras al sur del río Bravo cruza la frontera para entrar en un pueblo rico, gana cien años de desarrollo para él y doscientos para sus hijos. Es imperativo que, así como la lucha por los derechos humanos, por la libertad, por la democracia y contra la droga han pasado a ser luchas sin fronteras, el desarrollo sea también una cruzada sin límites geográficos. La pobreza en cualquier rincón de la tierra deber ser considerada injusticia para todas las naciones. Una amenaza a la paz en cualquier parte del mundo, amenaza la paz de todos.

Ayer se nos decía que la historia avanzaba en favor del fortalecimiento del Estado. Ayer también se nos dijo que la historia caminaba sin contratiempos en favor de que todo estuviese en manos del sector privado. Hoy vivimos un mundo cansado de los excesos de unos y de otros. Frustrado por los mezquinos logros a que se llegó con aquellas fórmulas en que unos pocos se refugiaban en el poder ideológico para hacer promesas mesiánicas y otros en el poder económico para hacernos soñar con mun-

dos de abundancia fácil. Necesitamos, tanto para la libertad y la democracia de los países como para una nueva y sana convivencia internacional, que se imponga el mundo de los muchos, de los comunes, de los hombres y mujeres capaces de amar y sufrir para encontrar una esperanza compartida, en que la igualdad de oportunidades sea posible para hombres y naciones. Debemos ser muy creativos y alentar todas las expresiones para producir y para aliviar la pobreza. Que gobierne la gente significa que la economía esté en sus manos. Aliviar la pobreza requiere perder el temor de que se dé esa igualdad de oportunidades.

DEUDA

Las iniciativas para reducir la presión que el endeudamiento externo ejerce sobres las economías de los países deudores, deben ser consideradas con atención. El Plan Brady representa un avance importante y hemos de seguir alentando el diálogo que logre revertir lo antes posible el deterioro que, en lo económico y en lo social, han sufrido nuestros países en esta década. Anuncio con satisfacción que ayer, en Washington, Costa Rica logró un acuerdo en principio, para rebajar sustancialmente su deuda externa. Lo señalo como otro ejemplo de un nuevo espíritu de aquel que es posible lograr con el diálogo y la comprensión mutua de los problemas. Alegrará el corazón de los costarricenses saber que este nuevo fruto de la razón permitirá un crecimiento aún mayor de nuestra economía. Deberá también alentar la esperanza para que otros países deudores logren acuerdos similares.

DESARROLLO Y DEFORESTACIÓN

Nuestras estrategias de desarrollo no podrán ignorar nunca más que debemos cuidar y mejorar el medio ambiente. La ambición y el descuido han ido ya muy lejos. Hemos envenenado el ambiente y hemos permitido que nuestras ciudades se llenen de ruidos. Hemos contaminado el agua y nuestros bosques se agotan. Tenemos justificados temores de lo que pueda pasar con un calentamiento global progresivo de la Tierra. La destrucción de la capa de ozono crea riesgos para la vida en el planeta. Debemos poner fin a la extinción de la diversidad biológica, a la erosión de los suelos y a la pérdida de los bosques. Es hora de construir una nueva armonía con la cual busquemos el bienestar de los pueblos, mediante un desarrollo que promueva la justicia y la conservación apropiada de la naturaleza. Este es el único desarrollo sostenible para el futuro de la humanidad. La lluvia ácida es un problema que requiere atención, pero también la falta de

agua potable para millones de hombres, mujeres y niños necesita respuesta urgente. Nadie debe imponer su solución. Juntos podemos encontrar caminos que garanticen el logro de nuestros objetivos y la distribución de responsabilidades.

EL CAMINO DEL FUTURO

Es necesario definir ya un desarrollo con rostro humano. No debemos permitir nunca más que se traicionen los caminos de los hombres con las prácticas de la corrupción, con la persistencia de la miseria, con la tolerancia de la dictadura, con la complacencia ante el terrorismo, con la apatía ante la violencia, con el silencio frente a los que practican el racismo o con la cobardía ante quienes violan los derechos del hombre. Decía Víctor Hugo que nada hay más fuerte que una idea a la que le ha llegado su tiempo. Los hombres han luchado por estas ideas desde siempre. Hoy estamos frente a una oportunidad muy especial, ante un llamado de la historia al que es preciso responder. Estamos obligados a tomar una decisión: o nos refugiamos en el mundo del ayer y seguimos prisioneros de sus intereses y dogmas más arraigados o aceptamos el compromiso de crear para millones y millones de hombres una nueva historia. En toda empresa habrá siempre riesgos y es inútil pretender que para dar un paso diferente tengamos todas las garantías de triunfo. El camino del pasado, sin embargo, no nos deparó soluciones frente al hambre y el dolor de la opresión que sufren millones de seres humanos.

Porque Costa Rica asumió el compromiso político de trabajar por el mundo nuevo, por el camino del futuro, nuestra alianza es con el cambio. Aplaudimos el valor de quienes han iniciado el desarme nuclear y la reducción de las armas convencionales. Estamos empeñados en cambiar la historia de guerra y violencia centroamericana por una historia de paz y libertad. Gracias por el apoyo que hemos recibido de ustedes en este empeño. Una vez más, les pido ayudar por medio de la diplomacia para que callen los fusiles, para que dialoguemos. Porque estamos por el cambio, propiciamos el robustecimiento del sistema político interamericano, en un esquema de diplomacia regional, para enfrentarnos a la agenda común.

RESPUESTA A LA HISTORIA

Hace treinta años Rómulo Betancourt, visionario estadista venezolano propuso que, para promover la libertad y la democracia, los pueblos libres rompieran sus relaciones políticas y comerciales con los regímenes autoritarios. Hace cuarenta años el visio-

nario estadista costarricense José Figueres disolvió el ejército de Costa Rica para que se promovieran el desarrollo y la democracia. Quizá podamos decirles a Betancourt y a Figueres que llegó la hora de aislar al dictador y que lo haremos juntos; que llegó la hora del desarme y que trabajaremos por lograrlo. Hace ciento ochenta años, Bolívar soñó con una sola América. Hoy vemos un mundo con una Europa que alcanzará una unidad política y económica sin precedentes, donde tendrá que caer el Muro de Berlín y no habrá europeos pobres y otros ricos, unos presos y otros libres. Vemos un gran mercado que nace y que unirá a los pueblos de los Estados Unidos y Canadá. Es posible que otros se unan a ese mercado, por encima de las barreras de las lenguas. No nos quedaremos fuera de estos cambios. Tampoco seremos seguidores de lo que hacen otros. Queremos y debemos ser parte de la solución a los problemas. Quizá podamos decirle también a Bolívar que habrá una América en donde todos los hombres serán siempre libres.

HEMOS VENIDO A PROCLAMAR . UN NUEVO ESPIRITU[18]

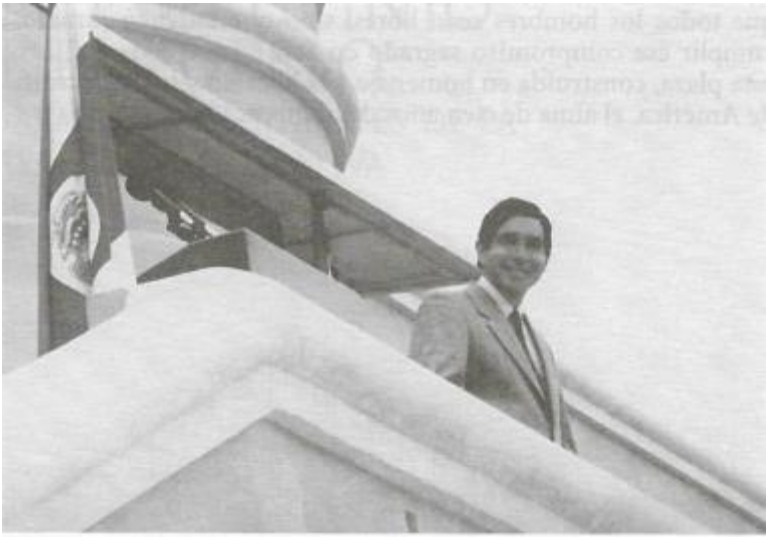
INAUGURACIÓN DE LA "PLAZA DE LA DEMOCRACIA"

Este es el mismo lugar donde, hace cuarenta años, José Figueres Ferrer abolió el ejército de Costa Rica. Era un cuartel militar, hoy es un museo. Fue aquí donde la razón se impuso sobre la fuerza. Aquí nació la tolerancia que disfruta sin temores un pueblo sin armas. Aquí el soldado se hizo maestro y el fusil sobre el hombro se transformó en libro bajo el brazo para todos nuestros jóvenes. Recibir en este lugar a los hermanos de América es recibirlos en el corazón de Costa Rica. Es recibirlos con los brazos abiertos de una democracia centenaria.

En esta plaza que hoy abrimos cantarán los niños y recitarán los poetas. Expondrán los pintores y jugarán los estudiantes. Descansarán los pensionados y se besarán los novios. Nunca se escuchará aquí el eco de las botas de un soldado. Tampoco pasarán tanques, ni marcharán regimientos. No habrá aviones de combate que vuelen sobre este lugar.

Esta plaza pertenece a la historia de la democracia americana. El pueblo de Costa Rica la ofrece hoy, con orgullo, a los presidentes que nos visitan, a la libertad por la que ellos luchan y a la paz que anhelan.

[18] Discurso pronunciado el 28 de octubre de 1989, a las 11 de la mañana, en la inauguración de la «plaza de la Democracia», al costado oeste del Museo Nacional, en San José, con ocasión de celebrarse la Reunión de presidentes y jefes de estado del continente americano.



En las reuniones que ayer sostuvimos hablamos de los temas que nos preocupan. Vamos a trabajar juntos para construir democracia, para aumentar el desarrollo, para aliviar la carga de la deuda externa, para destruir la droga, para preservar la naturaleza, para acelerar el desarme. Queremos resultados y vamos a ser fieles a esta agenda que es mandato de todos nuestros pueblos.

En estos días, niños y viejos, maestros y trabajadores, han mostrado la alegría de ser libres. Hemos recibido al visitante con cariño. Con él hemos compartido nuestros logros y nuestras frustraciones: todavía tenemos apremiantes problemas que resolver. Hay aún pobreza en mi patria para la que no hemos encontrado respuesta. Hay dolor para el que no hemos sabido entregar alivio.

Ayer y hoy, Costa Rica le ha dicho al mundo que es necesario dedicar más tiempo y esfuerzo a resolver los problemas que nos angustian, así como trabajar para robustecer aquellas cosas de las que estamos satisfechos. Tenemos más alegrías que compartir que llantos que derramar. Y el mundo lo sabe.

Alguien decía, queridos amigos míos, que, cuando las obras son largas, las palabras han de ser cortas. Largos y hermosos han sido estos cien años de libertad. Generosa ha sido la presencia de los presidentes y primeros ministros que nos acompañan. Largo y hermoso ha sido el cariño de Costa Rica. Escuchemos la algarabía de la libertad. Escuchemos al pueblo libre en sus calles y campos, a la libertad de cien años de democracia. Digámosles, desde aquí, a los jóvenes de América que no solo soñamos con

que todos los hombres sean libres, sino que también juramos cumplir ese compromiso sagrado en San José. Queda aquí, en esta plaza, construida en homenaje a la libertad y la democracia de América, el alma de cien años de hombres libres.

EL ESCRUTINIO DEL PUEBLO[19]

SALA DE EXPRESIDENTES DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA

UNA NOBLE TRADICIÓN

Vengo, con humildad, a participar en esta noble tradición de nuestra democracia. En Costa Rica estamos acostumbrados a que la sucesión en la Presidencia de la República se dé con la regularidad del diario amanecer. De ahí que este acto sea un homenaje a la fortaleza y la estabilidad de la República.

Vengo, entonces, a compartir con los distinguidos miembros de la Asamblea Legislativa, con mi familia y con muchos de mis amigos y colaboradores el honor indeclinable de ver mi retrato al lado del de los ilustres costarricenses que me precedieron en la función sagrada de salvaguardar la libertad, el bienestar y la paz de nuestra patria. Me complace recibir este honor de parte de los representantes del pueblo que, un día de febrero de 1986, me concedió el máximo privilegio y la máxima distinción de mi vida al hacerme su presidente.

COLABORACIÓN DEL PARLAMENTO

En esta Asamblea Legislativa discurrió una parte de mi vida política. Son gratos mis recuerdos de ese período y eso moti-

[19] Discurso pronunciado en el acto de descubrimiento de su retrato, en la Sala de ex presidentes de la Asamblea Legislativa, en San José, el 25 de junio de 1991.

va mi afecto y mi agradecimiento con quienes me acompañaron en este recinto. También debo agradecer la colaboración de los distinguidos costarricenses que integraron este parlamento durante mi período presidencial. Ellos, con espíritu patriótico y por encima de banderías políticas, coadyuvaron en muchos de los logros de mi Administración. Quiero recordar algunos de los grandes empeños que compartimos, comcM establecimiento del Banco Hipotecario de la Vivienda, la "Ley de perfeccionamiento del sistema financiero nacional", la "Ley de igualdad real de la mujer" y la "Ley sobre psicotrópicos", instrumento fundamental para la lucha de nuestro país contra el consumo y el tráfico de drogas. Sin embargo, es posible que ninguna otra iniciativa tuviera la trascendencia de la ley que creó la Sala Constitucional. Aprecio la gran colaboración que los señores diputados siempre le prestaron al doctor Luis Paulino Mora, ministro de Justicia durante mi gestión, en el proceso que me permitió el honor de firmar esa ley.

CORO DE FE Y DE TRABAJO

Me es muy grato compartir este momento con las mujeres y los hombres que formaron parte de mi equipo de gobierno. Cuando, al convocarlos para pedirles su colaboración, les dije que mi propósito era integrar una meritocracia, no me equivoqué. Sus méritos de conocimiento, capacidad, dedicación, honradez y lealtad con los intereses de nuestro pueblo, fueron base de la confianza y la seguridad con que pude enfrentarme a los más serios problemas. Por eso dirijo mi agradecimiento a mis colaboradores

y colaboradoras y me regocija el acierto de haberlos escogido. Cuando se escriba la historia de mi gobierno, en ella figurarán todas las voces que integraron aquel excelente coro de fe y de trabajo.

LA LUCHA DEL PUEBLO POR LA PAZ

Mi retrato, que a partir de hoy estará en este Salón de Expresidentes, no tiene más importancia que la de ser un símbolo para una lucha hermosa que dio por la paz nuestro pueblo durante cuatro años. Mi eterno agradecimiento a ese pueblo, cuya fe y cuya grandeza no conocieron límites. El mundo entero miró con > orgullo a dos millones ochocientos mil costarricenses que no renunciaron nunca a su amor por la paz. La misma devoción entregó ese pueblo para poner en marcha una Costa Rica diferente en donde le abrimos las puertas, como nunca antes, a la patria joven y a la igualdad de oportunidades para hombres y mujeres. La satisfacción que más profundamente embarga mi espíritu es la de haber hecho posible que gobernaran los valores más sagrados de Costa Rica. Con esos valores decidimos mirar hacia el futuro. Por eso he venido hoy a rendir un homenaje y no a recibirlo.

SUEÑOS Y REALIDADES

Hace seis años, en la campaña política que me llevaría a ocupar la Presidencia de la República, me inspiraban muchos sueños. En el afán de servir a mi patria, había concebido planes y proyectos para convertir en realidades aquellos sueños de justicia, paz y prosperidad para mis conciudadanos. En el transcurso de la campaña no hice promesas, sólo adquirí compromisos. Estos compromisos quedaron consagrados en los peldaños de la catedral metropolitana. Me comprometí a servir de preferencia a los más humildes; a incorporar activamente a la mujer y a los jóvenes a la vida de la nación; a reorientar la economía para ponerla al servicio de la familia en los campos de la vivienda, el empleo, la recreación y, en general, el mejoramiento del nivel de vida; a distribuir el poder político; a luchar por una mayor democracia económica; a combatir sin tregua la corrupción; a defender y robustecer la paz de Costa Rica y evitar que en Centroamérica siguieran matándose hermanos.

La generosidad de mi pueblo me dio la oportunidad de cumplir aquellos compromisos básicos. Puedo decir, sin vacilaciones, que goberné con mi pueblo y que mi pueblo gobernó conmigo.

Pero en cuatro años no fue posible realizar todos mis sueños. Estoy seguro de que eso mismo pensó cada uno de mis predece-

sores al dejar la Presidencia. Esta reflexión no debe ser motivo de frustraciones. Por el contrario, el mayor premio que la democracia costarricense puede deparar a sus gobernantes es la suerte de retirarse del poder en medio del aprecio y el respeto de sus conciudadanos, y de compartir con ellos el futuro en paz.

CON VOZ PROPIA EN EL MUNDO

A mis colaboradores y a mí nos tocó gobernar durante un período de gran trascendencia. Tuvimos en las manos el instrumento que le permitió a nuestra patria hacerse presente, con voz propia, en un mundo sometido a cambios y a retos sin precedentes. Nos correspondió transformar a Costa Rica de espectadora en actora de la vida internacional. Actuamos convencidos de que nuestro país había acumulado un poder y una fuerza moral que podían ponerse al servicio del mundo. Una fuerza moral que podía derribar todos los muros, comenzando por el de la incomprensión. Una fuerza moral arrolladora, que hacía irrelevante la pequeñez geográfica, económica y demográfica de nuestro país.

En 1985, cuando salimos a explicarle al pueblo de Costa Rica nuestra propuesta de gobierno, el mundo se enfrentaba a una constelación de conflictos militares y políticos, virtuales y potenciales, que prefiguraban una catástrofe global. Centroamérica no era la excepción. El istmo se veía envuelto en uno de los conflictos más amenazadores de su historia. Las grandes potencias habían abierto un campo de batalla al lado de nuestra frontera. Parecíamos condenados a prolongar nuestros sufrimientos y nuestra miseria mientras se ventilaba, en el terreno militar, un dilema político que para nosotros era falso. Cualquiera de las soluciones que preconizaban las grandes potencias era ajena a los intereses de Centroamérica.

ASUMIMOS UN COMPROMISO

Frente a aquel panorama, asumimos con el pueblo de Costa Rica un compromiso. Era un compromiso difícil y complejo, que provocó la ira de unos y la mofa de otros, pero que obtuvo el apoyo masivo de nuestro pueblo. Era el compromiso con la paz. Era el compromiso de demostrar a un mundo convulso e inclinado al empleo de la violencia, que aún había esperanza de resolver los conflictos por medios pacíficos, sin sumisión de los países débiles a los designios de los más fuertes.

Nos sobrepusimos a la incomprensión y a la incredulidad, a la prepotencia y a la duda. Descubrimos, para nuestro bien, las verdaderas potencialidades del diálogo como alternativa a la con-

frontación, y se las mostramos a todo el orbe. No hay petulancia ni exageración cuando decimos que el proceso emprendido por los centroamericanos en 1987 influyó decisivamente en los cambios de actitud que, más tarde, experimentaron las partes en pugna en otros conflictos del mundo.

La humanidad estaba madura para salir de una época de confrontación destructiva y entrar en una era de fructífera convivencia por medio del diálogo. Para que este fuera un sentimiento universal, sólo faltaba la demostración práctica de que el diálogo es posible incluso en las circunstancias más difíciles. Y esa demostración la hicimos los centroamericanos junto a otros pueblos que en distintas partes del mundo también lucharon incansablemente por soluciones pacíficas, por lograr que la razón se impusiera a la violencia.

EL PRIMER MURO QUE SE DERRUMBÓ

Alguna vez dije a la prensa que el primer muro en caer no fue el de Berlín. El primer muro que se derrumbó fue el muro de la incomprensión en Centroamérica. Sigo creyéndolo. La destrucción de mitos y prejuicios sobre la rigidez de los límites ideológicos comenzó entre nosotros. Entre nosotros, por primera vez, un régimen marxista se sometió a la buena fe del diálogo y a las reglas del juego democrático. Algunos habían rechazado esta posibilidad por impracticable, y le adjudicaron al marxismo una fortaleza y una voluntad de supervivencia que más tarde se revelaron falsas en todo el mundo. En la mesa de negociaciones de Esquipulas, los presidentes centroamericanos asociamos, de manera efectiva, la legitimidad de los gobiernos con la libertad electoral, el respeto a los derechos humanos y la renuncia expresa al uso de la fuerza.

El Plan de Paz de los centroamericanos fue el primero en poner un alto a la locura de la violencia y de las soluciones armadas. Hasta hombres justos y nobles habían llegado a pensar que la guerra era el camino correcto. El Acuerdo de Esquipulas dio la vuelta a la Tierra como un grito de esperanza. Poco tiempo después todo pareció cambiar: se realizaron con éxito negociaciones de paz entre Irán e Iraq; los soviéticos se retiraron de Afganistán; Namibia logró su independencia; los soldados cubanos retornaron humillados a sus tierras y, súbitamente, todos los países y hombres de diferentes ideologías se unieron en una nueva esperanza: buscar una solución diplomática a sus conflictos. Se abrieron diálogos donde sólo se habían escuchado las armas.

La experiencia centroamericana nos confirma el carácter in-

terdependiente del mundo de hoy. Ya nadie puede darse el lujo de buscar soluciones a sus problemas sin tomar en cuenta los intereses de los demás. Debemos ser amigos de todos los pueblos y encauzar nuestras posibilidades de diálogo hacia el reconocimiento de la gran diversidad de la especie humana.

AMISTAD, COINCIDENCIAS Y DISCREPANCIAS

He dicho que en la amistad unas veces se coincide y otras veces se discrepa. Agrego ahora que la permanencia de la amistad, entre individuos y entre naciones, sólo es posible si tanto la coincidencia como la discrepancia se manifiestan con respeto mutuo. La prepotencia o el menosprecio destruyen la amistad.

El hecho de que los centroamericanos fuéramos capaces de imponer una solución propia a nuestros problemas, suscita el tema de la autonomía en las decisiones y en el ejercicio del decoro nacional. Quienes participamos en el Gobierno que me correspondió presidir, podemos enorgullecemos de haber actuado con toda dignidad en nuestras negociaciones con Gobiernos extranjeros y con organismos internacionales. Siempre consideramos que nuestro mayor reto era mantener la paz y la concordia, y que no podíamos ponerlas en peligro aceptando recomendaciones políticas o económicas desestabilizadoras de la paz social, o promotoras de la injusticia.

UNA CONFIANZA QUE COMPARTIR

A principios de los ochentas, la transferencia neta de recursos económicos de los países ricos hacia los países pobres era de cincuenta mil millones de dólares anuales. Al final de esa década, esa transferencia era, también, de cincuenta mil millones de dólares por año, pero de los países pobres hacia los países ricos. Ante esta realidad, nos propusimos crear las condiciones de confianza indispensables para aumentar la inversión y retener los recursos humanos y económicos de que disponíamos.

Pusimos toda la confianza en la capacidad de nuestras fuerzas productivas para asociarse a un proyecto nacional. Hicimos lo necesario para formular una meta viable, orientadora, desprovista de fantasías. Eso pretendíamos cuando dijimos que Costa Rica se convertiría en el primer país desarrollado de América Latina. Al finalizar nuestra gestión, habíamos hecho renacer en nuestros compatriotas el sentido de su propio valor y de su propia capacidad. íbamos al encuentro del futuro con optimismo y teníamos una confianza que compartir, un propósito al que el país entero

estaba dispuesto a adherirse.

Había en aquel proyecto nacional el mismo sentido de confianza que nos permitió construir ochenta mil viviendas, crear anualmente treinta mil empleos, elevar, como nunca antes, el nivel de nuestras exportaciones y convertir a Costa Rica en paradigma de la conservación de los recursos naturales. Avanzamos mucho porque teníamos metas, porque inspiramos confianza, porque pusimos énfasis en el desarrollo de nuestra autoestima.

Dijimos siempre que no éramos una potencia económica, pero que llegaríamos a serlo; que no éramos una potencia militar, y no queríamos serlo. Pero que ya éramos una potencia moral, por lo que deberíamos utilizar la vocación de paz de Costa Rica para persuadir a nuestros vecinos a iniciar un proceso de desmilitarización que fuera ejemplo para el mundo entero.

LA PROHIBICIÓN DEL EJÉRCITO EN PANAMA

Para mí es motivo de orgullo poder felicitar esta noche a la Asamblea Legislativa de Panamá y al pueblo panameño por haberse aprobado la reforma constitucional que prohíbe la existencia de un ejército en aquel país. Esta decisión nos acerca a nuestra propuesta de crear en Centroamérica una zona sin fuerzas armadas.

Nos cabe la satisfacción de haber participado activamente en el debate que condujo a tan feliz resultado. Cuando nos disponíamos a reconocer al nuevo gobierno panameño, le sugerí al presidente Endara tomar esa histórica decisión. Más tarde, aquel pueblo hermano y sus dirigentes me permitieron acercarme a ellos para abogar por la causa de la desmilitarización. Por medio de la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano, me fue posible mantener un diálogo constante con el presidente Endara y sus ministros, con diputados de todos los partidos políticos y con dirigentes de diversas organizaciones cívicas. Para los panameños la participación de un ciudadano costarricense en aquel debate no constituyó motivo de asombro ni de irritación. Estoy convencido de que el ejemplo de Costa Rica y de su fuerza moral es una de las raíces de esta hermosa decisión de los representantes del pueblo panameño.

El ejemplo de Panamá debe ser seguido por las demás repúblicas hermanas de Centroamérica. En estas tierras sólo habrá paz si volvemos al principio, al diálogo, a la confianza mutua. Debemos aprender que la violencia no solucionará ninguno de nuestros problemas. Aceleremos el compromiso para encontrarnos sin armas en un camino que pueda asegurar la democracia y derrotar la pobreza para treinta millones de habitantes que ya han sufrido demasiado. Hay una gesta en Centroamérica que puede

llegar a ser tan grande para la paz de la humanidad como la que hoy se vive en Europa. Nosotros no podemos estar ausentes. Es un mandato de este pueblo, por encima de los gobiernos, que son transitorios. Es un mandato que emana de lo más profundo de nuestra historia y que representa el sentimiento de lo que anhelamos para el mañana.

EL CURA Y EL BARBERO

Más tarde o más temprano el pueblo hará el escrutinio de nuestros aciertos y nuestros errores. He usado la palabra escrutinio. En este caso su sentido podría venir del recuerdo del título que Miguel de Cervantes le diera al capítulo sexto del Quijote: «Del [w] donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo».

Recordarán ustedes que, hallándose don Quijote vencido por el sueño tras su primera y fugaz salida, el cura Pero Pérez y el barbero maese Nicolás arremetieron contra la biblioteca de Alonso Quijano, condenada sin mayor examen al fuego, ya que era propósito de ambos borrar con el fuego lo que ellos, prejuiciados y subjetivos censores, consideraban el origen de una locura.

Instalados ya en la biblioteca, ellos mismos fueron descubriendo el terrible potencial destructivo de su pretendido empeño purificados Ni la inspiración que henchía el espíritu del caballero andante podía ser aniquilada con el simple recurso de quemar la biblioteca, ni la pequeñez de juicio del cura y del barbero llegaba a tanto como para no hacer una cuidadosa revisión de cada una de las obras que con tanta ligereza habían condenado.

Al hacer el escrutinio, en ausencia de don Quijote, se dieron cuenta de que eran muchas las obras que se defendían solas y que no era posible condenarlas al fuego. Comprendieron que nada debe destruirse por pasión, y que quien así proceda recibirá la condena de la posteridad, como la habría recibido el cura Pero Pérez si no hubiese realizado el minucioso escrutinio de las obras que poblaban la biblioteca de don Quijote.

NADIE APROXIMARÁ LA PAZ AL FUEGO

Cuando haya sobrevenido mi ausencia, el pueblo de Costa Rica hará el escrutinio de mis obras y juzgará a los curas y a los barberos por lo que hagan con ellas. Y entre las que sin duda veo liberadas de cualquier intento de condena está la que construimos alrededor de una idea: la idea de la paz. Porque esa, estoy seguro, está tan cerca del corazón de mi pueblo, que nadie será capaz de aproximarla al fuego.

EL MUNDO Y EL PREMIO NOBEL DE LA PAZ EN EL SIGLO XXL[0]

SIMPOSIO DE LOS PREMIOS NOBEL DE LA PAZ

ANTIGUOS Y NUEVOS ASPECTOS

Gracias, Dr. Lundestad, por su análisis, tan completo e instructivo, de los diferentes aspectos del Premio Nobel de la Paz. Hay en su ponencia dos frases que, si me permite, quisiera repetir, porque las encontré muy acertadas. Usted dijo: "Con mucha frecuencia ha resultado que los idealistas eran los realistas. El realismo muchas veces se convierte en cinismo". Yo fui declarado un idealista ingenuo en los años 80, por haber creído que el gobierno de Nicaragua, que se autodenominaba marxista-leninista, celebraría elecciones libres, como se había comprometido a hacerlo. En aquella oportunidad, los realistas estaban equivocados. Siempre hay una primera vez para todo.

Cuando miramos hacia el futuro, solo podemos mirar con optimismo. Alguna vez Francois Guizot dijo: "El mundo pertenece los optimistas, los pesimistas son solo espectadores". Hay, en efecto cierta verdad en algunos de los argumentos de los realistas. Ello ñalan todos los problemas que hay en el mundo, y estos son efectivamente, auténticos. Como mencionó el Dr. Lundestad,

20 Discurso prunciado en el Simposio de los Premios Nobel de la Paz, Oslo, Noruega, el 8 de diciembre del 2001.

1.200 millones de personas sobreviven con menos de un dólar por día, y en los países en vías de desarrollo existen más de 850 millones de adultos que son analfabetos. Grupos de insurgentes y paramilitares siguen armándose y azotando sus países en guerras mezquinas por cuestiones territoriales, que tratan de disfrazar como batallas ideológicas. Cuando vemos los actos de brutalidad que se cometen a diario, ciertamente es muy fácil desalentarse con las posibilidades de alcanzar la paz en este mundo.

Desgraciadamente, pareciera que el instinto humano nos obliga a enfocar nuestra atención en lo negativo. Tal vez sea resultado de nuestro instinto de supervivencia. Necesitamos estar conscientes de las potenciales amenazas para defendernos de ellas. Pero cada vez que el peligro nos llama la atención, nos apartamos de una visión de belleza, de un acto de bondad, de un momento de convivencia pacífica. Estos elementos de la vida pasan a segundo plano, y los puntos oscuros llegan a dominar el paisaje y causan miedo y pesimismo. Sin embargo, es probable que quienes han logrado cambiar el mundo en sentido positivo se hayan parecido más al hombre de la Mancha, que salió a la carga contra todo molino que encontraba y nunca perdió de vista la belleza que hay en las cosas cotidianas y normales de la vida.

A pesar de las guerras y los conflictos, que no cesan de acosar a la humanidad, no debemos perder la fe en el diálogo. Tenemos que seguir creyendo en la paz, no porque esto sea fácil, sino porque es necesario. Sabemos que la reconciliación es un proceso profundo y difícil, un proceso que requiere años de trabajo, retrocesos y perseverancia.

Así lo evidencian los conflictos en el Medio Oriente, en Colombia, en la República Democrática del Congo y en Irlanda del Norte. Para creer en la paz no es necesario creer que las negociaciones son infalibles. En efecto, sabemos que las partes son, a menudo, intransigentes, que con alguna frecuencia los líderes no cumplen sus obligaciones y responsabilidades, y que unos pocos rebeldes pueden obstaculizar los procesos de paz de mayor respaldo popular.

A pesar de tales dificultades, es más que evidente que la alternativa es mucho peor. Cuando aumentan las tensiones, es mejor aceptar la necesidad de transigir que aceptar que siempre habremos de vivir con temor. Cuando los pactos se rompen, es más sensato regresar a la mesa de negociaciones que soportar una batalla sangrienta, estéril para obtener victorias o soluciones. Y, cuando nos encontramos de frente con las causas de la violencia -que tan a menudo son la pobreza, el hambre y la injusticia-, es mucho más noble afrontar estos problemas que seguir desperdiciando recursos en la compra de armas.

En realidad, no hay en la paz nada de "glamour", de ingenuo o de idealista. La paz no es un sueño, sino una dura tarea. Es un camino que todos debemos escoger y en el que es preciso perseverar. Esto quiere decir que debemos resolver de manera pacífica hasta los pequeños conflictos cotidianos con la gente que nos rodea. La paz no comienza con el otro, sino con cada uno de nosotros.

Nos corresponde a nosotros, entonces, asegurar que este siglo que se inicia sea menos sangriento que el siglo pasado. Hemos avanzado tanto en la ciencia y el arte de la creación de la paz por medios pacíficos, que no podemos darnos el lujo de volver a la antigua forma de pensar. Debemos seguir trabajando para poner fin a los conflictos que nos humillan y nos destruyen.

Estoy seguro de que cada uno de nosotros tiene un criterio diferente con respecto a la forma de hacerlo. Quisiera sugerir que empecemos por poner más énfasis en la prevención de conflictos. Quizás el mismo instinto que antes mencioné es el que nos lleva a hacer caso omiso de los conflictos en potencia hasta el momento en que estallan. Luego nos preguntamos cómo ponerle fin a un conflicto que tal vez pudo haberse evitado antes de comenzar si tan solo le hubiéramos prestado atención.

Si realmente queremos conservar la dignidad de la vida humana y detener los conflictos antes de que se inicien, entonces tendremos que ensuciarnos las manos, trabajando en las áreas del mundo donde hay problemas, pero donde el número de muertes violentas no ha sido suficientemente dramático como para llamar la atención. Por otra parte, cuando surgen los conflictos, es tam-

bién de fundamental importancia que los gobiernos y los grupos armados agoten todas las posibilidades para resolverlos pacíficamente, antes de recurrir a la acción militar. La historia reciente nos demuestra que los países en donde existe una institución castrense muy poderosa tienden a hacer uso de ella con demasiada rapidez, en lugar de abrir un espacio auténtico para que la diplomacia funcione y pueda evitar el conflicto.

Muchos se quejan de la intolerable lentitud del trabajo diplomático. Yo insisto en que, cuando la paz está en juego, todo proceso de negociación debe ser conducido con constancia, con perseverancia, pero, sobre todo, con paciencia ilimitada. Quienes tienen en sus manos la vida de sus semejantes, la tranquilidad y el bienestar material de sociedades enteras, no tienen derecho a caer en la exasperación ni en la impaciencia. Por eso, es indispensable que los negociadores de la paz se cuiden de no precipitarse y de no caer en la trampa de la frustración. La realidad es tan variada como las interpretaciones que de ella hace cada ser humano, y eso obliga a que la búsqueda de la concordia y la tolerancia sea necesariamente compleja y prolongada.

¡Cuántas veces hemos descubierto que, cuando la impaciencia invade nuestros corazones, se suele despreciar el diálogo por considerarlo una herramienta demasiado lenta, ineficiente y, en última instancia, inútil! Así sucede cuando perdemos la paciencia para entender que toda negociación toma tiempo; cuando perdemos la humildad para aprender a escuchar al adversario; cuando perdemos la perseverancia para recordar, como dijo el poeta, "si al primer intento no triunfas, trata, trata de nuevo"; y, finalmente, cuando perdemos nuestra capacidad para transigir. Ello es así porque en todas estas indispensables cualidades para una negociación fructífera, como decía Immanuel Kant de la moral, si no avanzamos, retrocedemos. En efecto, es el viejo diálogo, despreciado por lento, que renace siempre como el instrumento más adecuado para resolver los conflictos. Todo conflicto que se resuelve mediante el diálogo es un paso adelante. Todo conflicto resuelto por la violencia deja estelas de rencor y heridas muy difíciles de sanar.

Si realmente queremos prevenir los conflictos, también debemos prestar atención a las exigencias de la justicia social. Hacer caso omiso de los vínculos que existen entre la pobreza y el conflicto es una tontería. Sin embargo, muchos líderes y analistas tratan cada problema por separado, como si no tuvieran ninguna relación. Yo sostengo que, si logramos aliviar la pobreza y disminuir la desigualdad social, veremos un marcado descenso de la cantidad de conflictos que padece el mundo. No sólo por ésto, sino también por respeto

a la dignidad de la vida humana, todos debemos tomar parte en la promoción de una distribución equitativa de los recursos.

No son recursos lo que falta para combatir la pobreza. Lo que existe es, más bien, falta de voluntad. Cuando economías enteras entran en crisis, los países ricos recaudan muy rápidamente los miles de millones de dólares necesarios para rescatarlas. Pero, cuando observamos las crisis de la pobreza y el hambre, el analfabetismo y la enfermedad, que tocan a tantos de nuestros hermanos y hermanas, ¿dónde queda la respuesta rápida? ¿Dónde quedó la voluntad de recaudar los fondos que podrían garantizar vivienda y comida a todos, que podrían proveer de agua potable, servicios básicos sanitarios y de salud, y de educación -al menos primaria- para la población del mundo?

Han tratado de convencernos de que no es realista plantear la resolución de la crisis de pobreza mundial. Pero, si examinamos de cerca las prioridades de nuestros gobiernos, veremos que no es un problema de magnitud, sino de visión. El año pasado, en el mundo se gastaron 798.000 millones de dólares en armas y soldados, pero sólo se gastaron 56.000 millones en ayuda para el desarrollo. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo estima que una inversión adicional de 40.000 millones de dólares al año, durante diez años, sería suficiente para garantizar la educación básica, de servicio de salud, la alimentación, agua potable y servicios sanitarios a toda la población mundial. Sí. Con solo el 5% de lo que gastamos preparando guerras y luchando en ellas podríamos librar el planeta de las formas más elementales de sufrimiento innecesario.

Sin embargo, los líderes más poderosos del mundo continúan adheridos al viejo adagio romano de que "quien quiera la paz debe prepararse para la guerra". Por cumplir esta absurda suposición, hemos creado un mundo en el que se da prioridad a la compra de armas por encima de la alimentación de los niños, y así hemos ido agravando el mismo ciclo de pobreza, injusticia y conflicto que estamos tratando de romper. El problema radica en que persistimos en tratar de romperlo siempre de la misma forma: peleando guerras. Parece que algunas personas creen que, si logramos aplastar este sublevamiento y si logramos bombardear a un país hasta la sumisión, luego podremos preocuparnos de la pobreza. Esta es una falacia. Tenemos que trabajar por la paz y por la justicia a la vez, porque la existencia de cada una depende de la otra.

Aparte de la atención que debemos prestar a las causas fundamentales de los conflictos, también tenemos que ocuparnos de la proliferación de los instrumentos de guerra. Me refiero a las cantidades enormes de armas que continuamente se fabrican y se ven-

den en todo el mundo. Nadie ignora que el número de muertes causadas por el conflicto armado ha subido de manera vertiginosa a lo largo del siglo XX, en parte debido a la sofisticación y a la proliferación de la tecnología militar. En la medida en que las ganancias sean el acicate para la distribución de armas en el planeta, la paz -y la vida humana- saldrán perdiendo.

Quisiera invitar a todos los que no lo hayan hecho ya a unirse conmigo y con diecisiete de nuestros colegas laureados para apoyar el Código Internacional de Conducta sobre las Transferencias de Armas. Los principios de este código declaran que las armas no deben venderse ni regalarse a estados o grupos que probablemente las utilicen para violar los derechos humanos, el derecho internacional o el derecho humanitario. Este es un principio sencillo, pero los países y las corporaciones fabricantes de armas son reacios a aceptarlo. Si existe en el mundo un grupo de personas capaz de convencerlos para que den prioridad a los principios antes que a las utilidades, y antepongan los derechos humanos a los intereses estratégicos, tengo la esperanza de que sea este grupo distinguido, junto con los miles de individuos, organizaciones y líderes comunitarios que ya han expresado su fe en el Código como un instrumento moralmente sólido y políticamente necesario. Juntos podemos actuar y promover medidas responsables para frenar la venta libre de la muerte y la miseria en el mercado internacional.

Quisiera cerrar estas palabras con una referencia a los valores que guían nuestras acciones en este mundo. Los valores que el Premio Nobel de la Paz pretende reconocer han sido muy poco comunes a lo largo del siglo XX. Ha sido un siglo en que la avaricia, la arrogancia y la intolerancia han prosperado. El calendario nos otorga la oportunidad de volver a empezar. Al embarcarnos en este nuevo centenario, para el Premio Nobel y para el mundo, hagamos todo lo posible para que sea un siglo de generosidad, de humildad y de tolerancia; de solidaridad, de compasión y de respeto. Es mi esperanza que el Premio Nobel seguirá reconociendo en este nuevo siglo estos valores y las acciones que de ellos fluyen, y continuará apoyando así a personas que luchan por iluminar un mundo que a veces se ve, ciertamente, tenebroso. La noche oscura de la ignorancia, el odio y la injusticia amenaza con envolver nuestro precioso planeta, y todos debemos adoptar la misión personal de encender una vela. El mundo necesita toda la iluminación posible, y ustedes, amigas y amigos, son las chispas que nos llevarán por el camino que conduce a un futuro mejor.

GRACIAS A NORUEGA DE PARTE DE TODOS LOS PREMIOS NOBEL [21]

PARLAMENTO DE NORUEGA

Es un verdadero honor para mí que se me haya escogido para decir unas palabras esta noche y para transmitir, de parte de todos los laureados reunidos en este salón, nuestro profundo agradecimiento al Gobierno de Noruega y al Instituto Nobel de Noruega por habernos invitado a tomar parte, de manera tan especial, en los festejos del centenario del Premio Nobel. Somos en verdad muy afortunados de estar aquí presentes para honrar la memoria de Alfred Nobel y a quienes encarnan el espíritu de la dedicación y la abnegación para lograr grandes obras en las ciencias, en la literatura y en la paz.

Los primeros Premios Nobel fueron concedidos a principios del siglo XX. Ese siglo ya quedó atrás y, al recordarlo, evocamos dos guerras mundiales; pensamos en dos ideologías totalitarias que, después de haber causado estragos por toda la tierra, quedaron sepultadas a finales de la centuria. Acuden a nuestra memoria un sinnúmero de conflictos que han cobrado millones de vidas, no sólo de soldados, sino cada vez de más civiles, sobre todo mujeres, niños y niñas. El hecho de que tal brutalidad siga encontrando amparo en la especie humana es, en verdad, causa de estremecimiento.

[21] Discurso pronunciado en la cena en honor a los premios Nobel, ofrecida por el Parlamento de Noruega. Oslo, Noruega, 9 de diciembre del 2001.

Ahora que nos encontramos en el umbral de un nuevo siglo, y al inicio del segundo centenario de los Premios Nobel, quizás podremos forjar una realidad distinta. A lo largo de los últimos cincuenta años, el mundo se ha vuelto más egoísta, y ese egoísmo se manifiesta de diversas formas: como la falta de liderazgo, la falta de sabiduría, la falta de compasión, la falta de amor. El nuevo siglo tiene que ser un siglo en el que estas cualidades de que hemos carecido empiecen a predominar en los gobiernos, en las organizaciones sociales, en las empresas, en la academia y en el vivir cotidiano de cada uno de nosotros. Tenemos que reanimar lo mejor del espíritu humano para combatir las peores manifestaciones de violencia y egoísmo que jamás se habían visto.

Quienes nos preocupamos por la paz y el bienestar de la humanidad estamos obligados a tomar muy en serio estos datos. Aunque reconocemos que no es lo mismo hacer proyecciones que hacer predicciones, hay suficientes razones para creer que las tendencias de crecimiento poblacional se apegarán a las proyecciones de la ONU, a menos que las prioridades del mundo experimenten un cambio significativo, sobre todo con respecto a la necesidad de compartir los progresos en materia de salud y educación con los países en vías de desarrollo. Tales progresos han sido guardados durante siglos como tesoros del primer mundo, y a los pobres se les han negado sistemáticamente. Dentro de cincuenta años, la población de las naciones pobres será casi siete veces la de los países ricos. Como la pobreza no requiere de pasaporte para viajar, sugiero que ya es hora de que los países ricos del Norte se despierten y empiecen a prestarles más atención a los primos pobres del Sur.

Es más probable que los conflictos ocurran en países pobres, como lo señaló el laureado de este año, el señor Kofi Annan, en su informe "Nosotros los pueblos"; pero también es cierto que la pobreza en sí es una forma de violencia. En un mundo con tanta riqueza, la desigualdad social y la pobreza son moralmente inaceptables.

Es necesario abordar el problema de la pobreza desde una perspectiva global. Así como los gobernantes de cada país tienen responsabilidad con los pobres dentro de sus fronteras, también los países adinerados tienen cierta deuda con los países en vías de desarrollo, donde reside el 80% de la población mundial, esas personas que Frantz Fanón denominó "los desdichados de la Tierra."

Los pobres han sido los mejores testigos de la historia a través de largos años de sufrimiento. Han presenciado el ascenso de

dictadores que prometían ley y orden, así como el triunfo de revoluciones que reclamaban una nueva distribución de la riqueza. Estaban allí de testigos cuando se reveló que estas ideologías no eran más que promesas vacías. Los pobres han visto el enriquecimiento con fondos del Estado, tanto por parte de los gobernantes autoimpuestos como de los líderes democráticamente electos, mientras su suerte permanecía inmutable. Vieron también cómo se incrementaba, durante la Guerra Fría, la ayuda extranjera, que fluía de las superpotencias ansiosas de asegurar el apoyo estratégico de sus gobiernos; y vieron cómo esta ayuda se agotó con la finalización de los conflictos armados. Centroamérica es un claro ejemplo de este fenómeno. Durante los años 80, la diminuta nación de El Salvador recibió de Estados Unidos más ayuda per cápita que cualquier otro país, con la excepción de Israel. Después de finalizadas las guerras en Centroamérica, y llegado el momento en que el comunismo ya no era considerado una amenaza global, la ayuda para la región se cortó casi por completo.

Amigas y amigos: La ayuda externa recibida por los países pobres no siempre se ha otorgado por solidaridad; muchas veces es distribuida de acuerdo con el interés propio del país donante. Los programas de ayuda externa de algunos Gobiernos no responden a la necesidad, sino a la política. Por ocuparse de sus intereses estratégicos de corto plazo, los Gobiernos de los países ricos han perdido de vista que el hecho de atender el problema de la pobreza sólo por el bien de las vidas afectadas, también sirve a sus propios intereses en el largo plazo. El crecimiento sin precedentes del comercio y la interdependencia globales demuestra, hoy más que nunca, que los países desarrollados se beneficiarán más de la estabilidad, la buena alimentación y educación de las poblaciones de los países en desarrollo, que de su pobreza.

Sin embargo, pareciera que los poderosos todavía no están preparados para admitir este hecho. Es ampliamente reconocido que la mejor manera de ayudar a los países pobres es con un comercio más libre, pero la realidad es que los mercados de los países ricos siguen cerrados a las exportaciones de los países pobres, y especialmente a sus productos agrícolas. Aunque ya se han iniciado programas para aliviar la deuda a los países más pobres, lo que se ha hecho hasta ahora no es más que un gesto simbólico. Los países más pobres necesitan recibir más ayuda, pero también la deben recibir los países que, aunque no son los más pobres en términos absolutos, han mostrado que tienen sanas prioridades; es decir, los países que gastan en salud y educación más de lo que gastan en el rubro militar.

Eliminar la pobreza no es tarea sólo de los líderes de los países ricos. A los Gobiernos de las naciones en vías de desarrollo les corresponde un papel importante en ese aspecto. En algunos países, la mitad de la población habita en tugurios, en barrios marginales, mientras los militares, en sus "jeeps" con aire acondicionado, hacen desfiles que constituyen una ofensa a la dignidad humana. En la medida en que los gobernantes de países como Burundi, Omán y Pakistán sigan gastando en sus instituciones castrenses más de lo que gastan para la salud y la educación de sus ciudadanos, están condenando a sus pueblos a la pobreza.

Hay un largo camino por recorrer para lograr la seguridad de los miles de millones de personas que viven en países en vías de desarrollo. Me refiero no sólo a la falta de conflicto y violencia, sino también a la seguridad de alimento, de trabajo con que ganarse el sustento, y a la seguridad de atención médica y de educación. Sólo cuando todas estas necesidades estén atendidas, el mundo tendrá una paz duradera.

Todos tenemos un papel que desempeñar en el trabajo para convertir el mundo en un lugar más seguro, más pacífico, más justo y más próspero para todos sus 6.200 millones de habitantes. El grueso del trabajo, sin embargo, pertenece a los Gobiernos. Hay quienes estiman que con extender los beneficios del capitalismo alrededor de la Tierra se resuelven todos los problemas. Si bien creo que el comercio es para los países pobres un componente importante del camino económico hacia el futuro, considero que no es realista esperar que el comercio lo resuelva todo. Solo el 0,5% de la inversión extranjera directa va dirigido a los cincuenta países más pobres del mundo. Las corporaciones transnacionales no son instituciones de caridad, son negocios en busca de ganancias. Entonces, ¿por qué habrían de invertir en países que son demasiado inestables y pobres, incapaces de proveer la infraestructura básica que se necesita para cualquier negocio?

El comercio tiene su función, pero los Gobiernos deben asentar sus prioridades, y los pueblos deben exigir la transparente rendición de cuentas por parte de estos. Y nosotros, amigas y amigos, debemos arriesgarnos por el bien de los que sufren. Debemos repetir esta frase de George Bernard Shaw: "Tú ves las cosas y dices '¿Por qué?'... Pero yo sueño cosas que nunca se han visto, y digo ¿Por qué no?"'. Como personas que hemos sido honrados con el Premio Nobel de la Paz, y que hemos sido honrados una segunda vez con la invitación de estar aquí esta semana, tenemos la obligación de ser soñadores. No podemos dejar que el

próximo siglo sea como el que acaba de pasar. Debemos dedicarnos, en cuerpo y alma, a crear un mundo con más solidaridad y menos individualismo; con más honestidad y menos hipocresía; con más transparencia y menos corrupción; con más fe y menos cinismo; con más compasión y menos egoísmo. En síntesis, un mundo con más amor.

Nuestro querido amigo Elie Wiesel dijo una vez que lo contrario del amor no es el odio, sino la indiferencia. En un momento u otro, todos hemos tenido que enfrentarnos al demonio de la indiferencia y tratar de convencer a alguien para que se interesara. Tal vez hemos tenido incluso que convencernos a nosotros mismos. Por eso, nos da muchísimo aliento estar aquí reunidos para poder inspirarnos mutuamente a seguir preocupándonos y a trabajar por ese mundo de paz y justicia con el que todos soñamos. Por esta oportunidad, hijos e hijas de Noruega, les damos las gracias desde lo más profundo de nuestros corazones.

PAZ EN LA PAZ*

ENCUENTRO INTERNACIONAL SOBRE PAZ Y DESARROLLO

Dijo el poeta boricua Manuel Fernández Juncos:
"No te apenes jamás de haber nacido
en una isla de extensión escasa;
que no se juzga al hombre por su casa;
ni a las aves cantoras por su nido...
... ¡Alienta en el trabajo y las lecciones;
que no hay región aislada ni mezquina
cuando produce grandes corazones/".

A todos los grandes corazones aquí reunidos, los felicito y les extiendo la más calurosa bienvenida de parte de la Fundación Arias. Les ofrezco también mi más profundo agradecimiento al Gobierno y al pueblo de Puerto Rico por ser tan bondadosos anfitriones de este encuentro.

Hoy es 12 de agosto. En esta fecha, en 1941, Franklin, Roosevelt y Winston Churchill se reunieron a bordo de un barco en la bahía de Terranova y echaron las bases para lo que más tarde llegaría a ser la Organización de las Naciones Unidas. Ojalá ese mismo espíritu fraternal impregne este encuentro y llegue más allá de esta isla para convertir a todas las naciones del mundo en miembros de una sola familia.

Hoy es 12 de agosto. En esta fecha, en 1960, se lanzó desde Cabo Cañaveral el primer satélite de comunicaciones del mundo, el precursor de la tecnología que hoy une al orbe mucho

[26] Discurso pronunciado en el Encuentro Internacional sobre Paz y Desarrollo, el 12 de agosto del 2002. San Juan, Puerto Rico.

más estrechamente que nunca antes. Ojalá aprendamos a usar las grandes capacidades de la comunicación moderna no sólo para maximizar utilidades, sino también para educar; no sólo para informar, sino además para formar hombres y mujeres de conciencia. Ojalá sepamos usar bien la enorme responsabilidad que entraña el pregonar palabras y esparcir imágenes por todo el mundo.

Hoy es 12 de agosto. En esta fecha, en 1961, se inició la construcción del Muro de Berlín. Ojalá llegue el día en que caigan todos los muros que nos separan a los unos de los otros: los muros que se construyen alrededor de la raza, de la religión, de la etnia, de la clase social y de la ideología. Ojalá llegue el día en que reconozcamos honestamente nuestras diferencias mientras construimos la paz a base de nuestra humanidad compartida.

¿Qué clase de mundo es éste en el que estamos viviendo? Es un mundo de injusticia, en el cual cada una de las quinientas personas más ricas tiene más de mil millones de dólares en activos, mientras que mil doscientos millones de seres humanos sobreviven con menos de un dólar por día. Es un mundo de guerras y conflictos, en el que el gasto total de las fuerzas armadas equivale a catorce veces el monto que nuestros gobiernos destinan a ayuda externa para el desarrollo. Es un mundo de destrucción y consumo irreflexivo, en el que el 12% de las especies conocidas están en peligro de extinción y las reservas mundiales de petróleo y gas podrían agotarse en los próximos cincuenta años. Es un mundo de prejuicios, temor e intolerancia, donde a muchos niños se les enseña a odiar a sus semejantes de distinta raza, religión o grupo étnico. Es un mundo en el que la codicia sobrepuja a la solidaridad, y el cinismo a menudo oculta la esperanza. Es un mundo, amigas y amigos, en el que una generación de niños africanos crece en la orfandad y una generación de niños norteamericanos crece aislada de sus vecinos, e incluso de sus familias, sin concepto ni experiencia de comunidad.

No los culpo si este panorama hace que sus ojos se llenen de lágrimas. Los justifico si se sienten airados. Sin embargo, permítanme advertirles, amigas y amigos míos, que la acción impulsada por la ira y la tristeza no corregirá a este mundo quebrantado. Sólo con esperanza, con amistad, con solidaridad, con tolerancia y con amor podemos salvar a este planeta de nosotros mismos. Y aquí, en esta reunión, puedo sentir una fuerte dosis de cada una de estas actitudes indispensables. Afortunadamente, hay muchas personas en toda la tierra que se esfuerzan por mantener estos

valores positivos. Gracias a estas personas, incluyéndolos a ustedes, se puede concebir un futuro digno para este bello planeta y para toda la vida que lo llena.

Nuestro clima se está volviendo cada vez más caluroso y el nivel de los mares va en aumento. Se predice que las temperaturas promedio seguirán incrementándose a lo largo de este siglo entre dos y seis grados Fahrenheit, lo cual amenazará a millones de personas que viven en islas y en áreas costeras. Estas personas son pobres en su mayoría. No son las que están contribuyendo al calentamiento global, pero son las que actualmente sufren y seguirán sufriendo sus consecuencias.

Hasta ahora, la gran mayoría de quienes ejercen el poder en el mundo subestiman o marginan los valores que profesan y no son consecuentes con los preceptos que tratan de imponerles a otros. Por ejemplo, todos los líderes de las naciones industrializadas afirman estar a favor del libre comercio. Sin embargo, cuando analizamos lo que hacen, descubrimos que tienden a aprobar aranceles y subsidios y a proteger a sus propias industrias, mientras presionan a los países en desarrollo para que abran sus mercados. Aparentemente, el libre comercio preconizado por los países poderosos que dominan las conversaciones en la Orga-

nización Mundial del Comercio emplea una peculiar definición del término "libre": libre para nosotros, los ricos; restringido para ustedes, los pobres.

Debido a esa actitud de doble criterio, los países en desarrollo pierden cerca de quinientos mil millones de dólares por año como consecuencia de desequilibrios y aranceles comerciales injustos que les imponen los países desarrollados. ¿Cómo puede una nación pequeña de agricultores pobres competir contra los subsidios agrícolas de los países ricos, que ascienden a mil millones de dólares por día? ¿Cómo pueden los países cuyas ^economías dependen de la industria textil sobrevivir cuando los Estados Unidos y otras naciones excluyen específicamente esa industria de los acuerdos de libre comercio? Mi mensaje al mundo postula que el problema no es el libre comercio, sino el comercio que no es libre. Estoy convencido de que el desarrollo sostenible y exitoso debe basarse en la eliminación de las barreras que protegen a los mercados de los países ricos. Los líderes de esas naciones deben entender que nosotros, los que estamos en el mundo en desarrollo, dependemos del comercio para nuestra supervivencia. Estamos obligados a exportar porque, si no podemos exportar nuestros bienes, no tendremos más opción que seguir exportando nuestra gente.

Para que ocurra un verdadero desarrollo también es urgente que afrontemos la realidad del crecimiento de población del mundo subdesarrollado. Hoy, mil doscientos millones de personas viven en los países desarrollados y cinco mil millones, en los países en desarrollo. Según las proyecciones de las Naciones Unidas, se espera que para el año 2050 se estabilice el número de personas que viven en los países desarrollados, mientras se tiene la expectativa de que el número de personas que habitan en los países en desarrollo -principalmente en África, Asia y Latinoamérica- aumente a 8.200 millones. Las poblaciones de Europa y Japón, y en menor grado la de los Estados Unidos, están envejeciendo y en algunos casos están incluso contrayéndose. Por otra parte, en el mundo en desarrollo -pese a la severa pobreza, la epidemia del sida y los conflictos armados- se está produciendo una explosión demográfica.

Existe un alto grado de resistencia entre los dirigentes mundiales, y particularmente entre los líderes religiosos que siguen dominando en muchos países pobres, a afrontar este fenómeno y a abogar por formas sensatas de controlar el crecimiento de la población. Hay que poner a disposición de las familias pobres de todo el mundo servicios voluntarios de planificación familiar.

El hecho de que los Estados Unidos estén reteniendo fondos del Programa de Población de las Naciones Unidas, no sólo es un insulto al arduo trabajo que realiza el personal de esa agencia, sino que también constituye una amenaza directa a la vida de muchas mujeres pobres que no podrán recibir servicios básicos de salud debido a la falta de fondos.

Aún más importante y menos controversial que la planificación familiar es brindar educación de calidad a las niñas y mujeres adultas. Reiteradamente se ha demostrado que, cuando los niveles de educación de las mujeres son altos, las tasas de fertilidad tienden a declinar y a estabilizarse. Cuando a las mujeres se les da el poder de manejar su propio destino y se les brindan las herramientas apropiadas para vivir en igualdad de condiciones que los hombres, el resultado es la aparición de familias más pequeñas y saludables, lo cual se traduce en sociedades más equitativas y sostenibles para el futuro. Recordemos que, si se educa a un hombre, solamente se educa a un hombre, mientras que, si se educa a una mujer, se educa a toda una familia.

Lamentablemente, el mundo se ha quedado más bien atascado en un patrón que ignora a estos niños y a los padres que los procrean en las condiciones de privación más extremas. En lugar de educar a todos los niños a fin de prepararlos para el siglo XXI, estamos haciéndolos volver al siglo XIX, condenándolos a ser trabajadores pobres, como lo fueron sus abuelos y sus bisabuelos. O, peor aún, dejamos que los conviertan en niños de la guerra, atrapados por guerrillas inescrupulosas y gobiernos irresponsables, para ser servidos como corderos de sacrificio en el frente de los conflictos insensatos que continúan plagando tantas sociedades desesperadas.

Así como muchos países emplean un doble discurso y exhiben hipocresía con su política comercial, también existen brechas en la lógica de los que hablan de paz y democracia, pero siguen fabricando armas de alta tecnología y suministrándolas a dictadores y a escuadrones de la muerte. En muchos países en los que la gente sobrevive en extrema pobreza, abultados presupuestos militares, que en la mayoría de los casos no están abiertos al escrutinio público o parlamentario, consumen los recursos de servicios tales como salud, educación, higiene pública y agua potable. En el mundo de la posguerra fría, el soñado dividendo de la paz jamás se ha materializado. En vez de ello, los grandes fabricantes de armas de los Estados Unidos, Europa, Rusia y China se han convertido en buhoneros de armamento cada vez más sofisticado para una nueva clase de clientes: países desesperadamente

pobres con gobiernos autocráticos, que usan el poderío militar como forma de mantenerse en el poder mientras descuidan las necesidades más básicas de sus pueblos.

La culpa se halla en ambos lados de la ecuación. Es inmoral que los gobiernos de países supuestamente ilustrados y democráticos estén poniendo las utilidades por encima de los principios, y valorando sus propios intereses estratégicos más que las vidas inocentes que, sin duda, segarán las armas de alta tecnología que ellos proporcionan en forma deliberada. En algunos casos, diplomáticos y altos funcionarios gubernamentales usan sus viajes a países industrializados y a países en vías de desarrollo para presionar a los Gobiernos a comprar los más modernos *jets* y tanques de combate. Ese desvergonzado mercadeo disfrazado con vestiduras de diplomacia no debería tener lugar en un mundo civilizado.

Ha llegado el momento de que los países en desarrollo asumamos la responsabilidad de nuestro propio progreso, la responsabilidad de mantenernos vigilantes respecto a nuestros propios gobiernos, de garantizar un tratamiento justo para nuestros niños y la esperanza para nuestro futuro. El peor tipo de traición es la del líder de un país pobre que vende a su propio pueblo a cambio de poderío militar y político. Es una abdicación de los ciudadanos de los países en desarrollo permitir que estas cosas ocurran porque hemos cedido al pensamiento pesimista que dice: "Siempre ha sido así y así seguirá siendo siempre". Quizá siglos de colonialismo y opresión han hecho del fatalismo parte de nuestras culturas. Sin embargo, eso no es excusa para permanecer como espectadores pasivos mientras nuestros líderes saquean los erarios de nuestros países y renuncian a estados de bienestar a cambio de estados sometidos a disciplina militar. No podemos aceptar por más tiempo el papel de víctimas.

No. El cambio debe producirse cuanto antes, y debemos ser nosotros quienes lo iniciemos. La revolución que de veras traerá paz y justicia a nuestro mundo desgarrado por las luchas no vendrá en hombros de los militares, sino que será producida por el cambio en nuestro corazón. Esta es una tarea mucho más difícil en la que cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de participar.

El terreno en el que se dará esta lucha es el campo de los valores, de las prioridades y de la ética. Muchas veces, cuando nos concentramos en medidas específicas, perdemos la oportunidad de abordar las causas subyacentes. Si descubrimos que las medidas tomadas por nuestros líderes son demasiado belicosas, demasiado violentas, demasiado injustas y opresivas, entonces no

debemos detenernos a tratar de cambiarlas. Más bien, debemos reunir todas nuestras fuerzas para luchar por los valores de la paz, de la no violencia, de la libertad y de la justicia. Si logramos corregir nuestros valores, de ellos fluirán prioridades saludables que, a su vez, conducirán a la toma de medidas positivas. Si ignoramos la primera parte de esta cadena, nuestros esfuerzos estarán condenados a la futilidad.

Queda mucho trabajo por hacer. Los valores que parecen haber llegado a predominar en la política y en la economía global de nuestros días son alarmantes: arrogancia, codicia, egoísmo y una moralidad perversa. Estamos presenciando una falta de integridad y de responsabilidad, así como poca confianza en le diplomacia, y una tendencia a recurrir con mucha facilidad al poder militar para resolver conflictos. Muchos concuerdan en creer que la distancia más corta entre el conflicto y la paz pasa necesariamente por la guerra. Ni los siglos de contiendas recurrentes, ni los ejemplos de negociaciones exitosas de paz han logrado convencerlos de lo contrario. Ese pesimismo sólo puede ser combatido con la fuerza de millones de voces que piden entendimiento y diálogo, tolerancia y fe en la humanidad.

A lanzar ese llamado hemos venido hoy. Queremos que de aquí, de San Juan de Puerto Rico, nazca el grito de una nueva ética para el mundo, y sobre todo para sus dirigentes, que nos permita sembrar las semillas de un nuevo siglo de paz y de justicia. Esta ética consiste, amigas y amigos, en premiar la solidaridad sobre el individualismo, la honestidad sobre la hipocresía, la transparencia sobre la corrupción, la sinceridad sobre el cinismo y la compasión sobre el egoísmo. Este mundo está falto de amor, y somos nosotros quienes tenemos que vencer la indiferencia para que, juntos, podamos iluminar el camino hacia el futuro que deseamos.

Amigas y amigos:

Evoco ahora la hermosa leyenda mesoamericana que nos habla de Quetzalcóatl, la "Serpiente Emplumada", el dios benevolente y sabio que partió de Tolan-Chololan hacia el levante, y prometió regresar un día para fundar un mundo sin guerras y sin iniquidades.

Durante siglos, se esperó el retorno de Quetzalcóatl. Día tras día, en los templos y en las arenas de la playa, sacerdotes y plebeyos quemaron copal e invocaron encantamientos por el regreso del señor de la música y de los colores, de la poesía y de la justicia. ¿No lo decían así los códices de los mayores, cuya sabiduría era ilimitada?

Quetzalcóatl no abandonó a sus hijos. El error de los sacerdotes fue no comprender que la "Serpiente Emplumada" solamente se durmió en el espíritu de cada uno, y que está todavía allí, esperando la hora de la unidad y la reconciliación que la haga despertar.

Entonces, me pregunto: ¿por qué, en vez de esperar, impasibles, la cita con el destino incierto, no buscamos dentro de nosotros mismos las fuerzas y los recursos necesarios para construir un mundo más justo y pacífico? ¿Por qué no vemos en nuestras mujeres y en nuestros jóvenes estudiantes, campesinos y obreros, profesionales y empresarios, a los verdaderos artífices del milagro del desarrollo y de la paz?

¿Qué ha de hacerse? En nuestras reflexiones, prescindamos de las ideas preconcebidas, de los estereotipos, de los juicios de pacotilla. Pensemos con independencia intelectual y con absoluta honestidad, desprovistos de prejuicios nacionales e ideológicos. Actuemos convencidos de que las soluciones halladas serán más eficaces y más humanas cuanto mayor sea el número de hombres y mujeres que abarquen, y en la medida en que logremos evitar las clasificaciones discriminatorias. El futuro del mundo será grandioso cuando la palabra "nosotros" se refiera, sistemáticamente, a todo el género humano.

Soy optimista. Creo que la hora de Quetzalcóatl ha llegado. La semilla del maíz primigenio está lista para la siembra. Solo faltan las manos decididas para ensanchar el surco generoso donde florecerán la equidad y la concordia. Hagamos posible el dulce sueño de la libertad, la democracia y la prosperidad, que no pudieron ver convertido en realidades ni Cuauhtémoc ni Tezozómoc, ni Bolívar ni Martí, ni Gandhi ni Rabín, ni Robert Kennedy ni Martin Luther King. Ofrendemos, con decisión, nuestro mejor esfuerzo en esta causa. Que sea sudor de hermanos, y no sangre, lo que bañe la faz de la tierra.

SÓLO LOS RÍOS NO SE DEVUELVEN [22]

LA NACIÓN

Un sabor amargo recorre la patria. Hemos sido notificados por la señora ministra de Educación, Astrid Fischel, que, debido a la falta de presupuesto, se reducirá el curso lectivo. ¡Qué tristeza que un retroceso en nuestro sistema educativo llene de titulares páginas enteras de nuestros medios de comunicación! ¿Cómo hacer para que nuestros gobernantes comprendan que en materia educativa no podemos quedarnos estancados?

La educación ha sido, para Costa Rica, instrumento de superación en varios frentes: el de la democratización política, el de la búsqueda de la igualdad y el de la lucha contra la pobreza, entre otros. Una educación que pretenda preparar al ser humano para una vida útil y satisfactoria, en medio de la incesante transformación científica y tecnológica de nuestro tiempo, requiere enormes recursos económicos. No por ello voy a sugerir que los logros educativos dependen únicamente de la magnitud de los recursos económicos invertidos. Decía el ilustre maestro Ornar Dengo que economizar en educación es economizar en civilización. Estas sabias palabras, expresadas hace ya muchos años, siguen teniendo vigencia hoy más que nunca.

El deterioro del sistema educativo es una temible amenaza para cualquier nación. "Después del pan, la educación es la primera necesidad del pueblo", decía Danton hace más de dos siglos. Por

[22] Artículo publicado en el periódico *La Nación* el 21 de octubre del 2002.

su lugar y su momento, aquella afirmación podría significar que la educación es indispensable para unir, a la satisfacción de las necesidades materiales, el disfrute de la libertad. Un pueblo sin educación no puede ser libre, y esta es una de las premisas en las que se ha fundamentado la acción del Estado costarricense desde los albores de nuestra historia republicana.

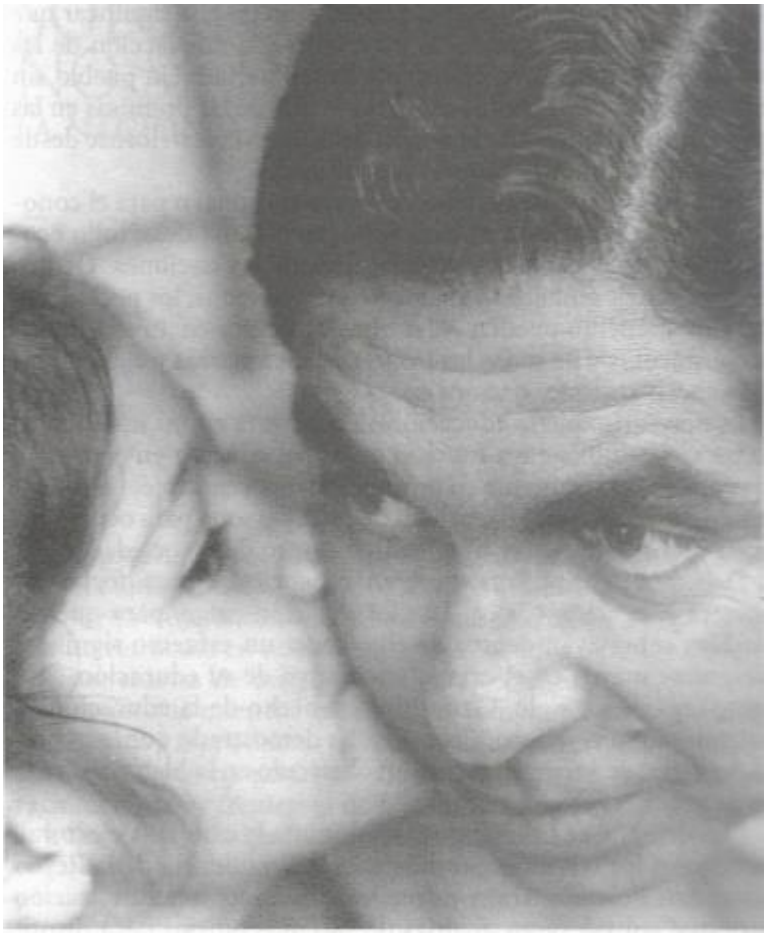
Hoy, en un mundo sin fronteras para el capital o para el conocimiento, la educación es base fundamental del desarrollo económico y de la capacidad competitiva de las naciones. Dentro del proceso de globalización, los más capacitados, los portadores del conocimiento pueden volar libremente por encima de todos los obstáculos y de todas las fronteras, sin amarras y ajenos a las diferencias étnicas y nacionales.

Es necesario que la educación se convierta en un instrumento para el cambio, cuya función principal consista en enseñar a aprender y no solamente en proporcionar aprendizaje. La educación debe propiciar la capacidad de cada persona para ocupar un lugar dignamente útil y significativo dentro de la sociedad.

Debemos realizar un esfuerzo excepcional para fortalecer nuestra educación básica. La globalización exige, para que los pueblos sobrevivan dentro de ella, hacer un esfuerzo significativamente mayor en el campo cualitativo de su educación. Durante más de un siglo, Costa Rica ha hecho de la educación su patrimonio más valioso y, con ello, ha demostrado que la pobreza no debe ser necesariamente un obstáculo en la lucha contra la ignorancia.

El 3 de octubre del año pasado, durante la campaña electoral, entregué a los entonces candidatos a la Presidencia de la República, don Rolando Araya y don Abel Pacheco, una exhortación para que consideraran algunas de mis sugerencias para disminuir la crisis que estamos atravesando. Además de lo que considero que debe hacerse en el campo económico, les manifesté lo siguiente:

"Como lo he venido diciendo a lo largo de los últimos diez años, es indispensable hacer un mayor esfuerzo para mejorar la calidad y la cantidad de nuestra educación... Es imperdonable para América Latina que, por no ofrecerles oportunidades para educarse, nuestros líderes políticos condenen a los jóvenes, en el siglo XXI, a ser peones como lo fueron nuestros bisabuelos en el siglo XX... En la actualidad no se cumple el precepto constitucional de destinar el 6% del PIB a financiar la educación de nuestro pueblo. El saneamiento de nuestras finanzas debe permitirnos invertir más en educación. La meta debe ser universalizar la en-



señanza media para el 2010, de tal manera que nadie hasta los 1" años de edad esté ausente de las aulas"

Entonces ambos candidatos se comprometieron a apoyar es: a iniciativa. "Sólo los ríos no se devuelven", dice la sabiduría popular. En esta hora difícil se requiere encontrar la voluntad para buscar los recursos económicos faltantes y poder así rectificar este grave error. Ya el trámite del proyecto de ley de ordenamiento fiscal ha probado hasta ahora, en una materia tan esquiva, los beneficios del diálogo y la negociación entre partes cuyas posiciones parecían inicialmente irreconciliables. Por la mejor educación posible de nuestras niñas, niños y jóvenes, bien vale la pena rectificar sin mirar atrás buscando presuntos responsable'

ES HORA DE CAMBIAR [28]
LA NACIÓN

Cuando ingresé a la vida pública, hace más de 30 años, lo hice convencido de algunos preceptos fundamentales sobre la naturaleza y objetivos de la acción política. Siempre he tenido claro que el verdadero liderazgo político, el que inspira y perdura, es aquel que nace de la coherencia entre pensamientos, palabras y acciones; que, si se aspira a ser líder, es preciso escuchar, pero también convencer, educar y dirigir; y que no es dignó el líder que por interés o cobardía dice a su pueblo únicamente lo que quiere oír y no lo que debe saber. Para bien o para mal, siempre digo lo que pienso y hago lo que digo.

De igual modo, tengo para mí que, si es cierto que en la lucha política es vital conservar el apego a los ideales, es igualmente imprescindible mantener una cierta flexibilidad respecto de los caminos que pueden conducirnos a esos ideales. Siempre he sabido que ningún catecismo ideológico, por sofisticado que sea, es capaz de encerrar la inagotable riqueza de la vida, y que aquellos líderes y movimientos políticos que se niegan a reconocer los cambios de la historia y tratan de someterla a categorías inmutables, están condenados a la irrelevancia.

Desde que dejé la Presidencia de la República he visto con preocupación cómo la abdicación reiterada del liderazgo político en el

- Artículo publicado en el periódico *La Nación* el 26 de octubre del 2003.

país y la atribución de un agudo carácter ideológico a discusiones que no lo tienen, han conspirado para impedir un debate racional sobre el futuro de nuestras instituciones estatales. El resultado ha sido la parálisis de todo proyecto de reforma institucional y una acusada incapacidad para concebir un Estado mejor del que tenemos. Este inmovilismo no se compadece con la larga tradición de innovación que ha mostrado Costa Rica a lo largo de su historia. Ese espíritu innovador fue el que animó, entre otros, a nuestros patriarcas liberales a introducir tempranamente la educación pública universal y gratuita, a don Alfredo González Flores a crear el Banco Nacional, al Dr. Rafael Ángel Calderón Guardia a fundar la Caja Costarricense de Seguro Social y, sobre todo, a don José[v] Figueres a abolir el ejército. Hemos tenido grandes iconoclastas políticos.

Los monopolios del ICE y el INS fueron frutos de ese afán reformador. Durante décadas, ambas instituciones esparcieron progreso por el país y cumplieron más que adecuadamente las tareas que les fueron encomendadas por sus fundadores. ¿Quién no habría de sentir orgullo ante la maravillosa obra del ICE, llevando electricidad y telefonía a todos los confines de Costa Rica?

Pero es hora de reconocer que los tiempos han cambiado y que hoy son otras las necesidades y las posibilidades del país. En un mundo en el que la revolución informática y la globalización económica avanzan cada día, ya no basta con llevar teléfonos públicos a las zonas rurales. Si queremos competir internacionalmente, si aspiramos a atraer las inversiones extranjeras que pueden potenciar nuestro desarrollo, si deseamos crecer en forma sostenida y reducir nuestra pobreza, necesitamos contar con servicios de calidad mundial, con teléfonos celulares que no enmudezcan, con conexiones de Internet confiables y a bajo costo, y con seguros cuyo cobro no sea una pesadilla kafkiana. La competencia en los servicios de telecomunicaciones y seguros en el país es necesaria.

Y también es conveniente. Hasta el más sencillo de los costarricenses sabe que, casi sin excepciones, la competencia es sana y beneficia a los consumidores. Esto no es una muestra de irrefrenable optimismo. Es, simplemente, lo que enseña la experiencia reciente del sector bancario, cuya apertura ha beneficiado no solo a los usuarios, sino también a las propias entidades estatales, hoy infinitamente más eficientes que años atrás.

Quiero que haya competencia para estimular en los sectores de telecomunicaciones y seguros la inversión nacional y extranjera que habrá de crear empleos dignos para nuestra juventud. Quiero que haya competencia para que nunca más quede atado el país a

las decisiones tecnológicas -buenas o malas, justificadas o interesadas- tomadas por un monopolio. Quiero que haya competencia para que nunca más ningún grupo o persona tenga un derecho de llave sobre las telecomunicaciones del país, para que nunca más nadie tome como rehén nuestra posibilidad de comunicarnos con el fin de defender intereses gremiales o posiciones políticas. Quiero que haya competencia porque desconfío de los monopolios, públicos y privados, económicos y políticos, que, donde campean, hacen proliferar los abusos contra las personas.

Quiero que haya competencia, pero no cualquier competencia. Defiendo una apertura sin privatización. No se trata de vender un solo activo estatal. Quienes insisten en afirmar que la ruptura de monopolios es equivalente a la privatización le mienten cínicamente al pueblo costarricense. Estoy convencido de que, al igual que los bancos estatales, tanto el ICE como el INS ocuparían un lugar privilegiado en un mercado competitivo. Más aún, estimo que su presencia es indispensable. Veo muy claro que los seguros y, en especial, las telecomunicaciones, no pueden convertirse en servicios de lujo al alcance de un pequeño círculo y que es misión exclusiva del Estado hacerlos llegar a donde, de otro modo, no llegarían. El ICE debe continuar siendo un instrumento de solidaridad y, por ello, jamás podría ser subastado.

Quiero que haya competencia en telecomunicaciones y seguros, pero, sobre todo, quiero que Costa Rica sea capaz de vencer prejuicios y temores. Quienes ven en la apertura de los monopolios estatales una felonía ideológica, solo explicable por turbios intereses, deben entender que su mensaje no tiene eco fuera de nuestras fronteras. Deben saber que Costa Rica es, hoy, el único país de las Américas que no permite ningún tipo de competencia en estos sectores. Sospecho que a quienes erigen en credencial de progresismo la disposición de preservar, a cualquier costo, los monopolios estatales, les sorprenderá enterarse que, desde la década anterior, en Cuba se permiten la inversión privada y la competencia regulada en telefonía celular, provisión de Internet y seguros. El mundo cambió y pareciera que solo nosotros no nos dimos cuenta.

Es hora de cambiar. Es hora de que Costa Rica recupere su capacidad de innovar, de tener ilusiones, de concebir el futuro como algo más que una infinita repetición del presente.

COMERCIO Y DESARROLLO[23]

YOUNG PRESIDENT'S ORGANIZATION

LA TRANSICIÓN AL LIBRE COMERCIO

Agradezco a la Young Presidents Organization su invitación para reflexionar en torno a los términos del intercambio comercial, en un mundo globalizado que ha hecho desaparecer, con una fuerza incontenible, fronteras físicas e ideológicas. Un debate así supone la convicción de que cada país debe aprovechar la coyuntura para maximizar los beneficios y mitigar los costos de su inserción en la economía global.

En el caso de Centroamérica (que, como región, está negociando un acuerdo comercial con los Estados Unidos), el primer reto será superar las diferencias históricas y las asimetrías estructurales que separan a sus países. Estas diferencias son las mismas que han impedido realizar una verdadera integración política, económica y cultural, no obstante los reiterados esfuerzos que se han producido durante años y años.

En efecto, después del conflicto, Centroamérica sigue enfrentada a muchos de los viejos desafíos que se repiten con el tiempo: superar la pobreza, alcanzar el desarrollo económico sostenible y equitativo, fortalecer las instituciones democráticas y en especial el decoro en la gestión pública; la solución de las migraciones de

[23] Discurso pronunciado en el hotel Los Sueños, en Jaco de Garabito, Puntarenas (Costa Rica), el 17 de junio del 2003.

sus pobladores; alcanzar y mantener el respeto por la identidad cultural de las poblaciones indígenas, y luchar por la seguridad de los habitantes. Si la región desea consolidar un proceso de integración para encarar con éxito la globalización, debe hacerlo mediante el reconocimiento general de que persisten las desigualdades entre nuestras naciones.

La globalización significa un complejo proceso histórico que abarca el desarrollo científico y tecnológico, la apertura comercial y económica, la internacionalización de los mercados, una intensificación y centralización de los capitales financieros, lo mismo que el protagonismo de las entidades multilaterales en el desarrollo de las políticas económicas nacionales.

UN ACUERDO COMERCIAL CON LOS ESTADOS UNIDOS

La negociación de un acuerdo comercial con los Estados Unidos de América ofrece grandes oportunidades y presenta interesantes desafíos para Centroamérica. Se trata del proyecto de mayor potencial para la modernización de las instituciones, para reducir la pobreza y para aumentar el crecimiento experimentado por Centroamérica en los últimos años. Desde la creación del Mercado Común Centroamericano no ha habido otro proyecto con tantas posibilidades de transformación como éste.

Así como el Mercado Común fue parte central de la estrategia de desarrollo de los países centroamericanos en las cuatro décadas pasadas, un acuerdo comercial con los Estados Unidos podría ser uno de los pilares de la estrategia de desarrollo del istmo en las próximas décadas. Brinda grandes posibilidades para elevar las tasas de crecimiento económico, reducir la pobreza y elevar la productividad y los niveles de vida de la población de todos nuestros países.

Sin embargo, pienso que, por sí solo, el libre comercio con los Estados Unidos no producirá estos resultados, a no ser que se cumplan tres condiciones básicas, a saber:

Primera: una buena negociación que, por el lado de los intereses defensivos y los costos del ajuste en Centroamérica, incluya, entre otros elementos, períodos adecuados de transición.

Por el lado de los intereses ofensivos, debemos mejorar el acceso al mercado de los Estados Unidos para productos clave en los que los países centroamericanos tienen ventajas comparativas.

Segunda: Centroamérica no podrá aprovechar plenamente los grandes beneficios potenciales de esta negociación, a menos que cumpla algunas tareas v realice una serie de inversiones internas.

Tercera: la integración económica no será suficiente para lograr que, a mediano y a largo plazo, el tratado induzca a un proceso de convergencia económica con los Estados Unidos. Para eso es necesario un salto cualitativo en materia de cooperación y financiamiento, bilateral y multilateralmente.

Antes de retomar estos tres temas fundamentales, deseo referirme a las razones que me impulsan a pensar que un tratado de libre comercio de los países de la región con los Estados Unidos significaría un gran salto adelante.

El primer grupo de razones concierne a la lógica económica básica de las ventajas comparativas, el tamaño de los mercados y el crecimiento.

Con mercados tan reducidos como los que tienen las economías de la región, no es posible desarrollar economías de escala y superar las severas restricciones existentes que dificultan el progreso técnico y las inversiones. Es decir, no se puede crecer a una tasa suficiente para generar empleos productivos que beneficien

impide que los centroamericanos ingresemos en la sociedad del conocimiento y participemos en la economía de la información.

Un cuarto elenco de razones consiste en que, siendo el tratado de libre comercio con Estados Unidos un instrumento de cumplimiento recíproco para las partes, regido por reglas claras y transparentes, que contiene mecanismos de solución de controversias, el acuerdo reducirá la incertidumbre del acceso al mercado de los Estados Unidos, que está asociada a la concesión unilateral de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (ICC) y al Sistema Generalizado de Preferencias (SGP).

Lograr un acuerdo recíproco con la economía más grande del mundo y el principal mercado de destino para nuestras exportaciones, reduce el riesgo y mejora el clima para las inversiones en la región asociadas con la exportación a la nación estadounidense. También coloca a Centroamérica, sólidamente, como plataforma para operaciones globales de muchas empresas regionales y extranjeras. A esto se suman la cercanía geográfica y el acceso logístico, por vía aérea y marítima, a las costas este y oeste de los Estados Unidos.

En quinto lugar, uno de los mayores beneficios del TLC será incentivar una segunda generación de reformas en los países centroamericanos, desde las relativas al comercio (como las aduanas, los estándares y la certificación) hasta las entidades reguladoras de los servicios financieros y las que están relacionadas con los estándares laborales y ambientales.

De igual forma, el TLC con los Estados Unidos creará incentivos y producirá un sentido de urgencia. Esto podría acelerar reformas en ciertas áreas clave como el fortalecimiento del Estado de derecho; el acceso efectivo a una administración de justicia eficiente e imparcial; las mejoras de los aspectos legales respectivos y de las instituciones reguladoras de los mercados; la conducta de los funcionarios y reglas claras en las compras del sector público, y mayor gobernabilidad y participación de los ciudadanos.

Existen muchos ejemplos que prueban que los beneficios relativos al libre comercio han sido mayores precisamente para los socios más pequeños. En el TLC de América del Norte el gran ganador ha sido México, a pesar del debate sobre cuestiones agrícolas. En Europa, las principales ganadoras han sido las economías más pequeñas -como Portugal e Irlanda-, en un continente que representa un caso especial por la gran transferencia de recursos, parte consustancial del modelo europeo de integración. Pero esta experiencia es importante porque plantea, precisamen-

te, el tema del papel de la cooperación y las transferencias como instrumentos para compensar asimetrías y promover la convergencia económica.

Sin embargo, como sucede en todo proceso de transformación económica, también habrá costos y riesgos. El riesgo principal afectará a los países centroamericanos que no sean capaces de realizar las reformas internas necesarias y mejorar sus instituciones, porque entonces no podrán aprovechar la mayoría de los beneficios potenciales.

APROVECHARLAS ASIMETRÍAS ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y CENTROAMÉRICA

Existen tres tipos de asimetrías de los países de la región con los Estados Unidos: económicas, institucionales, y de objetivos y motivaciones.

1) Asimetrías económicas:

- Con 34 millones de habitantes, la población de los cinco países de América Central representa el 12% de la de los Estados Unidos.
- El territorio de Centroamérica es el 4,5% del de los Estados Unidos, y el PIB de la región tan solo alcanza el 0,5% del de ese país.
- El ingreso per cápita estadounidense, de $35.000, es casi 20 veces superior al de Centroamérica, que es de $1.800. El de Costa Rica es el más alto, con casi $4.000, mientras que el de Nicaragua no alcanza los $600.
- En relación con el comercio, cabe señalar que el 50% de las exportaciones de América Central y el 45% de las importaciones tienen como destino y origen, respectivamente, los Estados Unidos. Sin embargo, para la nación del norte el comercio con Centroamérica representa solo el 1% de su comercio total.
- En Centroamérica, en promedio, el 38% de la fuerza laboral está empleada en actividades agrícolas, mientras que en los Estados Unidos es solamente el 2%.
- Los Estados Unidos ocupan el primer lugar en el "Indice de Competitividad", calculado por el Foro Económico Mundial en el 2002. Costa Rica se sitúa en el puesto 43, El Salvador en el 57, Guatemala en el 70, Nicaragua en el 75 y Honduras en el puesto 76.
- En el "Indice de Desarrollo Humano", Estados Unidos ocupa el sexto lugar; Costa Rica tiene el puesto 43 y el resto de los países de Centroamérica se sitúan en posiciones más abajo del lugar

100, en un total de 173 países.

2) Asimetrías institucionales:

Aunque las asimetrías económicas son muy grandes, las diferencias no se quedan allí. Entre las asimetrías institucionales más importantes están las relacionadas con la calidad de las instituciones concernientes al comercio y a la administración del acuerdo: aduanas, regulaciones e instituciones en materia de barreras técnicas, aspectos sanitarios y fitosanitarios, y mecanismos y procedimientos de compras gubernamentales.

También se incluyen los mecanismos de supervisión de los mercados financieros, así como las instituciones responsables de las políticas ambientales y laborales. Igual o más importante que esto son las diferencias en el funcionamiento del Estado de derecho, los sistemas judiciales y el desarrollo y la credibilidad de las instituciones democráticas.

Estas asimetrías de orden institucional podrían atrasar la "segunda generación de reformas", que ya mencioné, y obstaculizar la atracción de inversiones.

3) Asimetrías en relación con objetivos y motivaciones:

De parte de los Estados Unidos, los objetivos son políticos y estratégicos y las motivaciones son, predominantemente, de política comercial y de seguridad. El TLC es parte de la nueva estrategia comercial de liberalización competitiva, que el gobierno del presidente Bush concibe como una forma de aumentar su poder de negociación para inducir a los países a abrir sus economías mediante la acción en múltiples frentes simultáneamente: el multilateral, el regional y el bilateral.

Entre los objetivos de seguridad nacional están la lucha contra el terrorismo, el control del tráfico de drogas, las restricciones al lavado de dinero y la reducción de la inmigración. Además, en una intervención ante la OEA, el presidente Bush anunció que el TLC con Centroamérica pretende apoyar reformas económicas, sociales y políticas en la región.

Aunque el TLC con Centroamérica es comercialmente significativo para algunos sectores y empresas específicas de los Estados Unidos, la realidad es que nuestros países representan tan solo el 1% del total del comercio estadounidense. Es decir, son los aspectos geopolíticos y de seguridad los que prevalecen frente a los relativamente modestos intereses económicos y comerciales. En contraste, para Centroamérica los objetivos son principalmente

económicos.

Esta asimetría refleja que, para las partes, los objetivos y motivaciones resultan ser complementarios. El logro de los objetivos geopolíticos y de seguridad de los Estados Unidos depende de que Centroamérica alcance sus metas económicas, de mayor crecimiento y de reducción de la pobreza.

Si los beneficios de crecimiento y desarrollo económico no llegaran a obtenerse en Centroamérica, porque las exportaciones y las inversiones no dinamizan las economías, o porque son demasiado altos los costos de transición y la presión sobre los sistemas económicos y políticos de los países centroamericanos, entonces los movimientos migratorios hacia los Estados Unidos podrían incrementarse y la resistencia frente al TLC podría desestabilizar, en vez de consolidar, las frágiles democracias de la región.

En las negociaciones en curso, Centroamérica debe utilizar este argumento de la complementariedad de objetivos. Esto es necesario para evitar que los intereses puramente comerciales y los grupos de presión en los Estados Unidos induzcan -por el lado de los intereses defensivos o de los ofensivos- un acuerdo que no sea suficientemente favorable para la región, que no tome adecuadamente en cuenta las sensibilidades y las diferencias en tamaño y nivel de desarrollo.

LAS RESISTENCIAS NATURALES A LAS POLÍTICAS DE DESARROLLO

La negociación del TLC con los Estados Unidos coloca a algunos de los actores sociales en una posición de resistencia que es, en alguna medida, comprensible.

Como lo he dicho, el TLC es una oportunidad para aumentar el acceso al mercado norteamericano mediante un acuerdo bilateral. No puede ser un retroceso para seguir dejándonos expuestos a un retiro unilateral de concesiones, en un período en que las fuerzas proteccionistas parecen estar cada vez más activas en los Estados Unidos. Y, de todos modos, continuar con preferencias unilaterales solamente sería posible durante cinco años más. De las condiciones de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (Caribbean Basin Trade Partnership Act, del año 2000) se deriva el hecho de que los países beneficiarios pasen a un acuerdo recíproco a partir del año 2008.

Otro temor asociado al TLC es el de que muchos sectores industriales y agrícolas no puedan sobrevivir a la apertura ante una economía con el tamaño y la competitividad que tiene la de los Estados Unidos, y que por eso habrá muchos

perdedores en Centroamérica. Este sería un temor fundado si ignoráramos que la apertura inducida por el TLC tiene que darse gradualmente, durante períodos de transición para sectores y productos específicos y que esos períodos podrán tardar diez o más años. Esto permitirá a los empresarios centroamericanos ajustar sus estrategias de competencia, hacer nuevos negocios y realizar alianzas estratégicas.

Desde luego, es preciso redoblar esfuerzos en materia de políticas microeconómicas destinadas a modernizar el aparato productivo de estos países y promover la competitividad, en particular la de las pequeñas y medianas empresas. Las economías centroamericanas están integradas, en su mayor parte, por microempresas y pequeñas y medianas empresas, que afrontan muchos obstáculos para ser competitivas. Esto explica las bajas calificaciones que nuestros países registran en el "ranking" de competitividad del "Reporte Mundial de Competitividad".

Razones de eficiencia, tanto como de equidad, nos obligan a colaborar con las pequeñas y las medianas empresas -y no exclusivamente con las grandes- a fin de superar los obstáculos y las debilidades existentes. Esto es impostergable y esencial para facilitar la transición de actividades basadas en los recursos naturales y la fuerza de trabajo poco calificada, hacia la sociedad de la información y la economía del conocimiento. En este campo, el rezago de Centroamérica es lamentable.

Uno de los mayores desafíos de la negociación del TLC es el tratamiento de las cuestiones agrícolas, por cuanto este sector emplea, en promedio, al 38% de la población económicamente activa de la región.

Por otra parte, una serie de sectores y productos sensibles tendrían dificultades para enfrentarse a la competencia norteamericana, sobre todo en aquellos productos en los que Estados Unidos mantiene programas de subsidios internos.

En general, los países industrializados siguen destinando más de 320.000 millones de dólares al año a diferentes tipos de subsidios para sus agricultores. Este tipo de proteccionismo distorsiona por completo los principios y el verdadero equilibrio que debe existir en una política de libre comercio.

En esos casos, y en la medida en que la reducción o la eliminación de tales subsidios vaya a negociarse sólo en el marco de la Organización Mundial del Comercio, Centroamérica tiene que echar mano de su habilidad negociadora para vincular los calendarios de sus rebajas arancelarias al desmantelamiento

de la política estadounidense de subsidios.

En el ámbito interno, es ineludible conducir puntualmente la transición agrícola haciendo las inversiones necesarias en los campos del desarrollo rural, la educación, las comunicaciones, la infraestructura de transporte, la diversificación de las exportaciones y la normativa sanitaria, fitosanitaria y alimentaria.

Si bien el panorama agrícola está ensombrecido por los subsidios, un alto porcentaje de las actividades agrícolas de Centroamérica -como café, banano, azúcar, carne, productos avícolas, plantas ornamentales y muchas otras- son ya internacionalmente competitivas. Si el TLC logra aumentar el acceso de esos productos al mercado norteamericano, las ventajas comparativas de la región en estas actividades nos convertirán en ganadores con este acuerdo comercial.

También se afirma que, a causa de deficiencias en materia competitiva, de educación e infraestructura, entre otras, Centroamérica no está preparada para cumplir un acuerdo como el que se negocia actualmente. Este es un argumento caprichoso y puede resultar una amenaza si no vemos el TLC como un incentivo y un catalizador para cumplir las tareas pendientes en materia de competitividad, infraestructura, política social y educación. Al dinamizar los motores del crecimiento, este acuerdo creará mejores condiciones para financiar las inversiones, en materia social y de infraestructura, necesarias para subsanar las debilidades competitivas. Pero también debemos aprovechar la oportunidad a fin de obtener mejores condiciones para el financiamiento del desarrollo en Centroamérica.

Otra objeción atendible es el temor de que este acuerdo comercial propicie una mayor concentración de las actividades económicas y de la riqueza en manos de unos pocos. Sin duda esto es posible. Con todo, si tal cosa llegara a suceder, no sería atribuible de manera exclusiva al TLC. En ese caso, los centroamericanos habríamos fallado en la formulación de las políticas sociales, educativas y tecnológicas de apoyo a las pequeñas y a las medianas empresas para promover un desarrollo regional con equidad y socialmente inclusivo.

Centroamérica sigue enfrentándose a viejos desafíos para superar la pobreza y la desigualdad económica. Esos retos son mayores que los relativos al promedio latinoamericano, pero su causa no es el libre comercio. La ruta de transición al libre comercio que este TLC señala tiene que ser una oportunidad para superar la desigualdad y la injusticia históricas de la región. De ninguna manera puede convertirse en un curso de retroceso.

LA NEGOCIACIÓN Y EL DIÁLOGO SIGUEN SIENDO NUESTRAS MEJORES DESTREZAS

Al igual que en el pasado, cuando superamos el conflicto bélico en la región a pesar de la resistencia de fuerzas muy poderosas en Washington, hoy, de nuevo, junto con nuestro mayor socio comercial, debemos utilizar nuestras mejores destrezas para lograr la negociación más conveniente para Centroamérica.

Para ello, es menester formar un frente común de criterios y posiciones capaces de fortalecer a los equipos negociadores centroamericanos, evitando los acercamientos bilaterales que siembran dudas y acarrean desconfianza.

Debe existir una lealtad básica entre los Gobiernos y sus equipos negociadores. Las diferencias deben ventilarse primero en casa y los acuerdos alcanzados entre centroamericanos han de respetarse.

Por otra parte, Centroamérica no debe escatimar esfuerzos por hacer contactos y cabildeos, no sólo en Washington, sino también en muchas otras ciudades y distritos electorales de los Estados Unidos. Es importante crear en aquel país una coalición política a favor de este tratado.

No menos útil para acompañar la negociación es el desarrollo de un amplio proceso de consultas internas en cada país centroamericano, con todos los sectores sociales y políticos, a fin de recoger opiniones y planteamientos útiles para explicar la naturaleza de la negociación, las oportunidades y los desafíos a que nos enfrentamos.

Esos procesos de consulta deberían ser respaldados por los sectores productivos de cada nación centroamericana, en una expresión concreta de su responsabilidad social corporativa y porque contribuyen al fortalecimiento de las instituciones democráticas y a la construcción de un nuevo modelo de contrato social entre el Estado, los empresarios y las organizaciones de la sociedad civil.

Un proceso legitimado con el más amplio respaldo posible, facilitará la ratificación legislativa que el TLC requiere en cada parlamento de la región.

URGE DEFINIR UNA POLÍTICA DE COOPERACION PARA EL DESARROLLO

La experiencia internacional demuestra que la cooperación es una de las formas de enfrentarse a las desigualdades de tamaño y grado de desarrollo, en los procesos de integración económica. La negociación del TLC con los Estados Unidos tiene un capítulo sobre cooperación que debe fortalecerse de manera sustancial.

Aunque la experiencia europea es muy diferente del concepto de tratado de libre comercio que Centroamérica y los Estados Unidos están negociando, existen dos hechos incontrovertibles de gran relevancia para las negociaciones en curso.

De 1986 a 1999, el ingreso per cápita de los europeos en las regiones más pobres (Grecia, Irlanda, Portugal y España) se elevó del 65% al 78% del promedio de la Unión Europea. Esto se debió al desarrollo del libre comercio de esas naciones con los países más ricos de Europa, y también fue resultado de las transferencias para financiar, complementariamente, inversiones y políticas de modernización institucional y social en esas regiones.

Si analizamos el caso de México, veremos que, a pesar de la gran expansión del comercio y de las inversiones, no se ha producido una convergencia económica ni medianamente similar con los Estados Unidos en el contexto del NAFTA. Del año 1993 al 2001, el ingreso per cápita de México aumentó del 14,6% al 15,9% con respecto al de los Estados Unidos.

En México el movimiento va en la dirección correcta, pero a un ritmo mucho más lento que el registrado en la experiencia europea. La llamada[4] crisis del tequila" también influyó para atrasar lo que pudo ser una convergencia más rápida.

El segundo hecho tiene relación con las manifestaciones del mismo presidente Bush. Él ha dicho que uno de los objetivos de Estados Unidos en la negociación es promover el desarrollo, la prosperidad y la democracia en Centroamérica. En otras palabras, este TLC podría ser el primer "acuerdo de desarrollo" que aquel país negocia con un grupo de economías pequeñas y relativamente pobres.

Ya hemos dicho que por su cercanía geográfica y por razones históricas, a las que ahora se suman los flujos de inmigración hacia el norte, Centroamérica es políticamente importante para la nación estadounidense. Por eso creo que Centroamérica debe proponerle a Estados Unidos la creación de un "fondo de inversiones" que, sin perjuicio de la clásica cooperación de los organismos financieros, permita aumentar significativamente la transferencia de recursos para la región.

De ese modo, la contribución financiera permitirá realizar las reformas complementarias y necesarias en los campos institucional, educativo, social y tecnológico, así como en la infraestructura. Esto facilitará la transición hacia el libre comercio y conducirá a un desarrollo regional mayor.

Deseamos mayor comercio y mayor integración, pero también es necesario acelerar la convergencia económica de las regiones relativamente más pobres y subdesarrolladas con las regiones

más ricas. A pesar de que hablamos mucho de las asimetrías existentes entre los países que negocian el TLC, no estamos escuchando hablar de posibles soluciones.

Centroamérica pudo librarse del conflicto armado, pero la enorme mayoría de sus familias ha perdido la lucha contra la pobreza. El tránsito hacia la globalización no puede ignorar el dolor de nuestra gente. Queremos más comercio, pero de la mano de la cooperación para el desarrollo.

La solidaridad humana nunca ha estado tan a prueba como ahora.

"SI QUEREMOS PROGRESAR NOS TENEMOS QUE EDUCAR"[24]

FUNDACIÓN GABRIEL LEWIS GALINDO

Agradezco profundamente la muestra de aprecio y de confianza que significa la invitación a participar en esta celebración. Panamá ha sido conmigo, y en general con los costarricenses, una tierra amistosa y en extremo tolerante. Hallarme entre ustedes es para mí un gran privilegio.

Recuerdo, con algo de orgullo y con mucha nostalgia, cuando desde la Casa Presidencial de Costa Rica, y más tarde desde la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano, nos acercamos al presidente Guillermo Endara y a los diputados de todos los partidos políticos panameños para sugerirles que, por el bien de los pueblos de Centroamérica y del mundo, iniciaran el proceso de desmilitarización de Panamá. En el transcurso de mi intercambio de ideas con importantes interlocutores panameños, planteé a este pueblo y a sus dirigentes una propuesta

[24] Discurso pronunciado en la Fundación Gabriel Lewis Galindo, 13 de noviembre del 2003. República de Panamá.

muy sencilla. Propuse que la nación panameña estableciera en la Constitución de su República la base jurídica de una civilidad permanente. Sugerí que, para ello, tan rápidamente como fuera posible, se adoptara la norma constitucional que prohibiera la existencia de un ejército y se modificaran aquellas disposiciones constitucionales que, de alguna manera, conferían poder deliberativo a las instituciones militares.

Mis primeros contactos con el presidente Endara y con los diputados panameños que en 1990 aceptaron las invitaciones modestas y amistosas de la Fundación Arias, marcaron el inicio de una identificación imperecedera con el pueblo panameño y con sus dirigentes. Esa identificación bien pudiera haber dado, en algún momento, pábulo para que, de buena fe, algunas personas pusieran en duda la legitimidad o la conveniencia de nuestra participación en la campaña en pro de la reforma constitucional.

Afortunadamente, con el paso de los años se han multiplicado las pruebas de que las circunstancias internacionales nos hacen cada día más interdependientes. Nos vemos sometidos, de manera cada vez más inexorable, a las demandas de una integración que hará de nuestros nietos los críticos, espero que comprensivos, de nuestras reticencias y de nuestras timideces. Tengo la esperanza de que ellos encuentren mejores vías para hacer compatibles la riqueza de nuestras especificidades con la necesidad de erradicar el nacionalismo enfermizo.

Hace unos años, cuando participaba en la campaña del referéndum sobre la reforma constitucional, dije a un grupo de panameños:

"Si alguno de ustedes me preguntara cuántas veces he cruzado la frontera para responder a las invitaciones, siempre cordiales, siempre calurosas, que he recibido de organizaciones o de ciudadanos panameños, tendría que darle dos respuestas.

Por una parte, respondería que han sido ya muchas las veces que se me ha ofrecido la hospitalidad de esta tierra extranjera. Una hospitalidad plena, que incluye la invitación a contar, entre amigos, mis sueños y mis experiencias.

Pero, tras pensarlo mejor, diría que no se lleva cuenta de las veces que se cruza el umbral de la casa del vecino amigo, al que comunes penas y alegrías nos han unido en el mismo destino y no solamente en la práctica de la cortesía".

Ya en otra ocasión, cuando aún era presidente de Costa Rica, recordé frente a anfitriones panameños la hermosa fantasía del escritor que inventó a un pueblo capaz de vivir, al mismo tiempo,

en dos días diferentes de la semana. Dije entonces que tal invención no me resultaba extraña, pues reconocía en mí mismo a un hombre que vive con un corazón que palpita simultáneamente en ambos lados de una frontera. La frontera entre nuestros dos países es la más intangible del mundo y todos los costarricenses vivimos en la hora y en la misma comarca que habitan los panameños.

No se necesita la fantasía de un novelista para describir dos reinos cuyas capitales están alejadas por kilómetros y no separadas por ejércitos: basta con el lápiz y el cuaderno de un escolar que dibuja los mapas de nuestros dos países, habitados por dos pueblos que se respetan y no se temen.

Amigas y amigos:

Es para mí un honor dirigirme a ustedes esta mañana. Pido a Dios que bendiga las intenciones y multiplique las obras de esta fundación dedicada a impulsar un cambio en la educación panameña. Debo expresar mi admiración por la magnitud y la pujanza de su obra, extendida por todo Panamá.

En su testamento político don Gabriel dijo:

*"Tendremos frente a nosotros un porvenir luminoso si sabemos aprovechar las oportunidades que se nos presentan... y si queremos progresar nos tenemos que educar *

Creo, al igual que don Gabriel, que en un mundo sin fronteras para el capital o para el conocimiento, la educación es base fundamental del desarrollo económico y de la capacidad competitiva de las naciones. Dentro del proceso de globalización, los portadores del conocimiento pueden volar libremente por encima de todos los obstáculos y de todas las fronteras, sin amarras y ajenos a las diferencias étnicas y nacionales.

Amigas y amigos:

Quiero recordarles que estoy muy lejos de ser especialista en el ámbito disciplinario a que alude este evento. Sin embargo, es posible afirmar que toda acción humana, ejecutada delante por lo menos de un espectador, es una acción educativa. En ese caso, educación es todo. De tal amplitud epistemológica surgiría, entonces, un resultado, no tan curioso puesto que ha sido propuesto antes en relación con el arte: lo que importa es el espectador, lo que importa es el observador, lo que importa es el lector y, en cuanto al fenómeno educativo, lo que importa es el educando. Una planta, un animal y un astro son educadores, no por cuanto participan en procesos observables, sino porque su naturaleza y sus movimientos pueden ser observados por un "educando". Esto, que podríamos llamar panteísmo educativo, debe resultar, con razón, alarmante para los profesionales de las ciencias de la

educación, del mismo modo que puede ser deprimente para un pintor saber que él, en cuanto pintor, es inexistente ahí donde la oscuridad impide la observación de sus obras.

Pero quiero tranquilizar a los educadores diciéndoles que de ningún modo confundiría yo los componentes del proceso educativo. Tal vez si habláramos de enseñanza-aprendizaje, nos sería más fácil admitir que, en ciertas circunstancias, se puede prescindir de la participación directa del docente en el proceso.

Ciertas destrezas y ciertos conocimientos se pueden inducir y transmitir por medios impersonales, como ocurre con el empleo de recursos modernos de autoaprendizaje, como las computadoras. Pero, si vamos a sentir aprensión ante tales medios, también deberíamos sentirla ante el libro, el más común y uno de los más antiguos y menos vilipendiados de los recursos de autoaprendizaje.

Pues bien, dada por ineludible esta situación de papeles invertidos, someteré a ustedes, desde la perspectiva del lego, algunas reflexiones indagatorias sobre el presente y el futuro de la educación. Más que proponer soluciones, intentaré repasar algunos viejos problemas aún no resueltos. Desde luego, gravitará sobre ellos el peso de mis más profundas obsesiones y preocupaciones de educador por principio y no por vocación.

En efecto, desde muy temprano en mi carrera política afirmé que hacer política es educar, que gobernar es educar. Que vivir, hacer política y gobernar es educarse. Con resultados que no puedo ni debo juzgar, he tratado siempre de ajustar mi conducta como ciudadano, como político y como gobernante, a las exigencias de este principio. Por encima de todas las definiciones posibles, considero que la educación está vinculada esencialmente a la búsqueda de la verdad, a una humana aspiración de claridad y transparencia éticas.

Si la educación es búsqueda de la verdad, no se educa a los pueblos privándolos de la claridad y la transparencia. Decir paz y fomentar la guerra, decir justicia y propiciar la arbitrariedad, decir democracia y actuar autocráticamente, es condicionar y dominar, es someter y no liberar. No es educar. Parafraseando a Martí, la verdad nos da la libertad y por ello ésta debe ser el resultado deseable de la educación.

Hablamos de educar a los pueblos. Y, efectivamente, esa es una función básica de los dirigentes y de los gobernantes. Por un lado, se espera que el proceso educativo contribuya a preservar unos valores y a reproducir unas actitudes que, en conjunto, constituyen un intento por perpetuar determinado tipo de socie-

dad, determinado tipo de instituciones y, en el fondo, determinado tipo de creencias. Esto es frontalmente contradictorio con la otra expectativa de que la educación sirva para inducir en los individuos y en las sociedades el impulso de renovación exigido por los cambios que experimenta el mundo: cambios aparentes originados en el creciente conocimiento de los fenómenos naturales y de los fenómenos sociales, y cambios reales introducidos por la aplicación de esos conocimientos a la satisfacción de las necesidades humanas.

Pareciera que la necesaria combinación de rigor y libertad que debe rodear al fenómeno educativo global solamente puede surgir de la responsabilidad voluntariamente asumida, en cuanto individuos y en cuanto educadores, por todos los miembros de la sociedad. Los dirigentes políticos, sobre todo, deben tener conciencia de ello. Sin duda alguna, la revolución educativa que los pueblos de América Latina y el Caribe necesitan pasa por la conversión de cada dirigente político y de cada gobernante en un educador, tanto por la palabra como por el ejemplo.

Malos educadores de sus pueblos son los dirigentes políticos que, en el seno mismo de la democracia, se mofan de ella mediante la práctica de la corrupción. La corrupción es capaz de socavar la fe del pueblo en el sistema democrático. El gobernante corrupto, que se autoproclama servidor desinteresado de la sociedad mientras se enriquece ilícitamente, ciertamente educa, pero lo hace del peor modo posible: educa para la corrupción y para la desconfianza.

En el mejor de los casos, educa para la indiferencia cívica, que es el óptimo caldo de cultivo del totalitarismo. Los últimos acontecimientos relacionados con la corrupción de los dirigentes democráticos nos advierten que esa lacra no es privativa de los países pobres e inestables del llamado Tercer Mundo. La universalidad de la corrupción podría, de algún modo, darnos indicios de que la formación ética, propósito fundamental de la educación, sufre de deficiencias también universales.

Al hablar de valores no olvido que cada sociedad, cada religión, cada ideología, postula los suyos y, por lo tanto, no podemos pretender enunciar con certeza cuáles son aquellos que deberían ser promovidos prioritariamente por la educación. Sin embargo, salvo por los casos aberrantes de las ideologías totalitarias, todas las creencias se orientan hacia la consagración de unos valores básicos, universales, perfectamente coherentes con las aspiraciones más naturales de todo ser viviente.

El respeto a la vida, el amor a la libertad, la búsqueda de la

justicia, el deber de ser útil a los demás, el derecho a contar con la solidaridad y la ayuda del prójimo, la responsabilidad familiar, la armonía con la naturaleza, la honradez en la función pública, son algunos de esos valores fundamentales a los que, dentro de cualquier creencia o en el seno de cualquier cultura, debe ajustarse la definición de lo que es la educación.

Si queremos progresar nos tenemos que educar... En efecto, la educación es un instrumento fundamental en la reducción de la pobreza. La mujer y el hombre educados obtendrán, en el transcurso de sus vidas productivas, mayores ingresos que los que lograrían con poca o ninguna educación. Los individuos con menores niveles de educación se ven laboralmente relegados al sector informal de la economía o a los estratos inferiores del sector formal, en los cuales los salarios y la productividad son, evidentemente, más bajos. En rigor, existe una creciente disparidad de ingresos entre los trabajadores calificados y los trabajadores no calificados, que en el fondo marca la línea divisoria entre el bienestar y la pobreza.

Por otra parte, la educación es vital para promover la gobernabilidad y la estabilidad democrática pues, cuanto más educadas son las personas, más tienden a participar constructivamente en la vida social y política y se involucran menos en acciones violentas y delictivas. Cuanto mayores índices de educación presentan las sociedades, más capaces son de alcanzar, mediante el convencimiento y no mediante la coerción, los consensos que se requieren para enfrentar los grandes problemas sociales, económicos y ambientales de nuestra época.

Es evidente que, sin importar cómo se defina el fenómeno de la globalización, interesa a todas las sociedades que los logros educativos se incrementen en todo el mundo, y que ese incremento coincida con una disminución de las desigualdades en el campo de la educación. Si bien está muy lejos de zanjarse el debate en torno a la importancia relativa que deben tener los componentes público y privado de los sistemas educativos, siempre será imperativo dedicar grandes recursos y esfuerzos públicos a la educación, en particular a la de los más pobres. Los Gobiernos están obligados a velar por que todos los jóvenes, pobres o no, dispongan de oportunidades educativas adecuadas. Nunca una sociedad ha alcanzado siquiera niveles mínimos de alfabetización sin un sistema de educación público y obligatorio.

La educación es la base de cualquier modelo viable de desarrollo económico, es esencial para propiciar, perfeccionar y preservar la democracia, y es elemento clave en el logro de la

integración nacional y regional. En el mundo del conocimiento globalizado, hacia el que se dirigen en su mayoría las actuales sociedades, la educación es la prioridad más importante para inducir en los seres humanos del futuro los valores, las aptitudes y las percepciones que les permitirán alcanzar su máxima realización en libertad, dignidad y prosperidad.

Es necesario que la educación se convierta en un instrumento para el cambio, cuya función principal consista en enseñar a aprender y no solamente en proporcionar aprendizaje. La educación debe propiciar la capacidad de cada persona para ocupar un lugar dignamente útil y significativo dentro de la sociedad.

"Ciertamente, si para examinar el significado y los logros de la educación, nos limitamos a preguntar si es un factor de desarrollo, debemos admitir que la civilización occidental ha ideado instituciones educativas muy eficientes y, como ocurre con las universidades, muy duraderas. La escuela, en su concepción occidental, formalizada, jerarquizada, unida estrechamente a las aspiraciones políticas y materiales de las sociedades que la mantienen y la reconocen, es una institución exitosa en la medida en que ha dado respuesta a las necesidades de los sistemas económicos y políticos imperantes en cada lugar y en cada momento. No en balde, con mucha frecuencia los intelectuales de los países democráticos suelen atenuar sus críticas a ciertos regímenes totalitarios a los que les reconocen reales o presuntos logros en el ámbito educativo.

Educar no consiste únicamente en capacitar o adiestrar al ser humano. Es un error evaluar el éxito de un sistema educativo únicamente con base en su capacidad para el adiestramiento de los recursos humanos. El nazismo y el estalinismo resultarían fácilmente exaltados sobre la base de la eficiencia que ambos regímenes lograron en el ámbito militar, gracias a la organización, correcta desde el punto de vista de las necesidades enfermizas de sus regímenes, que imprimieron a sus sistemas educativos. Por supuesto, considerada la idea de desarrollo que sirve de sostén a un régimen totalitario, el adiestramiento de la juventud para el logro de una alta eficiencia militar y una gran capacidad de exterminio, puede representar el desiderátum de un sistema educativo. Conforme a una definición equivocada del desarrollo, la educación, entendida simplemente como adiestramiento, sería siempre un factor positivo de desarrollo. En ese sentido, el ser humano será siempre exitosamente adiestrable. Tan exitosamente como son adiestrables las pobres bestias de los espectáculos circenses.

Inicialmente nos preguntábamos si la escuela y la ciencia edu-

cativa se transforman a un ritmo congruente con el vertiginoso cambio que se experimenta en los demás campos del saber humano. Cualquiera que sea la respuesta, es innegable que los avances tecnológicos, especialmente aquellos que han tenido lugar en los campos de la información y la computación, han puesto al alcance de los sistemas educativos un conjunto de recursos destinados a revolucionarlos. No es exagerado pensar que la suma del cerebro humano más la velocidad y el potencial memorístico de la computadora representan un salto evolutivo para la especie humana. La incorporación de los recursos computacionales al proceso de aprendizaje eleva en proporciones insospechadas las posibilidades de realización intelectual de los jóvenes escolares^ del presente y del futuro.

El logro de realizar esfuerzos existosos para modernizar los sistemas educativos, me parece que ya fue probado por Costa Rica cuando, en 1988, introdujimos masivamente la computación como recurso didáctico en nuestro sistema de educación general. No culpo a quienes nos escucharon con escepticismo cuando, en aquella oportunidad, anunciamos que en los cuatro años de mi gobierno la mitad de los estudiantes de enseñanza básica de Costa Rica se habrían familiarizado con el uso de la computación para fines de aprendizaje. Y en el esquema que nos propusimos, los maestros y las maestras debían participar activamente, tras adecuados programas de capacitación, y no como simples conductores del empleo automático y rutinario de un avance tecnológico.

Con el transcurrir del tiempo, el Programa Nacional de Informática Educativa que impulsaron conjuntamente el Ministerio de Educación Pública y la Fundación Ornar Dengo se ha convertido en una de las iniciativas más amplias y sólidas de 'América Latina. Cuando la tendencia más generalizada pretendía que los estudiantes de colegio se prepararan para el mercado laboral por medio de programas de "alfabetización computacional", Costa Rica optó por cerrar la brecha digital proporcionando a sus ciudadanos más jóvenes -desde el preescolar hasta el sexto gradóla oportunidad de desarrollar su talento, su capacidad creativa, su habilidad para resolver problemas con el apoyo de las nuevas herramientas tecnológicas.

Se trataba de contribuir a crear una nueva generación de costarricenses mejor preparados para enfrentar los desafíos del futuro. No es casual, por lo tanto, que, años después, empresas como Intel hayan optado por establecerse en Costa Rica. La inversión que el país inició durante mi gobierno, hace ya más de 15 años, fue determinante para el proceso de cambio de la estructu-

ra productiva del país, que hoy se orienta cada vez más hacia una industria de base tecnológica. No en vano la Fundación Omar Dengo ha capacitado en Costa Rica a más de 1,5 millones de costarricenses -en su mayoría, niños, jóvenes y educadores-.

El Programa Nacional de Informática Educativa, que privilegió desde su inicio las escuelas públicas de zonas rurales y marginales urbanas, alcanza hoy a más del 50% de los escolares del país y al 70% de sus colegiales. Desde el preescolar, niños y niñas aprenden a programar la computadora y saben crear proyectos vinculados al currículo que se manifiestan de las más diversas formas. Cada dos años, el Programa organiza un Congreso Infantil de Informática Educativa que reúne a más de 800 niños, quienes presentan sus proyectos ante otros escolares y participan en talleres que les permiten explorar nuevos recursos tecnológicos.

El Congreso constituye una clara manifestación de apropiación cultural y tecnológica. El Programa ha creado, entre otras cosas, una revista electrónica que publican niños de entre 10 y 12 años con fundamento en el trabajo de un consejo editorial virtual integrado por estudiantes que viven en distintas partes del país y que, antes de conocerse personalmente, establecen vínculos e intercambios por medios virtuales. Esta revista mereció hace pocos meses el premio global "Youth Incubator Award". Niños de zonas rurales y urbano-marginales tienen oportunidad también de desarrollar proyectos de robótica y aprendizaje por diseño.

El trabajo conjunto que la Fundación Ornar Dengo ha emprendido con instituciones académicas nacionales e internacionales le ha permitido al Programa de Informática Educativa mantenerse siempre actualizado e incorporar innovaciones tanto de tipo tecnológico como pedagógico. La investigación y el desarrollo han sido siempre fundamentales para el Programa. Cabe destacar, sin embargo, que uno de los ejes fundamentales en los que descansa su éxito está en la atención que a lo largo de los años se ha dado a la formación y actualización de los educadores, y muy especialmente a los procesos de asesoría y seguimiento. Este trabajo ha permitido mantener viva la llama de la innovación y la capacidad de reflexión y análisis sobre la propia práctica, de manera que se evalúe y aprenda en forma constante.

En Costa Rica, la Fundación ha desarrollado un modelo de implantación de la Informática que involucra la participación del sector privado, del sector público y de la comunidad. En todo el país, las comunidades que se integran al programa hacen también su propio aporte por medio de la preparación del aula y la

provisión del mobiliario, el aire acondicionado, las medidas de seguridad, etc. La Fundación también ha desarrollado un conjunto de proyectos importantes en asocio con empresas nacionales e internacionales. En el caso de las empresas productoras de tecnología y "software", la Fundación ha establecido alianzas para proveer de capacitación a educadores y para desarrollar nuevas propuestas de apropiación tecnológica por medio de una vinculación del quehacer informático a las necesidades específicas de los beneficiarios. Es así como ha impulsado proyectos dirigidos a las comunidades y a grupos especiales, como es el caso de la capacitación para mujeres microempresarias en el marco del Programa de Informática para Todos.

Hoy puedo decir que pudimos cumplir con creces nuestra meta y que aquella experiencia es presentada por los expertos en educación, entre ellos el doctor Seymour Papert, como paradigma para los países en vías de desarrollo. El trabajo de miles y miles de niños y educadores de todos los rincones del país es en este momento fuente de inspiración y de mejores prácticas para otros proyectos y naciones.

Las empresas productoras de equipos de computación, lejos de intervenir como fríos interlocutores comerciales, respondieron a nuestro llamado para que unieran a sus intereses económicos una participación creativa en el proceso. No voy a entrar en detalles sobre la organización y el desarrollo de aquel empeño, que, por lo demás, es conocido para la mayoría de ustedes.

Cuando, en mi condición de presidente de Costa Rica, visité la ciudad de San José, en el Silicon Valley de California, donde se ubica un centro de producción de uno de los mayores fabricantes de computadoras del mundo -computadoras Apple-, el alcalde de aquella ciudad me brindó una gran satisfacción. Me aseguró el distinguido líder comunal que para él era motivo de no poco embarazo el descubrir que un país pobre como Costa Rica, alejado de los centros de producción informática, había logrado una meta que su próspera ciudad, ubicada en el corazón de una de las regiones tecnológicamente más desarrolladas del mundo, estaba muy lejos de alcanzar.

De aquel encuentro, y de ulteriores conversaciones con el diligente alcalde californiano, concebimos un proyecto más ambicioso aún, al que, pese al transcurso de varios años, no hemos renunciado. Pensamos que, con el advenimiento de la paz y de la normalización democrática de Centroamérica, sería posible lograr que las empresas privadas y las instituciones públicas de los Estados Unidos y otros países desarrollados ayudaran a ejecutar

en toda Centroamérica programas similares al que realizábamos en Costa Rica.

Dimos a aquella iniciativa el nombre, sucinto pero expresivo, de "Bullets for Bytes". Es decir, el cambio de armas por computadoras. En efecto, abundaban y siguen abundando en nuestra región los arsenales que, afortunadamente, se han tornado cada vez más inútiles. Proponíamos que las armas de aquellos arsenales fueran cambiadas por computadoras para los sistemas educativos de nuestros países, por entidades públicas y privadas de todo el mundo, incluidas las empresas proveedoras de "hardware" y "software" para la Informática. Las armas serían adquiridas para someterlas a su inmediata destrucción.

Lo más importante aquí es el hecho de que el programa "armas por computadoras" fue un sueño que se hizo realidad para enriquecer la educación de los pueblos centroamericanos y para iniciar la recuperación de nuestros hijos de ese empobrecimiento absoluto que significa la ignorancia. Fue una idea a la que le llegó su hora, como dijo Víctor Hugo.

Amigas y amigos:

La fantasía de un moderno novelista[1] creó un país en el que las noches son tan cortas que algunas personas duermen con un pie en el lunes y otro en el martes. Tal vez esa idea no resulte tan absurda si pensamos en los formidables cambios que hemos visto en los últimos meses. Casi podemos afirmar que vivimos en un mundo cuyos años son tan cortos que los pasamos con un pie en el pasado y otro en el futuro. Basta un paso en falso para que el pasado caiga sobre nosotros con todos sus baldones. La democracia panameña merece el esfuerzo de ser vivida con probidad y justicia para que el día de mañana amanezcan en el futuro y no en el pasado.

1 Diccionario Jázaro", Milorad Pavic (Belgrado, 1929). Editorial Anagrama S.A. Barcelona, 1989. Primera edición en castellano.

EL AMOR Y LA SOLEDAD EN LA VIDA SOCIAL Y POLITICA [30]

CONGRESO SOBRE EL AMOR Y LA SOLEDAD

Amigas y amigos:
Agradezco la amplitud y la generosidad mostrada por los organizadores al invitarme a participar en este Congreso sobre el Amor y la Soledad. No puedo ocultar la sorpresa y la curiosidad que esa invitación despierta en quien ha dedicado la mayor parte de su vida a la acción y al pensamiento políticos, ámbitos en los cuales los sentimientos, y las abstracciones a las que estos dan origen, no parecen ser las preocupaciones dominantes.

No es mi deseo parecer cínico o insensible, pero es muy cierto que la política es una actividad que nos obliga con mucha frecuencia a concentrar nuestra atención en situaciones conflictivas o potencialmente conflictivas. En la realidad política parecieran carecer de relevancia aspectos afectivos y emocionales motivados por manifestaciones del amor como el altruismo y la conmiseración. En apariencia -y recalco, solo en apariencia- la política es el terreno en el que las conductas de los seres humanos, lo mismo que los acontecimientos, están condicionados por la ambición de poder y por la competencia, muchas veces irracional, entre

[30] Discurso pronunciado en el Congreso sobre el Amor y la Soledad, Ayagabre el 30 de noviembre del 2003, patrocinado por la Escuela Popular. Gran Canaria, España.

grupos y entre individuos. De acuerdo con esa falsa percepción, la política no dejaría espacio para la expresión de las emociones relacionadas con la bondad, el amor y la belleza, y haría, desde luego, inexplicable la presencia de un político en este foro.

Al compartir mi perplejidad con ustedes, me siento obligado a ofrecerles algunas explicaciones surgidas de una sincera reflexión sobre la medida en que los políticos, obligados por la ineludible necesidad de actuar a tiempo frente a una multitud de problemas muchas veces insolubles, optamos por ocultar los sentimientos y hacer ostentación de eficacia. Como si los sentimientos fueran, por definición, una muestra de debilidad, un lastre para la acción, solemos permitir que la política sea percibida como una actividad en la que se deben dejar de lado los goces de la vida y los sentimientos de las personas.

Pero no debemos engañarnos. No importa el papel que cada uno de nosotros desempeñe, no importa cuán áridas o cuán prácticas sean las preocupaciones que ese papel nos impone, el ansia de sentirnos apreciados y el ansia de poder apreciar a los demás es siempre el telón de fondo de nuestros actos y nuestros pensamientos. Me refiero, desde luego, a los seres humanos que actuamos en nuestras respectivas esferas impulsados por el amor, imbuidos de la idea de que siempre es posible discernir entre lo que creemos que es el bien y lo que creemos que es el mal. También en la actividad política es posible y es frecuente que actuemos bajo el riesgo de equivocarnos pero movidos por la buena fe, movidos por el impulso del amor.

A mi juicio, el tema de este Congreso no podría ser abordado desde una perspectiva indiferente al constante dilema de escoger entre el bien y el mal, a sabiendas de que, en relación con nuestros semejantes, la opción del bien es siempre la opción del amor. Vivimos y actuamos dentro de la posibilidad de equivocarnos con cierta frecuencia, pero podemos también vivir y actuar bajo la certeza de que el amor por nuestros semejantes hace que todos nuestros desaciertos sean involuntarios. El amor nos inspira a hacer el menor mal posible. Dentro del marco de la buena fe, la idea del bien es gemela de la idea del amor.

Incluso frente a las demás especies, el amor debe movernos a reducir al mínimo el mal, a reducir al mínimo el dolor que provocamos. Ninguno de nosotros se mostraría indiferente ante las iniciativas de quienes se preocupan por el sufrimiento que se inflige a los animales que explotamos en nuestro favor. Sabemos que, en el estadio evolutivo actual, dentro de las condiciones demográficas y científicas actuales no podríamos prescindir

del sacrificio masivo de seres de otras especies sin condenar a la muerte por hambre, por frío y por enfermedad a millones de seres humanos. Y cuando pensamos en ello no podemos sustraernos a un sentimiento de culpabilidad inspirado en el amor a la vida, esa vida que sacrificamos en aras de nuestra supervivencia. De ningún modo podríamos volver, por así decirlo, la mirada a otro sitio haciéndonos creer a nosotros mismos que esta parte del dilema del amor -elección entre el bien y el mal- resulta trivial. Todos nosotros entendemos que, en este caso, la naturaleza ha combinado nuestras necesidades y nuestros recursos de una manera que nos imposibilita el sentirnos libres de culpa; pero al mismo tiempo comprendemos que la naturaleza nos ha dado una capacidad de raciocinio, una inteligencia que nos permite determinar de qué manera, en el proceso de explotar a las demás especies, podemos reducir el sufrimiento a un mínimo. Cuando, en nuestro país, condenamos y perseguimos a los depredadores que capturan por miles a los tiburones para arrancarles sus valiosas aletas y dejarlos luego morir a su suerte, no pretendemos que se renuncie a la pesca que nos permite alimentar a nuestra sociedad y otras sociedades. Estamos incurriendo en una elección, dictada por el amor, que nos compele a evitarle a una forma de vida cercana a la nuestra un grado innecesario y brutal de sufrimiento. Y el amor nos hace desear que el desarrollo científico y el avance ético nos permita, algún día en el futuro, convivir con las demás especies sin explotación y sin dolor.

Ustedes saben que el más intenso de mis empeños políticos es la lucha contra la guerra y contra los preparativos para la guerra. Creo en la causa de la paz y rechazo la idea que algunos proponen de la paz armada. Rechazo el proverbio, según el cual, si deseamos la paz debemos prepararnos para la guerra. Porque creo en el amor pienso que toda política debe estar encaminada a la búsqueda de la paz sin adjetivos y, desde luego, estoy contra el armamentismo. Cuando levantamos nuestras voces para oponernos a que la humanidad siga despilfarrando infinita cantidad de recursos en la acumulación de crecientes arsenales, al tiempo que millones de nuestros semejantes mueren por causas evitables como el hambre, la enfermedad y, desde luego, la guerra, no estamos practicando un simple juego de raciocinio comparable a una partida de ajedrez. Tampoco estamos desplegando una cómoda argumentación con la finalidad de sentirnos intelectualmente satisfechos. Cuando procedemos de esa manera, lo hacemos porque amamos a nuestros semejantes, porque amamos a la vida, y porque sentimos que el armamentismo entraña una degradación

de esa vida que amamos. De modo que, a partir del momento en que recurrimos a la acción política para oponernos al armamentismo, estamos expresando políticamente un impulso hacia el bien y un sentimiento de amor. Propiciar el armamentismo es, en esencia, una expresión del mal que ubica a quien la practica en las antípodas del amor.

Alguien, en esta sala, podría interrumpirme tomando la palabra para decirme: "Señor Arias, usted tiene razón, el armamentismo es una expresión del mal, pero su manera de enfrentarse a él es ineficaz o contraproducente y, por lo tanto, perjudica a la causa que pretende defender, la causa de la paz" Y, dado que la condición humana me expone al error, bien podría ser que, tras escuchar las razones de mi objetor, yo aceptara estar equivocado. Pero eso no cambiaría en nada el hecho de que el armamentismo es un mal, ni cambiaría el hecho de que mi motivación es el amor a la vida, el amor por mis semejantes.

Así pues, en la política, como en toda actividad humana, hay espacio para el error, pero, como en cualquier actividad humana, hay espacio para el bien, es decir, para el amor. Lo que no debemos admitir como natural en la política, o en cualquier actividad humana, es el mal, la perversión. Hay actividades y propósitos humanos que son perversos por naturaleza, aunque, muchas veces, se pretenda justificarlos con espurias pruebas de amor.

Estamos acostumbrados a que ciertas manifestaciones elementales e inevitables del amor signifiquen placer y satisfacción para unos y pena y desconsuelo para otros. Este es el dilema en el que el amor romántico, tan característico de nuestra particular civilización, sumerge a quien pretende el cariño de una persona que a su vez ama a alguien con mejor suerte o mejores atributos. En tal caso el amor de una persona por otra le trae dolor a una tercera, y esa tragedia del diario vivir será tan duradera como lo sean las culturas monogámicas. La literatura y el arte continuarán por los siglos y los siglos enriqueciéndose con alusiones a un problema sin solución posible, a menos que, como podría sugerirnos un espíritu imaginativo, o más bien fantasioso, el perfeccionamiento de las técnicas para producir clones nos proporcione en el futuro una solución.

Mientras tanto, se trata de una trivialidad. Está en la naturaleza de las cosas que existan el amor no correspondido, los celos, la ausencia de las personas amadas, y debemos vivir con ello. Pero es inadmisible que las sociedades humanas cometan la perversión de institucionalizar afectos que, disfrazados de amor, tengan como finalidad, intrínseca o accidental, la degradación de la vida

humana. Hay formas del nacionalismo, del misticismo, del sectarismo, de la intolerancia, del fanatismo racial, de la arrogancia lingüística o cultural que, bajo el falso disfraz del amor, no son sino meros símbolos que incitan a la destrucción y la muerte.

El amor verdadero, el amor que expresa el bien, solo se practica en la medida en que seamos capaces de comprender el punto de vista del otro, del que no piensa ni ve el mundo como nosotros.

Amigas y amigos:

Aunque quizás esa no fue la intención del organizador de este Congreso, su título sugiere que el amor y la soledad son conceptos antitéticos. Sin embargo, una consulta al diccionario nos revela que entre esas dos palabras no hay una relación de antonimia. Lo que ocurre es que la ausencia de amor, la negación del amor impone a los seres humanos formas de la soledad que, en rigor, se originan en la indiferencia, el abandono y el desamparo. Formas de soledad cuyo origen se encuentra en la maldad individual o institucional.

Estas formas de soledad son las que nos hacen preocuparnos por el futuro de nuestra especie, por el futuro de un mundo que ha llegado al siglo XXI tan disperso y casi tan empobrecido como lo estaba en el umbral del siglo XX. Tan solo las preocupaciones que genera el deterioro ambiental del planeta bastarían para convencernos de que en este momento de la historia el único futuro debatible es el de toda la humanidad. Hoy, como nunca antes, aun las más aisladas de las sociedades forman parte de un sistema global y multitudinario, en el que coexisten desgarradoramente la interdependencia y la soledad.

Hoy, el habitante urbano de Nueva York, Ámsterdam o Madrid sabe a ciencia cierta que su futuro y el de sus descendientes estarán profundamente marcados por lo que el campesino brasileño contemporáneo hace para satisfacer las necesidades básicas de él y de su familia. Hay una invitación al vértigo en la idea, para nada descabellada, de que aquel leñador que, obligado por su pobreza, empuña el hacha e inicia la destrucción de un bosque primario de la Amazonia, inadvertidamente despoja de una parte de su oxígeno a cada uno de los presentes en esta sala. Entre él y nosotros existe un nexo de soledad, una ausencia de amor que amenaza con destruirnos a todos.

De igual modo, los pescadores de Chile comienzan a enterarse de que los desechos industriales de Japón y de América del Norte contaminan peligrosamente los mares del sur que ya no son tan inagotablemente pródigos como creían nuestros abuelos. Entre los habitantes del sur y los habitantes del norte hay un nexo de

de esa vida que amamos. De modo que, a partir del momento en que recurrimos a la acción política para oponernos al armamentismo, estamos expresando políticamente un impulso hacia el bien y un sentimiento de amor. Propiciar el armamentismo es, en esencia, una expresión del mal que ubica a quien la practica en las antípodas del amor.

Alguien, en esta sala, podría interrumpirme tomando la palabra para decirme: "Señor Arias, usted tiene razón, el armamentismo es una expresión del mal, pero su manera de enfrentarse a él es ineficaz o contraproducente y, por lo tanto, perjudica a la causa que pretende defender, la causa de la paz". Y, dado que la condición humana me expone al error, bien podría ser que, tras escuchar las razones de mi objetor, yo aceptara estar equivocado. Pero eso no cambiaría en nada el hecho de que el armamentismo es un mal, ni cambiaría el hecho de que mi motivación es el amor a la vida, el amor por mis semejantes.

Así pues, en la política, como en toda actividad humana, hay espacio para el error, pero, como en cualquier actividad humana, hay espacio para el bien, es decir, para el amor. Lo que no debemos admitir como natural en la política, o en cualquier actividad humana, es el mal, la perversión. Hay actividades y propósitos humanos que son perversos por naturaleza, aunque, muchas veces, se pretenda justificarlos con espurias pruebas de amor.

Estamos acostumbrados a que ciertas manifestaciones elementales e inevitables del amor signifiquen placer y satisfacción para unos y pena y desconsuelo para otros. Este es el dilema en el que el amor romántico, tan característico de nuestra particular civilización, sumerge a quien pretende el cariño de una persona que a su vez ama a alguien con mejor suerte o mejores atributos. En tal caso el amor de una persona por otra le trae dolor a una tercera, y esa tragedia del diario vivir será tan duradera como lo sean las culturas monogámicas. La literatura y el arte continuarán por los siglos y los siglos enriqueciéndose con alusiones a un problema sin solución posible, a menos que, como podría sugerirnos un espíritu imaginativo, o más bien fantasioso, el perfeccionamiento de las técnicas para producir clones nos proporcione en el futuro una solución.

Mientras tanto, se trata de una trivialidad. Está en la naturaleza de las cosas que existan el amor no correspondido, los celos, la ausencia de las personas amadas, y debemos vivir con ello. Pero es inadmisible que las sociedades humanas cometan la perversión de institucionalizar afectos que, disfrazados de amor, tengan como finalidad, intrínseca o accidental, la degradación de la vida

humana. Hay formas del nacionalismo, del misticismo, del sectarismo, de la intolerancia, del fanatismo racial, de la arrogancia lingüística o cultural que, bajo el falso disfraz del amor, no son sino meros símbolos que incitan a la destrucción y la muerte.

El amor verdadero, el amor que expresa el bien, solo se practica en la medida en que seamos capaces de comprender el punto de vista del otro, del que no piensa ni ve el mundo como nosotros.

Amigas y amigos:

Aunque quizás esa no fue la intención del organizador de este Congreso, su título sugiere que el amor y la soledad son conceptos antitéticos. Sin embargo, una consulta al diccionario nos revela que entre esas dos palabras no hay una relación de antonimia. Lo que ocurre es que la ausencia de amor, la negación del amor impone a los seres humanos formas de la soledad que, en rigor, se originan en la indiferencia, el abandono y el desamparo. Formas de soledad cuyo origen se encuentra en la maldad individual o institucional.

Estas formas de soledad son las que nos hacen preocuparnos por el futuro de nuestra especie, por el futuro de un mundo que ha llegado al siglo XXI tan disperso y casi tan empobrecido como lo estaba en el umbral del siglo XX. Tan solo las preocupaciones que genera el deterioro ambiental del planeta bastarían para convencernos de que en este momento de la historia el único futuro debatible es el de toda la humanidad. Hoy, como nunca antes, aun las más aisladas de las sociedades forman parte de un sistema global y multitudinario, en el que coexisten desgarradoramente la interdependencia y la soledad.

Hoy, el habitante urbano de Nueva York, Ámsterdam o Madrid sabe a ciencia cierta que su futuro y el de sus descendientes estarán profundamente marcados por lo que el campesino brasileño contemporáneo hace para satisfacer las necesidades básicas de él y de su familia. Hay una invitación al vértigo en la idea, para nada descabellada, de que aquel leñador que, obligado por su pobreza, empuña el hacha e inicia la destrucción de un bosque primario de la Amazonia, inadvertidamente despoja de una parte de su oxígeno a cada uno de los presentes en esta sala. Entre él y nosotros existe un nexo de soledad, una ausencia de amor que amenaza con destruirnos a todos.

De igual modo, los pescadores de Chile comienzan a enterarse de que los desechos industriales de Japón y de América del Norte contaminan peligrosamente los mares del sur que ya no son tan inagotablemente pródigos como creían nuestros abuelos. Entre los habitantes del sur y los habitantes del norte hay un nexo de

soledad, una ausencia de amor que nos amenaza a todos.

Una vieja historia popular pretende que un inmigrante observa desde el barco, al llegar a Nueva York, una larga y lenta fila de vehículos en una autopista cercana al puerto, y exclama maravillado que él nunca ha visto un funeral tan concurrido como aquel. Lo que en otra época fue un chascarrillo de discutible fortuna, podría ser hoy una parábola ominosa, pues esas largas filas de vehículos que a todas horas llenan las calles de todas las ciudades del mundo, quemando gigantescas cantidades de combustibles fósiles, podrían representar en alguna forma el concurrido funeral de la civilización o de la vida. He aquí otra muestra de soledad recíproca, en medio de una interdependencia que debería, por el contrario, dar pábulo al amor universal.

Esta interdependencia que los seres humanos hemos construido mediante el desarrollo de las comunicaciones y la integración económica y cultural, constituye un signo de civilización del que debería derivarse un sentimiento de amor y de optimismo. Se pueden romper las distancias, podemos extinguir las fronteras y reducir a pasos agigantados las barreras lingüísticas, económicas, ideológicas y culturales para acercarnos a una época dorada en la que será posible compartir el bienestar material y el talento de los más afortunados, y disfrutar en libertad lo diverso de las culturas.

De la soledad, por el amor, debemos rescatarnos todos para que la integración y la interdependencia tengan sentido y la especie humana sea una comunidad y no una multitud amorfa desprovista de solidaridad.

Muchas gracias.

UN NUEVO LIDERAZGO PARA AMERICA LATINA

CÍRCULO DE ECONOMÍA

Amigas y amigos:
Agradezco profundamente al Círculo de Economía que me brir. - dara la oportunidad de estar con ustedes esta noche. Me produce una gran emoción encontrarme de nuevo en esta hermosa Barcelona. Estoy seguro de que en esta ocasión, al igual que en las anteriores, me darán la oportunidad de hacer nuevas amistades- y de contribuir a estrechar los lazos que unen a Costa Rica y a España. Hago votos por la paz, la democracia y la prosperidad del pueblo catalán.

Hermosas palabras son los gentilicios. Costarricense, español, serbio, rumano, kurdo, francés, maorí, quechua, bantú, europeo, americano, asiático. Así, tal vez hasta el infinito, se puede enunciar la lista, plena de eufonía, de las identidades, como un largo poema que, en último resultado, se condensa en el gentilicio por excelencia, en la palabra 'humano'.

Sueño con el día en que todos los gentilicios sean sinónimos perfectos de esa palabra. Sueño con el día en que las expresiones "soy español", "soy costarricense", "soy centroamericano", signifiquen automáticamente "soy humano". Será ese el día en que las identidades definidas por los gentilicios sean como vetas de

[30] Discurso pronunciado en el Congreso sobre el Amor y la Soledad, Ayagabre el Iº de diciembre del 2003, patrocinado por la Escuela Popular. Gran Canaria, España.

colores dentro del sólido granito de la humanidad. Vetas que se entrecruzan, se confunden, se desvanecen, reaparecen y se revelan como imprescindibles, todas y cada una de ellas, para que el granito sea granito.

Quiero, en esta noche, ubicarlos a ustedes en una veta de la humanidad. Mis opciones son múltiples: ¿catalanes, españoles, ibéricos, europeos? Aunque para muchos pudiera parecer extraño, no vacilo en considerar que ustedes son, también, iberoamericanos. Al decir "Iberoamérica", pienso en todo lo que, por cultura, por historia, por sentido de pertenencia o por designio político es, simultáneamente, hispánico, lusitano y americano. Cuando el historiador Samuel Huntington incurre en sus elucubraciones metapolíticas, me resiento de que omita, en su esquematización de la historia contemporánea, la existencia de una civilización específicamente iberoamericana.

Como iberoamericanos, quiero invitarlos a que me acompañen, en un viaje por mi América Latina.

Las más recientes experiencias de nuestro tiempo ponen de manifiesto que el arte de la profecía se ha tornado impracticable. Hace veinte años habría sido imposible hacer predicciones sobre lo que sería el siglo XXI, sin atribuirle en él un protagonismo decisivo al sistema comunista y a la hoy desaparecida Unión Soviética. En lo que toca a América Latina, ningún pesimismo nos habría inducido a imaginar, en ese entonces, que en los albores del nuevo siglo predominaría en nuestro continente una democracia ensombrecida por el empobrecimiento masivo de nuestras sociedades.

Hace veintisiete años me correspondió participar, como ministro de Planificación de mi país, en el simposio "La Costa Rica del Año 2000". No era la primera oportunidad en que a la sociedad costarricense, y a sus dirigentes, se les llamaba a tomar nota de esa mágica inflexión que los místicos y ciertos historiadores se esfuerzan en observar en los cambios de milenio. La literatura política latinoamericana está llena de advertencias sobre la necesidad que teníamos de llegar al siglo XXI a tiempo, es decir, no solamente en el almanaque, sino también en la cultura, el desarrollo y la civilización.

No voy a evaluar aquí la capacidad de predicción de aquel foro del año 1976. Pero he querido mencionarlo para aproximarnos a una primera especulación que, de ser válida, podría explicar muchas de las incertidumbres de los latinoamericanos. Es posible, especulo, que en el ser latinoamericano exista una especie de afición por el azar. Tal vez simplemente hayamos soñado, como el

jugador empedernido, que al acabar el siglo XX llegarían a nosotros, gratuitamente y sin que supiéramos de dónde, la democracia, la prosperidad, la justicia, la paz, la igualdad, el desarrollo... en fin, el hielo. Exactamente como llegó el hielo a Macondo.

De ser así, estaríamos perdiendo una valiosa oportunidad: la de aprovechar el advenimiento del nuevo siglo como límite para plantearnos, como entidad geográfica, histórica y política, qué papel intentaremos protagonizar en el mundo del futuro. Y ese futuro comenzará, no dentro de unos años, sino con el próximo parpadeo. Para emplear una palabra que nuestro idioma no rescató del latín, pero figura útilmente en el inglés: estaríamos perdiendo la oportunidad de ponerle un límite a nuestra procrastinación, de ponerle límite a nuestro hábito del aplazamiento, de la posposición.

Dilapidamos medio siglo en un bipolarismo estéril que nos llevó, desde un esperanzador destello de desarrollo y democracia en la década de 1960, hasta el estallido de pobreza que hoy nos hace dudar de las promesas de este siglo. Procrastinamos, aplazamos, postergamos las reformas que bien podríamos haber realizado por nosotros mismos, para acogernos a paradigmas políticos que, si algo nos ofrecen ahora, es la claridad de sus fracasos.

Mientras Héctor y Aquiles vociferaban y ensangrentaban su odio mutuo en las arenas de Troya, aqueos y troyanos, espectadores más que combatientes, morían de enfermedad e inanición al tiempo que Helena, la causante de la guerra, se ajaba y envejecía inexorablemente. ¿Quién o quiénes, sino unos dioses hoy muertos y entonces indiferentes, escucharon los ruegos y los lamentos de los que sufrían y morían sin alivio ni confortamiento? Del mismo modo, el fragor de una disputa ideológica y militar que poco nos concernía, apagó durante medio siglo, en el que fue llamado el Tercer Mundo (Latinoamérica incluida), los lamentos de millones de seres humanos aniquilados por la guerra, la persecución y la miseria.

Para alentar al Héctor o al Aquiles de aquella Ilíada moderna, tan absurda como la del mito, nos sumergimos en la disputa sobre la primacía del sector público o del sector privado. Mientras tanto, olvidamos que lo importante era insuflar en ambos un contenido social capaz de hacer de la democracia el motivo de nuestra mayor aventura histórica. Oír hablar de estrategias de ahorro e inversión y de promoción de exportaciones dentro de una economía de mercado, despertaba la ira de Héctor. Oír hablar del contenido social de la economía despertaba la cólera de Aquiles. Mientras los pueblos, nuestros pueblos, añoraban y

exigían reformas, quienes ejercían el poder político y el poder económico, acogidos a la doctrina de la seguridad nacional y estimulados por el beneplácito del aplaudido Aquiles, se oponían a toda iniciativa de cambio. Todo intento por lograr mayor equidad, mejor distribución de la riqueza y más participación política fue condenado como una conspiración de Héctor.

Ahora, tras haber sepultado el cadáver de Héctor en la estepa rusa, descubrimos que el fin del comunismo no necesariamente garantiza la libertad y la democracia, y menos aún la justicia social. Descubrimos que, si bien la primacía del sistema democrático no se discute, nos ha llegado la hora de preguntarnos por cuánto tiempo y en qué medida están los pueblos dispuestos a soportar la miseria para no estorbar a la democracia. Y a las sociedades más desarrolladas, aquellas que más esperarían ganar con la estabilidad global, les llegó la hora de hacerse una pregunta crucial. Deben interrogarse sobre cuán permanentes serán su esplendor y su opulencia en un mundo en el que las mayorías recorren en sentido equivocado el camino del desarrollo humano.

Los latinoamericanos descubrimos que nuestra nueva democracia está naciendo de un parto lleno de dolor, de una cesárea política contaminada por la violencia, el hambre, el crimen, la droga, la falta de vivienda, la corrupción, la insalubridad, la insuficiencia educativa, la desatención del niño, de la mujer y del anciano, la explosión demográfica y el deterioro ambiental.

Nos encontramos en un momento crítico en la historia de América Latina: un momento en el que nuestros pueblos deben escoger su futuro. Mientras el mundo se vuelve más interdependiente y a la vez más frágil, el futuro parece cargado de grandes peligros, y nosotros tenemos grandes responsabilidades. Los pueblos del mundo se dejaron llevar por una oleada de optimismo con la finalización de la Guerra Fría y la celebración de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro. Hoy el informe sobre el estado de la región resulta sumamente desalentador: el medio ambiente sigue deteriorándose, la pobreza aumenta, la violencia persiste y no logramos todavía la estabilidad política ni una sólida gobernabilidad democrática.

Muy pocos de los que estamos en este recinto podríamos proclamarnos inocentes o ingenuos de estos retrocesos. La mayor parte de nosotros somos responsables de las crecientes injusticias en el campo nacional y en el internacional, como participantes directos o como espectadores omisos. Todos podemos ser acusados de complicidad en crímenes que afectan a nuestra América y al resto del planeta, como los siguientes:

- 1.200 millones de personas sobreviven con menos de un dólar por día.
- 800 millones de personas sufren de hambre.
- 1.500 millones de personas no tienen acceso al agua potable.
- Más de 30 millones de personas viven en el destierro como refugiados o desplazados.
- 36 millones de seres humanos están infectados de sida y de ellos 23 millones viven en África y no tienen acceso a tratamiento.
- Aunque las naciones de la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo se comprometieron a elevar los niveles de ayuda para el desarrollo al 0,7% del PIB, estos niveles han quedado en un promedio del 0,2%.
- El 12 por ciento de las especies, conocidas (que son un millón setecientas mil) están bajo amenaza de extinción.
- Las reservas conocidas de petróleo y de gas natural podrían agotarse en los próximos cincuenta años.
- Los países en vías de desarrollo pierden 500.000 millones de dólares cada año debido a desequilibrios en el comercio y a aranceles injustos impuestos por los países desarrollados.

Ahora bien, la recitación de los datos que acabo de citar no es muestra de pesimismo. Es, sobre todo, un llamado a que cobremos conciencia de la realidad, de esa realidad que no está por venir, sino que ya está encima. Tenemos que despertarnos y hacernos cargo de solucionar los problemas que he citado.

Estos males son heridas en el cuerpo de una América Latina ya mil veces torturada. Pero, el peligro fundamental para nuestra democracia es el abismo creciente entre la abundancia de unos pocos y la carencia de las grandes mayorías. Tras casi dos siglos de independencia, la geografía de nuestra región aparece habitada por 500 millones de personas; de ellas, 200 millones viven en la pobreza, mientras en cualquier lista de las fortunas más grandes del mundo aparecen las de muchos latinoamericanos.

La pobreza y la desigualdad constituyen, sin duda, el mayor reto al que deberán enfrentarse desde ahora mismo nuestras sociedades. Fue el fin de la Guerra Fría, y no la magia del número 2000, lo que marcó para la democracia latinoamericana el inicio de su Odisea. Se trata ahora de recorrer un camino que no debe prolongarse demasiado. Un incremento de la desigualdad y la pobreza puede convertirse en barrera insalvable y hacernos retroceder al autoritarismo o arrojarnos a la anarquía. Ante esa ominosa posibilidad, debemos adoptar un estricto sentido de urgencia. Un sentido de urgencia en el que la mujer y el hombre

latinoamericanos nos despojemos de prejuicios y egoísmos, e introduzcamos en nuestra vida política, económica y cultural una ética y una racionalidad capaces de infundirnos el idealismo que las utopías ya no podrán devolvernos.

Tenemos que optar por una ética. No una ética a la espera de ser inventada, pues sus bases están implícitas en las ideas políticas, filosóficas y religiosas que impregnan nuestra historia. Las que apenas fueron propugnadas y las que se impusieron. Las que figuran en los frontispicios de parlamentos, palacios de gobierno, iglesias y universidades, y las que fueron escritas en catacumbas, ergástulas y destierros. Jesús, Platón, Moisés, Mahoma, Buda, los anónimos gestores del Popol Vuh, Santo Tomás, Rousseau, Locke, Kant, Adam Smith y Marx. Los padres de la Revolución Americana, nuestros Bolívar, San Martín, José Cecilio Del Valle, Florencio del Castillo, Sarmiento, Juárez y Martí. En este siglo Gandhi, Churchill, Keynes, Martin Luther King, Hayek, Karl Popper, Isaiah Berlin y la Madre Teresa de Calcuta, son tan solo algunos integrantes del nutrido contingente de espíritus que hemos acogido en el santoral latinoamericano de las ideas.

La ética que América Latina se debe a sí misma integra, desde *el buen gobierno de la ciudad* de Platón, pasando por el *no matarás* de Moisés, por el *amaos los unos a los otros* de Jesús, por el *no respondáis con la violencia* de Gandhi, hasta el *todos somos iguales* de Mándela y de Menchú. Puede encarnar todo eso porque en nuestro continente han confluido, como en ningún otro, las razas, las lenguas, las religiones, las virtudes, los defectos, las alegrías y las penas de todo el planeta. Esa ética está construida con valores consagrados en todas las épocas y en todos los lugares del mundo. Puede resumirse en la práctica de la solidaridad, la tolerancia y el respeto a la vida, a la dignidad y la libertad humanas; puede ser también la base de una racionalidad solidaria y humana.

La racionalidad que nos corresponde aplicar a partir de ahora nada tiene que ver con el pragmatismo, oportunista en apariencia, pero en el fondo hipócrita, que con tanta frecuencia ha servido sólo para desatar en nuestros pueblos los demonios de la frustración.

La Revolución Francesa vino a nuestra América pobre a instalar el bonapartismo en el poder y la ilustración en la cárcel. Sólo de dientes para afuera nuestras oligarquías tomaron nota, en los días de la independencia, del espíritu libertario de la Revolución Americana.

Antes, la cruz se había transfigurado en hacha para cercenar las culturas precolombinas. El rosario prefiguraba las cadenas de millones de esclavos, al tiempo que la generosidad igualitaria del Nuevo Testamento se empolvaba en las bibliotecas arzobispales.

Más tarde, el conocimiento y la técnica nos depararon modernas bases militares y flotas de guerra en la vecindad de escuelas y universidades menesterosas. La ciencia gerencial y las teorías económicas nos fueron ofrecidas para que administráramos el fracaso del desarrollo y el desarrollo de la miseria.

Confundimos el nacionalismo con la consolidación de nuestras identidades nacionales y permitimos que, con la falsa moneda de la soberanía, caudillos y oligarcas compraran el derecho a eternizar la barbarie y la explotación.

Nos acostumbramos a dar el nombre de "revolución" a las asonadas de generales analfabetos y conservamos de la Inquisición la costumbre de llamar conversos a los infieles esclavizados y a los quemados en la hoguera.

Y todo ello ocurría en la América de Sor Juana Inés de la Cruz, de Andrés Bello, de José Martí, de Rubén Darío, de Miguel Ángel Asturias, de Pablo Neruda, de Octavio Paz y de Jorge Luis Borges.

La racionalidad de que hablo está exenta de manuales y de cartillas ideológicas. Se basa en un aserto compatible con todas las grandes creencias: que la solidaridad, además de solidaria, debe ser eficiente.

Mi argumento es que la justicia, la vida digna, la seguridad de las personas y la libertad misma tienen un costo material que sólo puede ser satisfecho con la eficiencia económica. Al mismo tiempo, la eficiencia económica no es sólo la mejor asignación de los recursos para transformar la naturaleza en riqueza. La eficiencia económica debe incluir, además, la búsqueda de la justicia, la vida digna, la seguridad de las personas y la libertad misma.

La racionalidad exigible hoy no es el logro de determinadas metas macroeconómicas para que la burocracia internacional ponga buenas notas de conducta a naciones con hambre, sin techo, sin salud y sin educación. La racionalidad hoy necesaria debe hacernos recordar que el crecimiento de los sectores productivos y del Estado en América Latina, verdaderamente impresionante en el segundo tercio del siglo pasado, no estuvo acompañado por un crecimiento proporcional de las inversiones en capital humano. Esa racionalidad exige reconocer que, si bien el crecimiento es indispensable, por sí mismo no genera justicia, ni reduce la miseria, ni protege la naturaleza; que la solución del déficit fiscal

y de balanza de pagos, la disminución del tamaño del Estado, la eliminación de barreras arancelarias, el incremento de la productividad pública y de la privada, y el freno de la inflación y el desempleo son urgentes y necesarios, aunque, por sí solos, no solventan la pobreza. Que la teoría del desarrollo es irrelevante si no está concebida con el único fin justificable de la economía, es decir, el mayor bienestar para las personas. Que, caídos o no los muros y los totalitarismos, ninguna euforia democrática justifica la postergación de la cuestión social.

En suma, es ético y es racional aceptar que, con el fracaso de la economía planificada (fracaso económico por no haber alcanzado la eficiencia y fracaso político por revelarse incapaz de dar sustento a la democracia) revive un ideal de más de doscientos años de que la economía de mercado y el libre comercio ofrecen las mejores posibilidades de aumentar los niveles del desarrollo humano. Sin embargo, debemos ser muy precavidos con la magia de la economía de mercado pues, como dice el escritor mexicano Octavio Paz, premio Nobel de Literatura:

"... el mercado es un mecanismo eficaz pero, como todos los mecanismos, es ciego: con la misma indiferencia crea la abundancia y la'miseria. Dejado a su propio movimiento, amenaza el equilibrio ecológico del planeta, corrompe el aire, envenena el agua, hace desiertos dé los bosques y, en fin, daña a muchas especies vivas, entre ellas al hombre mismo. Por último y sobre todo: no es ni puede ser un modelo de vida. No es una ética sino apenas un método para producir y consumir. Ignora la fraternidad, destruye los vínculos sociales, impone la uniformidad en las conciencias y ha hecho del arte y la literatura un comercio. No hay en lo que acabo de decir la menor nostalgia por la estadolatría. El Estado no es creador de riqueza. Muchos nos preguntamos: ¿esta situación no tiene remedio? Y si lo tiene, ¿cuál es? Mentiría si digo que conozco la respuesta. Nadie la conoce. Nuestro siglo termina en una inmensa interrogación, ¿quépodemos hacer?... ofrecer nuestro testimonio. Decir con veracidad lo que sentimos y pensamos es ya el comienzo de una respuesta". (Octavio Paz. [CÍ]Vuelta de los Días". México, 10 de diciembre de 1996. VUELTA 242. Pág. 43).

Amigas y amigos:

En el diagnóstico sobre los males de América Latina hay un lugar especial para la corrupción. En cualquier intento por darle a nuestro futuro una meta y un sentido, deben figurar la lucha por la transparencia, la veracidad y la credibilidad de quienes dirigen la vida política y económica. Cuando señalamos que el

futuro nos exige una ética, aludimos sin duda alguna a la grave perversión de que se ha hecho víctima a la democracia.

La corrupción no consiste únicamente en utilizar el poder político para el enriquecimiento personal no legítimo. La corrupción es mucho más que la colusión entre servidores públicos y empresarios, o entre servidores públicos y delincuentes, para sacar ventajas ilegales o moralmente cuestionables. Hay otras vertientes de la corrupción que no están expuestas a la sanción legal y no siempre, ni en todos lugares, se someten al escrutinio de la opinión pública.

Hay corrupción en la renuncia de los gobernantes y de los dirigentes políticos a ejercer la función educativa que les corresponde en una democracia. El doble lenguaje; el decir a los gobernados sólo lo que estos quieren oír; el no llamar, por mero cálculo electoral, las cosas por su nombre, son prácticas que corrompen y degradan a los individuos, a las sociedades y al sistema democrático.

Es corrupción interpretar que una carrera política es exitosa sólo si siempre se ganan las elecciones, aunque para ello haya que ocultar la verdad, o reservarla para el momento electoralmente oportuno sin que importen las consecuencias del ocultamiento.

Es corrupción olvidar que la participación en la política o en el gobierno exige preparación, desprendimiento, voluntad de servir a los demás y consecuencia entre lo que se predica y lo que se practica, entre la palabra y la acción.

Hay corrupción en el político o el gobernante que' confunde sus intereses personales con los intereses del Estado y de la sociedad.

Hay corrupción cuando los gobernantes y la clase política . utilizan el reparto de privilegios y canonjías para despojar a los partidos políticos, así como a otras organizaciones civiles, de sus principios éticos y de su fortaleza intelectual.

Un reto básico para los latinoamericanos es restituirle a la democracia la capacidad de descubrir y erradicar todos los matices de la corrupción. Tenemos por delante la tarea de educarnos mutuamente para no olvidar que no sólo los gobernantes, electos practican o propician la corrupción.

También puede ser responsable de corrupción el elector que, por indiferencia o por cinismo, eleva al poder al político corrupto o evidentemente corruptible. Corresponde al elector buscar en el eventual gobernante honradez, aptitud, capacidad, veracidad y respeto por esos valores. Porque quien carece de valores y ambiciona el poder, estará siempre dispuesto a pervertir los instrumentos de la democracia con tal de alcanzarlo. La demagogia,

que suele nutrirse de ofrecimientos incumplibles y de verdades a medias, acaba por corromper a las multitudes. Y quien se corrompe en el aturdimiento multitudinario, corre el riesgo de ser irreflexivo en la intimidad del recinto electoral.

Todos somos responsables, tanto de los fracasos como de los éxitos de nuestras sociedades. Les he enumerado los cuantiosos peligros que debemos afrontar en el principio de este nuevo siglo. Todavía estamos a tiempo para rectificar los desequilibrios y las injusticias que hoy nos amenazan.

No hay obstáculos insalvables para los pueblos que tienen fe en su porvenir, que no se dejan abatir por las adversidades. Lo que hace medio siglo dijo Ornar Dengo, un gran educador costarricense, no ha perdido vigencia:

"¡Hay que soñar el porvenir, desearlo, amarlo, crearlo! Hay que sacarlo del alma de las actuales generaciones con todo el oro que allí acumuló el pasado, con toda la vehemente ansiedad de creación de las grandes obras de hombres y pueblos. Una nación adquiere conciencia de sí, y penetra en el misterio de su destino, cuando entiende su porvenir como la misión que le corresponde llenar ante la humanidad. En otra hora de la historia pudo ser que el progreso fuera incidental; en esta debe ser buscado, deliberado".

El espíritu de Ornar Dengo nos recuerda que estamos invitados a la vida, convocados a la belleza, citados a la concordia y llamados a la acción renovadora.

PAZ, DESARROLLO Y MEDIO AMBIENTE: EL SER HUMANO ANTES QUE EL ARMAMENTISMO [27]

GRADUACIÓN DEL CATIE

Quiero expresar a las autoridades del CATIE, a su Junta Directiva y al claustro de profesores mi profundo agradecimiento por el honor que me han conferido al gestionar y adoptar el acuerdo mediante el que se me otorga el primer doctorado "honoris causa" de esta casa de estudios. Esta distinción es producto de la generosidad de ustedes y no de mis méritos, pero la acepto con la convicción de que la comunidad académica del CATIE ha querido, de esta manera, rendir un homenaje a quienes me han acompañado siempre en las luchas por alcanzar la paz y afianzar la democracia en Centroamérica. La acepto en recuerdo de las innumerables víctimas para las que el fin de los conflictos bélicos llegó demasiado tarde.

Agradezco también la oportunidad que me brindan para expresar algunas opiniones sobre los grandes cambios acaecidos en el mundo durante los últimos años. Hoy, cuando todo parece haber cambiado a nuestro alrededor, es más importante que

[27] Discurso pronunciado en la graduación del CATIE, el 8 de diciembre del 2003. Turrialba.

nunca reunirnos para reflexionar sobre la paz, el desarrollo, la educación y el gasto militar, así como en torno al deterioro del medio ambiente y el liderazgo.

Como ustedes, yo inicié mi carrera universitaria lleno de sueños y esperanzas. Como ustedes, me sentía ansioso por iniciar la vida profesional y compartirla con la familia y los amigos. Ciertamente, no todo lo que esperaba llegó a cumplirse. Ya en el colegio, muchos planes y muchos sueños debieron cambiar. Sin embargo, puedo decirles que la vida merece ser vivida porque, en medio de grandes problemas y de no pocas amenazas, la humanidad cuenta todavía con muchas causas hermosas por las que luchar y preocuparse.

Realizar estudios superiores es un privilegio que muchos jóvenes de Costa Rica, de América Latina y del resto del mundo envidiarían. El hecho de que ustedes hayan podido concurrir a este plantel les concede grandes ventajas y les abre numerosas posibilidades de realización que, repito, no están a la disposición de todos.

Desde luego, eso no es malo. Que ustedes hayan tenido facilidades educativas es bueno y provechoso para ustedes. Aquí ustedes adquirieron las bases de una formación que los hará valiosos seres humanos y magníficos profesionales. Hombres y mujeres de buena formación, responsables y bien informados, son la mayor fortaleza y la más grande de las riquezas de un país.

Jóvenes graduandos:

Estoy consciente de lo difícil que resulta hablar de paz ahora, en un mundo que parece estar obsesionado en hacer la guerra. Sin embargo, esta es la razón fundamental que nos obliga a hablar de paz. No porque la paz pueda alcanzarse fácilmente, sino por cuanto es urgente e ineludible unir nuestras voluntades a fin de no sumergirnos de nuevo en la insensatez de la guerra. Debemos hablar de paz si queremos dejarles a nuestros hijos la herencia de un futuro mejor.

¡Cuán hermosas eran nuestras esperanzas para el comienzo de este siglo! Creíamos que la libertad podría encontrarse por doquier y que, con ello, la razón y el altruismo podrían imponerse a los odios, al dogmatismo y a la ignorancia. Teníamos ante nosotros una de las mejores oportunidades para vivir en paz y para construir un mundo con más justicia. Pero, en lugar de eso, nos ha sorprendido el hecho de que, pese a la oportunidad de lograr el desarme, el uso de la fuerza militar se ha impuesto sobre la cordura y la razón.

Quiero decirles que debemos creer en la posibilidad de construir un mundo nuevo. En este tiempo de oscuridad es impor-

tante luchar juntos para encontrar la luz. Quiero decirles que es nuestra obligación creer en la paz. La situación imperante en Colombia y en Venezuela, así como los conflictos que se agudizan en el Medio Oriente, en la República Democrática del Congo y en Chechenia, ponen en evidencia que la reconciliación es un proceso profundo y difícil, un proceso que demanda años de trabajo, supone contratiempos y requiere perseverancia. Para confiar en la paz no es necesario creer que las negociaciones son infalibles. Sabemos que las partes son a menudo intransigentes, que con frecuencia los líderes no cumplen sus obligaciones y sus responsabilidades y que, inclusive, algunos pueden obstaculizar los procesos de paz. A pesar de estas dificultades, es evidente que [v] la solución alternativa resulta peor.

En realidad, no hay en la paz nada de encanto, ni de ingenuo, ni de idealista. La paz no es un sueño, sino una ardua tarea. Es el camino que debemos escoger y en cuyo recorrido hemos de perseverar. Esto quiere decir que debemos resolver de manera pacífica hasta los pequeños conflictos cotidianos con la gente de nuestro entorno. La paz no comienza con el otro, sino con cada uno de nosotros.

Aunque la atención del mundo está ahora en otra parte, deseo reiterar que sin justicia no puede haber paz en el mundo. Tal y como están las cosas, nuestras estrategias de desarrollo no podrán ignorar nunca más que debemos cuidar y mejorar el medio ambiente. La ambición y el descuido han ido ya muy lejos. Hemos envenenado el aire y permitido que nuestras ciudades se llenen de ruidos. Hemos contaminado el agua y nuestros bos.-ques se agotan. Debemos poner fin a la extinción de la diversidad biológica, a la erosión de los suelos y a la pérdida de los bosques. Es hora de construir una nueva armonía y buscar el bienestar de los pueblos mediante un desarrollo que promueva la justicia y la conservación apropiada de la naturaleza.

Quisiera, en este contexto, comentar con ustedes una de las amenazas contra el medio ambiente y contra la población. Amenaza que tal vez ustedes no hayan considerado, pese a que su importancia es grande, y más grande aún su potencial de desastre. Me refiero al complejo militar industrial del mundo.

Paradójicamente, mientras que el gasto militar global disminuye, estamos en presencia de una militarización creciente de los países en vías de desarrollo. Los miles de millones de dólares que cada año se gastan en la compra de armas y en el sostenimiento de los contingentes militares, priva a las poblaciones más empobrecidas del mundo de la posibilidad de satisfacer sus necesida-

des y servicios básicos. Por otra parte, la producción y el mantenimiento de las armas, así como la guerra propiamente dicha, provocan efectos ambientales catastróficos. Todos pagamos un elevado costo social por sostener el complejo industrial militar.

Con el armamentismo, no sólo se pone en peligro a las poblaciones, sino que también se materializa una gigantesca agresión contra el medio ambiente. Las fuerzas militares son el mayor contaminador del planeta. Aun en tiempos de paz, producen más emisiones de dióxido de carbono que cualquier otra actividad humana. Si la situación en tiempos de paz es impresionante, las catástrofes ambientales causadas por la guerra son aterradoras.

> Vietnam perdió el 80 por ciento de sus selvas tropicales originales bajo los efectos de 50 millones de litros del defoliante llamado "agente naranja", vertidos por las fuerzas armadas de los Estados Unidos. Como resultado de la guerra que finalizó hace treinta años, un tercio del territorio de Vietnam es todavía totalmente improductivo. Por otro lado, las fugas y la combustión abierta de petróleo hicieron de la Guerra del Golfo el mayor desastre ecológico de la historia.

No existe una sola razón que justifique el multimillonario comercio de armas. Porque, al igual que el tráfico de drogas o el tráfico de esclavos, el comercio de armas produce ganancias para algunos a expensas de las vidas de otros. Y esas "vidas de otros" adquieren un angustioso significado cuando consideramos que, en las guerras de nuestro tiempo, el 90 por ciento de las víctimas son no combatientes. Recortando la proliferación de armas, estaremos dando un paso monumental hacia la seguridad de las personas y del medio ambiente. Pero debemos enfrentarnos a otro peligro, tal vez más grande: la miopía de la indiferencia y el aislacionismo.

Vivimos en un mundo que no nos permite el aislacionismo. La humanidad tiene, hoy como nunca antes, la capacidad material para resolver la pobreza y sus múltiples indignidades, pero, a pesar de eso, 1.200 millones de seres humanos continúan sobreviviendo con menos de un dólar al día. Mientras el mundo entero se asombra con la enorme utilidad que representa la biotecnología para la salud pública, de igual forma las estadísticas sobre el avance pandémico del sida sumen a la humanidad en la desesperanza. Mucho nos maravillamos con las comunicaciones globales instantáneas, aunque nos cubre una sombra de vergüenza colectiva por la proliferación del repugnante negocio de la pornografía infantil a través de internet. Se multiplica el reconocimiento de reivindicaciones religiosas, étnicas y territoriales largamente ignoradas, pero, al mismo tiempo, presenciamos insólitas orgías de intolerancia que

arrasan comunidades y naciones. Escuchamos noticias sobre el promisorio desarrollo de los estudios sobre el genoma humano, pero también sobre la macabra existencia de redes internacionales de tráfico de órganos humanos.

Amigas y amigos:

El debate en la democracia debe ser amplio y genuino, pero debe inexorablemente conducirnos a decidir, y cuanto más pronto mejor, cuáles son las medidas más justas y más eficaces a fin de generar un mayor bienestar para nuestra gente. Continuar posponiendo la solución de nuestros problemas genera la frustración y el desencanto de los pueblos con su clase política.

La paz, la seguridad de la humanidad y la protección del medio ambiente sólo serán posibles cuando pongamos de lado nuestras miopías, nuestros prejuicios y nuestro egoísmo. Si este "nuevo orden internacional" que pretendemos no es apoyado por una nueva actitud mundial, el fiituro no será muy diferente del pasado. Nuestras políticas se refugiarán en la retórica de la justicia y la armonía, pero sus resultados serán efímeros. No basta con enumerar los problemas del mundo y ofrecer de inmediato soluciones superficiales. Debemos disentir de un orden internacional que ofrece paliativos para los síntomas y evita la búsqueda de remedios para los males que afligen a la mayor parte del mundo. En las palabras de Robert Kennedy, "tenemos mucho con lo cual disentir":

Disentimos del hecho de que millones se encuentran atrapados en la pobreza mientras... (los demás) ... se enriquecen cada vez más.

Disentimos de las condiciones y los odios que niegan la vida plena a nuestros conciudadanos por causa del color de su piel.

Disentimos del monstruoso absurdo de un mundo en el que hay naciones dispuestas a destruir a otras, y en el que los seres humanos deben matar a sus semejantes.

Disentimos de la visión de una mayoría de la humanidad obligada a vivir en la pobreza, afligida por la enfermedad, amenazada por el hambre y condenada a una muerte temprana tras una vida de incesante labor.

Disentimos de las ciudades que embotan nuestros sentidos y tornan en penosa lucha los actos cotidianos de nuestras vidas.

Disentimos de la destrucción deliberada e incauta del placer y la belleza naturales.

Y disentimos de todas las estructuras -de la tecnología y de la sociedad misma- que privan al individuo de la dignidad y el calor derivados de compartir los empeños de la comunidad y del país.

La disensión a la que se refería Robert Kennedy exige fortaleza, dedicación y sacrificio. Disentir no es sólo estar en desacuerdo. Disentir es desafiar el statu quo. Siempre habrá poderosos intereses que se sientan amenazados por las medidas para erradicar la pobreza, preservar el ambiente y poner fin al comercio de armas. Para enfrentarnos a esos intereses, necesitamos líderes de visión y coraje que nos guíen, con su creatividad, su sinceridad y su inventiva, hacia un futuro esperanzados

Se debe buscar el liderazgo no solamente en el gobierno, en las empresas o en las instituciones de enseñanza superior. Se debe buscar entre las personas que, aun cuando ellas mismas pudieran haberlo olvidado, son la fuente de todo poder político, social y económico. Todo ser humano tiene el potencial para decir la verdad, enfrentarse a la injusticia y propiciar un futuro mejor. Debemos asumir las responsabilidades en nuestra comunidad, en nuestro país y en nuestro mundo.

Los pueblos centroamericanos esperamos las decisiones que conduzcan a concretar las extraordinarias oportunidades que la historia está poniendo en nuestro camino. Ninguna es más evidente hoy que la que abre el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos. Un acuerdo comercial con los Estados Unidos representa el proyecto de mayor potencial para la región porque ofrece grandes oportunidades y presenta interesantes desafíos para reducir la pobreza y aumentar el crecimiento experimentado en los últimos años.

Las economías pequeñas y de menor desarrollo tienen mayores posibilidades de desarrollar sus ventajas comparativas integrándose con economías desarrolladas e industrializadas, que tienden a poseer estructuras productivas complementarias a las de aquellas.

Uno de los mayores beneficios del TLC será incentivar las oportunidades derivadas del cambio tecnológico y de la posibilidad de participar en la sociedad del conocimiento y en la economía de la información. Por ello, no podemos seguir poniendo restricciones a las inversiones en sectores en los que impera un rápido cambio tecnológico en el ámbito internacional.

La tarea fundamental del estadista, hoy, es preparar a sus conciudadanos para las inevitables incertidumbres que ocasionará el cambio hacia nuevos derroteros. Y en el laberinto de esos nuevos caminos, debe también el estadista llevar el inventario de los caminos bloqueados para evitarle a la sociedad la repetición de sus errores y de los errores de otros. La sociedad costarricense ya ha recorrido muchos caminos bloqueados. La negociación del

TLC con los Estados Unidos y la apertura razonable de algunos monopolios estatales son rutas que se nos ofrecen ahora como viables y posibles.

Amigas y amigos:

Cuando fui presidente de la República, cuando en medio de la lucha por la paz de Centroamérica necesité un motivo de aliento y de optimismo, siempre lo encontré en la juventud. En los momentos más difíciles, la juventud tomó partido por la paz. La voz de los muchachos y las muchachas de los campos y de las ciudades vino a acallar, cada vez que fue necesario, aquellas otras voces, las del odio y la incomprensión.

Hoy, aquellos jóvenes han llegado a la madurez y asumen nuevas responsabilidades como padres, como profesionales, como dirigentes, y me hacen confiar en que sabrán cuidar el futuro de sus patrias. Ahora les tocará a ustedes el turno. Quiero decirles que habrá nuevas amenazas en el horizonte, que debemos mantenernos vigilantes para preservar y mejorar nuestras democracias, para evitar que siga creciendo la miseria, para poner coto a la destrucción del ambiente. Ustedes se han preparado para defender el derecho que tienen a heredar un mundo libre, pacífico y sin contaminación.

Pero no deseo que ustedes pierdan la alegría. Ustedes, los nuevos profesionales, son seres humanos completos, dotados, desde el nacimiento, de un lugar en la fiesta de la vida, como lo dijo una vez un pontífice de la Iglesia. Siempre he creído que la vida debe ser para todos una misión, una misión seria destinada a preparar el futuro de nuestros descendientes. Pero también creo que el ser humano tiene, desde su nacimiento, el deseo y el derecho de festejar este hermoso milagro que es la vida. Por eso, repito, no quiero que ustedes pierdan la alegría y más bien que aprovechen su juventud para vivir esta fiesta. Pero no olviden, que a esa fiesta fueron invitados todos los seres humanos, y que todos los invitados tienen derecho a disfrutarla.

Debemos, entonces, hacer que todos nuestros compatriotas, que todos nuestros semejantes tengan en ella un lugar y una sonrisa. Esfuércense, trabajen para ser mujeres y hombres capaces de construir un mundo en el que todos podamos sonreír.

REFLEXIONES SOBRE EL FUTURO DE NUESTRO PAIS [25]

COMISIÓN DE EDUCADORES

Con alegría en el corazón acepté venir aquí a impartir la primera conferencia del 2004. La raíz profunda del amor que siento por mi patria tiene para mí un nombre: Heredia.

Eñ ese nombre no están sólo mis abuelos y mis padres; están mis hermanos y mis amigos. En ese nombre no están sólo la iglesia, la escuela, la Gobernación y el Fortín, están también los recuerdos de mi infancia.

Aquí está la escuela donde aprendí de mi maestra, la niña Olga Camacho de Brenes. Día tras día ella me transmitió todo lo bueno que sabía demuestro pasado. De ella aprendí a sumar y a restar. De ella aprendí el nombre de nuestros ríos y nuestros volcanes. Como el escultor, ella fue la primera en moldear el esqueleto espiritual que hay en mí. Día tras día, en esos años lejanos, ella nos invitó a mirar el futuro, a aprender más, a esforzar la imaginación para ser fuertes y hacer a Costa Rica más grande.

Han pasado muchos años desde entonces. He transitado otras escuelas y universidades. He leído otros libros. He recorrido también otros pueblos fuera de nuestras fronteras. Nunca, sin embargo, aprendí más que lo que aprendí en mi tierra, en mi Heredia, con mis maestros y con mis amigos.

[25] Discurso pronunciado ante una comisión de educadores, el 21 de enero del 2004. Casa de la Cultura, Heredia.

Amigas y amigos míos:

De muchas cosas podríamos hablar hoy. Creo, sin embargo, que nos encontramos ante una excelente oportunidad para ensayar algunas reflexiones sobre el futuro de nuestro país. Tenemos que hablar sobre el futuro porque es lo único sobre lo que podemos influir. El pasado es experiencia, cosa juzgada, algo que no admite apelaciones y, en cuanto al presente, no se requiere entrar en argumentos metafísicos para demostrar que se trata de una entelequia, de una fina línea que, como los trazos limítrofes en los mapas, carece de realidad.

La historia de los individuos y las colectividades es un tejido que se elabora dentro del tiempo, un diseño al que cada segundo se le agregan nuevos hilos. No podemos pretender que, cada vez que deseemos pensar el futuro, el telar se detenga, que se congele la historia para darnos una pausa deseada. El viaje de la historia no puede ser interrumpido, pero siempre es posible enrumbarlo hacia nuevos derroteros. Más aún, la idea de cambio no es la de la tabla rasa: el futuro se construye sobre el diseño del pasado.

El viaje de la historia discurre, no sobre la estrechez de una vía férrea como les encantaría a los utopistas del totalitarismo, sino sobre la vastedad del mar abierto, pleno de incertidumbres pero, también, rico en opciones. Los vientos de la historia, como los del mar, arrastran sin aparente discernimiento y pueden resultar sumamente destructivos. Sin embargo, no debemos olvidar que, aun enfrentándose a las peores galernas, las naves bien dirigidas casi siempre llegan a puerto y, para ello, es preciso contar con vigías agudos y experimentados y con ágiles y despiertos timoneles.

Las dudas, los temores y las contradicciones también abarcan la misión de las instituciones de la democracia, así como sus valores y prácticas. Cuando las familias del mundo entero ven amenazadas su estabilidad económica y la seguridad de sus vidas y sus bienes, son las instituciones de la democracia las primeras en desacreditarse. La democracia liberal se enfrenta al desafío de reinventarse a sí misma como resultado de una profunda crisis sobre la utilidad y eficacia de sus mecanismos para articular intereses y proveer de respuestas satisfactorias para las grandes mayorías.

Hoy en día nuestras sociedades se enfrentan a insuficiencias graves en el desempeño de los sistemas democráticos, que se manifiestan en la estrechez de las vías de participación ciudadana en los procesos políticos; en la proliferación de conflictos sociales como medidas de presión para abrir espacios de negociación política; y en el endémico mal de la corrupción, que sistemática-

mente mina la legitimidad de la democracia. Es urgente que en los albores de una nueva era encontremos caminos para renovar el contenido de la democracia y la calidad de nuestra vida cívica.

Estoy convencido de que no habrá democracia, ni vida cívica, ni desarrollo sostenible si no hacemos de la educación la prioridad de nuestra acción política. Tendemos a asociar la educación con el conocimiento, pero el conocimiento no es otra cosa que un instrumento para disipar nuestras dudas y aproximarnos a la claridad y al discernimiento. No en vano casi todas las alegorías del conocimiento aluden a la luz. La claridad ética es el objetivo último de toda forma de educación verdadera. Esto es algo que gobernantes y educadores profesionales no deben olvidar nunca: el bien educativo más preciado que los dirigentes pueden ofrecer a sus conciudadanos es la coincidencia entre lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace.

No solamente en las aulas escolares se educa a los ciudadanos para la vida cívica. Es en la tribuna política y en el ejercicio de la función pública en los que el dirigente ejerce la mayor influencia educativa. Cuando consideramos los peligros que corre la democracia, especialmente en aquellos países en los'que esta experiencia es nueva o vacilante, lo primero que viene a nuestra mente es la ineptitud educativa de tantos dirigentes, de tantos gobernantes que, en vez de luz, crean oscuridad al decir a los pueblos lo que estos quieren oír y no lo que deben escuchar, y que abren abismos insondables entre el pensamiento, la palabra y la acción.

A los ciudadanos se les puede educar, desde el liderazgo, para la libertad o para la esclavitud, para la democracia o para el totalitarismo, para la tolerancia o para el sectarismo. La influencia de los dirigentes políticos puede tener efectos negativos cuando estos utilizan la tergiversación y la mentira como recurso para alcanzar el poder o para mantenerse en él. Hoy, el podio del gobernante se encuentra prácticamente en la sala, en el comedor o en la alcoba de cada familia, y su ejemplo puede ser constructivo o devastador para la sociedad.

El gobernante educa con la palabra, pero, sobre todo, educa con el ejemplo y con las acciones. Cuando, para el ejercicio del gobierno, busqué la colaboración de hombres y mujeres a quienes consideraba los mejores por sus méritos y sus capacidades -lo que llamé la meritocracia-, veía una oportunidad educativa encaminada a restablecer una verdad cuya vigencia es esencial para que nuestros conciudadanos confíen en el sistema democrático. Me refiero a que el poder obtenido democráticamente no

debe ser objeto de rapiña, ni prisionero del clientelismo, ni debe ser tolerante con la ineptitud oportunista.

Asimismo, en los días difíciles de nuestra lucha por lograr la paz y la democratización, los presidentes centroamericanos dimos los pasos educativos más eficaces cuando revelamos cuál era la verdad de la intervención extranjera en nuestros asuntos, y cuál era la verdad de los intereses que intentaban prolongar la guerra y minar de intolerancia el camino hacia la paz. Creo que aquellas verdades fueron el inicio de un intenso proceso de educación cívica para nuestros pueblos.

El dirigente político está en la obligación de informar, de guiar y educar a su pueblo y debe saber que eso sólo es posible en la práctica verdadera de la democracia, y que la democracia es una delicada construcción en la que son inaceptables la ambigüedad, la mentira, la liviandad y la arrogancia. El dirigente debe aspirar a convertirse en estadista. El estadista no trata de mandar, sino de convencer y orientar; no da órdenes para vencer, sino que argumenta para persuadir; no concibe el poder como fuerza que se impone, sino como razón que prevalece.

Si bien es cierto que una democracia se robustece con la pluralidad de ideas, pues es más importante diversificar que unificar pensamientos, también es cierto que la democracia exige valor para concordar. A lo largo de mi vida pública he repetido, una y otra vez, que se requiere más valor para coincidir que para discrepar. Si el interés superior de la patria es nuestra única preocupación, concordar con valor y no posponer decisiones urgentes es la única conducta admisible.

El gobernante educa con las decisiones que toma todos los días y, si no es capaz de decidir, tampoco es capaz de educar. En Costa Rica hemos olvidado esto. A veces pienso que el mayor pecado de nuestro sistema democrático es no sólo la falta de valor para coincidir con el adversario, sino también la indecisión, la ausencia de voluntad para enfrentar los obstáculos que nos impiden alcanzar un desarrollo económico más acelerado. No sólo dejamos para mañana lo que podemos hacer hoy, sino que dejamos para mañana lo que debemos hacer hoy.

En muchas ocasiones me he lamentado de la falta de coraje de nuestros líderes para tomar las decisiones que se deben tomar y que, más bien, las posterguen y no encaren los serios problemas que impiden un desarrollo económico y social más acelerado. Esas decisiones no llegan, a pesar de las extraordinarias oportunidades que la historia está poniendo en nuestro camino. Ninguna es más evidente hoy que la que abre el Tratado de Libre

Comercio con los Estados Unidos, que hoy negociamos porque ofrece grandes oportunidades y presenta interesantes desafíos para reducir la pobreza y aumentar el crecimiento experimentado en los últimos años.

Uno de los mayores beneficios del TLC será incentivar una segunda generación de reformas en los países centroamericanos, desde las relativas al comercio (como las aduanas, los estándares y la certificación) hasta las entidades reguladoras de los servicios financieros y las que están relacionadas con los estándares laborales y ambientales.

Como sucede en todo proceso de transformación económica, habrá costos y riesgos. Richard Hoker, teólogo inglés del siglo XVI, decía que el "... cambio no se realiza sin dificultades, ni aún cuando sea de peor a mejor" La tarea fundamental del estadista, hoy, es preparar a sus conciudadanos para las inevitables incertezas que ocasionará el cambio hacia nuevos derroteros. Y en el laberinto de esos nuevos caminos, debe también el estadista llevar el inventario de los caminos bloqueados para evitarle a la sociedad la repetición de sus errores y de los errores de otros. La sociedad costarricense ya ha recorrido muchos caminos bloqueados. La negociación del TLC con los Estados Unidos y la apertura razonable de algunos monopolios estatales son rutas que se nos ofrecen ahora como viables y posibles.

No debemos dejarlas pasar de largo, ni tampoco considerarlas como puntos de llegada o como las cumbres de nuestro viaje al desarrollo. Son nada más, tampoco nada menos, que estaciones muy importantes en una inacabable travesía hacia la modernidad, una aventura en la que toda certeza debe ser tenida por efímera.

Cuando nos sintamos abatidos por las angustias y las adversidades, recordemos que "la vida es cumbre y el esfuerzo es ala", como dijo el gran maestro herediano Ornar Dengo. No olvidemos que, para conquistar la cima, se requiere empeño, constancia, paciencia e incluso sacrificio. Escuchemos a Hermann Hesse, el poeta cuya voz nos llama:

Y si me ves en lo alto de la cumbre,
no has de sentir envidia de mis alas:
aunque creas que estoy cerca del cielo,
no es más que una colina esa montaña.

ANUNCIO DE UNA CANDIDATURA [31]

Permítanme solicitar su atención por unos minutos. Esta noche deseo compartir con ustedes los frutos de mis reflexiones de los últimos meses y de las decisiones que he tomado en los últimos días.

Dentro de poco tiempo, en el año 2021, Costa Rica cumplirá 200 años de vida independiente. Marchamos hacia una cita con la historia por un camino que ofrece grandes oportunidades, pero también presenta retos de una magnitud sin precedente. Hoy es preciso definir, con sabiduría y firmeza, un rumbo para el país.

Cuando entregué la Presidencia de la República a mi sucesor, en 1990, estaba convencido de que Costa Rica sería el primer país desarrollado de América Latina. Desde entonces, he visto con preocupación cómo la falta de liderazgo y el miedo al cambio han ido erosionando aquella certidumbre. Los últimos años han sido una sucesión de oportunidades desperdiciadas y una acumulación de frustraciones para nuestro pueblo. Hemos perdido el impulso y la dirección.

Por ello, luego de reflexionar y hablar con muchos costarricenses, he decidido aspirar de nuevo a la Presidencia de la República. Lo hago con plena conciencia de las responsabilidades que asumo ante el país y ante la historia.

Lo hago sobre todo con esperanza. Quiero ser presidente de la República porque no le temo al futuro. Estoy seguro de que

[31] Discurso pronunciado el 18 de marzo del 2004 en cadena de televisión con ocasión de anunciar su deseo de aspirar a la candidatura a la Presidencia de la República.

épocas de grandeza nos esperan si nos convencemos de que nada le falta al país para dar un salto al desarrollo. Tenemos grandes riquezas naturales, una inmejorable posición geográfica, estabilidad política y una población sana, educada y trabajadora. Solo nos faltan claridad de ideas, sentido de dirección y liderazgo. Costa Rica puede llegar hasta donde se lo proponga, pero primero tiene que saber hacia dónde desea ir.

Aspiro a ser presidente porque la juventud costarricense merece mejores oportunidades que las que hoy disfruta. Cuando tiene oportunidades, nuestra juventud nos llena de orgullo. Hoy tenemos entre nuestros jóvenes medallistas olímpicos, seleccionados mundialistas, grandes maestros de ajedrez y ganadores de premios por la belleza de su música. Pero sobre todo tenemos jóvenes más educados, más tolerantes, más críticos, más abiertos al mundo, más conscientes de la igualdad de los sexos que los de cualquier generación anterior.

Aspiro a ser presidente porque urge desterrar la negativa práctica política de obstaculizar todas las grandes iniciativas. Desprovistos de un norte, hemos perdido el valor de coincidir.

Aspiro a ser presidente porque estoy convencido de que Costa Rica aún puede llegar a ser el primer país desarrollado de América Latina. Lo será si convertimos la educación en la más importante de las prioridades. Lo será si nos integramos al mundo sin caer en la desintegración social. Lo será si somos capaces de disminuir significativamente, para miles de costarricenses, una pobreza que nos avergüenza y nos llena de indignación.

Costarricenses:

Este anuncio no implica el arranque de una campaña electoral, algo que sigo considerando inconveniente para el país y que pospondré lo más que pueda.

Tengo fe de que esta conversación que hoy retomo con ustedes será hermosa y fecunda. Así han sido todas las que, a lo largo de los años, he sostenido con este pueblo que, al honrarme con su cariño, me convierte en el más privilegiado de los seres humanos. Vengo de una familia trabajadora y honesta, que me enseñó el camino del bien, de la reflexión y del estudio. Tuve oportunidad de estudiar y he podido servirle a mi país, sin más interés que aportar lo mejor que tengo. Para mí la participación en la política es una oportunidad para educar: siempre diré lo que pienso y siempre haré lo que digo. Nunca les he mentido.

Mi más grande ambición es que, cuando festejemos los 200 años de vida independiente, nuestros hijos y nuestros nietos pue-

dan celebrar con legítima satisfacción las bondades del desarrollo económico y disfruten de mejores oportunidades.

A partir de esta noche, esta lucha y ese gran objetivo nacional son la principal razón de ser de mi vida. A todos los costarricenses les pido su ayuda y los convoco, con gran optimismo, a esta cruzada por el futuro de Costa Rica.

Muchas gracias y muy buenas noches.

ES HORA DE HACER REALIDAD EL IDEAL DE BOLIVAR [32]

"PALABRAS PARA VENEZUELA"

Es para mí motivo de gran alegría, como siempre, estar en Caracas, esta vez con ocasión del encuentro: "Palabras para Venezuela", compartiendo reflexiones y pensamientos con líderes de la talla, por ejemplo, de un Mijaíl Gorbachev. Esto me obliga a expresar mi sincero agradecimiento a los organizadores de este evento, particularmente a Banesco -en la persona de su presidente, don Juan Carlos Escotet Rodríguez-, así como a todos los asistentes y, fundamentalmente, a los venezolanos que, aún inmersos en una situación muy difícil, no pierden la generosidad ni la hospitalidad y me han honrado con esta invitación.

Queridas amigas y amigos:

Un par de décadas atrás mis palabras de hoy habrían sido muy distintas. Habrían versado, con seguridad, sobre la urgencia de detener la sangría que, en aquel momento, segaba toda posibilidad de futuro a Centroamérica y convertía a nuestros países en tierra seca para el germen de nuestros sueños. Habrían versado sobre la urgencia de salvar a los niños y jóvenes de una muerte inútil en guerras que no engendraron más que miseria, amarguras y sufrimiento.

[32] Discurso pronunciado el 10 de mayo del 2004 en el evento denominado "Palabras para Venezuela', patrocinado por Banesco. Caracas, Venezuela.

En las conflagraciones que agobiaron a Centroamérica hace más de 20 años, fallecieron más de doscientos mil hombres, mujeres y niños que aspiraron —en vano— a portar el nombre de ciudadanos. Pocos países tolerarían la sangría que sufrimos: comparados con la población total, murieron veinte veces más centroamericanos que los norteamericanos caídos en Vietnam. Mucho ha cambiado desde entonces. En las dos últimas décadas, Centroamérica y el resto de nuestro continente experimentaron un notable resurgimiento de la democracia que nos llenó de optimismo sobre nuestro futuro. Hoy, sin embargo, tenemos muchas razones para preguntarnos cuán profunda y sostenible es esa democracia que tanto costó alumbrar. Tenemos elecciones" periódicas pero, al mismo tiempo, 210 millones de latinoamericanos —el equivalente a la población entera de Brasil y Argentina— se hallan sumidos en la pobreza, casi 100 millones de ellos en la miseria extrema. En estas condiciones no es fácil hallarle un significado al ejercicio del sufragio. Privada de toda posibilidad real de participación en el sistema político, esa multitud de pobres nos recuerda que los problemas fundamentales de nuestra región están todavía muy lejos de su solución. Nos recuerda, también, que ni la globalización, ni el crecimiento económico, ni las instituciones democráticas crean certezas, sino únicamente posibilidades. Nunca encontraremos soluciones duraderas a nuestros enormes problemas si los dirigentes de nuestros países no hacen de la ética y la racionalidad algo más que una pose o un lema de campaña. Nunca encontraremos un rumbo cierto en nuestro viaje a la modernidad si nos cegamos ante la profunda brecha que separa a ricos y pobres en América Latina, un abismo que ha contribuido a hacer de nuestra historia política un ciclo interminable de violencia, populismo y autoritarismo. Como lo prefigurara uno de los más grandes escritores de nuestras tierras, nuestra estirpe no tendrá más destino que la soledad perpetua si insiste en creer que es posible tener democracias en medio de la más ofensiva injusticia.

El entusiasmo que saludó en América Latina el ascenso al poder de regímenes popularmente electos ha ido desvaneciéndose, con pocas excepciones, de manera continua y generalizada. Las democracias latinoamericanas libran actualmente una lucha decisiva por mantenerse a flote en medio de descontrolados niveles de violencia social y apatía que las ponen al borde de la ingobernabilidad. La contradicción, más aguda cada día, entre un sistema que aceleradamente crea necesidades de consumo en los individuos mientras niega a la mayoría la posibilidad de satisfa-

cerlas, ya no se manifiesta por medio de la insurrección armada, sino mediante la delincuencia.

La disminución de la pobreza es un deber ineludible del sistema democrático. Mientras las democracias pospongan la solución del problema de la pobreza, están incumpliendo su responsabilidad básica de proteger la dignidad humana. En la pobreza residen los gérmenes de la desesperación y de la inestabilidad social que privan de legitimidad a cualquier gobierno, aun cuando éste se declare democrático.

Entender ésto es crucial, pero también es crucial comprender que hacer posible la justicia, la vida digna, la seguridad de las personas y la libertad misma tiene un costo material que solo puede ser satisfecho con la eficiencia económica. La eficiencia económica no es sólo la mejor asignación de los recursos para transformar la naturaleza en riqueza. Eficiente es aquel sistema económico que hace posible sustentar materialmente los valores humanos que nos son más preciados, que hace posible, precisamente, el logro de la justicia, la vida digna, la seguridad de las personas y su libertad. La eficiencia económica es meramente un medio, no un fin al que se subordinan los valores que nos dan sentido como seres humanos.

La suerte de las personas y de las naciones no puede depender, exclusivamente, de los resultados de la competencia entre intereses y egoísmos particulares. Tanto el sector productivo privado como el Estado deben inspirarse en la búsqueda del bien común. Ambos deben propender a convertir las nuestras en sociedades desarrolladas. Pero alcanzar un grado aceptable de desarrollo, presupone haber logrado:

- En el orden político, el respeto riguroso de los derechos humanos y la vigencia de la democracia sin peligros de retroceso.
- En el orden económico, la eficiencia creciente en el uso de los recursos con el fin de asegurar el desarrollo y la prosperidad compartida.
- En el orden cultural y espiritual, la libertad y el estímulo necesarios para que cada colectividad y cada individuo cultiven sus aptitudes y practiquen sus creencias, sin más limitación que el respeto debido a la diversidad ajena.
- En lo ético, la verdad y la transparencia en las relaciones entre la sociedad y sus dirigentes.
- En lo ecológico, la conciencia de que existe un compromiso con la especie humana como conjunto, incluyéndose dentro de ella a quienes aún no han nacido, cuyo disfrute del banquete de la vida podría ser impedido por nuestra incuria y nuestra voracidad.

La realización de estas metas depende, en un alto grado, de la buena práctica del gobierno. La democracia debe sustentarse en principios tales como la justa representación política, las elecciones libres, la igualdad de derechos, el respeto de las libertades individuales, la rendición de cuentas, la tolerancia y la resolución pacífica de los conflictos. Y todavía más importante que lo anterior es que el régimen político tenga como pivotes fundamentales a los derechos humanos, que garantizan a cada ciudadana y ciudadano la posibilidad de vivir en paz y sin temor. Sólo en una atmósfera tal pueden las personas contribuir a la construcción de su propio futuro y, al mismo tiempo, disfrutar de una justa participación en progreso social y económico. Sólo de esa manera puede, cada miembro de la sociedad, forjarse su propio destino. Sin la protección de los derechos humanos, simplemente no hay democracia. El Estado democrático se basa, esencialmente, en el respeto a estos derechos.

La democracia no es un fin en sí mismo, ni tampoco consiste en la simple combinación de un conjunto predefinido de instituciones. La democracia es el medio para alcanzar un fin: garantizarle, a cada miembro de la sociedad, su realización personal y la oportunidad de dar su aporte a la armonía y al bienestar social. La democracia debe ser capaz de proteger, cada vez mejor, los derechos de todas las ciudadanas y de todos los ciudadanos; no solamente sus derechos políticos, sino también su derecho a disfrutar de una vida plena y digna. Los Estados no deben tener la prerrogativa de decidir cuáles derechos protegen y cuáles no protegen. Del mismo modo que es absurdo fragmentar el concepto de libertad y definirlo sobre la base de una selección arbitraria de sus componentes, resultaría inaceptable fragmentar la noción de derechos humanos y esperar que, con sólo una parte de ellos, se pueda definir el concepto de democracia.

Para que la democracia goce de legitimidad, sus instituciones tienen que brindar a todos los ciudadanos la oportunidad de participar en la toma de decisiones, así como de actuar -en forma responsable y consciente- dentro del sistema político. Por ello, es lamentable observar cómo en muchos países, incluso en aquellos en los que el restablecimiento de la democracia ha significado grandes sacrificios, la participación ciudadana en los procesos electorales es extraordinariamente baja. Y aún más lamentable es ver cómo quienes participan no siempre ejercen su derecho con plena conciencia de su responsabilidad. El debilitamiento de esa conciencia, la creencia de que el sufragio es una forma irrelevante de participación política, que puede ser ejercido con

levedad absoluta y sin pensar en las consecuencias, es el preludio de grandes e inexplicables catástrofes. Baste recordar que en las elecciones parlamentarias celebradas en marzo de 1933 -en la patria de Beethoven, de Goethe y de Thomas Mann-, el Partido Nacionalsocialista obtuvo legítimamente una aplastante mayoría. Así quedó abierto el acceso de Hitler al poder absoluto, el más corrupto de los poderes. Si, como decía antes, la democracia es incompatible con la injusticia, es igualmente incompatible con la irresponsabilidad generalizada de los ciudadanos.

Hoy, América Latina habla, con sana preocupación, de fortalecer y profundizar nuestros sistemas democráticos que, con todas - sus carencias y precariedades, siguen siendo infinitamente mejores que las satrapías del pasado. Con esperanza, y no poca trepidación, debemos creer en la posibilidad de construir un mundo nuevo. Todos hemos sido víctimas de una creencia incorrecta, pero popular, según la cual los individuos se clasifican en dos categorías: aquellos que piensan y aquellos que actúan. Pero, como expresa Neruda, la realidad es mucho más compleja. El ideal y la razón, el pensamiento y la obra, son aspectos duales de un compromiso total, el "pan de cada día" que proponemos entregar a la familia humana.

Nunca debemos perder la fe de que la democracia es el único sistema de gobierno capaz de construir un mundo nuevo, digno de ser vivido. Nunca debemos perder la fe de que la democracia es el único sistema político que nos da a todos la posibilidad de participar activamente en la construcción de ese futuro mejor.

Pero la democracia no basta. Para construir ese futuro mejor, es imprescindible asumir no meramente el compromiso cívico y republicano que demanda la democracia, sino un compromiso más íntimo, más personal, más espiritual y mucho más fundamental, con la tolerancia y la solidaridad. Sólo tendremos un futuro como especie si nos mostramos capaces de comprender el punto de vista del otro, del que no piensa ni ve el mundo como nosotros, del que, por razones puramente accidentales, no habla como nosotros, no ora como nosotros, tiene un concepto de la belleza diferente al nuestro y lleva el rostro y el espíritu marcados por creencias diferentes de las nuestras.

La época moderna, con sus extraordinarios avances en la tecnología de las comunicaciones, alberga la posibilidad de activar vínculos de solidaridad y tolerancia de una extensión apenas sospechada. Quienes trabajamos desde las poderosas tribunas de la comunicación moderna -escritores, periodistas, publicistas, ministros religiosos, actores, políticos- constatamos día a día el po-

der de esos medios para promover el amor y la solidaridad entre personas de diferentes culturas, religiones o idiomas. Los avances en la comunicación siempre inspiran una ola de optimismo. El mensaje inaugural de la primera línea telegráfica fija que conectó a Europa con América en 1866, enviado por la reina Victoria de Inglaterra al presidente Buchanan de los Estados Unidos, decía, no por casualidad, "Gloria a Dios en el Cielo, y en la tierra paz y buena voluntad a todos los hombres".

La interdependencia que los seres humanos seguimos construyendo mediante el desarrollo de las comunicaciones y de la integración económica y cultural, constituye un signo de civilización del que debería surgir un sentimiento de solidaridad y de optimismo. Se pueden romper las distancias, podemos borrar las fronteras y reducir a pasos agigantados las barreras lingüísticas, económicas, ideológicas y culturales para acercarnos a una época dorada en la que sería posible compartir el bienestar material y el talento de los más afortunados y disfrutar, en libertad, lo diverso de las culturas.

Pero, una vez más, lo que tenemos son posibilidades y no certezas. La solidaridad y la empatia no son resultados inevitables de ninguna transformación tecnológica si ésta no va acompañada por una profunda transformación ética.

Rechazar la guerra y el militarismo es acaso el más importante de los imperativos de esa transformación ética. Todos nosotros somos hijos del siglo veinte y no queremos que las tragedias que nuestros pueblos han sufrido, de las que hemos sido testigos, se repitan en las próximas generaciones. Ustedes saben que el más intenso de mis empeños políticos es la lucha contra la guerra y contra los preparativos para la guerra. Creo en la causa de la paz y rechazo la idea que algunos proponen de una paz armada.

Mis esfuerzos por lograr que se reduzca, en todo lo posible, el gasto militar en los países en vías de desarrollo, y por inducir a los gobiernos a que destinen mayores recursos en el denominado "gasto" social, es claro que obedecen a una inclinación ética personal. Sin embargo, mis convicciones también se basan en una lección incontrovertible de nuestra historia: la importancia de la educación en el desarrollo de las naciones. En la medida en que las sociedades latinoamericanas se resistan a invertir masivamente en la educación de sus pueblos, continuarán inextricablemente sumidas en el subdesarrollo, el autoritarismo y la desintegración social.

Para consolidar la democracia se hace indispensable llevar a cabo un gran esfuerzo educativo. Por intermedio de la educación

las masas anónimas pueden convertirse en ciudadanía responsable e individualizada. La educación nos permitiría descartar, de una vez por todas, la inveterada y falsa creencia latinoamericana que alguna vez señalara un gigante intelectual de esta tierra, Arturo Uslar Pietri: la creencia de que es posible crear repúblicas sin verdaderos republicanos.

El futuro de América Latina depende, fundamentalmente, de que nuestras sociedades comprendan la urgencia de iniciar una auténtica cruzada educativa, y de que nuestros líderes reconozcan que se requieren ingentes recursos para llevarla a cabo.

No es fácil ser profeta en América Latina. Por más que hayamos avanzado mucho en la construcción de regímenes democráticos, todavía hoy no es posible, seriamente, hacer profecías sobre el destino luminoso de nuestra región, sabiendo, como sabemos, que en el pasado tales predicciones fueron derrotadas, una y otra vez, por nuestra proverbial incapacidad para erradicar las conductas políticas y las estructuras sociales que nos condenan al subdesarrollo. La historia de nuestros pueblos es un cementerio de oportunidades de progreso cruelmente desperdiciadas.

No hay en las estrellas escrita una página en donde se decrete la consolidación perpetua de las libertades. No hay tampoco un edicto en donde se ordene el paso inexorable de nuestras sociedades hacia un bienestar económico que, hasta el día de hoy y por centurias, solo ha sido un banquete para elegidos.

No hemos sido ni hemos tenido buenos profetas. Sólo se cumplirán aquellas profecías y darán frutos aquellas oportunidades de bienestar que alimentemos con compromiso, inteligencia, honestidad, esfuerzo, perseverancia y responsabilidad.

Los invito a que, con todos esos atributos, convoquemos a una alianza para hacer realidad el ideal de Bolívar, una alianza para la libertad y la democracia en América Latina, una alianza para la justicia, el desarrollo y la paz. Es la hora de que quienes creemos en la libertad y en la democracia como las únicas armas para superar la injusticia, cerremos filas y nos unamos indisolublemente.

POR ENCIMA DE TODO, UN OPTIMISTA [33]

CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y CAPACITACIÓN EN ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

Soy, por encima de todo, un optimista, un convencido de que el pueblo de Costa Rica posee las virtudes cívicas, la fuerza moral y la voluntad de cambio necesarias para dar respaldo a una nueva forma de liderazgo. No se trata de salir en busca de líderes improvisados, ni de proclamar el cambio por el cambio mismo. El futuro del país no depende, como el de un producto de consumo, de la apariencia de una nueva envoltura o de una nueva presentación publicitaria. Lo que el pueblo costarricense desea es un liderazgo renovado en su estilo y en sus propósitos, en su honestidad y en su capacidad, en su transparencia y en su desprendimiento. El pueblo costarricense, en general, desea que haya un liderazgo confiable, integrado por mujeres y hombres a quienes se pueda aplicar el calificativo de estadistas.

Siempre he tenido claro que el verdadero liderazgo, el que inspira y perdura, es aquel que nace de la coherencia entre pensamientos, palabras y acciones; que, si se aspira a ser líder, es preciso escuchar, pero también convencer, educar y dirigir; y que no es digno el líder que, por interés o cobardía, dice a su pueblo únicamente lo que quiere oír y no lo que debe saber. Para bien o para mal, siempre digo lo que pienso y hago lo que digo.

De igual modo, tengo para mí que, si es cierto que en la lucha política es vital conservar el apego a los ideales, es igualmente

[33] Discurso pronunciado el 28 de agosto del 2004 en el Centro de Investigación y Capacitación en Administración Pública (CICAP). Universidad de Costa Rica.

imprescindible mantener una cierta flexibilidad respecto de los caminos que pueden conducirnos a esos ideales. Siempre he sabido que ningún catecismo ideológico, por sofisticado que sea, es capaz de encerrar la inagotable riqueza de la vida, y que aquellos líderes y movimientos políticos que se niegan a reconocer los cambios de la historia y pretenden someterla a categorías inmutables, están condenados a la irrelevancia.

El pueblo costarricense busca respuestas y soluciones y necesita lid-eres que sepan orientarlo para alcanzar esas respuestas y esas soluciones. En ese sentido, espero sinceramente que esta amistosa reunión no sea un simple y melancólico ejercicio de la nostalgia, ni un resignado recuento de las esperanzas perdidas.

Sin embargo, es una oportunidad propicia para intentar una evaluación de cuánto han cambiado, desde 1986, la visión y las expectativas de los costarricenses. Mi deseo es que, como lo hicimos entonces, podamos recuperar el optimismo y vernos de nuevo como una sociedad capaz de construir su propio destino. Tenemos que comenzar, entonces, por preguntarnos cuál es la causa de la metamorfosis sufrida por una nación que, llena de sueños y esperanzas hace dieciocho años, despierta hoy, como el Gregorio Samsa de Kafka, no desde una pesadilla, sino en medio de una realidad de pesadilla.

Esto es injusto. El pueblo de Costa Rica no merece ese despertar y tiene derecho a saber por qué estamos como estamos. El pueblo de Costa Rica merece que se le explique, no sólo el estado en el que se encuentra el mundo, sino también el estado en que se encuentra el país.

El pensador socialdemócrata italiano Norberto Bobbio, en su obra "El problema de la guerra y las vías de la paz", recoge una imagen ya elaborada por Wittgenstein, según la cual "la tarea de la filosofía es la de enseñar a la mosca a salir de la botella". A partir de ella, Bobbio hace una serie de consideraciones sobre las disyuntivas que se le presentan actualmente a la humanidad.

Nos dice Bobbio que esta imagen, tomada como representación global de la vida humana, refleja solamente una de las posibles situaciones existenciales del hombre. No es precisamente la situación más desfavorable pues en ella hay, para el insecto aprisionado, una vía de salida. Además, fuera de la botella, el filósofo observa perfectamente la situación y está en capacidad de orientar a la mosca hacia la salida.

Tomemos ahora esa misma imagen como representación, no de las angustias y las preocupaciones existenciales del individuo, sino del predicado en el que se encuentra actualmente la

humanidad o, para el caso, cualquier sociedad democrática. Los problemas son gigantescos, las necesidades -a veces- son inmanejables y la sociedad busca la salida en condiciones que pueden llegar a la ofuscación o, peor aún, al terror. Pensamos que, como el insecto dentro de la botella, la sociedad desea recibir, no ya del filósofo, pero sí del estadista y del dirigente responsable, una indicación de cuál es el mejor camino hacia esa salida.

Para que el estadista pueda cumplir su función de orientador de la sociedad, se requiere, en primer lugar, que él mismo sea capaz de ver la botella desde fuera, que él mismo no sucumba al ofuscamiento ni al terror. Por ello debe estar preparado para entender de qué material y de qué ideas está formado el encierro y cuál es el sentido de la liberación que busca la sociedad. En segundo lugar, ha de poseer el propósito y la capacidad de explicar a quienes van a ser liberados, el valor de su libertad de cara a los sacrificios que deben hacerse para lograrla.

Alguien podría observar que esa ha sido la situación de nuestra sociedad en todos los momentos de su historia; que, a pesar de los errores cometidos por sus dirigentes en el pasado, nuestra nación siempre ha encontrado la salida, y que, por lo tanto, la situación actual no tiene por qué ser excepcional. Como sobrevivientes de muchos errores del pasado, sabremos sobrevivir a las catástrofes del presente y del futuro.

Eso puede ser cierto, pero no debemos olvidar que los errores del pasado fueron el origen de muchos sacrificios y que repetir esos errores representa un grave menosprecio por el valor de nuestros antepasados y una imperdonable despreocupación por la suerte de nuestros hijos.

El pueblo costarricense necesita experimentar la metamorfosis de la crisálida y no la descomposición del cadáver. Pero hasta la paciencia de la naturaleza es finita. A la crisálida que pospone su eclosión más allá del tiempo permitido, la naturaleza la convierte en inerte despojo arrastrado por el viento. De igual modo, la frustración agota la paciencia de los pueblos y los lleva al abandono de ideales e instituciones.

Nunca como ahora, el estadista ha tenido a su alcance los medios para conducirse como educador. Siempre he dicho que gobernar es educar, que el gobernante debe decir a sus conciudadanos la verdad, por muy amarga que esta pudiera ser, y no lo que ellos quisieran oír. El político que, con estrechos fines electorales, traiciona la verdad en beneficio de la propaganda, tarde o temprano se verá a sí mismo en el acto de traicionar también sus promesas y sus principios.

Si el dirigente se siente verdaderamente llamado a orientar y educar a su pueblo, debe saber que eso es posible sólo en la democracia. Debe saber que la democracia es una delicada construcción en la que no son aceptables ni la ambigüedad, ni la mentira, ni la liviandad, ni la arrogancia.

Un distinguido político holandés, en su oportunidad primer ministro de su país, comentaba el hecho de haber vivido, durante su juventud, algunos años en América Latina. Vivió entre nosotros por su propia voluntad, porque admira nuestra cultura, nuestra historia, nuestra geografía y nuestro idioma. Pero aseguraba que, de todas las cosas, una sola lo había desilusionado en nuestros países: la política. Señalaba que, por lo general, los protagonistas de la política latinoamericana se mueven más por el afán de ser caudillos que por el deseo de ser estadistas. Y destacaba la curiosa circunstancia de que la palabra caudillo' no es traducible, con exactitud, del español a otros idiomas.

El ser caudillo lleva consigo la connotación castrense del mando sin réplica y sin explicaciones, y la misma etimología de la palabra capitán, que significa cabeza única e indiscutida. Se trata de mandar, de dar órdenes, no de convencer ni de orientar.

El que pretende ser caudillo da órdenes para vencer. El que aspira a ser estadista argumenta para convencer. El primero concibe el poder como fuerza que se impone. El segundo entiende el poder como razón que prevalece. La condición de caudillo, por fácil, se traduce en festiva trivialidad. La condición de estadista, por cuanto dimana de la reflexión, es vista muchas veces como pesada carencia de humor.

Lo cierto es, en todo caso, que en nuestro país, como en toda América Latina, la propensión al caudillismo sigue siendo un lastre para la democracia y un obstáculo para el desarrollo.

Se ha dicho que el único camino que conduce a la democracia es el deseo de deshacerse de males tangibles. En efecto, los pueblos aceptan, a veces al precio de grandes sacrificios, la invitación a luchar por la democracia bajo la convicción de que ella les permitirá desembarazarse de los males de la opresión y la injusticia. Pero los pueblos también quieren liberarse de los males de la inseguridad, la miseria y la corrupción. Esperan, de la democracia, el bien de la libertad, una aproximación razonable a la prosperidad, así como una garantía de capacidad, transparencia y honestidad por parte de sus dirigentes. Cuando los dirigentes olvidan estas expectativas de los pueblos, no hacen sino recordarles que todos los caminos, incluso el del desarrollo democrático, se pueden recorrer en dos sentidos.

En el debate sobre la sostenibilidad del régimen democrático, sobre todo en los países agobiados por la pobreza, es preocupante la gravitación del argumento según el cual la corrupción, la falta de credibilidad de los líderes políticos y la ineptitud de los gobiernos son obstáculos insuperables para el crecimiento. Esta tesis, apoyada principalmente en los logros económicos de regímenes autoritarios como el de Lee Kwan Yew en Singapur, comienza a abrirse paso peligrosamente. Con mucha frecuencia, se presenta a estos regímenes como paradigmas del desarrollo. Pero se olvida que, para imitarlos sin acabar con la democracia, será necesario desarrollar una forma de liderazgo democrático desprovisto de demagogia, de mediocridad y de corrupción.

Si me preguntaran cuál es el aspecto más notable del carácter nacional en este momento, respondería que el desaliento. A veces me cuesta creer que mi pueblo de hoy es el mismo que, en 1986, en medio de una situación difícil y amenazadora, estaba dispuesto a abrazar una causa y a apoyar a los líderes de esa causa. Pero no tardo en hacerme la advertencia de que, debajo del actual desaliento, se esconden, incólumes, las virtudes, las aspiraciones y las creencias que -hace dieciocho años- me dieron aliento y optimismo para encabezar la lucha por la paz.

La nuestra es una sociedad pletórica de capacidades. No vacilo en afirmar que contamos con los mejores diagnósticos posibles sobre la naturaleza de nuestros problemas. Lo que nos ha ocurrido es una falla en la dirigencia, incapaz de señalar rumbos, incapaz de atacar con decisión los problemas y desconocedora de lo que es el costo de oportunidad, el costo de no tomar decisiones a tiempo. Nos hemos empantanado en la viscosa laguna de las encuestas. Las encuestas, excelente instrumento de percepción sociológica, se han convertido para muchos políticos en su única motivación, en su razón de ser. Las encuestas deberían servir al gobernante y a quien aspira a gobernar para saber hacia dónde dirigir sus dotes de educador.

Siempre he dicho que gobernar es educar. Gobernar es también convencer, no complacer. Es lamentable el espectáculo de algunos políticos que, a sabiendas de que actuar es urgente, tan solo porque las decisiones pueden ser impopulares, se abstienen de tomarlas. Es deber del estadista cambiar, con sus opiniones y enseñanzas, el estado de la opinión pública y no adaptar sus opiniones -a lo que las encuestas señalan como lo más popular-, aunque no sea lo más conveniente. Da grima ver cómo, con el fin de ganar puntos en las encuestas, algunos partidos políticos obstaculizan los cambios que se requieren en las leyes, en las ideas y

en el rumbo de la nación. Sacrifican, así, los más altos intereses del país en aras de conveniencias electorales.

Desde que concluí mi período en la Presidencia de la República, he visto, con preocupación, cómo la abdicación reiterada del liderazgo político en el país y la atribución de un agudo carácter ideológico a discusiones que no lo tienen, han conspirado para impedir un debate racional sobre el futuro de nuestras instituciones estatales. El resultado ha sido la parálisis de todo proyecto de reforma institucional y una acusada incapacidad para concebir un Estado mejor que el que tenemos.

En el futuro se dirá de nuestro tiempo que nunca antes, como ahora, se dejó de hacer lo necesario para dar a nuestro pueblo el bienestar que se merece. Pienso que es hora de que los países en desarrollo asumamos la responsabilidad de nuestro propio progreso.

El cambio debe producirse cuanto antes, y debemos ser nosotros quienes lo iniciemos. La revolución que de veras, traerá paz y justicia a nuestro mundo -desgarrado por las luchas- sólo será producida por un cambio en nuestros corazones. Esta es una tarea mucho más difícil, en la que cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de participar.

En el ámbito externo, para los países en desarrollo, el cambio debe darse ya. Los valores que han llegado a predominar en la política y en la economía global de nuestros días son alarmantes: arrogancia, codicia, egoísmo y una moralidad perversa. Estamos presenciando una gran falta de integridad y de responsabilidad, así como poca confianza en la diplomacia, y una tendencia a recurrir con mucha facilidad, y de manera unilateral, al uso de la fuerza militar para resolver conflictos. Muchos concuerdan en creer que la distancia más corta entre el conflicto y la paz pasa necesariamente por la guerra. Ni los siglos de contiendas recurrentes, ni los ejemplos de negociaciones exitosas de paz, han logrado convencerlos de lo contrario.

En el ámbito interno, para nosotros los costarricenses el cambio tampoco puede esperar. Es inexcusable e imperdonable la ausencia de voluntad para enfrentar los obstáculos que nos impiden alcanzar un desarrollo económico más acelerado. No sólo dejamos para mañana lo que podemos hacer hoy, sino que dejamos para mañana lo que debemos hacer hoy. A veces pienso que el mayor pecado de nuestro sistema democrático es no sólo la falta de valor para coincidir con el adversario, sino también la indecisión.

El mundo cambió y pareciera que sólo nosotros no nos dimos cuenta; los tiempos han cambiado y hoy son otras las necesida-

des y las posibilidades del país. Nuestro pueblo aún espera las decisiones que nos conduzcan a hacer realidad nuestro sueño de llegar a ser el primer país desarrollado de América Latina. Esas decisiones no llegan, a pesar de las extraordinarias oportunidades que la historia está poniendo en nuestro camino. Ninguna es más evidente hoy que la que abre el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, actualmente en negociación. Desde los tiempos del Mercado Común Centroamericano, ningún acuerdo comercial, como éste con los Estados Unidos, ha representado un proyecto de mayor potencial para la región porque ofrece grandes oportunidades y presenta interesantes desafíos para reducir la pobreza y aumentar el crecimiento experimentado en los últimos años. Sólo una integración con economías más desarrolladas puede acelerar los motores del crecimiento regional. Los acuerdos de cooperación Norte-Sur han beneficiado a las economías de menor tamaño y más bajo crecimiento, y han aumentado la transferencia tecnológica que incide en la productividad. Las economías pequeñas y de menor desarrollo tienen mayores posibilidades de desarrollar sus ventajas comparativas integrándose con economías desarrolladas e industrializadas, que tienden a poseer estructuras productivas complementarias a las de aquellas.

Existen muchos ejemplos que prueban que los beneficios relativos al libre comercio han sido mayores precisamente para los socios más pequeños. En el TLC de América del Norte el gran ganador ha sido México, a pesar del debate sobre cuestiones agrícolas. En Europa, las principales ganadoras han sido las economías más pequeñas -como Portugal e Irlanda-, en un continente que representa un caso especial por la gran transferencia de recursos, parte consustancial del modelo europeo de integración. Pero esta experiencia es importante porque plantea, precisamente, el tema del papel de la cooperación y de las transferencias como instrumentos decisivos para compensar asimetrías y promover la convergencia económica.

Un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos no es la única oportunidad que tenemos frente a nosotros. De hecho, ese tratado debe verse, también, como un peldaño para acumular la experiencia necesaria para negociar de inmediato con el otro coloso económico mundial: la Unión Europea.

Y más importantes aún son las oportunidades derivadas del cambio tecnológico y de la posibilidad de participar en la sociedad del conocimiento y en la economía de la información. Por ello, no podemos seguir poniendo restricciones a las inversiones

en sectores en los que impera un rápido cambio tecnológico en el ámbito internacional.

La revolución informática y la globalización económica avanzan cada día más. Si queremos competir en el ámbito internacional, si pretendemos atraer inversiones extranjeras capaces de potenciar nuestro desarrollo, si deseamos que nuestra economía crezca en forma sostenida y se reduzca la pobreza en el país, es preciso contar con servicios de calidad mundial, con teléfonos celulares que no enmudezcan, con conexiones de internet confiables y a bajo costo, y con seguros cuyo cobro no sea una pesadilla kafkiana. No encuentro mérito alguno al negarse, por apego emocional o prejuicio ideológico, a que la competencia y la inversión privada coadyuven a mejorar servicios que, evidentemente, resultan inadecuados para satisfacer nuestras aspiraciones de desarrollo. Es necesario que haya competencia en los servicios de telecomunicaciones y de seguros en Costa Rica.

Eso no sólo es necesario, sino también conveniente. Todo costarricense sabe que, casi sin excepciones, la competencia es sana y beneficia a los consumidores. Esto no es una muestra de irrefrenable optimismo; es, simplemente, lo que enseña la experiencia reciente del sector bancario. En efecto, la apertura ha beneficiado a los usuarios y también a las entidades estatales, hoy infinitamente más eficientes que en el pasado.

Pero no es esa la única razón por la que conviene que haya competencia. Conviene que haya competencia para estimular, en los sectores de telecomunicaciones y de seguros, la inversión nacional y la extranjera capaz de crear empleos dignos para nuestra juventud. Conviene que haya competencia para que el país no vuelva a quedar atado a las decisiones tecnológicas -buenas o malas, justificadas o interesadas- tomadas por un monopolio. Conviene que haya competencia para que nunca más ningún grupo ni ninguna persona tenga un derecho de llave sobre las telecomunicaciones del país, para que nunca más nadie, con el fin de defender intereses gremiales o posiciones políticas, tome como rehén a nuestra posibilidad de comunicarnos. Conviene que haya competencia porque desconfío de los monopolios, tanto públicos como privados, económicos como políticos pues donde campean proliferan los abusos contra las personas.

No defiendo un mercado sin regulaciones, en el que el Estado abdique -como lo sueñan algunos- de sus potestades de control. Es, más bien, una apertura gradual, regulada y selectiva, bajo la supervisión constante de entidades estatales que velen por el precio, la calidad de los servicios y la existencia real de competencia.

Defiendo una apertura sin privatización. No se trata de vender un solo activo estatal. Quienes insisten en afirmar que la ruptura de monopolios es equivalente a la privatización, mienten cínicamente al pueblo costarricense.

Amigas y amigos:

Porque los tiempos han cambiado, las aspiraciones de nuestro pueblo deben cambiar, y las ideas deben transformarse con el paso del tiempo y deben adaptarse, con inteligencia y honestidad, a las nuevas circunstancias. Lo importante es que, con el cambio, nuestras ideas no se alejen de los principios, sino que, más bien, contribuyan a perfeccionarlos. Lo importante es que nuestras ideas no cambien a impulsos del egoísmo, del oportunismo, de la comodidad, de la pereza intelectual o de la estulticia. Lo importante es que aquellas ideas y aquellas instituciones que concebimos para el logro del bienestar para el mayor número, no se anquilosen ni se transformen, de un medio, en el fin.

Es hora de cambiar. Es hora de que Costa Rica recupere su capacidad de innovar, de tener ilusiones, de concebir el futuro como algo más que una infinita repetición del presente. Evitemos que la crisálida posponga por más tiempo su obligada metamorfosis. Hagamos que se abra y levante el vuelo como una de esas fulgurantes mariposas de los campos de la patria y no acabe convertida en la caparazón desechable del abejón kafkiano. Ofrezcamos al pueblo de Costa Rica, a partir de hoy, un liderazgo preocupado por cumplir fielmente sus promesas y por fortalecer la democracia y el desarrollo humano de nuestro pueblo. Rectifiquemos los errores, reafirmemos los aciertos y dispongámonos a ofrecer a los costarricenses una nueva oportunidad revolucionaria, esta vez sin sangre ni desgarramientos.

TRIBUTOS, CORRUPCION Y GASTO PUBLICO"

LA NACIÓN

Cuando anuncié a los costarricenses mi regreso a la política, dije que eso no significaba el inicio de una campaña electoral. Me propuse hacer declaraciones sólo en casos excepcionales. Mi propósito ha sido, desde entonces, limitarme a apoyar discretamente las iniciativas que estimara primordiales para el futuro de Costa Rica.

Algunas personas me han atribuido actitudes y motivos infundados en torno a diversos temas del acontecer nacional. No ha faltado quien, sin ofrecer pruebas, me ha atribuido actitudes conspirativas. Por respeto a mis compatriotas, expondré mi posición en torno a algunos asuntos de interés para el país. Abrigo la esperanza de que analicemos los problemas nacionales responsablemente, con sensatez y con seriedad y no a base de meras conjeturas.

CAJIGA TRIBUTARIA Y BIENESTAR

La carga tributaria que durante varias décadas nos permitió extender el bienestar de la población ya no es suficiente. La realidad nos muestra que los ingresos fiscales ya no permiten mejorar el desempeño de nuestras instituciones. Hoy no es posible reducir satisfactoriamente la brecha que existe entre los resultados de la actividad estatal y las expectativas de una población cada vez más educada. Veamos las cifras. La recaudación de tributos (13% del PIB en 2003) es no sólo muy inferior a la de los países desarrollados (en promedio 37% en 2003), sino también inferior a la de países cuyo nivel de desarrollo es similar o más bajo que el de Costa Rica. En el 2002 era en Uruguay el 15,8 %, en Chile el 17,3 %, en Honduras el 16 %, y en Nicaragua el 22,7 %.

Si no modificamos el sistema tributario de nuestro país, brindar los servicios públicos supondrá perpetuar el déficit fiscal y

[34] Artículo publicado en el periódico *La Nación* el 18 de setiembre del 2004.

padecer una deuda pública insostenible. Esto significa que tendrían que pagarlo, con inflación y devaluaciones, quienes menos recursos tienen. Sin duda, todo costarricense aspira a un mayor desarrollo y a una sociedad de más oportunidades, pero eso no puede alcanzarse sin aceptar los medios necesarios para llegar a esa meta. No se puede, en verdad, hacer chocolate sin cacao.

Me gustaría que los adversarios de la reforma tributaria nos explicaran algunas cosas como éstas: ¿De dónde saldrán los recursos requeridos para que las nuevas generaciones se eduquen en colegios de primera calidad y se pueda cerrar la inmensa brecha que aún nos separa de las naciones desarrolladas? ¿De dónde saldrán los fondos para construir los caminos vecinales que harían posible la integración territorial, necesaria para aprovechar, con fines turísticos, las bellezas naturales del país y para que los agricultores puedan comercializar eficazmente sus productos? ¿De dónde se obtendrá el dinero para equipar y entrenar a una fuerza pública capacitada para brindar seguridad eficaz en nuestras calles y enfrentarse a formas de delincuencia cada vez más sofisticadas? ¿De dónde saldrán los recursos que habrán de invertirse en la investigación, el desarrollo y la adaptación de nuevas tecnologías sin los cuales estaremos condenados a formas de producción y exportación de escaso valor agregado? ¿Cómo haremos para enfrentarnos a la pobreza extrema que el crecimiento económico no será capaz de erradicar, por sí solo?

DE HONESTIDAD SE TRATA

Ninguna de esas cosas saldrá si no es del bolsillo de los contribuyentes. Es obligación de quienes más tenemos asegurar que el Estado pueda cumplir las funciones en que no puede sustituirlo la iniciativa privada y que son indispensables para alcanzar el desarrollo económico, la justicia social y la paz. Por ese compromiso estoy dispuesto a poner mis convicciones por encima de mis intereses y a actuar en concordancia con mis palabras. Creo que esa es la forma más elemental de honestidad que debe practicar un político.

Precisamente, de honestidad se trata. Es corrupto engañar a los ciudadanos ofreciendo soluciones fáciles que no existen. Creo, como otros costarricenses, que es imprescindible combatir la evasión fiscal. Eso requiere, sin embargo, crear una administración tributaria moderna, lo cual demanda un complejo proceso institucional que difícilmente dará resultados en el futuro inmediato. Comparto, también, la preocupación de quienes piensan que es necesario evitar los gastos superfluos, pero igualmente

estoy consciente de las limitaciones que existen para lograrlo. En Costa Rica, el gasto público no admite sino muy pocas reducciones. Para el año 2002, cerca del 92% del gasto del Gobierno Central correspondía a erogaciones corrientes. La mayoría de estas son partidas virtualmente intocables, como salarios, pensiones, aportes a la Caja Costarricense de Seguro Social, fondo de educación superior pública, presupuesto del Poder Judicial e intereses derivados de la deuda pública, los que por sí solos absorben hoy cerca del 33% del total de los ingresos. Apenas el 8% del gasto (equivalente al 1,3% del PIB) admite alguna flexibilidad, y ello incluye la escasa pero imprescindible inversión pública. Es cierto que queda mucho por hacer en el mejoramiento de la eficiencia de nuestros servicios públicos, pero eso no resuelve el problema de fondo. Quienes abogan por el control del gasto como panacea para solucionar todos los problemas fiscales, deberían empezar por indicarnos a cuáles maestros se debe destituir y cuáles universidades públicas han de ser clausuradas.

CORRUPCIÓN

Sé que la corrupción es un problema gravísimo y que es preciso ser inflexibles para castigar a los corruptos. Eso he predicado y practicado durante toda mi vida pública y privada. Las revelaciones recientes nos tienen alarmados a todos. En un país como el nuestro nadie debe estar por encima de la ley y, por eso, los culpables han de recibir su castigo. Nada socava más a la democracia que la corrupción, y la impunidad la destruirá más temprano que tarde. Los hechos denunciados en los medios de prensa son un golpe más a nuestro pueblo, que está perdiendo la fe y la confianza en sus instituciones. Es necesario emprender acciones correctivas, en especial cuando la corrupción ataca a una de las instituciones que más ha contribuido al bienestar de los costarricenses, sobre todo a los más humildes.

Ante esas graves circunstancias es preciso actuar con serenidad y permitir que los tribunales de justicia dicten su veredicto. Pero, además, es indispensable unir esfuerzos en una gran cruzada nacional para salvar a la Caja Costarricense de Seguro Social. La Caja no pertenece a ningún partido, sino a todos los costarricenses, y entre todos debemos fortalecerla.

Pero no basta con combatir drásticamente la corrupción. Se necesita, además, contar con la probidad de los líderes políticos. Corrupción no es solamente utilizar el poder político para hacer dinero. También es corrupción oponerse a que se establezcan nuevos ingresos para el Estado a fin de crear un sistema tributa-

rio en el que pague más quien más recursos tiene. Es corrupción, además, escamotearle al fisco los fondos que ayudarán a evitar que nuestras diferencias sociales se agudicen. La inversión social debe aumentar en cantidad y en calidad porque, para redistribuir la riqueza, esa inversión es aún más importante que la estructura tributaria. Así lo muestra la evidencia en naciones desarrolladas, como el Reino Unido y todos los países escandinavos e, incluso, la propia experiencia de nuestro país. ¿No fue, acaso, Costa Rica capaz de redistribuir durante mucho tiempo riqueza y oportunidades mediante una inversión social progresiva, a pesar de existir un sistema tributario anticuado y regresivo? Negarles recursos a las instituciones de servicio social significa renunciar a todo lo que hemos hecho bien durante el último medio siglo. Eso no sucederá si yo puedo evitarlo.

VOCACIÓN DE PAÍS IGUALITARIO

Como socialdemócrata, he escogido levantar aquí mis banderas. La creación de un sistema progresivo de recaudación y gasto público es vital para el futuro de nuestra patria. La aprobación de la reforma fiscal será un signo de que, tras muchos años de vagar sin rumbo, Costa Rica no ha perdido su vocación de llegar a ser un país más igualitario y desarrollado.

QUÉ PODEMOS HACER COMO PAIS [35]
DENUNCIAS DE CORRUPCIÓN

Les hablo hoy consternado, como casi todos en el país, por el rumbo que ha tomado la política costarricense en las últimas semanas. Hemos presenciado manifestaciones de un gran descontento popular, que señalan la necesidad de renovar los mecanismos institucionales que han permitido nuestra convivencia pacífica. Hemos también conocido graves denuncias de corrupción que involucran a altos dirigentes políticos, empresarios privados y jerarcas de la Caja de Seguro Social, una institución muy querida e imprescindible para nuestra paz social.

El país abriga una alarmante sensación de incertidumbre y de pérdida de norte. Vivimos momentos difíciles y dolorosos. Pero, ante ellos, de poco sirve que nos asombremos y nos quejemos repetidamente. Nos corresponde a todos hacer una seria autocrítica para mirar hacia adelante. Debemos recordar la inolvidable exhortación de John F. Kennedy: no preguntemos qué puede hacer el país por nosotros, sino qué podemos hacer nosotros por el país.

Afortunadamente, en medio de la oscuridad, algunas luces se han encendido. Tenemos una prensa vigilante y profesional, que es el control más efectivo que existe contra el abuso de poder. Contamos con una Fiscalía General con temple e independencia, que me ha recordado un pensamiento de José Martí: cuando hay muchas personas sin decoro, aparecen algunas que tienen en sí el decoro de muchas personas.

Con espíritu constructivo, quiero hacer cuatro sugerencias respetuosas:

[35] Discurso transmitido por cadena nacional de televisión el 20 setiembre del 2004.

Primera. Desde hace tiempo se encuentra en trámite una ley que vendría a fortalecer la libertad de prensa en nuestro país y que les permitiría a los periodistas llevar a cabo su labor con eficacia y seguridad. Sugiero que dicha ley sea aprobada a la brevedad.

Segunda. La Fiscalía trabaja en condiciones precarias. Es preciso fortalecer financieramente al Ministerio Público y dotarlo de mayor autonomía para que los costarricenses estemos tranquilos de que esta institución no pueda ser objeto de presiones de ninguna especie.

Tercera. El tráfico de influencias, recién tipificado como delito en nuestro país con la aprobación de la "Ley contra el enriquecí-" miento ilícito", debe reglamentarse de manera inmediata.

Cuarta. El tráfico de influencias prolifera cuando el financiamiento de los partidos es oscuro y los costarricenses no saben quién financia las campañas. Es urgente revisar la ley a fin de extender la regulación de las donaciones privadas a todos los procesos electorales.

Estos cambios adecentarían nuestra vida política y darían contenido al compromiso ético que los líderes políticos debemos asumir hoy frente a la ciudadanía. Es este un compromiso con la honestidad. Debemos ser capaces de llamar al pan, pan y al vino, vino, y no ofrecer más que lo que razonablemente se puede cumplir. Y no sólo hay que hablar con respeto, sino también comportarse con respeto, de manera transparente, sin poses moralistas, con una profunda conciencia de la responsabilidad que tenemos.

No caigamos en el desánimo ni en la desilusión con la política. Debemos rechazar los engañosos discursos populistas o moralistas que acaban, casi siempre, destruyendo nuestras libertades. Hoy debemos renovar la fe en la democracia. La democracia es la mejor forma que conocemos para dirimir las diferencias y alcanzar nuestros sueños comunes. Pienso que ningún problema es tan difícil que no pueda resolverse recurriendo a la ley, ni ninguno tan urgente que amerite destruir la paz social.

Lo que está en juego hoy es la fe de los costarricenses en sus instituciones y en la política como instrumento ético de acción ciudadana para resolver los problemas del país. Esa fe no debe perderse. Para ello es necesario erradicar la corrupción y la impunidad. Solo así recuperaremos la confianza en la política para seguir viviendo en democracia y libertad.

MENSAJERO DE LA COMPASION [36]

VISITA DE SU SANTIDAD EL DALÁI LAMA

Saludo, en mi nombre, y en el nombre de las mujeres y de los hombres de buena voluntad de mi país, a Su Santidad el Dalái Lama, mensajero de paz y predicador de la tolerancia y la compasión. Hace 15 años, Su Santidad estuvo por primera vez entre nosotros y podemos estar seguros de que, como recuerdo de aquella visita suya a Costa Rica, perdura, en lo más hondo de nuestros corazones la luminosa profundidad de su mensaje. Deseamos, humildemente, que las expresiones de afecto y admiración que recibe de nuestro pueblo contribuyan a paliar, aunque sea en pequeña medida, el agobio que significa para Su Santidad el peregrinaje de prédica, oración y enseñanza al que lo obligan, en la dura realidad de nuestro tiempo, los sufrimientos del pueblo tibetano.

Nuestras palabras de bienvenida deben ser, en primer lugar, de agradecimiento. Suponemos que, para un líder religioso, verse incesantemente alejado del recogimiento propio de su trascendental misión espiritual constituye un enorme sacrificio. Damos gracias a Su Santidad por poner todas sus energías físicas y todo su poder espiritual al servicio de las más nobles y más urgentes

[36] Discurso de bienvenida con ocasión de la visita a Costa Rica de Su Santidad el Dalái Lama. Teatro Nacional, 26 de setiembre del 2004.

causas de la humanidad, entregándose a desgarradoras demandas de orden político y diplomático, muy superiores a las fuerzas de cualquier ser humano. Le damos gracias, en este día, por la gran bendición que significa para Costa Rica su honrosa visita y por su generoso reconocimiento a nuestra vocación de paz y a nuestro amor por la naturaleza.

Ha sido para mí una suerte extraordinaria la oportunidad que he tenido, desde nuestro primer encuentro, de compartir con Su Santidad el Dalái Lama diversos empeños en favor de la paz. Nunca podremos olvidar su apoyo a los esfuerzos que desde el gobierno hicimos para traer la paz a Centroamérica, y a las iniciativas que más tarde tomamos, desde la Fundación Arias para la Paz y el Progreso Humano, con el fin de promover un código de ética sobre la compra y venta de armas. En numerosos foros, en los que hemos debatido acerca de la necesidad de controlar la proliferación de las armas y reducir el gasto militar, el Dalái Lama nos ha apoyado con su presencia o con su mensaje. También estamos al tanto del aporte moral que reciben de Su Santi-

dad, en todo el mundo, las personas y las organizaciones amigas que se oponen a la guerra y al racismo, y que trabajan por la protección del medio ambiente, la diversidad y la tolerancia, causas que compartimos la gran mayoría de los costarricenses.

La visita de Su Santidad a nuestro país habría sido bienvenida en cualquier momento pero, sin duda alguna, hoy resulta especialmente propicia. En estos momentos la nación costarricense se encuentra asediada por la incertidumbre y sometida a graves experiencias sociales y políticas que apuntan, en muchos aspectos, a debilidades y carencias de orden ético y espiritual de las personas. Si bien es cierto que en el ámbito global la humanidad se enfrenta a retos y amenazas sin precedentes, de los cuales no se puede sustraer sociedad alguna, no lo es menos que el panorama nacional se encuentra ensombrecido por síntomas de desaliento que antes nos eran, en lo interno, muy poco familiares. En este inicio del siglo XXI experimentamos la sensación de que se encuentran en peligro muchas de las virtudes de la sociedad costarricense que, hasta hace poco tiempo, el resto del mundo reconocía como dignas de ser imitadas, como credenciales que nos conferían, pese a nuestra pequeñez geográfica y demográfica, un gran liderazgo moral entre las naciones. Hoy nos lamentamos del descreimiento y la desesperanza de nuestras juventudes, para las cuales los estímulos de mayor impacto provienen del culto al exacerbado materialismo. Hemos perdido, en gran medida, la capacidad de generar en esas juventudes el entusiasmo por las ideas básicas de la previsión, la solidaridad y la compasión.

Por todo ello, recibimos con afecto y esperanza el mensaje que Su Santidad ha venido a compartir con todos nosotros y, en especial, con los jóvenes. Tenemos fe en que nuestro pueblo tiene las reservas de orden cívico y moral que le permitirán, con la inspiración de líderes espirituales como Su Santidad, recuperarse, en corto tiempo, del desánimo y la incertidumbre.

Tenemos fe en que la sociedad costarricense será estimulada a recuperar la virtud de la previsión, entendida ésta como la capacidad para velar responsablemente por la suerte de las futuras generaciones, y para comprender que el descuido, el dispendio y la improvisación en los que hemos caído constituyen una abierta agresión contra la calidad de vida de nuestros descendientes.

Tenemos fe en que la sociedad costarricense sabrá integrarse al inevitable proceso de globalización con aplomo y confianza, pero conservando las grandes virtudes, en particular la del sentido de solidaridad que ha caracterizado a nuestra nación desde su nacimiento.

Tenemos fe en que, en la mujer y el hombre costarricenses, pervive el sentido de la compasión, esa virtud que Su Santidad ha exaltado siempre en su mensaje. Hija del amor y la empatia, la compasión presupone la capacidad de asumir, en todo momento, la posición de nuestro interlocutor, sin que para ello importen las diferencias que pudieran separarnos de él.

La compasión, como debemos entenderla, se encuentra muy lejos de la conmiseración o lástima y es el imperativo ético que considera siempre los efectos que nuestras acciones y nuestras omisiones pudieran ejercer sobre la suerte de los demás. Por ello, el primer paso en el camino de la compasión consiste en reconocer que tanto lo que une a los seres humanos, como aquello que los separa, son partes insoslayables de una realidad que no podemos modificar unilateralmente; que, si queremos transformar el mundo para hacerlo mejor, es indispensable renunciar al ancestral prejuicio que nos lleva a sentir que toda diferencia es una amenaza.

En el ejercicio de la compasión debemos convivir con la paradoja de que, quien es diferente a nosotros, lo es justamente porque se parece a nosotros. Ser el otro, pensar como el otro, actuar como el otro, son probabilidades que no se materializaron sino por razones puramente circunstanciales. La compasión es lo que nos une a esas probabilidades, y nos permite asumir el lugar del otro, sobre todo de aquel que sufre por causa de la miseria, la opresión, la enfermedad o la violencia.

La intolerancia, la desconfianza, el miedo y el odio se han infiltrado en los entresijos sociales de nuestro continente. La violencia que nos carcome procede de fuentes que, en muchos casos, intentamos no reconocer. Hace poco recibí la impactante nueva de que, de 1979 a 1998, solamente en Estados Unidos han muerto, por heridas de bala, más de 50.000 niños. Esos niños murieron en sus hogares, en sus escuelas y en sus vecindarios, por accidente o por acción deliberada de sus familiares, sus condiscípulos o sus amigos. Esos infanticidios por acción, o por descuido, ascienden a 36.000 niños más que el número de soldados estadounidenses muertos en combate en la guerra de Vietnam. Esos infanticidios ocurrieron -y siguen ocurriendo- porque los niños de este continente son obligados a nacer, a vivir y a educarse en un ambiente que permite, y prácticamente exige, tener en cada hogar por lo menos un arma de fuego.

No sabemos a ciencia cierta cuántos niños nicaragüenses, salvadoreños y colombianos crecieron, no en medio de juguetes, de libros y de maestros, sino en los campos de entrenamiento y en

los campos de batalla, cargando sobre sus hombros y disparando armas de fuego en medio de adultos que, como ellos, sólo aprendieron a matar. Sabemos que fueron muchos los niños soldados, que muchos de ellos murieron cuando aún no habían aprendido a jugar ni a leer, y que los demás vieron llegar la paz cuando ya se habían convertido en adultos sin futuro. Es, en verdad, sumamente peligroso ser niño en las tierras del continente americano.

Tras los cambios políticos ocurridos en la última década del siglo XX, abrigamos la esperanza de que el mundo se estuviera encaminando hacia una era de paz. Veíamos abrirse ante nuestros ojos la posibilidad de que, mediante la resolución pacífica de los conflictos, desaparecieran paulatinamente las causas de la guerra y, por ende, del armamentismo. Esperábamos, en fin, que poco a poco disminuyera la porción de la riqueza de nuestro planeta que se destina a la preparación para la guerra. Habíamos rescatado del olvido la idea de que, finalmente, la humanidad cosecharía los dividendos de la paz. Sin embargo, tras un corto período de señales optimistas, en el cual el gasto militar global experimentó disminuciones importantes, sobrevino una nueva etapa de inestabilidad y conflicto, en la que ha saltado al proscenio de la historia el nacionalismo y, junto con él, un recrudecimiento del terrorismo o, por lo menos, del empleo de esa palabra para designar numerosas manifestaciones de la violencia que no se originan en las acciones de los gobiernos.

Ante el hecho de que existen personas o grupos que, con independencia de la voluntad de los gobiernos, recurren sistemáticamente al uso de la fuerza con el fin de alcanzar sus objetivos políticos, la opinión pública es inducida a creer que, no importa cuán grande sea su intensidad, la violencia aplicada por el Estado o sus instituciones es siempre justificable. De esta manera, como nos lo muestran recientes acontecimientos en diversas partes del mundo, actos de violencia igualmente execrables son objeto, simultáneamente, de condena y de apología. Gracias a esta ambigüedad, se genera un doble estándar que permite a muchos condenar -como es condenable- el atentado asesino de seres humanos inocentes, y a la vez darles aprobación a las acciones militares de las fuerzas armadas regulares que victimizan, indiscriminadamente, a cientos y cientos de civiles. Esto significa que carecemos, por lo general, de la capacidad de discernimiento moral que se requiere para juzgar no sólo los resultados, sino también los motivos del empleo de la violencia.

En principio, el sentido de la compasión nos dice que toda violencia es condenable. Es imposible para nosotros imaginar una

sola razón valedera para que un grupo de fanáticos de la religión o del nacionalismo conviertan en rehenes a cientos de niños en un establecimiento escolar y pongan en peligro las vidas de tantos inocentes. En el caso de la acción escenificada recientemente por rebeldes chechenios, en un edificio escolar de la República de Osetia, a la repugnancia que nos produjeron el sufrimiento de toda una colectividad y la muerte de cientos de estudiantes y maestros, se une la sospecha de que las autoridades procedieron de una manera tan imprudente que, con ello, mostraron un claro menosprecio por la vida humana. Por eso es necesario que, sin dejar de condenar la incuestionable barbarie de los perpetradores de aquel abominable secuestro, reflexionemos sobre la perversidad inherente al uso de la violencia estatal, tanto la que ordena un gobernante despótico como la que urde un gobierno desorientado.

La violencia suele traer como respuesta la violencia e, invariablemente, mientras las partes involucradas tengan acceso a los medios materiales para ejercerla, se torna cada vez más difícil detener la espiral del terror.

Hay una violencia a la que podríamos denominar violencia consciente o violencia lúcida. Nos atreveríamos, incluso, a llamarla violencia intelectual por cuanto, en su concepción y en su ejecución, desempeña un papel culpable y preponderante el intelecto humano. Un recorrido somero por la historia del pretendidamente civilizado siglo XX nos lleva a la conclusión de que en esos cien años de ciencia y de espiritualidad humanas, ninguna catástrofe natural -ciega violencia de la naturaleza- produjo tantas víctimas humanas como la solución final de Hitler, como el holocausto judío y los holocaustos nucleares de Japón, como el bombardeo de Dresde, como las masacres de Ruanda, como la batalla de Leningrado, o como los genocidios armenio y camboyano.

No subestimemos la monumental complejidad del problema de la violencia. Pero tampoco debemos dejarnos intimidar. Debemos hacer algo para resolverlo porque no hacer nada es la mejor manera de empeorar las cosas. La magnitud de afrontar un problema debe ser conmensurable con la magnitud misma del problema. Es una observación razonable, pero, llevada a sus últimas consecuencias, nos conduciría, como a los adultos de "El Principito" de Saint Exupéry, a no distinguir un sombrero de una boa satisfecha. Debemos ser realistas, es cierto, pero también debemos reconocer que la humanidad sería aún una especie arbórea si sus individuos nunca hubieran practicado la arrogante presunción de Arquímedes: "dadme un punto de apoyo". El

esfuerzo individual de cada uno de nosotros cuenta, por muy insignificante que se vea frente a los grandes retos.

Amigas y amigos:

Es cierto que la idea del amor conlleva la idea de proximidad, de compañía, de semejanza; es cierto que el amar significa compartir el espacio, los bienes y las sensaciones, de donde pareciera que el amor es un ejercicio imposible en medio de la soledad. Pero, al mismo tiempo, la soledad es apenas un estado que, por sí mismo, no define su origen ni define su propósito. La soledad voluntaria del anacoreta que se dirige al desierto en busca de una revelación puede estar inspirada en el amor: amor a Dios y amor a los semejantes, a quienes habrá de llevar la buena nueva de la anhelada revelación. La soledad voluntaria del artista que busca inspiración en el silencio puede constituir una expresión de amor hacia quienes más tarde recibirán su mensaje de belleza. ¿No fue, acaso, en medio de la soledad de un silencio trágico cuando Beethoven nos legó el inconmensurable legado de amor que es su música? Soledad, soledad elegida fue lo que el Dios Padre de los cristianos escogió para el amoroso sacrificio de su Hijo en el Gólgota.

De modo, amigas y amigos, que la soledad no es necesariamente la antítesis del amor. Lo que ocurre es que la ausencia del amor impone a los seres humanos formas de la soledad que, en rigor, se originan en la indiferencia, el abandono y el desamparo. Formas de soledad cuyo origen se encuentra en la maldad individual o institucional.

Sin embargo, así como es técnicamente posible que nos escuchemos o nos miremos cara a cara de un confín a otro del planeta, ocurre que, hasta al más apartado rincón de la tierra, llegan los gritos de horror proferidos por los que sufren la soledad impuesta por la indiferencia, por el desamor.

En soledad muere cada niño bajo la metralla en las ciudades en estado de guerra, y en soledad sufre cada prisionero en los campos de concentración que siguen abiertos en el mundo.

En soledad nuestros hermanos de África padecen la tortura de ver morir de hambre y enfermedad a sus hijos.

En soledad los ancianos de las ciudades más ricas del mundo viven, humillados, en medio de la violencia y la miseria.

En soledad los jóvenes más prometedores del mundo se ven arrastrados al infierno de la drogadicción.

Encaran la siniestra soledad de la ignorancia los millones de niños del mundo que nunca conocerán el alfabeto.

De soledad están empedrados los duros caminos que recorren en el mundo millones de desplazados por la guerra y por la miseria.

Muros de soledad rodean a los enfermos que no tienen acceso a las maravillas de la moderna ciencia médica, mientras los frutos de su trabajo son consumidos por los gobiernos en el absurdo juego del armamentismo.

Estas formas de soledad nos hacen preocuparnos por el futuro de nuestra especie. En la agenda de nuestro mundo, cualquier sistema o programa que adoptemos para explicar o promover el amor debe incluir un capítulo dedicado al rechazo de aquellas instituciones y de aquellos proyectos humanos, de naturaleza perversa, que se sirven de la apariencia del amor para ocultar sus verdaderos fines de muerte.

Hay en nuestro tiempo quienes intentan justificar el asesinato, la tortura y hasta el genocidio como demostraciones de amor. Amor a la patria, amor a la clase, amor a la tribu, amor a la religión, amor a la democracia, amor a la libertad y a toda otra clase de abstracciones que, en cuanto se usan para justificar el crimen, la muerte o la injusticia, resultan perversas. La máxima perversión posible es, justamente, la tergiversación del significado del amor. No se puede amar a la patria odiando a la patria ajena; no se puede amar nuestra religión odiando la religión ajena; no podemos amar nuestra lengua o nuestra cultura odiando la lengua y la cultura ajenas. No se puede amar y odiar a la vez.

Hay visiones del mundo, sistemas filosóficos y políticos, y propuestas de desarrollo económico que en su esencia o por sus resultados niegan el respeto a la vida y, por lo tanto, son lo opuesto al amor.

El amor irrestricto a un líder puede llevar al crimen.

El amor desmesurado a una raza puede conducir al genocidio.

El amor irreflexivo al Estado puede conducir a la explotación y a la tortura.

El amor ciego a una religión puede llevarnos a encender las hogueras donde arderán nuestros semejantes.

El amor acrítico a un sistema de ideas puede conducir al terror y al asesinato.

En suma, el amor parcializado, el amor egoísta, puede ser la expresión del odio, la expresión del mal.

Es fácil sentir amor por quien se nos asemeja, sentir y declarar amor por quienes comparten nuestra visión del mundo, nuestra lengua, nuestra cultura, nuestros afectos patrióticos, nuestra ideología. El verdadero reto del amor se encuentra en el llamado

a la comprensión del otro, de quien por razones puramente accidentales no habla como nosotros, no ora como nosotros, tiene un concepto de la belleza diferente del nuestro, y lleva el rostro y el espíritu marcados por creencias diferentes de las nuestras.

Su Santidad, representante de un pueblo al que la arrogancia de un gran poder de nuestro tiempo ha privado de su libertad y amenaza con destruir su cultura, se encuentra entre nosotros. Él y su pueblo representan un singular ejemplo por su entereza, por su religiosidad y, sobre todo, por su práctica de la compasión. En la búsqueda de una fórmula que le permita a ese pueblo conservar su identidad, sus creencias y su cultura, el Dalái Lama predica el amor y no el odio, la compasión y no la violencia.

Escuchemos, con unción, su mensaje de amor

REINVENTEMOS LA POLITICA[37]

FE EN COSTA RICA

Desde el principio de mi vida política, son muchas las veces que me he dirigido a ustedes. Sin embargo, rara vez lo he hecho con la urgencia con que lo hago esta noche. Hoy, por encima de cualquier división, nos ha de unir la preocupación por la patria. Es necesario que reinventemos la política y eso es tarea de todos. Por mi parte, reafirmo mi compromiso de contribuir con lo mejor que tengo para sembrar los nuevos ideales y valores, limpiar la casa, renovar las ideas y las propuestas para el desarrollo de Costa Rica, abrir las puertas para que las nuevas generaciones tengan el deseo y la oportunidad de participar en política y de luchar por la construcción de un país más solidario y más próspero.

La política grande, la que tiene la ética como fundamento y como vocación, la que mide la victoria por la altura de las miras y por la grandeza de los propósitos, fue la que aprendí y me resulta imposible practicar cualquier otra. En 34 años de vida pública nunca he buscado ni me ha sido ofrecida dádiva o comisión alguna. El corruptor sabe muy bien a quién puede corromper.

Nos han robado parte de nuestra paz, de la confianza y la esperanza. Los costos de la corrupción los hemos pagado entre todos, pero especialmente las personas de menores recursos con escasez de medicinas en los EBAIS y clínicas de salud, así como

[37] Discurso pronunciado por cadena nacional de televisión, 28 de octubre del 2004.

con tarifas telefónicas más caras. Esta herida no sanará pronto. Pero irá cicatrizando gracias a los costarricenses que trabajan sin descanso por engrandecer a Costa Rica. Esta patria debe seguir su camino.

A los hombres y mujeres de esta tierra nos corresponde crecer, tomar en nuestras manos el destino de nuestra nación. Y a quienes aspiramos a conducir a esta comunidad hacia su destino histórico, el de un país digno, educado, libre y solidario, nos corresponde entregar una cuota extraordinaria de sacrificio y humildad.

Es hora de demostrar de qué madera está hecha nuestra patria. De demostrar que juntos podemos construir un nuevo camino moral capaz de conducirnos al desarrollo, y que lo podemos hacer ordenadamente y sin violencia. Nos toca demostrar que al cinismo de los corruptos los costarricenses respondemos con trabajo; que al oportunismo de los demagogos respondemos con fe en las instituciones; y que a las vergüenzas del pasado respondemos con la voluntad de ser mejores, de ir más lejos y volar más alto.

Tengo fe en este pueblo y en su destino superior. En esta hora oscura nos queda la esperanza, la fe de que los mejores días de Costa Rica aún están por venir.

HONRAR HONRA [38]

PRÓLOGO EN HONORA

EDUARDO LIZANO FAIT

> "El desarrollo económico forma parte de un proceso mucho más amplio y complejo de cambio social. Siempre habrá quienes defiendan el statu quo y, por lo tanto, se opongan al cambio; otros, por el contrario, lo apoyarán. El resultado depende de cómo se resuelva el conflicto entre ambos grupos. Habrá progreso si los segundos son más poderosos. Por eso ninguna sociedad ni ningún país están condenados al progreso."
>
> Eduardo Lizano. *"Ajuste y Crecimiento en la Economía de Costa Rica 1982-1994",* p. 274.

> "Con toda seguridad, ninguna sociedad puede ser próspera y feliz si la gran mayoría de sus miembros son pobres y miserables."
>
> Adam Smith. " *Wealth ofNations"* (1776), I, 8, *"Ofthe Wages ofLabour"*

Es para mí un privilegio escribir la introducción de este homenaje a un gran costarricense, el doctor Eduardo Lizano Fait, cuya amistad y cuya colaboración me han honrado a lo largo de muchos años.

Los méritos de este gran académico y economista van mucho más allá de cuanto pudiéramos valorar la integridad, la profundidad y, sobre todo, la influencia positiva de su gestión como ser-

[38] Prólogo escrito en el libro "Ensayos en honor a Eduardo Lizano Fait", Academia de Centroamérica, San José, Costa Rica, 2004.

vidor público. Este calificativo alcanza en don Eduardo el significado más pleno: muy pocos ciudadanos han puesto su talento y su tiempo al servicio de Costa Rica con tanta dedicación y con tanta modestia. He aquí al profesional que ha estado siempre, sin estridencias ni alardes, en el lugar requerido por el país. Don Eduardo tendría la reputación de ser un hombre en extremo silencioso si no fuera por la extensa y valiosa obra de enseñanza y comunicación que representan sus numerosos libros y artículos en disciplinas tan variadas como la Economía, la Política, la Historia y la Sociología. Pero ¿dónde se puede escuchar con más claridad y más permanencia que en el texto escrito la voz del maestro? Con tan vasta obra escrita, testimonio objetivo de la realidad económica de nuestro tiempo y de nuestro país, él nos ha favorecido a sus contemporáneos y a las generaciones futuras. Además, nos exime de intentar aquí una descripción de su pensamiento. Al contrario de lo que ocurre algunas veces con los grandes servidores de la patria, en el caso de nuestro homenajeado es general el reconocimiento a su excelencia, y este homenaje es la justa expresión del aprecio y el agradecimiento de toda la ciudadanía.

No importa la extensión que le dediquemos, el capítulo sobre la brillante carrera académica y profesional de Eduardo Lizano estará plagado de omisiones. Sin embargo, es indispensable intentar un resumen que nos permita describir el proceso de transición que experimenta, al convertirse en funcionario público activo y pragmático, el académico inmerso en la labor universitaria de enseñanza e investigación. De esa metamorfosis nos da cuenta él mismo, en un escrito que debiera ser leído profusamente en las universidades latinoamericanas y que me permitiré comentar brevemente en este prefacio.

A principios de la década de 1950 ya encontramos a Eduardo Lizano en las universidades de Zúrich y de Ginebra. En esta última obtiene la licenciatura en Ciencias Económicas. En 1957, la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres le confiere la maestría y, en 1976, recibe el doctorado en Economía del Desarrollo en la Universidad de París. Desde 1958 hasta 1990 se desempeña como docente e investigador en la Universidad de Costa Rica, institución de la que es profesor emérito a partir de 1993. Fue Director de la Escuela de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas de esta última universidad, varias veces profesor en el Instituto Centroamericano de Administración Pública (INCAE) y ha desempeñado la misma función en el Instituto de Integración para la América Latina (INTAL), de

Buenos Aires, en el Programa Latinoamericano de Intercambio de la Asociación de Universidades del Medio Oeste de Estados Unidos; en la Universidad de Ginebra; en el Colegio de Europa, de Brujas, Bélgica, en el Instituto Universitario para Estudios del Desarrollo y en la Universidad de Saint Gallen, de Suiza, en las universidades alemanas de Gotinga, Berlín, Marburgo y Tübinga, y en la Universidad de Stanford, de California.

Esta trayectoria académica, más que suficiente para darle plenitud a toda una vida, no se interrumpe para dar paso a la fecunda labor de funcionario público. Su trabajo en este campo se inaugura cuando, entre 1962 y 1964, forma parte de la Junta Directiva del Instituto de Tierras y Colonización (ITCO). Entre 1962 y 1966, funge como asesor en Política Económica de la Presidencia de don Francisco J. Órlich. Desde 1965 hasta 1968 fue miembro de la Junta Directiva del Banco Central de Costa Rica; de 1972 a 1974, miembro de la Junta Directiva del Instituto de Fomento y Asesoría Municipal (IFAM), y entre 1973 y 1977 colaboró conmigo como asesor en la Oficina de Planificación Nacional. De 1974 a 1979 formó parte de la Junta Directiva del Consejo Nacional para las Investigaciones en Ciencia y Tecnología (CONICIT), y fue asesor en Política Social de la Presidencia de la República en la Administración del Lie. Daniel Oduber Quirós. Su desempeño como funcionario público alcanzaría la fase más brillante a partir de 1984, cuando fue llamado por el presidente Monge Alvarez a ocupar la Presidencia Ejecutiva del Banco Central de Costa Rica. Habría de desempeñar esta función hasta 1990 simultáneamente con las de miembro del Consejo Económico del Gobierno, integrante de la Junta Directiva del Consejo Nacional de Producción, de la Autoridad Presupuestaria de Costa Rica y del Consejo Monetario Centroamericano, así como las de gobernador en el Fondo Monetario Internacional, gobernador alterno en el Banco Mundial, gobernador alterno en el Banco Interamericano de Desarrollo y, así mismo, gobernador en el Banco Centroamericano de Integración. Regresó a la función pública en 1998 para desempeñar nuevamente, hasta el 2002, el cargo de presidente del Banco Central de Costa Rica.

De ese modo, a la variada experiencia académica del doctor Lizano viene a yuxtaponerse de manera cada vez más dominante la dedicación al servicio público en diversas instituciones y, como extraordinario testimonio del gran respeto que se ganó rápidamente frente a los diferentes estamentos de nuestra sociedad, sus servicios fueron requeridos por ocho administraciones diferentes. Su filiación política, ni exaltada ni disimulada, no fue

óbice -y quizás tampoco fue razón- para que su tesón y su talento se pusieran al servicio de Costa Rica durante un período tan prolongado.

Es conveniente transcribir aquí algunos párrafos del escrito al que aludí antes, en el que el doctor Lizano examina su paso de la academia a la política. No se refiere esto, desde luego, al abandono de una "manera académica" de ver la realidad para adoptar una "manera política" de hacerlo.

"La primera dificultad surge de la necesidad de forjar un consenso. Tal vez éste sea el trago más amargo para un economista que viene del ámbito académico y empieza a trabajar en política económica. La universidad nos enseña que los conocimientos avanzan a medida que se desmoronan las verdades antiguas y se las reemplaza por otras nuevas que, a su vez, también serán desmanteladas y sustituidas. En lugar de buscar el consenso, el economista trata de refutar los argumentos y las demostraciones para poner a prueba las verdades provisionales. En consecuencia, la función académica es un continuo proceso de "destrucción creativa".

"No obstante, cuando los responsables de formular las políticas económicas comienzan a aplicarlas, ocurre lo contrario. Hay que tomar en cuenta las opiniones de muchas personas diferentes y las presiones de diversos grupos de intereses. La única forma de lograr que algo se materialice es estableciendo compromisos en el tira y afloja que permite llegar al consenso. El economista debe bajar de las nubes de la teoría y participar en el incómodo terreno de las luchas de poder. Los responsables de las políticas sólo pueden lograr acabar con el interminable proceso de destrucción y creación de verdades provisionales y emprender la tarea de crear consensos a través de un cambio de actitud fundamental."

"La primera razón para cambiar de actitud es que los encargados de las políticas se ven enfrentados a limitaciones de tiempo reales. En política económica, a diferencia de lo que ocurre en el ámbito académico, los responsables de adoptar decisiones no pueden pasar días, noches, y semanas completas discutiendo la estructura lógica de un modelo determinado y luego estudiar si las pruebas empíricas lo confirman o no. En la esfera del Banco Central hay que proceder con rapidez, aunque sea en condiciones de incertidumbre debido a la falta de conocimientos o de información adecuada".[39]

[39] Lizano, Eduardo. *Lecciones sobre la formulación de la política económica.* En Finanzas y Desarrollo, diciembre 1991, p.35

La implicación del anterior comentario consiste en que, si bien la realidad a la que se enfrentan el economista académico y el político economista es la misma y, por lo tanto, las opciones de interpretación no son necesariamente diversas, el abordaje de los problemas que esa realidad plantea se efectúa recurriendo a instrumentos y recursos distintos. El enfoque académico, siendo útil, como lo es en cuanto genera nuevos conocimientos y nuevas destrezas, le hace honor a la etimología de la palabra análisis: destrucción de algo con la finalidad de conocerlo mejor, de informarse sobre su naturaleza. En el orden intelectual, el análisis del economista académico no es menos informativo, pero tampoco es menos destructivo que el análisis realizado en el laboratorio químico. En suma, lo importante es que haya en los individuos la capacidad de entender cuándo y dónde. Sin renunciar al enfoque académico apacible y meditado, el economista debe abocarse a la búsqueda de la "síntesis" inmediata y constructiva que debe haber en la base de toda buena política.

Prácticamente en todo cuanto ha escrito el profesor Eduardo Lizano se revela su condición de maestro nato. Incluso en su modo de actuar como proponente y ejecutor de políticas económicas específicas se perciben claramente sus dotes didácticas, lo cual podríamos considerar como su inherente perfil académico. Esto dista mucho de contradecir su afirmación de que existe una relación dicotómica entre academia y política. Su tránsito, eso que podríamos llamar una intermitencia entre los paisajes académico y político es, en el fondo, una simplificación útil en el examen de su más conocida faceta: la de funcionario bancario. Sin embargo, en el mismo terreno de la economía la diversidad de sus intereses es asombrosamente amplia. La integración regional, la agricultura y el desarrollo del sistema financiero figuran tanto entre sus objetos de estudio y reflexión como entre sus actividades estrictamente profesionales. De ahí la riqueza de su pensamiento en torno a la interrelación entre lo económico, lo político, lo sociológico y lo histórico.

En la personalidad de nuestro homenajeado hay más complejidad de la que solemos reconocerle. Un recorrido por su bibliografía es suficiente para hacernos comprender que estamos en presencia de un humanista que no le rehúye a la praxis; un humanista en el sentido más clásico posible, ajeno por principio a las trampas de la especialización, pero a la vez convencido

de que el pensamiento sin profundidad es inválido. No en balde Edelberto Torres Rivas, a quien nadie podría acusar de colusión ideológica con Eduardo, afirma de éste que sus ensayos[40] son "un conjunto de reflexiones de un buen economista... que no sólo razona como tal" Y más adelante señala que hay 'en este trabajo de Lizano una tensión permanente entre la historia y la teoría y por momentos se experimenta la sensación de que aquélla se realiza como una lógica deductiva de ésta. La explicación es satisfactoria porque concuerdan historia y teoría, voluntades e hipótesis... Este trabajo constituye un momento importante en la historia de las ideas en Centroamérica".[41] Una temprana muestra de su visión omnicomprensiva de los problemas -holística, como se dice hoy- es su obra "Cambio social en Costa Rica", publicada en 1975[42], en cuya primera parte incluye un generoso acápite dedicado a mi libro "Grupos de presión en Costa Rica".[43]

El doctor Eduardo Lizano es la persona que durante más tiempo y en más gobiernos diferentes ha dirigido el Banco Central. Además, compartió labores en diversas funciones con los presidentes Órlich, Figueres Ferrer, Trejos, Oduber, Monge, Rodríguez, Pacheco y quien escribe. Eso significa que desde hace cuarenta y dos años, durante los cuales nunca se separó de su vida académica, este economista ha mantenido vigencia y ha influido de manera significativa en la conducción de la economía costarricense. De modo que, cuando el observador adopta una visión regional para examinar el singular desempeño económico y social de la democracia costarricense, no puede menos que reconocer en él la huella benéfica de Eduardo. Si tomamos en cuenta la diversidad ideológica y temperamental de los ocho gobernantes que nos vimos privilegiados con su colaboración, no queda la menor duda en cuanto a su capacidad y su destreza en un arte de nombre indeterminado que él mismo define cuando confiesa que el presidente del Banco Central "...trabaja en estrecha colaboración con un gran número de personas y entidades, entre las que se cuentan la rama ejecutiva, grupos políticos, asociaciones empresariales y organizaciones gremiales. Todas tienen

[40] Lizano, Eduardo. *Tres ensayos sobre Centroamérica.* FLACSO, 1990.

[41] Ibídem.

[42] Lizano, Eduardo. *Cambio social en Costa Rica.* Editorial Costa Rica, 1975.

[43] Arias, Óscar. Grupos de presión en Costa Rica. Editorial Costa Rica, 1971.

opiniones, en mayor o menos medida, y a veces el desacuerdo alcanza niveles de efervescencia. Como si esto fuera poco, es preciso vigilar muy de cerca los vínculos con los grupos externos, las organizaciones internacionales, los gobiernos extranjeros y los acreedores. Forjar el consenso necesario para adoptar medidas es un ejercicio en el arte de transigir, de la concertación de alianzas, de la concesión; en otras palabras, es un juego de poderes."[44]

En las líneas antes transcritas se nos dice cuál es la fuente de una delicada eficacia política cuyos procedimientos, en todo caso, resultan transparentes e inequívocos. Una eficacia política basada en el principio, sólo aplicable en la democracia, de que, si bien las cartas deben estar siempre sobre la mesa, estas no poseen valores implacables. De esto resulta claro que Eduardo Lizano no nació para fungir en una sociedad totalitaria. Su propia definición del liderazgo nos dice que el mejor hábitat de su talento y su voluntad es un régimen, a la vez, sólido y democrático. En ella nos propone: "si bien en el proceso de aplicación de la política el consenso es necesario, también requiere liderazgo. Alguien tiene que conducir la caravana, velar para que las cosas marchen... Por ejemplo, cuando se deben tomar medidas restrictivas cuyos efectos van a ser desagradables, es importante adoptarlas de tal manera que dichos efectos recaigan sobre muchos grupos y ninguno se sienta solo". Y de inmediato agrega, sobre la necesidad que tiene la población de que la mantengan informada: "Cada persona necesita entender los objetivos que se han fijado, por qué fueron seleccionados, cuáles herramientas de política se han de usar y cuáles medidas serán adoptadas".[45]

En síntesis, para Eduardo Lizano la solidez y la transparencia son indispensables en el ejercicio del liderazgo. El pretendido subterfugio, siempre burdo y finalmente incriminante, de decir lo que se desea oír y ofrecer lo que no se puede cumplir, no es un hilo que sirva para darle fortaleza al complejo y flexible tejido de la democracia. El liderazgo consiste, no sólo en fijar el destino de la caravana, sino también en señalar el camino de cada jornada y advertir que, cuando llegue el momento de atravesar los desiertos, hay que distinguir entre la realidad y los espejismos y aceptar que durante el viaje no todas las noches se descansará en un oasis.

[44] Lizano, Eduardo. Economic Policy Making, Lessons from Costa Rica. International Center for Economic Growth, Occasional Papers Number 24, 1991, pp. 29-28.

[45] Ibídem, p. 35.

Recientemente ha sido objeto de debate la afirmación de un alto funcionario internacional, en el sentido de que, a pesar de todo, Costa Rica ha tenido, desde 1984, un período de veinte años de estabilidad. No deja de ser curioso que el inicio de ese período coincida justamente con la entrada de Eduardo Lizano en la escena de nuestra política económica. Coincide también con el momento en que Costa Rica comienza a recuperarse de la crisis de los primeros años de la década de 1980, la peor que haya sufrido nuestro país desde la Segunda Guerra Mundial. Señaló don Eduardo en su artículo ya citado:

"La gravedad y magnitud de la crisis Se reflejaron claramente en los principales indicadores macroeconómicos: inflación, una moneda sobrevaluada, crecientes déficit fiscales, una balanza comercial negativa, aumento del desempleo y disminución del ingreso per cápita real. Las causas de la crisis son de todos conocidas. La economía de Costa Rica -pequeña y relativamente abierta- se vio gravemente afectada por factores externos, como el aumento de los precios del petróleo y del costo de las importaciones en general, el deterioro de la relación de intercambio y el aumento de las tasas de interés en los mercados financieros internacionales, que se sumaron a los acontecimientos internos. Las autoridades del país adoptaron medidas económicas internas deficientes que en lugar de neutralizar las repercusiones de las condiciones externas las agravaron notablemente, negándose a reconocer que el país se estaba empobreciendo cada vez más como consecuencia de las tendencias económicas internacionales. Por el contrario, se contrataron préstamos externos en forma apresurada y desmedida, tratando con ello de mantener niveles de vida artificialmente altos, elevados índices de importación, y tipos de cambio relativamente estables en 1980/81".

"Cuando los acreedores extranjeros públicos y privados percibieron que la capacidad de endeudamiento del país había llegado al límite, la corriente de recursos cayó en forma abrupta. La crisis se hizo inevitable y estalló sin demora. La moneda se devaluó, la inflación aumentó desmesuradamente y el país suspendió el pago de la deuda externa, un año antes que México".[46]

No debemos olvidar que la proporción de familias pobres en Costa Rica (que en 1980 era del 30,4%) subió al 54,2 % en 1982, la cota más elevada desde que se lleva esa estadística. Es, tam-

[46] Lizano, Eduardo. Lecciones sobre formulación de la política económica. En Finanzas y Desarrollo/Diciembre 1991, p. 33.

bién, muy significativo que en 1990, al concluir el período de mi gobierno y al salir Eduardo Lizano del Banco Central, se hubiera hecho descender al 27,1%.[47] Desde 1990 hasta 1994 el nivel de pobreza disminuyó al 20%, donde se ha mantenido, con algunos pequeños altibajos, hasta el día de hoy, lo que lógicamente nos debe producir una gran indignación. Del mismo modo, el déficit fiscal, que en 1981 había llegado al 19% del PIB, en 1989 se había reducido al 5%, y el desempleo abierto había descendido, en el mismo período, del 9% al 3,2%.

Para enfrentar los tremendos efectos de la crisis heredada de la administración Carazo, hubo que fijarle objetivos claros a nuestra política económica. Entre esos objetivos, se les dio prioridad[v] específicamente a cuatro: reducción drástica, como porcentaje del PIB, del déficit del sector público, incluidas las pérdidas del Banco Central; integración de nuestra economía al ámbito internacional mediante la reducción sistemática de los aranceles y otros obstáculos al comercio exterior; recuperación de los salarios reales para llevarlos a los niveles previos a la crisis; y limitación del pago de intereses sobre la deuda externa a un porcentaje determinado del PIB, aun cuando ello significara la acumulación de intereses atrasados, conforme al razonable supuesto de que, como reconocimiento a nuestro esfuerzo por alcanzar la paz en la región, continuaríamos recibiendo cierto monto de ayuda exterior. Las medidas aplicadas nos permitieron alcanzar, a la altura de 1989, casi todos los objetivos, de manera que, al concluir nuestro período gubernativo, la economía avanzaba en buena dirección.

Cuando señalo que Eduardo Lizano le ha servido a Costa Rica bajo la dirección de ocho presidentes de la República, me refiero a la imposibilidad de que cualquiera de esos mandatarios haya coincidido con todas las ideas de él o haya apoyado todas sus propuestas. Es algo que habla de sus virtudes de flexibilidad, pragmatismo, tolerancia y, sobre todo, de realismo frente a la necesidad de adaptarse a las circunstancias cuando se trata de buscar lo mejor para el país. Esas son virtudes muy deseables en quien, siendo poseedor de un talento notable, desea instrumentarlo en favor de la colectividad a pesar de la relativización a la

47 Fuente: Encuesta de Hogares, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos.

que lo obliga el poder político. De ahí que, para quienes hemos tenido la oportunidad de contar con su colaboración, lo más importante sea finalmente el examen de aquello en lo que coincidimos. Y en ese sentido quiero destacar una de las coincidencias entre su pensamiento y el mío que más importancia actual tienen, sobre todo a la luz del debate sobre la incorporación de Costa Rica al Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Centroamérica y República Dominicana, al que abreviadamente llamamos el TLC.

Obsérvese que entre los cuatro objetivos prioritarios que nos habíamos propuesto, y con respecto a los cuales estábamos totalmente de acuerdo, figura el de la apertura comercial: reducción de aranceles y eliminación de obstáculos al comercio exterior. Y, hasta donde podemos verlo, aquella política le produjo al país grandes beneficios sin los que habría sido imposible la recuperación económica de la que hoy nos ufanamos. La continuación de esa política es lógica y conveniente y vendrá a fortalecerse justamente con instrumentos de mayor apertura como el TLC.

En la base de ese razonamiento se encuentra una consideración geográfica y demográfica ineludible, que podría ilustrarse, sin ningún ánimo peyorativo, con un estereotipo sobre los fenicios. Un país tan pequeño como Costa Rica, que encierra un minúsculo mercado de cuatro millones de habitantes, no ofrece oportunidades de inversión y producción, ni el grado de competencia necesarios para sostener altas tasas de crecimiento económico durante períodos prolongados. El desarrollo económico de un país como el nuestro depende, necesariamente, de la integración de su economía a la economía internacional. La literatura económica nos enseña que los países de desarrollo más acelerado en el transcurso de los últimos veinte años han sido, a la vez, los que han experimentado un mayor crecimiento en sus exportaciones.[48]

El mundo actual es para los costarricenses lo que fue el Mediterráneo para los fenicios. Producimos lo que no consumimos y consumimos lo que no producimos. Por ello, estamos destinados a ser, en el mejor de los sentidos, comerciantes, fenicios de nuestra época. Sería absurdo pensar en términos seudoautárticos cuando eso no ocurre ni siquiera en países de gran extensión geográfica y demográfica con un mercado interno de dimensiones considerables. Tal convicción fue la que nos llevó, en nues-

[48] UNDP. Making Global Trade Work for People. Earthscan Publications Ltd., London, 2003, p. 1.

tro gobierno, a iniciar una apertura unilateral de la economía costarricense. En aquel momento, los aranceles externos eran sumamente elevados y por ello no estimulaban en nuestros productores la búsqueda de una eficiencia que, haciéndolos competitivos con los productores extranjeros, les permitiera favorecer a los consumidores con mejores precios y mejor calidad y, por añadidura, ganarse el acceso a nuevos mercados. Procedimos de manera unilateral porque en aquel entonces no estábamos negociando tratados bilaterales como los que más tarde se negociaron con México, Chile, Canadá y República Dominicana. Posiblemente, en aquella oportunidad algunos pensaban que era mejor dejar la apertura para después de haber negociado los tratados bilaterales, aun cuando eso significara retrasar la recuperación de la economía y dejar de lado los beneficios propios de la baja de precios, tanto de los productos finales para el consumidor como de las materias primas o bienes de capital para el empresario costarricense.

No hay razones para creer que nuestra política económica fuera destructiva o que haya producido más pobreza. De haberse mantenido el antiguo modelo de sustitución de importaciones, la pobreza sería, no me cabe duda alguna, infinitamente superior a la actual. Esto no quiere decir, sin embargo, que hoy no se deba reorientar nuestra política social a fin de lograr una mayor equidad en nuestro desarrollo. Mucho menos se puede decir que esa política se ejecutó con menoscabo de nuestra soberanía. Precisamente cuando la aplicábamos, por ser de nuestra conveniencia, le pedimos al Gobierno de Estados Unidos que retirara de nuestro país al representante de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), que pretendía ejercer funciones de procónsul a la cabeza de un gobierno paralelo. La apertura fue, de nuestra parte, una decisión unilateral, conveniente y soberana que, en cuanto a sus fines, resultó exitosa. Quedaba pendiente, sin embargo, el reto de lograr que nuestros interlocutores comerciales más importantes respondieran con reciprocidad, para lo cual esperábamos encontrar los caminos apropiados. La Iniciativa de la Cuenca del Caribe fue, momentáneamente, uno de ellos, pero tenía la desventaja de ser una concesión y, en cuanto tal, extremadamente vulnerable. Lo mejor para nuestro país sería la firma de un instrumento dotado de derechos y obligaciones para ambas partes, que nos diera acceso al mercado más rico del mundo, integrado por los casi 300 millones de consumidores de Estados Unidos. Era lógico pretender que, a los indudables beneficios de la apertura unilateral, sucedieran los más beneficiosos aún de

una apertura recíproca y regulada mediante los términos de un tratado de libre comercio.

Resulta paradójico que ahora, cuando se trata de alcanzar finalmente ese logro, dentro de un tratado regional que incluye a nuestros vecinos más cercanos y más semejantes a nosotros, surjan voces discordantes que pretenden mantenernos en una posición de desventaja o, incluso, devolvernos a un período en el que el proteccionismo nos tenía metidos en una camisa de fuerza tan estrecha como exiguo es nuestro mercado nacional.

A lo largo de los últimos años, Eduardo Lizano ha venido manifestando que la apertura unilateral es conveniente para un país pequeño, sometido a un fuerte proteccionismo, como era la Costa Rica de la década de 1980; pero ahora, cuando ya se han reducido significativamente los aranceles, es hora de elevar la apertura a un nivel superior, regido por la bilateralidad y la multilateralidad, que vengan a garantizarnos el acceso a los mercados del exterior.

Uno de los argumentos preponderantes de la oposición al TLC se refiere a la supuesta indefensión en la que podrían quedar algunos productores frente a la competencia que provocaría una mayor apertura. Cabe insistir en dos observaciones que fueron igualmente válidas cuando se iniciaba la reducción unilateral de los aranceles. En primer lugar, es explicable que, desde el punto de vista de sus intereses inmediatos, esos productores prefieran mantenerse en un clima de proteccionismo. Esto no los obliga a pensar siquiera en que la búsqueda de la competitividad es un reto indispensable para asegurar el bienestar y la satisfacción de la gran mayoría de la población, que son los consumidores. En segundo lugar, el proteccionismo que se viene a romper ahora se prolongó más allá del tiempo necesario para que los productores se prepararan para una mayor competencia. Se olvida que los altos aranceles representaron un sacrificio de los consumidores en aras de una preparación adecuada de los empresarios para un período posterior, en el que el costo del desarrollo debe ser compartido de manera más justa. Tenía que llegar el momento en que el crecimiento económico fuera ventajoso también para los consumidores.

Esta no es una preocupación que haya aparecido súbitamente, a principios del siglo XXI, entre quienes hemos ocupado posiciones de dirección en el gobierno. En la década de 1970, en mi libro "Grupos de presión en Costa Rica", se reafirmaba el principio de que el fin básico de la economía es la satisfacción de las necesidades de los consumidores y no la protección de los productores; que los intereses de los consumidores siempre de-

ben prevalecer sobre los de los productores, y que con mucha frecuencia nos olvidamos del consumidor simplemente porque éste no cuenta con el grado de organización que posee el empresario para organizarse en defensa de sus reivindicaciones y sus intereses. Como grupos de presión, ciertamente, los productores están mejor organizados que los consumidores. Y, desde mucho antes, Adam Smith había afirmado algo que, de todas formas, la realidad se habría encargado de confirmar: "Las personas dedicadas a la misma clase de negocios rara vez se reúnen, aun para regocijarse y divertirse, pero en esas ocasiones la conversación siempre termina en una conspiración en contra del público o en una maquinación para elevar los precios" [49]

En estas notas de reconocimiento al gran académico y funcionario, debo referirme a su preocupación, que comparto plenamente, por el problema que representa la elevada deuda interna de Costa Rica. Se trata de un tema que no podría ser correctamente planteado sin hacer referencia al libro de Eduardo Lizano publicado en 1997[50], en el cual se le plantea a Costa Rica la disyuntiva de resolver el problema de la deuda interna para lograr el desarrollo económico y social o, en caso contrario, optar por el camino del estancamiento.

Hoy, siete años después, la disyuntiva se mantiene, pero se da dentro de un panorama menos propicio. Y, curiosamente, no se puede afirmar que en 1997 no había personas y grupos responsables interesados en el debate sobre esta cuestión. Los mismos expresidentes de la República nos manifestamos de la manera que, a nuestro leal saber y entender, era la mejor en aquel momento. Lo hicimos como tácito respaldo a la sólida llamada de atención que fue el informe presentado al Gobierno de entonces por un grupo de eminentes ciudadanos. A estos, el doctor Francisco de Paula Gutiérrez, entonces ministro de Hacienda, les encargó abocarse al estudio del problema de la deuda interna y proponer acciones encaminadas a solucionarla. Aquel grupo fue coordinado por Eduardo Lizano e integrado, además, por los señores Ronulfo Jiménez, Óscar Rodríguez, Marco Vinicio Tristán y Federico Vargas.

[49] Smith, Adam. Wealth of Nations (1776), I, 10, Part 2, "Inequalities occasioned by the Policy of Europe".

[50] Lizano, Eduardo. DEUDA INTERNA, documentos, notas y comentarios. Estudios 12. Academia de Centroamérica, San José, 1997.

El primer párrafo del resumen de aquel informe constituye una dramática advertencia de Eduardo y sus compañeros de comisión:

"El tema de la deuda interna del Gobierno ha llegado a constituirse en el principal problema económico del país. El monto de esta deuda y la tasa de interés que debe pagarse, eleva su costo a sumas muy altas. El pago de los intereses de la deuda absorbe más de la tercera parte de los impuestos recaudados. El Gobierno se ve imposibilitado de atender debidamente sus tareas fundamentales: seguridad ciudadana, educación, infraestructura. El Gobierno no puede desempeñar su papel esencial para promover el progreso social y el desarrollq económico del país. Los costarricenses, en especial los de más bajos ingresos, ya están pagando un elevado costo debido a este problema".[51]

Y en sus observaciones finales, nos hace Eduardo la siguiente reflexión:

"El crecimiento económico del país se ve perjudicado. Esto, por dos motivos. Primero, el Gobierno no puede gastar lo necesario para el buen mantenimiento de la infraestructura ni para su ampliación. De esta manera, se reduce la competitividad de las empresas nacionales. Segundo, la venta de bonos de la deuda interná presiona las tasas de interés al alza, lo cual encarece el crédity y, por ende, obliga al sector privado a posponer proyectos de inversión. La menor tasa de crecimiento económico aumenta la tasa de desempleo. Así, una vez más, son los grupos de menores ingresos aquellos sobre los cuales recae el costo del problema de la deuda interna".[52]

El tiempo sigue pasando y, mientras tanto, se continúa posponiendo de manera irresponsable la solución de este grave problema. El país comete un pecado de procrastinación de consecuencias previsiblemente funestas, sobre todo para las generaciones más jóvenes. Pareciera que Eduardo Lizano y todos aquellos que hemos coincidido con él en señalar que se debe actuar con urgencia, no somos más que una voz que clama en el desierto. Muy diferente fue el trato que en mi administración le dimos al problema, en muchos aspectos semejante, de la deuda externa.

Tras la constitución de la Organización de Países Productores

Ibídem, p. 9.

- Ibidem, p. 394.

de Petróleo (OPEP) sobrevino un agudo incremento en los precios del crudo. Esto produjo efectos negativos graves en los términos de intercambio de nuestro país y la consiguiente escalada de empobrecimiento de la población. El gobierno del licenciado Rodrigo Carazo no supo hacer frente a aquella realidad y, con el inviable fin de mantener los niveles de consumo vigentes, recurrió al endeudamiento externo masivo, a tal punto que la deuda externa, que en 1980 representaba tan solo el 59,5% del PIB, subió en 1981 al 141% y en 1982 al 166,8% del PIB. En 1981, la inflación llegó a la cifra, sin precedentes en nuestro país, del 80%. El tipo de cambio subió de 48,60 a 443,00 por dólar, lo cual originó un clima de incertidumbre y desconfianza sin parangón en la historia de' Costa Rica. Los efectos de la crisis fueron menos críticos durante la administración Monge Álvarez. Sin embargo, en junio de 1986 teníamos que escoger entre pagar la deuda externa o tratar de alcanzar un desarrollo económico más elevado, a fin de cumplir los compromisos adquiridos en el transcurso de la campaña electoral o, como decíamos entonces, los "peldaños de la catedral".

A mediados de 1981, el gobierno de Costa Rica había comunicado a los bancos acreedores la imposibilidad de atender tanto el principal como los intereses de su deuda externa. Desde entonces y hasta mediados de 1986, se continuó con la práctica de lo que Eduardo Lizano ha llamado "la gestión tradicional de la deuda externa", que consistía básicamente en gestionar nuevos recursos ante los acreedores, fueran bancos o gobiernos representados en el Club de París. Se pretendía, así, reestructurar la deuda y con estos nuevos recursos financiar el pago de los intereses atrasados y de aquellos que habrían de vencer en el período cubierto por la reestructuración.

La historia nos enseña que ese modelo tradicional de reestructuración de la deuda externa de un país en vías de desarrollo es totalmente contraproducente pues conduce a una espiral en la que, cuanto más se paga, más se debe. Con base en ello, en junio de 1986, siete semanas después de haberse iniciado mi gobierno, tomamos la decisión unilateral de suspender los pagos de la deuda externa, como lo apunta Silvia Charpentier en su contribución a este libro. Relata Silvia que en la reunión de setiembre de ese año con el Comité Coordinador de los bancos comerciales en la ciudad de New York, el señor James Jardine, del Bank of America, le preguntó a Eduardo: "¿Quiere decir, señor Lizano, que no nos van a pagar intereses?". A lo cual Eduardo respondió: "Eso es lo que digo. ¿Quiere que se lo repita en francés?".

Esta decisión de no pagar nuestra deuda externa fue, sin duda

alguna, audaz y, si se quiere, temeraria. En todo momento se mantuvo una relación más o menos cordial con los gobiernos representados en el Club de París, al igual que con los representantes de la banca internacional en el Comité coordinador de Bancos Comerciales. Fue el consejo de Eduardo Lizano el que nos alentó a declarar que no era posible dedicar más del 4% del PIB al servicio de la deuda externa, y que ese porcentaje se distribuiría de la siguiente manera: *2%* para las instituciones multilaterales, 1% para la banca comercial y 1% para la deuda bilateral.

Es importante poner de relieve que los organismos multilaterales no fueron enemigos declarados de las decisiones políticas tomadas con respecto a la reestructuración de nuestra deuda externa. Por el contrario, creo que actuaron como nuestros aliados y que su apoyo nos ayudó a suavizar las posiciones de la banca comercial y de los gobiernos representados en el Club de París. Pero, sobre todo, creo que debo resaltar el apoyo que recibimos del gobierno del presidente George Bush.

En este punto es interesante relatar una anécdota que nunca antes he contado. Cuando Jim Baker, secretario de Estado en el nuevo gobierno del presidente Bush, me manifestó que quería apoyar nuestro Plan de Paz a la par de Bernie Aronson, subsecretario de Estado para Asuntos del Hemisferio, lo hizo en respuesta a mi sugerencia de que la gran potencia del Norte nos permitiera a los centroamericanos continuar tranquilos nuestro propio camino, ya que los cinco presidentes nos habíamos comprometido a cumplir lo que habíamos pactado en Guatemala. El destino de treinta y cinco millones de centroamericanos estaba en nuestras manos y no podíamos defraudar a nuestros pueblos. Yo le había hecho ver que Centroamérica no era una amenaza para la estabilidad mundial, y que él y su gobierno deberían dedicar todos sus esfuerzos a discutir con la Unión Soviética, en un campo más vasto y más complejo, los temas realmente trascendentes para la paz del mundo. De este modo, obtuvimos el apoyo del presidente Bush y del secretario Baker, una posición contrastante con la que había sido la política del presidente Ronald Reagan, quien hasta el último día intentó socavar el Plan de Paz. El caso es que, cuando Jim Baker me preguntó en qué podía ayudar su gobierno a mi país, yo le manifesté que estábamos en medio de una delicada negociación de nuestra deuda externa y que su apoyo era vital para que pudiéramos concluirla con éxito.

o puedo terminar estas reflexiones sobre la renegociación -L N de la deuda externa sin comentar las que considero las tres lecciones más importantes de aquel episodio.

En primer lugar, fuimos capaces de explicarles a nuestros acreedores que la decisión unilateral de no continuar con el servicio de la deuda externa no significaba que no deseábamos pagar, sino que no podíamos hacerlo, ya que continuar pagando los intereses de mercado, como ocurrió hasta junio de 1986, implicaba tener un crecimiento económico muy bajo e incumplir nuestras promesas de campaña.

En segundo lugar, la renegociación de nuestra deuda externa nos demostró lo mismo que la negociación sobre la paz en [w] Centroamérica: que el diálogo produce milagros, que, aunque las discusiones sean tensas y tirantes, a veces es necesario evitar la confrontación y saber ceder y transar con humildad pues en toda negociación uno no siempre consigue lo que quiere, sino lo que es posible.

Por último, debemos recordar que la delegación costarricense de negociadores, integrada por Eduardo Lizano, Ernesto Rohrmoser y Fernando Naranjo, y por la señora Silvia Charpentier, siempre llevó la iniciativa, pues en cuatro años hicimos cincos propuestas a los bancos. Podría decirse que ellos siempre estuvieron a la defensiva.

El 27 de octubre de 1989, al llegar el presidente George Bush, acompañado de Jim Baker, al aeropuerto Juan Santamaría, pudimos anunciarle al mundo que habíamos logrado un acuerdo tentativo sobre la renegociación de nuestra deuda externa, que le permitía al pueblo de Costa Rica quitarse de la espalda un fardo de mil millones de dólares de su deuda. Finalmente, el 5 de mayo de 1990, tres días antes de entregar el poder a don Rafael Ángel Calderón, concluimos, con la firma en el Museo Nacional, los convenios de reestructuración de nuestra deuda con la banca comercial. Dije, en aquella oportunidad:

"Hoy es un día muy especial para nosotros en Costa Rica, para América Latina y para las nuevas relaciones de amistad con los Estados Unidos de Norteamérica. Nos hemos reunido para firmar un acuerdo mediante el que mi país comprará su deuda externa de la Banca internacional privada. Con esta medida nos ahorramos más de mil millones de dólares... Se trata de la operación económica individual más beneficiosa en la historia del país... En esta administración uno de nuestros compromisos más queridos fue con la patria joven. Queríamos sembrar para el futuro y nos empeñamos en liberar al país del gran lastre que sig-

niñean los elevados compromisos financieros relativos a la deuda externa. Hoy hemos contribuido a ello... Comenzamos nuestra administración compartiendo muchos sueños y esperanzas. Juntos hicimos realidad gran parte de ellos. Estoy seguro de que este pueblo seguirá sembrando paz y cosechando desarrollo".

Decantados por el tiempo, mis recuerdos de los años transcurridos desde que conozco a Eduardo sólo pueden ser buenos. Eso motiva mi afecto y mi agradecimiento para con él por haberme acompañado hasta el final de mi administración, sin exigir por ello nada más que la satisfacción de servirle a Costa Rica.

Los amigos coinciden unas veces y otras veces discrepan. Sin embargo, la amistad perdurable entre individuos y entre pueblos solo es posible si tanto la coincidencia como la discrepancia se manifiestan dentro de un marco de respeto mutuo. Se puede estar de acuerdo o en desacuerdo con Eduardo, se puede coincidir o discrepar con su visión personal del mundo, se pueden aceptar o rechazar sus propuestas o sus opiniones, pero siempre estaremos seguros de algo: lo que a él le importa es el interés del país, lo que lo hace pensar y actuar es, siempre, el propósito de contribuir al bienestar de sus compatriotas.

Podríamos profundizar aún más en la magnitud de la obra y del pensamiento de Eduardo, pero es mejor dejar que la historia sea la que,- poco a poco, vaya desentrañando su significado. Ella, la historia, que deposita dunas solo donde nunca hubo pirámides, también se encarga rápidamente de borrar los espejismos. Las pirámides las construyen los pueblos. Los dirigentes son, casi siempre, conjuradores de espejismos y, unas pocas veces, inspiradores de grandes sueños.

Los grandes hombres, como Eduardo, van dejando sus huellas en la senda que conduce a su destino. Esas huellas marcan hitos en la memoria de los pueblos. Señalan, para sus contemporáneos y para la posteridad, el escenario de sus vidas futuras. Por sus realizaciones, esos hombres merecen honor y distinción.

Con estas palabras, dejamos en este libro constancia de que un caminante de la historia, un hombre excepcional, le marcó a nuestra nación, con su pensamiento y en su quehacer, los rumbos de un desarrollo económico más justo y más humanista. Con su aporte, Eduardo viene a corregir aquel verso de Ariosto, según el cual es "duro destino el tener un destino." Porque es dulce el destino de quien, como Eduardo Lizano Fait, ayudó a construir un mejor destino para su pueblo.

PROGRAMA DE ACCION POLITICA'

Costarricenses:
En el año 2021 Costa Rica cumplirá dos siglos de vida independiente. Inevitablemente, en esa cita histórica nos tocará hacer un recuento de lo que, como nación, habremos emprendido y construido en doscientos años. Tendremos que preguntarnos, entonces, si esta larga travesía ha valido la pena y si es posible mantener las velas henchidas para que nuestra barca navegue, hacia el futuro, íntegra y orgullosa.

as generaciones vivientes del 2021 se preguntarán si los costarricenses de hoy les habremos heredado un país viable, en paz consigo mismo y con el mundo; un país en donde impera la equidad, sano y educado, ordenado y respetuoso de los derechos humanos, capaz de dar oportunidades crecientes a todos y de proteger el equilibrio de la naturaleza; una nación orgullosa de su pasado y en condiciones de contribuir de manera única y valiosa al futuro de la raza humana. Se preguntarán si fuimos capaces, en los próximos 16 años, de dar, finalmente, el salto al desarrollo para el que nos ha preparado una historia excepcional y llena de logros. Debemos llegar a tiempo a esa cita y, pafa ello, es preciso acelerar el paso desde hoy mismo.

[1] Programa de Acción Política presentado a los miembros del Tribunal de Elecciones Internas del Partido Liberación Nacional. Casa liberacionista José Figueres Ferrer, 14 de enero del 2005.

La acción que hoy emprendemos, la tarea a la que convoco a todos los costarricenses, tiene un solo sentido y un único destino: amalgamar las mejores tradiciones de nuestra historia con nuestra voluntad de cambio, a fin de entregarles a las generaciones del 2021 el primer país desarrollado de América Latina.

I. EL PARTIDO LIBERACIÓN NACIONAL Y LA SOCIALDEMOCRACIA MODERNA

Emprendo este camino desde el lugar donde se gestaron los grandes cambios del país en la segunda mitad del siglo XX: en la casa del Partido Liberación Nacional. Nació en esta casa y de la visión de sus habitantes la lucha por la pureza del sufragio y en pro de las instituciones necesarias para garantizarla. Nacieron aquí la abolición del ejército y una política exterior antibelicista, que nos valió el respeto del mundo y el Premio Nobel de la Paz. Nacieron aquí las grandes reformas en educación, salud y vivienda que modernizaron a Costa Rica y nos permitieron reducir la pobreza a la mitad en menos de una generación. De esta casa surgieron las políticas que hicieron posible preservar la paz social y volver a la senda del progreso tras la grave crisis económica de 1980-1982. Aquí se tomaron las decisiones que en los últimos veinte años nos permitieron integrarnos al mundo, ser el primer país exportador per cápita de América Latina y atraer inversiones tecnológicas del más alto nivel.

Esta es la obra reformista de Liberación Nacional y me siento orgulloso de ella. A diferencia de algunos pocos que claudicaron de sus ideales, nunca renegaré de ella ni de la esperanza que simboliza el estandarte verde y blanco que nos cobija. Liberación Nacional es mj/casa y aquí me voy a quedar.

Me quedo^porque esta casa todavía alberga los principios socialdemócratas que han dado sustento a la obra liberacionista, principios que siguen guiándome después de todos estos años. Quienes formamos parte de este movimiento seguimos pensando que el norte de toda acción pública debe ser la búsqueda del mayor bienestar para el mayor número.

Seguimos creyendo firmemente en el valor de la igualdad, en el ineludible compromiso de que la sociedad garantice a todos los ciudadanos un nivel de vida compatible con su dignidad humana y un estatus que les provea de acceso universal a ciertos bienes capaces de potenciar sus habilidades y sus posibilidades de ascenso social.

Seguimos creyendo que el mercado es, sin duda, el mecanismo más eficiente para asignar los recursos en una sociedad. Pero sa-

bemos que no conduce necesariamente a resultados económica o socialmente óptimos. Por ello, pensamos que es imprescindible contar con un Estado fuerte, con suficientes recursos fiscales, capaz de regular el funcionamiento del mercado cuando este sea defectuoso; por ejemplo, cuando conduzca a la creación de monopolios o a la destrucción del ambiente. Estamos convencidos de que es preciso controlar y, en lo posible, reducir las desigualdades en la distribución de la riqueza, una tarea que está más allá de lo que el mercado puede lograr.

Seguimos teniendo la convicción, tan socialdemócrata como costarricense, de que los cambios sociales deben propiciarse gradualmente, sin extremismos y en paz, y de que las únicas armas legítimas para resolver los conflictos, en Costa Rica o en el mundo, son las de la razón, el diálogo y la democracia. Estos son los principios socialdemócratas que profesa este movimiento. En estos principios está nuestra identidad, que es la de un partido moderado y progresista, tan lejos del populismo retrógrado de la vieja izquierda como del fundamentalismo neoliberal de la extrema derecha.

Nos toca levantar, en condiciones muy distintas, las mismas banderas que izó don Pepe en las montañas de Dota hace ya casi

57 años: la bandera de la lucha contra la corrupción y la de la lucha contra la pobreza. Como lo demuestra la realidad actual del país, esas causas son hoy más importantes que nunca. Nos toca volver a convertir a Liberación Nacional en una caja de resonancia para las aspiraciones de nuestro pueblo. Nos corresponde renovar el mensaje liberacionista para ponerlo a tono con los inmensos cambios que está experimentando el mundo. Esa es la única forma de devolverle a Liberación Nacional su más cara vocación histórica: la de ser un partido reformista. De eso se trata esta empresa: de demostrar que es posible darle a Costa Rica una socialdemocracia moderna que, sin abdicar de sus principios y objetivos, sea capaz, al mismo tiempo, de revisar críticamente los instrumentos tradicionales de su acción política. Necesitamos, sí, una socialdemocracia que defienda la presencia de un Estado vigoroso. Pero también requerimos una socialdemocracia honesta consigo misma y dispuesta a admitir que, por gloriosos que hayan sido algunos logros de la actividad estatal en Costa Rica y más allá, ningún principio socialdemócrata es suficiente para justificar toda intervención estatal como intrínsecamente virtuosa y justa. Con frecuencia, lo que se ha entendido por socialdemocracia no es más que una defensa sin cortapisas de un estatismo paralizante y hasta antidemocrático. En efecto, no debemos presumir que el control estatal de los medios de producción o de los procesos sociales es equivalente a su control por parte de los ciudadanos. Ya hemos visto muchos casos -incluso en Costa Rica- en que el dominio estatal de un servicio o de una institución no es otra cosa que una coartada para esconder su control por parte de grupos, gremios e intereses minoritarios y mezquinos, qu£ muy poco tienen que ver con los del pueblo costarricenséT"Es urgente entender que control estatal no es lo mismo que control democrático.

Una socialdemocracia moderna entiende que no necesitamos un Estado grande, sino un Estado fuerte, eficiente, bien financiado, capaz de regular el funcionamiento del mercado y sometido al escrutinio permanente de los ciudadanos. Esa socialdemocracia debe admitir que, en muchos casos, es imprescindible rectificar el papel del Estado en Costa Rica, que es necesario liberar al sector privado de las ataduras que durante mucho tiempo lo condenaron a la ineficiencia y que es sano que la iniciativa privada se ocupe de muchas funciones productivas asumidas por el Estado en el pasado. Esa socialdemocracia debe comprender, al mismo tiempo, que es irracional confundir -como lo hace la extrema derecha del Movimiento Libertario- la rectificación del

papel del Estado con una mutilación indiscriminada de sus capacidades, inclusive de aquellas necesarias para llevar a cabo sus funciones básicas, como son la redistribución de la riqueza, el combate contra la pobreza, la integración social, la inversión en capital humano e infraestructura, que el mercado difícilmente puede realizar y que resultan decisivos para el futuro de cualquier país y para el propio funcionamiento del mercado.

Una socialdemocracia moderna comprende que la disciplina macroeconómica, así como el control del gasto público, la deuda pública y la inflación no son el fruto de una delirante conspiración neoliberal. Sabe, más bien, que son un imperativo ante el legado de numerosos episodios de populismo macroeconómico_ que, en toda América Latina, empobrecieron a los más pobres mucho más que cualquier privatización. Quienes, diciéndose socialdemócratas, menosprecian la importancia de la disciplina macroeconómica están negando, por conveniencia o por ignorancia, uno de los componentes básicos del modelo de desarrollo liberacionista posterior a la guerra civil de 1948. La disciplina macroeconómica es vital para cualquier proyecto socialdemócrata, no tanto porque facilite la inversión de los empresarios, sino porque protege el patrimonio de los asalariados y de los más vulnerables económicamente.

Una socialdemocracia moderna es la que tiene la capacidad de reflexionar acerca de la relación existente entre crecimiento económico y redistribución, y de rechazar la existencia de una dicotomía entre ambos términos. Es preciso entender quersTBíen es necesaria la solidaridad para corregir el rezago social de muchos costarricenses, esa solidaridad tiene un costo económico significativo, que ha de cubrirse mediante una mayor eficiencia económica y un mayor crecimiento. Ningún experimento de redistribución de riqueza que haya marginado esta verdad ha conducido a otra cosa que no sea hiperinflación, inestabilidad política y, eventualmente, mayor empobrecimiento y más frustración de quienes menos tienen. Pero también es preciso entender que la mistificación del crecimiento económico y su elevación como fin de toda la política económica son acciones equivocadas desde el punto de vista ético y miopes desde el punto de vista político. En el pasado hemos tenido numerosos ciclos de crecimiento económico en América Latina, milagros económicos de todo signo y duración que, con contadas excepciones, no hicieron sino agudizar la pobreza, el desempleo y la mala distribución de la riqueza. Es hora de reconocer, por fin, que el crecimiento económico no genera, por sí mismo, una mayor justicia social y que el goteo de

beneficios económicos, tan defendido por los economistas conservadores, es demasiado escaso como para calmar una sed de justicia social arrastrada por muchos años.

Una socialdemocracia moderna es la que entiende que es necesario revisar nuestro ideario porque el mundo cambió. La revolución tecnológica y el proceso de globalización están modificando aceleradamente la dinámica de las relaciones económicas y políticas en el mundo. El asombroso cambio de las tecnologías de la información y la comunicación, la creciente interdependencia que define las relaciones económicas contemporáneas, la multiplicación y la aceleración de los flujos de inversión, la irrupción de China como potencia económica, la constitución de grandes bloques políticos y económicos en el mundo -en particular la Europa de los veinticinco- son solo algunas de las tendencias que definen el mundo en que vivimos. Todas ellas producen graves dislocaciones y generan tantas oportunidades como peligros. Es crucial entender que esas tendencias están aquí para quedarse y que Costa Rica, por su pequeñez, no tiene ninguna posibilidad de cambiarlasydebe, por lo tanto, encontrar la mejor manera de adaptarse a ellas. Eso no es sumisión, ni falta de amor a la patria: es el más elemental realismo. Debemos admitir que, frente a esas tendencias, algunos de nuestros instrumentos tradicionales de acción política, como el proteccionismo comercial o los monopolios estatales en algunos sectores excepcionalmente dinámicos, se han vuelto obsoletos.

El reto que tenemos es, entonces, hacer que Liberación Nacional, al igual que casi todos los partidos socialdemócratas del mundo, se mire críticamente a sí mismo y se muestre capaz de abrazar una socialdemocracia moderna, flexible y abierta al cambio; capaz de navegar entre las aguas del populismo de izquierda y el fundamentalismo de la extrema derecha libertaria. Si bien es cierto que en la lucha política es vital conservar el apego a los ideales, es igualmente imprescindible mantener una prudente flexibilidad respecto de los caminos que pueden conducirnos a esos ideales. Entendamos que ningún catecismo ideológico, por sofisticado que sea, es capaz de encerrar la inagotable riqueza de la vida. Creemos que están condenados a la irrelevancia los líderes y movimientos políticos que se niegan a reconocer los cambios de la historia y pretenden someterla a categorías inmutables.

Por ventura, como siempre lo entendió don Pepe, la socialdemocracia es un credo flexible, que desconfía de los recetarios programáticos y que, precisamente por ello, ha dado lugar a una

gran variedad de prácticas y estilos políticos para perseguir sus objetivos. La socialdemocracia es una inspiración, no un manual; es una brújula, no una camisa de fuerza. Quienes creen que la defensa a ultranza de las empresas y monopolios estatales es la credencial que define una praxis socialdemócrata, deben entender que han abrazado, a lo sumo, un modelo particular y crecientemente obsoleto de socialdemocracia. Ese ha sido el modelo del Estado en Francia, pero no en Suecia ni en Holanda -dos de los países más socialdemócratas y más equitativos de la Tierra-, donde el Estado tradicionalmente ha sido dueño de muy poco. Deben entender que ese modelo de socialdemocracia no deja espacio para la práctica política de Felipe González, del Nuevo Partido Laborista británico ni del moderno Partido Socialdemócrata alemán. La socialdemocracia que yo defiendo y quiero es la misma de don Pepe: "un sistema económico que produzca con eficiencia y distribuya con justicia".

Costa Rica necesita un liberacionismo que no confunda los fines con los medios, que evolucione junto con los tiempos y que sea capaz de propiciar las reformas que el país requiere para ser cada vez más próspero, equitativo y democrático.

II. LA PRIMERA ADMINISTRACIÓN ARIAS SÁNCHEZ (1986-90)

Seguramente, nada de esto resultará nuevo para los costarricenses. Son estas las ideas que he venido defendiendo durante muchos años y las que guiaron las acciones de la Administración 1986-1990.

Entonces, como ahora, eran grandes los retos que tenía el país, que apenas comenzaba a ponerse en pie -por obra del gobierno liberacionista de don Luis Alberto Monge- tras el descalabro económico del período 1980-1982. Entre muchas otras tareas, era preciso consolidar la recuperación económica, volver a la senda de la creación de empleo y la reducción de la pobreza, atacar el alarmante déficit de vivienda en el país y replantear el modelo económico para que nunca más volviéramos a sufrir una trisis como la experimentada durante la Administración Carazo. Pero todo ello era secundario comparado con la tarea más urgente a la que entonces se enfrentaba el país: la de lograr una solución negociada de las guerras civiles que desangraban a Centroamérica. En los esfuerzos por detener ese torbellino de violencia -al que día a día nos veíamos peligrosamente arrastrados-, Costa Rica se jugó su destino como nunca desde los días de 1856.

Frente al escepticismo de muchos, que dentro y fuera de Costa Rica abogaban por soluciones militares, tuvimos fe en el valor universal de las mejores tradiciones costarricenses. Tuvimos fe en que la razón, la negociación y la democracia prevalecerían sobre la intolerancia, la intransigencia y la fuerza. Y los costarricenses nos creyeron y nos apoyaron. Por haber abrazado la causa de la paz, a pesar de los obstáculos y de presiones extraordinarias, Centroamérica es muy distinta hoy a la de hace veinte años. Si bien persisten enormes problemas, y nuestra gente vive incertidumbres y penurias, no hay en la Centroamérica de hoy una sola madre que vea a su hijo partir hacia la guerra, ni un solo gobierno que no sea fruto de la voluntad democrática de los ciudadanos.

Hace veinte *años* demostramos que el futuro -tanto el de Costa Rica como el de Centroamérica- no está escrito en ninguna parte: es tan solo el resultado de las decisiones que tomemos, de las causas que abracemos y del coraje que mostremos hoy. Y también hace veinte años probamos que la soberanía no se defiende repitiendo consignas y acusando de vendepatrias a los adversarios, sino mostrando con acciones que los costarricenses y los centroamericanos somos capaces de labrar, nosotros mismos, un sitio respetable en el mundo para nuestra nacionalidad. Eso fue lo que hicimos hace veinte años. Quienes participamos en este movimiento no aceptamos lecciones de soberanía de parte de nadie.

Con el mismo valor con que buscamos y logramos la paz en Centroamérica, emprendimos en la Administración Arias Sánchez un esfuerzo visionario para replantear el modelo de desarrollo costarricense, un esfuerzo hecho posible por el éxito del programa de estabilización económica de la Administración Monge. Es indiscutible que muchas décadas de amplia intervención estatal en la economía le permitieron a Costa Rica, aunque algunos prefieran olvidarlo, logros importantes de crecimiento y modernización económica. Pero ese intervencionismo también contribuyó a crear sectores productivos protegidos e ineficientes, aparatos estatales hipertrofiados y corruptos, y facilitó la proliferación descontrolada de grupos de presión en permanente búsqueda del favor de la burocracia. Quienes, aún hoy, insisten en defender todo gasto y toda intervención estatal, por irracional que sea, deben entender que un Estado ineficiente y endeudado no sirve ni siquiera para hacer estatismo. Esto debió habérnoslo enseñado, entre muchas otras cosas, la fallida experiencia de CODESA, los gigantescos abusos que se produjeron en el Consejo Nacional de Producción en nombre

de la soberanía alimentaria, y las catastróficas consecuencias sufridas en el período 1980-1982, como resultado directo del menosprecio de los equilibrios macroeconómicos.

La Administración 1986-1990 comprendió que la crisis de principios de la década de 1980 sólo podía ser atribuida parcialmente a la ineptitud de la Administración Carazo o a una mala coyuntura económica. Lo sucedido en Costa Rica constituye un libro de texto sobre los graves desequilibrios económicos acaecidos durante décadas por el modelo de industrialización sustentado en la sustitución de importaciones, y por un crecimiento desmesurado del Estado costarricense. Comprendimos que insistir en un modelo económico proteccionista, cuyas fuentes fundamentales de dinamismo fueran el diminuto mercado interno de Costa Rica y las exportaciones de un reducido número de productos, era simplemente invitar a la siguiente gran recesión económica. Comprendimos que si Costa Rica quería tener un futuro en la economía internacional, no tenía otra opción que replantear muchas de las funciones asumidas por el Estado y muchos de sus instrumentos de política pública, que conspiraban contra la eficiencia y la flexibilidad de la economía costarricense. Comprendimos que el país debía abrir gradualmente su economía a la competencia internacional, perseguir una acuciosa estrategia de promoción de las exportaciones, incentivar la participación privada en algunas áreas cruciales de la economía -especialmente el sector financiero-, reformar profundamente el Estado costarricense y, al mismo tiempo, renegociar los términos de la enorme deuda externa provocada por el modelo anterior.

Nada de eso tuvo origen en la intención de aplicar un recetario ideológico determinado. Fue, más bien, el resultado de que, independientemente de sus méritos en muchos aspectos, el modelo de sustitución de importaciones, caracterizado por un elevado proteccionismo arancelario, no era económicamente sostenible. En efecto, el ajuste económico hecho por las administraciones liberacionistas de la década de 1980 se hizo gradualmente, sin extremismos, a la costarricense, preservando y, en la medida de lo posible, profundizando las políticas sociales.

¿Fue perfecto ese ajuste? No, ninguna obra humana lo es. Pero incuestionablemente tuvo éxito y puso al país en la senda correcta. Para el final de la Administración 1986-1990, la economía costarricense había recuperado su dinamismo pues el crecimiento económico promedio fue del 5%. Las exportaciones habían crecido en cantidad y en variedad, y la pobreza había descendido sustancial-

mente. Además, la deuda externa se redujo espectacularmente en más de mil millones de dólares, en virtud de una exitosa renegociación con los acreedores internacionales.

Todo eso lo logramos mientras les abríamos espacios a las mujeres costarricenses en la política y en la vida social mediante la *Ley de igualdad real*; mientras facilitábamos el acceso a una vivienda digna para miles y miles de familias costarricenses; mientras sustituíamos las inveteradas prácticas del amiguismo político por la meritocracia y por el afán de traer al Gobierno a los más capaces y a los más honestos; mientras llevábamos laboratorios de cómputo a muchas escuelas rurales y de zonas marginales; mientras creábamos colegios científicos; y mientras, calladamente, librábamos una lucha implacable contra la corrupción. En efecto, los costarricenses recuerdan todavía a la Administración Arias Sánchez por sus logros y no por escándalo alguno de corrupción. Esto no es casual: personalmente separé de su cargo a todo aquel jerarca público sobre el que pesaran cuestionamientos fundados de tipo ético.

Me siento muy orgulloso de lo que logramos en cuatro años con el apoyo de los costarricenses: una política exterior digna y a tono con nuestras mejores tradiciones, una economía más dinámica, un Estado más eficiente, mayor integración social, más meritocracia y menos corrupción. Pero, sobre todo, logramos que los costarricenses vieran el futuro con esperanza, que entendieran que era posible para un país pequeño fijarse metas elevadas, que creyeran que, en efecto, Costa Rica era capaz de llegar a ser, en un día no muy lejano, el primer país desarrollado de América Latina. Ese es el camino que nos toca recuperar hoy: el camino del futuro.

III. EL CAMINO HACIA EL 2021

Hace casi diez años, en un acto organizado por la Universidad de Costa Rica en el Teatro Nacional, señalé:

> *"Gobernar no es dar órdenes. Gobernar es educar, orientar, guiar, comunicar. Gobernar es señalar caminos. Pero, sobre todo, es proponer metas y destinos. En el transcurso de la campaña electoral de 1985, mientras le leía a mi hija Sylvia "Alicia en el País de las Maravillas ', descubrí la sabiduría de aquel pasaje en el que Alicia le pide al gato Cheshire indicaciones sobre el camino que debe seguir. El gato replica que eso depende de adonde quiere ella llegar. Y ante la evidencia de que Alicia no sabe adonde se dirige, el gato sentencia: En ese caso, no importa cuál camino tomes.*

Como Alicia, el pueblo de Costa Rica debe definir sus metas para que su camino no sea una sempiterna encrucijada. Sugiero que ha llegado la hora de iniciar un debate nacional que le permita al pueblo costarricense, en su conjunto, señalar cómo es la Costa Rica que queremos para el siglo XXI, cuáles son nuestros grandes problemas y con qué prioridad se deben resolver

Han pasado diez años desde entonces y muy poco ha cambiado. Son muchos los déficit que acumula Costa Rica, pero ninguno es tan serio como el déficit de rumbo y de dirección. Si hemos de llegar a tiempo a la cita del bicentenario de nuestra independencia, lo que no hemos resuelto en los pasados diez años, debemos resolverlo en los próximos cuatro. Lo que no podemos hacer es seguir vagando sin norte, discutiendo interminablemente entre nosotros, persiguiendo el espejismo de la unanimidad, consumiendo lo mejor de nuestros días y nuestros esfuerzos como si el tiempo no existiera, como si la marcha de la historia se hubiese detenido a esperar a que la pequeña Costa Rica decida algún día levar anclas.

Los convoco a que empecemos a navegar ya, a que enrumbemos la proa hacia el 2021 acometiendo ocho tareas básicas, ocho nuevos peldaños:

1. Luchar contra la corrupción

Ninguna tarea es más urgente en Costa Rica que la de lograr que el pueblo recupere su fe en las instituciones democráticas, en los partidos políticos y en sus dirigentes.

Erosionada por muchos años, en los últimos meses esa confianza ha sufrido terribles golpes derivados de escándalos de corrupción de una gravedad insospechada e inédita. La corrupción ofende a los ciudadanos, empobrece a los pueblos y subvierte la democracia.

La corrupción no consiste únicamente en utilizar el poder político para el enriquecimiento personal. La corrupción es mucho más que la colusión entre servidores públicos y empresarios, o entre servidores públicos y delincuentes, para sacar ventajas ilegales o moralmente cuestionables. Hay otras vertientes de la corrupción que no están expuestas a la sanción legal y no siempre se someten al escrutinio de la opinión pública.

Hay corrupción en la renuncia de los gobernantes y de los dirigentes políticos a ejercer la función educativa que les corresponde en una democracia. El doble lenguaje, el decir de los gobernados solo lo que estos quieren oír, el no llamar por mero cálculo

electoral las cosas por su nombre, son prácticas que corrompen y degradan a los individuos, las sociedades y al sistema democrático.

Es corrupción interpretar que una carrera política es exitosa sólo si siempre se ganan las elecciones, aunque para ello haya que ocultar la verdad o reservarla para el momento electoralmente oportuno, sin que importen las consecuencias del ocultamiento. Es corrupción olvidar que la participación en política o en el gobierno exige preparación, desprendimiento, voluntad de servir a los demás y congruencia entre lo que se predica y lo que se practica, entre la palabra y la acción. Hay corrupción en el político o el gobernante que confunde sus intereses personales con los intereses del Estado y de la sociedad. Hay corrupción cuando los gobernantes y la clase política utilizan el reparto de privilegios y canonjías para despojar a los partidos políticos, así como a otras organizaciones civiles, de sus principios éticos y de su fortaleza intelectual.

Hemos sufrido incesantemente en Costa Rica de cada uno de estos tipos de corrupción. Por ello, no es sorprendente que nuestro sistema político recoja ahora una cosecha de falta de credibilidad.

Es urgente dar un rumbo ético a la política y al gobierno. Es urgente convencer de nuevo a los costarricenses de que en esta desafortunada noche que nos ha tocado vivir no todos los políticos son iguales y no todos los servidores públicos son inescrupulosos.

Combatir la corrupción será, pues, mi primera prioridad. Como siempre lo he hecho, durante esta campaña les hablaré a los costarricenses con respeto y sin ambages, sin ocultar nunca mis opiniones. No conozco otra forma de hacer política. Para bien o para mal, siempre digo lo que pienso y hago lo que digo. Exigiré de mis colaboradores las más altas normas de comportamiento ético y, como fue el caso en mi primera Administración, separaré de su cargo a todo aquel servidor público sobre el que pesen sospechas fundadas de corrupción.

Asimismo, me comprometo a continuar con la reforma y la tecnificación del Poder Judicial, como un elemento esencial y prioritario de la reforma del Estado costarricense. También me comprometo a fortalecer y dotar de más recursos a la Contraloría General de la República; y a simplificar y hacer más diáfanos los procedimientos de contratación y licitación del Estado, que se han convertido en una permanente fuente de negociados inconfesables. Sobre todo, exigiré una cultura de rectitud por parte de las instituciones públicas y sus jerarcas, que haga uso de los

poderosos mecanismos de divulgación de información que existen hoy mediante internet.

2. *Luchar contra la pobreza y la desigualdad*

Nuestra generación es la primera en la historia de la humanidad que tiene la posibilidad material de eliminar la pobreza. Eso es un enorme privilegio tanto como una responsabilidad. Es tiempo de que, como sociedad, partamos de la premisa de que la pobreza -cualquiera que sea su magnitud— es tan éticamente inaceptable como la esclavitud. Como costarricense, como cristiano y como socialdemócrata la reducción de la pobreza en Costa Rica es para mí un deber ineludible e impostergable. Es ofensivo que más de 800.000 compatriotas no tengan hoy la capacidad necesaria para satisfacer sus necesidades básicas. Esa es, acaso, la prueba más contundente de que algo tiene que cambiar en nuestro país. Quienes obcecadamente se oponen a toda reforma económica, deben entender que se están aferrando a un statu quo que condena a una de cada cinco familias a la marginalidad; deben entender que la defensa del statu quo tiene muy poco de progresista y mucho de conservadora.

Los niveles actuales de pobreza son una herida en la conciencia ética de nuestra sociedad. Pero también son un pésimo negocio económico, social y político. Un país del tamaño de Costa Rica simplemente no puede darse el lujo de condenar al 20% de su población a sobrevivir en ocupaciones de baja productividad; tampoco tiene posibilidad alguna de proyectarse al futuro si acepta como inevitables la fragmentación social y la inestabilidad política que invariablemente acompañan a los altos niveles de pobreza.

"Una casa dividida contra sí misma no puede mantenerse", advertía Abraham Lincoln. En efecto, si queremos evitar que la casa común que nos legaron nuestros antecesores perezca por la división social, en Liberación Nacional nos toca hoy volver a recorrer los polvorientos caminos de la justicia social con la misma pasión con que debemos recorrer las avenidas cibernéticas del futuro.

Pero tenemos que entender que esos caminos no se construyen en el vacío. Ningún esfuerzo contra la pobreza y la desigualdad puede tener éxito si no somos capaces de asegurar un alto crecimiento económico que, además, sea sostenido. Ese es nuestro primer deber. Pero no es el único. Tan importante como este es el deber de solucionar la perenne crisis fiscal del Estado costarricense para que pueda realizar las inversiones sociales que Costa Rica necesita desesperadamente.

Ha llegado el momento de aceptar que el país tiene pantalones largos. Debemos entender que la carga tributaria que durante décadas nos permitió expandir la red de bienestar a casi toda la población no es suficiente para mejorar el desempeño de nuestras instituciones públicas, que no es posible reducir con ella la brecha entre sus resultados y las expectativas de una población cada vez más educada y consciente de sus derechos. Como proporción de la riqueza generada en el país, la recaudación tributaria en Costa Rica (que equivalía al 13% del PIB en el 2003) es muy inferior a la que muestran en promedio los países desarrollados de la OECD, que en el 2003 era del 37%. Es, incluso, inferior a la de países cuyo nivel de desarrollo humano es similar o más bajo que el nuestro, como Uruguay (15,8%), Chile (17,3%), Honduras (16%), Nicaragua (22,7%). Si no modificamos el sistema tributario, nuestros servicios públicos solo subsistirán a costa de un déficit fiscal y un endeudamiento público insostenibles, que acabarán por ser pagados, en forma de inflación y devaluaciones, por quienes menos tienen.

Estoy seguro de que todos los costarricenses deseamos un futuro con más desarrollo humano y más oportunidades para los habitantes de este país. Pero hay que ser consecuente. No se puede querer el fin sin aceptar también los medios que nos pueden llevar a él. La extrema derecha libertaria, opuesta a una reforma tributaria progresiva en el país, debe explicarnos de dónde saldrán los recursos para educar a las nuevas generaciones de costarricenses -y particularmente a los más pobres- en escuelas y colegios de primer nivel, capaces de cerrar la inmensa brecha educativa que aún nos separa de las naciones desarrolladas. Debe explicarnos cómo haremos para construir los caminos vecinales que Costa Rica requiere para integrarse territorialmente, para mostrar a los turistas sus bellezas naturales y para que nuestros agricultores puedan comercializar sus productos. Debe explicarnos de dónde obtendremos el dinero para fortalecer el reclutamiento y el entrenamiento de una fuerza pública capaz de proteger adecuadamente la seguridad en nuestras calles y de enfrentarse a formas de delincuencia cada vez más sofisticadas. Debe indicarnos de dónde saldrán los recursos para que el país invierta en la investigación, el desarrollo y la adaptación de nuevas tecnologías, sin lo cual quedaremos condenados a formas de producción y exportación con bajo valor agregado. Debe explicarnos cómo haremos para enfrentarnos a la pobreza extrema, la cual nos avergüenza, y que el crecimiento económico por sí solo será incapaz de eliminar.

Nada de esto saldrá de ninguna parte que no sea el bolsillo de los contribuyentes. Y creo que es misión de quienes más tenemos en esta sociedad asegurar que el Estado costarricense pueda cumplir adecuadamente las funciones en las que no puede ni debe ser sustituido por la iniciativa privada; funciones sin las cuales no habrá desarrollo, ni justicia, ni paz en Costa Rica.

Es demagógico afirmar que todas las inversiones necesarias para nuestro desarrollo pueden financiarse si tan solo reducimos los gastos superfluos o corruptos. Yo comparto esa preocupación, y tengo claros los límites de esta acción. En Costa Rica el gasto público admite muy pocos ajustes hacia abajo, a menos que estemos dispuestos a matar de inanición a los servicios públicos más esenciales. Las cifras hablan. Para el año 2004, cerca del 90% del gasto del Gobierno Central correspondió a erogaciones corrientes, compuestas en su inmensa mayoría por partidas muy difícilmente modificables. Me refiero a salarios, pensiones, presupuesto del Poder Judicial, contribuciones a la Caja Costarricense de Seguro Social, Fondo para la Educación Superior Pública y, en especial, el servicio de la deuda pública, que por sí solo absorbió un 50% del gasto total. Únicamente el 9% del presupuesto, equivalente a un magro 2% del PIB, presenta algún grado de flexibilidad, y aún ese porcentaje incluye la cada vez más escasa pero imprescindible inversión pública. Quienes abogan por el control del gasto como solución de todos nuestros problemas fiscales deben, pues, empezar por indicarnos a cuáles maestros debemos despedir o cuáles universidades públicas han de ser clausuradas.

Costa Rica no tendrá un futuro halagüeño si nuestro gasto social no aumenta significativamente en cantidad y calidad. No tendremos desarrollo y tampoco tendremos justicia social. Porque, para efectos de redistribuir riqueza, la posibilidad de hacer gasto social es acaso más importante que la estructura tributaria. Es eso lo que muestra la evidencia de naciones desarrolladas, como el Reino Unido y Suecia. Es más importante aún lo que enseña la experiencia de Costa Rica a partir de 1948. ¿No fue, acaso, durante mucho tiempo, nuestro país capaz de redistribuir riqueza y oportunidades mediante un gasto social marcadamente progresivo, aun en presencia de un sistema tributario anticuado y regresivo? Negarles recursos a nuestras instituciones de servicio social es renunciar a todo lo que hemos hecho bien como país durante el último medio siglo. Y eso no se hará si yo puedo evitarlo.

Como socialdemócrata, he escogido plantar aquí mis ban-

deras. Estoy convencido de que la creación de un Sistema eficiente y progresivo de recaudación y gasto público es vital para nuestro futuro. Creo que ese esfuerzo es una tarea progresista mucho más importante que la preservación de cualquier monopolio estatal.

3. Integrarnos al mundo para crear empleos de calidad

Ni el crecimiento económico, ni la reducción de la pobreza, ni una mayor integración social, ni un Estado adecuadamente financiado serán posibles si no se crean empleos de calidad, bien remunerados y, en la medida de lo posible, con alto valor agregado. Esa tarea es de primordial importancia para asegurar oportunidades crecientes a nuestra juventud, que hoy se enfrenta a la paradoja de estar más preparada que nunca mientras tiene perspectivas de empleo y movilidad social crecientemente inciertas. Para el grupo de población entre 15 y 24 años la tasa de desempleo es hoy considerablemente mayor que para el país en su conjunto.

Para crear puestos de trabajo, no tenemos otro camino que estimular la inversión privada. Y un país como Costa Rica tiene sólo una forma realista de hacerlo: ahondar en su integración con la economía mundial. Esto implica generar mayores y mejores vínculos comerciales con el resto del mundo, abrazar con entusiasmo las oportunidades que ofrece el proceso de apertura comercial iniciado hace ya dos décadas, acelerar la orientación exportadora de la economía, vincular cada vez más unidades productivas a los procesos de exportación y atraer abundantes inversiones extranjeras de calidad, que típicamente ofrecen empleos mejor remunerados que las empresas nacionales. Entendamos que tras la apertura comercial y la vinculación al mercado mundial no yace una perversa agenda imperialista, sino un elemental reconocimiento de las limitaciones de escala que presenta una economía como la costarricense. Quienes porfiadamente se oponen a la apertura comercial y a la globalización deben saber que las pequeñas naciones de Europa Occidental y del Sudeste Asiático -no precisamente los países más pobres e inicuos del mundo- son, ahora y desde hace mucho tiempo, acaso las economías más abiertas del orbe.

Costa Rica tiene una oportunidad extraordinaria para profundizar su integración económica con el mundo y para crear empleos de calidad destinados a la juventud. El Tratado de Libre Comercio entre Centroamérica y los Estados Unidos (TLC) no sólo vendría a consolidar el acceso de nuestros productores al

mercado más grande del mundo -acceso que en el caso de algunos sectores es precario y tentativo-, sino que, además, estimularía un flujo de inversión extranjera y transferencia de tecnología al país, flujo que es indispensable para un mayor desarrollo. Evidentemente, este TLC, como cualquier otro, no ofrece certezas sino oportunidades. Pero un país que deja pasar las oportunidades por miedo a abandonar su situación presente, es un país que está condenado a retroceder. Si queremos un mejor bienestar para nuestra juventud, Costa Rica no puede darse el lujo de volverle la espalda al TLC con Estados Unidos.

Una política comercial exitosa es, sin embargo, mucho más que la que firma acuerdos de libre comercio, por importantes que algunos de ellos puedan ser. Una política comercial exitosa implica también una agenda nacional dirigida a aumentar la competitividad de nuestra economía, tarea en la que las inversionés públicas en capital humano y físico son primordiales. Además, contribuiría a mitigar los efectos nocivos de la apertura comercial sobre algunos sectores rezagados, facilitando con el apoyo estatal su reconversión productiva. La integración económica de Costa Rica con el mundo no supone el abandono de las tareas del Estado en la economía, sino una mutación de sus funciones de acuerdo con el signo de los tiempos.

Es imprescindible que nuestra integración con el mundo la haga todo el país. Para que la integración contribuya efectivamente a lograr un mayor desarrollo humano para cada costarricense, debe ser emprendida como algo más que el proyecto de una minoría competitiva, dispuesta a abandonar a su suerte a los débiles, a quienes poseen una mínima educación y a los enfermos. Antes bien, debe ser entendida como un proyecto nacional que integre a todos los ciudadanos y los prepare adecuadamente para los retos del futuro. El precio de nuestra integración con el mundo no puede ni debe ser la desintegración de nuestra sociedad.

Dar la espalda a la integración económica, regresar al proteccionismo comercial, menospreciar la atracción de inversión extranjera y hacer depender el progreso tecnológico del país de las inversiones que pueda realizar el Estado, constituyen, hoy por hoy, la vía más segura para condenar a Costa Rica al subdesarrollo. Constituyen, también, la forma más segura de desaprovechar el capital humano e institucional que ha acumulado el país en los últimos cincuenta años, que nos permitiría integrarnos con éxito en la economía globalizada, mucho más que como simples proveedores de mano de obra barata.

Estoy convencido de que la línea divisoria entre izquierda y

derecha, entre progreso y reacción, no separará en lo sucesivo a los que defienden la propiedad estatal de los que la adversen, sino a los que tengan una visión cosmopolita de la realidad de los que prefieran aferrarse a atavismos nacionales y prejuicios de campanario. Propiciar el aislamiento de Costa Rica de los grandes fenómenos del mundo moderno es, y seguirá siendo, una causa reaccionaria, como reaccionarios son invariablemente todos los tribalismos, los sectarismos y las patologías étnico-nacionalistas que perversamente parecen acompañar a la globalización.

4. *Educar para el siglo XXI*

. Si aspiramos a que la Costa Rica del futuro pueda competir en un mundo globalizado por algo más que el precio de su mano de obra, el país debe realizar, con urgencia, un esfuerzo masivo para invertir más recursos en la educación pública y para aumentar su calidad. Hoy existe un virtual consenso en afirmar que el nivel educativo es la variable más determinante para predecir la prosperidad económica futura de individuos y naciones. Asimismo, la disparidad de oportunidades educativas es el factor que mayor peso tiene en la generación de las desigualdades sociales. De ser así, los costarricenses hemos desperdiciado años enteros discutiendo, con desesperante minuciosidad, sobre los méritos y carencias de diversas estrategias de desarrollo, mientras le escamoteamos recursos y esfuerzo al más importante de los caminos hacia el bienestar económico.

Pero hay más que bienestar económico futuro involucrado. Es necesario educar para que cada costarricense esté en condiciones de contribuir creativamente al progreso de nuestra sociedad. Es necesario educar para evitar, hasta donde sea posible, que nuestro pueblo sucumba al verbo fácil de los demagogos; para que nuestros ciudadanos conozcan sus derechos y responsabilidades cívicas, reclamando los unos y cumpliendo las otras con plena conciencia de su significado.

Es necesario educar, a fin de que cada habitante de nuestro país no pierda en las miasmas de la ignorancia, la oportunidad de desarrollar su destino único y trascendente; axioma básico que sostiene toda la doctrina de los derechos humanos.

El futuro de Costa Rica depende, más que de cualquier factor, de que nuestra sociedad entienda la urgencia de emprender esta cruzada. Debemos aspirar a invertir al menos el 8% del PIB en educación. Debemos aspirar a aumentar drásticamente las tasas de matrícula en la enseñanza media, que están todavía muy por debajo de lo deseable. Debemos aspirar al mejoramiento del nivel

de enseñanza de la Matemática, de la Informática y del idioma Inglés en nuestras escuelas. Debemos aspirar a que la profesión de educador -una de las más nobles que existen- sea bien remunerada, de manera que nuestro sistema educativo capte mente s cada vez más capaces y con mayor vocación de servicio. Debemos aspirar a que nuestras escuelas públicas se conviertan en oportunidades realmente atractivas para nuestras clases medias, para detener, así, su traslado a entidades del sector privado y la bifurcación de nuestro sistema educativo, lo cual compromete seriamente la integración social futura.

Nuestra clase política debe comprender que estas tareas requieren recursos abundantes, cuya obtención demandará el coraje de tomar decisiones difíciles, como reformar nuestro sistema tributario. Ello será posible sólo si nuestros políticos tienen una visión histórica, si son capaces de ver el futuro mucho más alia de las próximas elecciones. La dirigencia política de Costa Rica debe entender que hoy, más que nunca, gobernar es educar.

5. *Luchar contra la delincuencia y las drogas*

En el curso de la última década, la delincuencia y la violencia en Costa Rica han crecido alarmantemente en cantidad y en intensidad. Costa Rica es hoy, al mismo tiempo, una nación más atemorizada. Nos hemos ido convirtiendo en una sociedad enrejada, cuyos habitantes evitan, por temor, algunas de las más elementales actividades de la vida: temen los trabajadores cuando caminan de noche por las calles al regresar de sus labores diarias; temen las madres cuando sus niños juegan con otros niños en la acera; temen los padres al ver a sus hijos adolescentes crecer y divertirse en una sociedad inundada por las drogas; temen innumerables mujeres aprisionadas en el infernal ciclo de la violencia doméstica; temen, indefensos, miles de niños agredidos por las mismas manos que deberían ofrecerles amor y cobijo. Costa Rica, modelo de paz para el mundo, es hoy luz en la calle y candil en la casa.

No será posible construir una sociedad solidaria en medio del miedo, que hace proliferar las soledades donde reina. Tampoco será posible construir una sociedad más democrática. Como lo demuestra la situación de América Latina, "la región más violenta del mundo", el miedo cotidiano y generalizado invariablemente alimenta el desencanto con el Estado de derecho; agudiza la intolerancia social y la xenofobia; e intensifica los discursos demagógicos y las tentaciones autoritarias. La lucha contra la delincuencia y las drogas es una lucha por la supervivencia de

nuestra democracia y del tejido social que la hace posible. Si no convertimos la seguridad ciudadana en una prioridad de la acción de gobierno, si no comprendemos que asegurar la vigencia de derechos fundamentales (como la integridad física y la protección del patrimonio), es tan importante para una democracia cómo el celebrar elecciones, fracasaremos en todo lo demás.

No es esta una lucha fácil ni de resultados inmediatos. No existe una única causa de la violencia como tampoco hay una única cura para erradicarla. Desconfiemos mucho de los presuntos hombres fuertes que, según nos dicen, conocen la solución fácil a la violencia y que esa solución es siempre la de reprimir más y la de rechazar más al extranjero. Debemos reprimir la delincuencia, pero también prevenirla. Debemos ser duros con la delincuencia, pero mucho más duros aún con las causas de la delincuencia.

La creciente desigualdad económica, el crecimiento anárquico de nuestras ciudades; la proliferación de armas y drogas; las grandes penurias organizativas y presupuestarias de nuestra fuerza pública; la falta de agilidad de nuestros tribunales para juzgar a los delincuentes, son sólo algunos de los factores que es preciso atacar a fin de crear comunidades seguras. Es urgente continuar el valioso esfuerzo de profesionalización de nuestra Policía emprendido por los últimos gobiernos; es urgente perfeccionar su orientación hacia la prevención de la delincuencia, y dotar a esa Policía de muchos más recursos que ahora. Nuestra Policía prácticamente no ha crecido en tres décadas, y eso es inaceptable. Es urgente mejorar los flujos de información entre el Ministerio de Seguridad Pública y el Poder Judicial, cuya incomunicación operativa se traduce en impunidad para los delincuentes. Es urgente continuar con la organización de nuestras comunidades para prevenir la delincuencia y fomentar las relaciones de confianza entre la Policía y la ciudadanía. Es urgente mejorar los mecanismos de denuncia contra la delincuencia y, en particular, contra la agresión doméstica, la forma más cruel de criminalidad porque destruye a la familia, base de nuestra sociedad.

Como a todos los padres y las madres costarricenses, me preocupa profundamente el aumento de las drogas ilícitas en el país, un fenómeno íntimamente ligado a la inseguridad ciudadana. En esto no podemos ceder ni flaquear. Si hemos de atacar la situación de inseguridad en el país, es urgente combatir el narcotráfico. Y no sólo el gran narcotráfico -el que requiere patrullar nuestros mares y nuestros aeropuertos-, sino también, y sobre todo, el pequeño tráfico de drogas, el que ocurre en las esquinas

de nuestros barrios, en los parques de nuestras comunidades, en los bares de moda, en las salidas y en los corredores de nuestros colegios, frecuentemente a la vista y paciencia de las autoridades. Debemos ser implacables con ese tráfico, que es el que tiene el potencial de destruir y corromper a nuestra juventud. Y también es urgente combatir la drogadicción mediante acuciosos programas educativos de prevención y de rehabilitación.

Nada de esto es fácil, pero es posible. Y quizá lo más importante es que comprendamos que no estamos fatalmente condenados a convertirnos en una sociedad más violenta y atemorizada; que comprendamos que, a largo plazo, no son las rejas ni las armas, sino la acción concertada entre Estado y comunidad, lo que puede devolverle la seguridad al pueblo costarricense.

6. *Poner en orden las prioridades del Estado*

Todas las tareas anteriores requieren un Estado eficiente y moderno. Sin embargo, lo que tenemos hoy es un Estado caótico, endeudado, esclerótico y profundamente ineficiente. Los propósitos de reformar el Estado costarricense, hacer más eficientes sus procedimientos y revisar algunas de sus funciones tradicionales, no son producto de una conspiración neoliberal, sino de una constatación muy simple. Es hora de que entendamos que de muy poco nos sirve un Estado capaz de vendernos líneas de teléfono celular, pero incapaz de tapar los huecos en las calles; capaz de vendernos sofisticadas pólizas de seguro en condiciones de monopolio, pero incapaz de poner más policías en nuestras ciudades; capaz de darnos tarjetas de crédito por medio de sus bancos comerciales, pero incapaz de darle a nuestra niñez y a nuestra juventud una educación de primer nivel. Ese es el Estado que tenemos, y estoy convencido de que no es sostenible, ni conveniente, ni progresista, ni justo.

No se trata, entonces, de destruir ni de maniatar al Estado costarricense, sino de poner sus prioridades en orden para que haga bien lo que sólo ese Estado puede hacer. Si ser socialdemócrata implica defender y exigir la presencia de un Estado vigoroso, entonces me temo que quienes defienden el statu quo y se oponen por principio a toda reforma del Estado, simplemente no son socialdemócratas, por más que se empeñen en proclamarlo.

Eso implica que ciertas instituciones y tareas del Estado deben ser fortalecidas a toda costa. Por ejemplo, la provisión de servicios médicos por parte de la Caja Costarricense de Seguro Social, en condiciones de solidaridad social, debe vigorizarse, debe hacerse más intensa y mejor. Igualmente, como ya he dicho,

es necesario mejorar la calidad de nuestro sistema de educación pública, clave de nuestro futuro.

El papel rector del Estado, en éstas y otras muchas materias, no está en discusión. Pero sí lo está en otras. Durante décadas, los monopolios del ICE sobre la telefonía y del INS en materia de seguros esparcieron progreso por el país y cumplieron más que adecuadamente las tareas encomendadas por sus fundadores. ¿Quién no habría de sentir orgullo ante la maravillosa obra del ICE, que lleva electricidad y telefonía a todos los confines de Costa Rica?

Pero es tiempo de reconocer que el mundo cambió y que hoy son otras las necesidades y las posibilidades del país. En un mundo en el que la revolución informática y la globalización económica avanzan cada día más, ya no basta con llevar teléfonos públicos a la zona rural. Si queremos competir internacionalmente, si aspiramos a atraer las inversiones extranjeras que pueden potenciar nuestro desarrollo, si deseamos que el país crezca en forma sostenida y se reduzca nuestro índice de pobreza, necesitamos contar con servicios de calidad mundial, con teléfonos celulares que no enmudezcan, con servicios de Internet confiables y a bajo costo, y con seguros cuyo cobro no sea una pesadilla kafkiana. No encuentro mérito alguno en negarse, por apego emocional o prejuicio ideológico, a que la competencia y la inversión privada coadyuven en el mejoramiento de servicios que, a todas luces, se han vuelto inadecuados para nuestras aspiraciones de desarrollo.

La competencia en los servicios de telecomunicación y de seguros en el país es necesaria. Y también es conveniente. Hasta el más sencillo de los costarricenses sabe que, casi sin excepciones, la competencia es sana y acaba por beneficiar a los consumidores. Esto no es una muestra de irrefrenable optimismo. Es, simplemente, lo que enseña la experiencia reciente del sector bancario, cuya apertura ha beneficiado no solo a los usuarios, sino también a las propias entidades estatales, hoy infinitamente más eficientes que en años anteriores.

Pero esa no es la única razón por la que quiero que haya competencia. Quiero que la haya para estimular en los sectores de telecomunicaciones y seguros la inversión nacional y extranjera que habrá de crear empleos dignos para nuestra juventud. Quiero que haya competencia para que nunca más quede atado el país a las decisiones tecnológicas -buenas o malas, justificadas o interesadas- tomadas por un monopolio. Quiero que haya competencia porque desconfío de los monopolios, tanto públicos como

privados, tanto económicos como políticos, que donde campean hacen proliferar los abusos contra los individuos y hacen florecer la corrupción.

Quiero que haya competencia, pero no cualquier competencia. Lo que defiendo no es un mercado desregulado, en el que el Estado abdique, como lo sueña el fundamentalismo libertario, de sus potestades de control. Es, antes bien, una apertura gradual, regulada y selectiva, bajo la supervisión constante de entidades estatales. Defiendo una apertura sin privatización. No se trata de vender un solo activo estatal. Quienes insisten en afirmar que la ruptura de monopolios es equivalente a la privatización, le mienten cínicamente al pueblo costarricense. Estoy convencido de que, al igual que los bancos estatales, tanto el ICE como el INS ocuparían un lugar privilegiado en un mercado competitivo. Más aún, creo que su presencia es indispensable. Tengo muy claro que los seguros y, sobre todo, las telecomunicaciones, no pueden convertirse en servicios de lujo al alcance de un pequeño círculo y que es misión exclusiva del Estado hacerlos llegar adonde, de otro modo, no llegarían. El ICE debe continuar siendo un instrumento de solidaridad y, por ello, no debe ser subastado.

7. *Recuperar la infraestructura*

Si queremos convertir a Costa Rica en una economía dinámica y competitiva, es urgente que nos enfrentemos al colapso de nuestra infraestructura. La obra vial del país -uno de los logros del modelo liberacionista de desarrollo- se halla hoy en un estado grave de deterioro, largamente acumulado. Nuestras instalaciones portuarias, de las que depende la circulación de la savia de nuestro dinamismo económico, el comercio exterior, se hallan entre las más ineficientes de la región y están en grave peligro de verse reemplazadas en su uso por puertos en países vecinos. Nuestros aeropuertos internacionales siguen siendo insuficientes para satisfacer los requerimientos de las actividades turísticas, que son hoy uno de los motores de nuestro dinamismo económico. La situación de nuestra infraestructura es crítica y conspira contra el desarrollo del país.

Tal vez en ningún otro aspecto se evidencian de modo más claro los efectos de la permanente crisis fiscal del Estado costarricense. Durante décadas hemos hecho un gran esfuerzo nacional por mantener niveles adecuados de gasto social sustentados por una recaudación tributaria insuficiente. En el proceso, la inversión pública en infraestructura ha sido pospuesta y sacrificada. Hoy hemos llegado al límite. Simplemente no es justificable ni sostenible

que nuestros turistas accedan a hoteles de cinco estrellas por carreteras y aeropuertos de una estrella, o que nuestros campesinos se enfrenten a una ordalía cotidiana para llevar a las ciudades los productos de los que depende el sustento de sus familias.

Es crucial entender que el abandono de nuestra infraestructura es tan grave, que no bastaría un gran esfuerzo de inversión pública para recuperar el camino perdido. Si queremos tener en el futuro cercano una infraestructura a tono con los tiempos, no hay otra opción que complementar la inversión pública con la inversión privada. Una vez más, no es éste un prurito ideológico, sino una conclusión impuesta por el realismo más básico. Desechar la utilización del mecanismo de concesión de obra pública simplemente no es una opción para el futuro de Costa Rica, por más dudas que abriguemos sobre su utilización en casos específicos. Es preciso atender esas dudas, someter las concesiones a los controles más estrictos de claridad en su asignación y en su ejecución, así como estudiar, seriamente y sin prejuicios, las experiencias acumuladas por muchos países que, en todo el mundo, han utilizado este instrumento de desarrollo con todo éxito.

Pero también es urgente aumentar la inversión pública en la recuperación de la infraestructura, como los caminos vecinales, en los que no habremos de contar ni con la inversión privada ni con la ayuda internacional. El camino a Bribri de Talamanca, a Palmira de Coto Brus y a Corozalito de Nandayure, del que depende la integración de sus habitantes al mundo y a la modernidad, no pasa por otro lugar que no sea la acción estatal y la solidaridad social. Volver a invertir en infraestructura no es, pues, sólo una forma de integrarnos con el mundo; es, también, un imperativo para mejorar nuestra integración como sociedad en el ámbito interno, para combatir nuestras grandes iniquidades entre regiones, para facilitar y democratizar el acceso de todos los ciudadanos a los servicios del Estado. Para crear, en suma, una sociedad más justa y solidaria.

8. *Ennoblecer nuestra política exterior*

Hace veinte años se escribieron páginas hermosas en la historia de Costa Rica. Escogimos tener una política exterior valiente y honrosa, que no cedió en sus principios a pesar del ímpetu de los vientos en contra. Enfrentados con la guerra, abrazamos la causa de la paz, que es la más costarricense de las causas. Como consecuencia, nos ganamos el respeto del mundo y una cuota de influencia internacional muy superior a nuestro tamaño.

Como en tantos otros aspectos, también en materia de política

exterior el país ha perdido alarmantemente el rumbo. Hoy, cuando sobre el planeta aparecen oscuros nubarrones y más necesario resulta el ejemplo de un país que le ha declarado la paz al mundo, nuestra política exterior ha vuelto a descender a la oscuridad, al anonimato y a la improvisación, cuando no al descrédito. Por no tener ejército, Costa Rica es el país al que más le interesa la existencia de un sistema internacional vigoroso; irónicamente, el Gobierno actual le ha dado su apoyo a decisiones ajenas que comprometen el futuro de la Organización de las Naciones Unidas. Ya es tiempo de que nuestra política exterior vuelva a ser compatible con la vocación pacífica del pueblo costarricense y con la preservación del Derecho Internacional, salvaguarda básica frente a la anarquía en el mundo.

Debemos retomar el liderazgo en la causa por la paz en el mundo y, particularmente, en la lucha contra el comercio de armas y el gasto militar, que destruyen vidas y esperanzas en los países en desarrollo. Debemos decirle al mundo, con toda la autoridad moral de nuestro ejemplo, que no es ético utilizar recursos públicos para financiar anacrónicos aparatos militares mientras millones de seres humanos carecen de acceso a la educación, a la atención médica, a la vivienda y a la alimentación; que es insensato alimentar con balas a los fusiles, mientras se les niegan a hospitales y a escuelas las vendas y los pupitres que desesperadamente necesitan para cumplir su importante labor humanitaria; que, frente a la apabullante evidencia existente, es irracional negar que los recursos dedicados por el mundo subdesarrollado al gasto militar, en el mejor de los casos, han sido dilapidados y, en el peor, han servido sólo para reprimir al pueblo que sufragó esos gastos.

Convocaré a una reunión de líderes mundiales a fin de que se emita el Consenso de Costa Rica, mediante el cual se establezcan mecanismos destinados a condonar deudas y apoyar con recursos financieros internacionales a los países en vías de desarrollo que inviertan cada vez más en salud, educación y en vivienda para su pueblo, y cada vez menos en armas y soldados.

Para eso hay que tener valor y pensar en grande. Para eso es preciso tomar en serio la política exterior, asignarle suficientes recursos y profesionalizarla debidamente. Para eso es necesario estimular en el país estrategias capaces de orientar las decisiones de nuestra diplomacia y de permitir el análisis de las alianzas exteriores y de las modalidades de inserción de Costa Rica en el mundo. Para eso la diplomacia debe concebirse como un poderoso instrumento de proyección de los valores costarricenses y de protección de nuestra seguridad. No debe atribuír-

sele a nuestra diplomacia el carácter de mera herramienta para vender nuestros productos, por muy importante que pueda ser esta función.

Para eso hay que estar conscientes, como solía repetirlo durante mi primera Presidencia, de que no somos una potencia económica ni una potencia militar, pero sí una potencia moral. Para eso hay que estar conscientes de que un país pequeño no tiene por qué ser un país sin imaginación ni visión.

Compatriotas:
Convoco a este esfuerzo para hacer de Costa Rica el primer país desarrollado de América Latina. Los convoco hoy para que lleguemos a tiempo a nuestra cita con la historia en el año 2021. Los convoco a que abracemos la causa de luchar contra la corrupción, de erradicar la pobreza y disminuir la desigualdad, de integrarnos al mundo para crear empleos de calidad, de educar a nuestra niñez para el siglo XXI, de crear una sociedad más segura y solidaria, de recuperar el tiempo perdido en materia de infraestructura, de reformar al Estado para ponerlo al servicio de los ciudadanos y ennoblecer nuestra política exterior, con el mismo espíritu, la misma entrega y la misma pasión con que hace veinte años abrazamos la causa de la paz en Centroamérica. Porque tuvimos éxito en esa lucha, hoy podemos emprender nuevas luchas con nuevos ímpetus y nuevos destinos.

No emprendo este camino solo. Lo emprendo acompañado de todos los que, desde siempre, vivieron, trabajaron y murieron por el sueño de hacer de Costa Rica una sociedad próspera, justa y desarrollada. Me inspiro en ellos, y particularmente en los fundadores del Partido Liberación Nacional. A todos ellos les agradezco que nos hayan legado un país y un pueblo maravillosos, que hacen que esta aventura valga la pena.

Emprendo el camino acompañado de todos aquellos que, en plena moda de la desilusión y la desvinculación, siguen creyendo que hay causas más grandes que nosotros, por las que vale la pena pelear y sufrir.

Emprendo el camino acompañado de todos aquellos que, a pesar de los pesares, siguen blandiendo la esperanza como herramienta y los sueños como estandarte.

De eso se trata: de recuperar la esperanza. Veinte años después, aquí vamos de nuevo y hasta el final. Les pido que me acompañen a recorrer, otra vez, el camino del futuro porque les aseguro que los mejores días de Costa Rica aún están por venir.

UN LUGAR DIGNO BAJO EL SOL[53]

INAUGURACIÓN DE LA SESIÓN PLENARIA DEL V CONGRESO NACIONAL "DANIEL ODUBER QUIRÓS", PARTIDO LIBERACIÓN NACIONAL

Compañeras y compañeros liberacionistas:
Hoy hemos venido aquí a celebrar la finalización de un proceso, el Quinto Congreso del Partido Liberación Nacional, Lie. Daniel Oduber Quirós. Pero en un sentido más fundamental lo que estamos celebrando es la continuación y la proyección hacia el futuro de la aventura que inició José Figueres Ferrer en La Lucha hace ya 57 años, la aventura de alumbrar una Costa Rica democrática, próspera y justa, donde cada ser humano tenga un lugar digno bajo el sol.

Mucho hemos caminado desde entonces y mucho más todavía nos queda por caminar. Hoy rendimos homenaje a los que, como Daniel Oduber, iniciaron esta travesía y nos inspiraron a todos los que estamos aquí a continuarla. Hoy les decimos a ellos y a los jóvenes que habrán de seguir nuestros pasos, que en Libe-

[53] Discurso pronunciado en la inauguración de la Sesión Plenaria del V Congreso Nacional "Daniel Oduber Quirós", Partido Liberación Nacional, 22 de mayo del 2005.

ración Nacional estamos dispuestos a seguir caminando lo que sea necesario, que escalaremos cualquier monte, remontaremos cualquier abismo y beberemos de cualquier cáliz para construir la Costa Rica con la que soñaron los fundadores del partido. Hoy hemos venido a decir que, pésele a quien le pese, hay Liberación para rato.

Pero esta celebración es también un regreso. Hoy Liberación Nacional ha vuelto a ser el partido que piensa, que estudia, que propone y orienta la vida nacional; el partido que Daniel Oduber siempre nos pidió ser. Hoy nuestra memoria lo convoca a este recinto. Fardo y bendición es la memoria para los miembros de la especie humana. Tener memoria es padecer mil veces el dolor, las ausencias y el fracaso. Tener memoria es reincidir mil veces en el placer, las alegrías y las victorias. Tener memoria es, en suma, recibir constantemente la sorpresa de saber que el tiempo puede ser, a la vez, lejanía y proximidad, olvido y remembranza.

Ocurren, por cierto, acontecimientos que, conforme el tiempo pasa, se consolidan en nuestro recuerdo con una intensidad contradictoria con el dicho según el cual "el tiempo cura las heridas".

Pero, del mismo modo, las heridas que siguen abiertas pueden ser el motivo de otros recuerdos de grandeza y de esperanza. Para nosotros, uno de esos acontecimientos, una de esas heridas siempre abiertas, es la desaparición de Daniel Oduber. Su paso por la vida pública de nuestro país es una fuente de gran inspiración. Por eso, es justo que los liberacionistas dediquemos nuestros congresos a quienes tanto nos han dado y siguen dándonos después de su muerte. Así fue con don Chico Orlich. Así fue con doña Matilde Marín. Así fue con don Pepe. Así es hoy con don Daniel Oduber.

Quiero felicitar a don Francisco Antonio Pacheco, como presidente del Partido, y a don Leonardo Garnier, como secretario de planes y programas, por haber hecho posible este regreso a la mejor tradición de Liberación. Le agradezco a Leonardo, en particular, haber dado lo mejor de sí para conducir exitosamente este proceso. Y también le hago llegar mi reconocimiento a los cientos y cientos de liberacionistas de todo el país que participaron en las reuniones que dieron forma al documento que hoy nos convoca. Lo mejor de ese documento es, precisamente, el ser una obra colectiva, que articula la enorme riqueza de pensamiento que alberga Liberación Nacional, que es una de sus virtudes fundamentales como partido. La elaboración de este documento ha sido, estoy seguro, un ejercicio de respeto mutuo, de tolerancia y construcción de consensos, como el que, hoy más que nunca, necesita Costa Rica.

Me siento orgulloso de pertenecer a un partido que es capaz de dialogar inteligente y civilizadamente consigo mismo. Este documento y este acto demuestran que Liberación Nacional sigue siendo una casa de puertas abiertas para los costarricenses de buena fe; demuestran que aquí a nadie se le obliga a irse. Hoy queda claro que quienes se fueron, lo hicieron por otras razones y antes de tiempo. En verdad hubiera preferido que no se fueran, que discutiéramos, como hoy lo vamos a hacer, fervorosa pero respetuosamente bajo la sombra generosa del estandarte que nos cobija. Quiero que sepan que, pese a todo, esta casa sigue siendo su casa, porque es una casa abierta para todos los costarricenses.

Me siento orgulloso de pertenecer a un partido que puede producir un documento de esta calidad. Este documento recoge los principios socialdemócratas que han dado sustento a la obra liberacionista, pero también los adapta admirablemente a los extraordinarios cambios que nos está tocando vivir.

En efecto, quienes formamos parte de este movimiento seguimos creyendo que los seres humanos tienen un destino único y trascendente y, en consecuencia, un conjunto de derechos ina-

lienables, que marcan el límite a la acción legítima del estado.

Seguimos creyendo que esos derechos no se agotan en su promulgación formal, que su ejercicio no puede ser separado de las condiciones materiales en que viven las personas y que la miseria y la exclusión son formas graves de violación de derechos.

Seguimos creyendo en el valor de la igualdad, en el compromiso de que la sociedad asegure a todos los ciudadanos un nivel de vida compatible con su dignidad humana, y les provea acceso universal a ciertos bienes capaces de potenciar sus habilidades.

Seguimos creyendo en una sociedad donde las oportunidades para cada ser humano estén determinadas, como lo decía Martin Luther King, por el contenido de su carácter y no por el sexo, la extracción social o el color de la piel.

Seguimos creyendo que el ejercicio de los derechos sólo tiene lugar y sentido en el marco de una comunidad, y que tan importante como proteger los derechos individuales es proteger los vínculos sociales y comunitarios.

Seguimos creyendo que, junto a los derechos, los seres humanos tienen deberes ineludibles para con sus conciudadanos y para con su entorno social, del cual se nutren todos los días para desarrollar su proyecto de vida.

Seguimos creyendo en el poder de la acción colectiva, de la política y de la democracia para transformar el mundo.

Seguimos creyendo que el tipo de sociedad a la que aspiramos debe ser, en lo fundamental, el producto de decisiones tomadas democráticamente, y no el que emerja del arbitrio de las fuerzas del mercado o de la inercia histórica.

Seguimos creyendo que, aunque el mercado es el mecanismo más eficiente para asignar los recursos en una sociedad, no conduce necesariamente a resultados económica o socialmente óptimos; que es imprescindible contar con un estado fuerte, con suficientes recursos fiscales y jurídicos, capaz de regular el funcionamiento del mercado cuando sea defectuoso y de reducir las desigualdades en la distribución de la riqueza.

Seguimos creyendo que quienes disfrutan de lo superfluo tienen la obligación de contribuir al bienestar económico de quienes carecen de lo esencial.

Seguimos creyendo que el único desarrollo deseable es aquel que no pone en peligro la preservación de los equilibrios ecológicos del planeta ni la posibilidad de las futuras generaciones de disfrutar de un ambiente sano.

Seguimos creyendo que los cambios sociales deben propiciarse gradualmente, sin extremismos y en paz, y que las únicas ar-

mas legítimas para resolver los conflictos, en Costa Rica o en el mundo, son las de la razón, el diálogo y la democracia.

Seguimos teniendo, en fin, la convicción tan costarricense, como socialdemócrata y liberacionista, de que el norte de toda acción pública debe ser la búsqueda del mayor bienestar para el mayor número.

Estos son los principios socialdemócratas que profesa este movimiento, que nos siguen inspirando después de todos estos años. En estos principios va nuestra identidad, que es la de un partido moderado y progresista, tan lejano del populismo retrógrado de la vieja izquierda como del fundamentalismo neoliberal de la extrema derecha.

Nos toca levantar, en condiciones muy distintas, las mismas banderas que izara Don Pepe hace 57 años: la de la lucha contra la corrupción y la de la lucha contra la pobreza. Como lo demuestra la realidad actual del país, esas causas son hoy más importantes que nunca. Nos toca volver a convertir a Liberación Nacional en una caja de resonancia para las aspiraciones de nuestro pueblo y renovar el mensaje liberacionista para ponerlo a tono con los inmensos cambios que está experimentando el mundo. Esa es la única forma de devolverle a Liberación Nacional su más arraigada vocación histórica: la de ser un partido reformista.

De eso se trata este congreso: de demostrar que es posible dar a Costa Rica una socialdemocracia moderna, que sin abdicar de sus principios y objetivos, sea capaz, al mismo tiempo, de revisar críticamente los instrumentos tradicionales de su acción política. Necesitamos, sí, una socialdemocracia que defienda la presencia de un estado vigoroso. Pero también precisamos una socialdemocracia que sea honesta consigo misma y que admita que, por gloriosos que hayan sido algunos logros de la actividad estatal en Costa Rica, ningún principio socialdemócrata alcanza para justificar toda intervención estatal como intrínsecamente virtuosa y justa.

Frecuentemente, lo que hemos entendido por socialdemocracia no es más que una defensa sin cortapisas de un estatismo paralizante y hasta antidemocrático. En efecto, nunca debemos presumir que el control estatal de los medios de producción o de los procesos sociales es equivalente a su control por parte de los ciudadanos. Ya hemos visto muchos casos en que el dominio estatal de un servicio o institución no es otra cosa que una coartada para esconder su control por parte de grupos, gremios e intereses minoritarios y mezquinos, que muy poco tienen que ver con los del pueblo costarricense. Es urgente entender que control estatal no es igual a control democrático.

Una socialdemocracia moderna es la que entiende que no necesitamos un estado grande, sino un estado fuerte, eficiente, bien financiado, capaz de regular el funcionamiento del mercado, y sometido al escrutinio permanente de los ciudadanos. Que admita que, en muchos casos, es imprescindible rectificar el papel del estado en Costa Rica, que es necesario liberar al sector privado de las ataduras que durante mucho tiempo lo condenaron a la ineficiencia y que es sano que la iniciativa privada se ocupe de muchas funciones productivas asumidas por el estado en el pasado. Pero que al mismo tiempo comprenda que es irracional confundir la rectificación del papel del estado con una mutilación indiscriminada de sus capacidades, inclusive de aquellas necesarias para llevar a cabo funciones como la redistribución de la riqueza, el combate a la pobreza, la integración social, la inversión en capital humano e infraestructura, que el mercado difícilmente puede realizar y que resultan decisivas para el futuro de cualquier país y para el propio funcionamiento del mercado.

Una socialdemocracia moderna es la que comprende que la disciplina macroeconómica, el control del gasto público, la deuda pública y la inflación no son el fruto de una delirante conspiración neoliberal, sino el legado de numerosos episodios de populismo macroeconómico en toda América Latina, que empobrecieron a los más pobres mucho más que cualquier privatización. Quienes diciéndose socialdemócratas menosprecian la importancia de la disciplina macroeconómica están negando, por conveniencia o ignorancia, uno de los componentes centrales del modelo de desarrollo liberacionista tras la guerra civil de 1948. La disciplina macroeconómica es vital para cualquier proyecto socialdemócrata, no tanto porque facilite la inversión de los empresarios, sino porque protege el patrimonio de los asalariados y de los más vulnerables económicamente.

Una socialdemocracia moderna es aquella que, como lo sostiene el documento del Congreso, es capaz de repensar la relación entre crecimiento económico y redistribución, y de rechazar de plano una dicotomía entre ambos términos. Debemos entender que si es necesaria la solidaridad para solventar el rezago social de muchos costarricenses, esa solidaridad tiene un costo económico significativo que sólo puede ser cubierto por una mayor eficiencia económica y un mayor crecimiento. Ningún experimento de redistribución de riqueza que haya desconocido esta verdad ha conducido a otra cosa que no sea hiperinflación, inestabilidad política y, eventualmente, un mayor empobrecimiento y frustración de quienes menos tienen.

Pero también es preciso entender que mistificar el crecimiento económico y erigirlo como fin de toda la política económica es equivocado desde el punto de vista ético y miope desde el punto de vista político. A fin de cuentas, hemos tenido numerosos ciclos de crecimiento económico en América Latina en el pasado, milagros económicos de todo signo y duración, que con contadas excepciones no hicieron más que agudizar la pobreza, el desempleo y la mala distribución de la riqueza. Yo también creo, como lo dice el documento, que el crecimiento económico no genera, por sí mismo, una mayor justicia social y que el goteo de beneficios económicos, tan defendido por los economistas conservadores, es demasiado poco para calmar una sed de justicia social arrastrada desde hace mucho.

Una socialdemocracia moderna es la que entiende que es necesario revisar nuestro ideario porque el mundo cambió. La revolución tecnológica y el proceso de globalización están modificando aceleradamente la dinámica de las relaciones económicas y políticas en el mundo. El asombroso cambio de las tecnologías de la información y la comunicación, la creciente interdependencia que define a las relaciones económicas contemporáneas, la multiplicación y aceleración de los flujos de inversión, la irrupción de China como una potencia económica, la constitución de grandes bloques políticos y económicos en el mundo son sólo algunas de las tendencias que definen el mundo en que vivimos. Todas ellas producen enormes dislocaciones y generan tanto oportunidades como amenazas. Es crucial entender que esas tendencias están aquí para quedarse y que Costa Rica, por su pequeñez, no tiene ninguna posibilidad de cambiarlas y debe, por ello, encontrar la mejor manera de adaptarse a ellas. Eso no es sumisión, ni falta de amor a la patria: es el más elemental realismo. Debemos admitir que, frente a esas tendencias, algunos de nuestros instrumentos tradicionales de acción política se han tornado obsoletos.

El reto que tenemos, pues, es el de hacer que Liberación Nacional, al igual que casi todos los partidos socialdemócratas del mundo, se mire críticamente a sí mismo y se muestre capaz de abrazar una socialdemocracia moderna y abierta al cambio, capaz de navegar entre las aguas del populismo de izquierda y el fundamentalismo de la extrema derecha libertaria. Si es cierto que en la lucha política es vital conservar el apego a los ideales, es igualmente imprescindible mantener una cierta flexibilidad respecto de los caminos que pueden conducirnos a esos ideales. Entendamos que ningún catecismo ideológico, por sofisticado que sea, es capaz de encerrar la inagotable riqueza de la vida, y que

aquellos líderes y movimientos políticos que se niegan a reconocer los cambios de la historia y buscan someterla a categorías inmutables, están condenados a la irrelevancia.

Costa Rica necesita un liberacionismo que tenga un norte ideológico, pero que no confunda los fines con los medios, que evolucione junto con los tiempos y que sea capaz de propiciar las reformas que el país requiere para ser cada vez más próspero, equitativo y democrático.

Y también necesita un liberacionismo que recupere el signo de su verdadera grandeza: su vocación de pensar y de actuar como gobierno. Ese es el papel que siempre tuvimos históricamente y que hoy nos toca recuperar: el de ser el partido natural de gobierno en Costa Rica.

Eso nos obliga a tener una dosis de pragmatismo y una enorme capacidad para transigir, para negociar, para tolerar y para coincidir con nuestros adversarios. Quien no tenga esa capacidad -hoy perdida en un desierto de negatividad y en la delectación con las pequeñas diferencias— no podrá gobernar a Costa Rica.

Lo que les digo, compañeras y compañeros, es que para caminar hacia un destino es imprescindible tener mapas, pero los mapas no son iguales a la realidad y es con esta realidad con la que deben contender los partidos que gobiernan. Hagamos nuestra la hermosa frase del pensador polaco Adam Michnik: "La democracia necesita don Quijotes de la ética de los fines últimos y Sanchos Panza de la ética de la responsabilidad". Hoy nos toca ser Quijotes, pero dentro de un año, para gobernar, una parte de nosotros deberá asumir para sí la naturaleza de Sancho y la ética de lo posible.

Por necesaria que sea la ideología como instrumento para interpretar la realidad y para orientar la acción política, no cometamos nunca el error de convertirla en un fetiche o en un fin en sí mismo. Ninguna proclama ideológica, por hermosa o inspiradora que sea, le ha llenado nunca el estómago a ningún compatriota pobre. Puestos a escoger entre la fidelidad a un catecismo ideológico y los logros concretos de bienestar para el pueblo costarricense, siempre debemos escoger esto último.

Mucho más importante que ser identificados con tal o cual tendencia de la socialdemocracia es que se nos identifique como el partido que erradica la pobreza, que reduce la desigualdad, que combate la corrupción, que crea empleos de calidad, que abre oportunidades a los jóvenes y nuevos espacios de participación a las mujeres; el partido, en suma, que pone a Costa Rica a caminar de nuevo.

La medida del éxito de Liberación Nacional no estará en la calificación que nos den los historiadores y los politólogos por haber guardado fidelidad a las minucias de un recetario ideológico, sino en la medida en que convenzamos al país, con hechos y no con palabras, que un futuro distinto y mejor es posible, y que no estamos condenados a la infinita repetición del presente.

Ese y no otro es el espíritu del 48. Hacia el final de sus días, decía don Pepe: "La revolución no ha terminado. Es la revolución constructiva que no se hace con frases rígidas de ideologías. Se hace con ideas que generan planes de progreso real, por modestos que sean; con el libro bajo el brazo, con la herramienta en la mano y con la inspiradora mística en el corazón".

Compañeras y compañeros liberacionistas:

Me siento orgulloso de pertenecer a un partido que tiene la gallardía de tomar conciencia de los errores cometidos y de emprender un nuevo camino de rectificaciones. En efecto, como lo dice el documento, ha habido sombras en nuestra trayectoria luminosa y nos toca dar una disculpa al pueblo costarricense.

Pero entendamos que sólo puede dar disculpas quien tiene tras de sí una historia gloriosa y una montaña de logros ante las cuales debe responder. No puede dar disculpas, en cambio, quien cultiva la mediocridad, quien sistemáticamente ha desgobernado al país y lo ha dejado sumido en una crisis política. Y mucho menos puede darlas quien nunca ha corrido riesgos y tomado decisiones desde el gobierno, quien nunca ha hecho otra cosa que refugiarse en la trinchera cómoda de la pura contestación, en el foso de la denuncia y del no se puede. Ese nunca tendrá que pedir disculpas, porque nunca habrá hecho nada por este país.

Y de eso se trata: de hacer algo por el país, de vencer al inmovilismo, a la atonía, al afán de bloquearlo todo, a la cultura del no. Se trata de convencer a todos los partidos políticos y grupos sociales de que debemos retornar a la sensatez y al diálogo con un espíritu constructivo, tolerante y respetuoso, y con la conciencia de que ninguno de nosotros tiene el monopolio de la verdad y del patriotismo. Aceptar esto requiere coraje, sabiduría y humildad. Es infinitamente más fácil, pero también más destructivo, aferrarse a posiciones extremas. Eso no demanda talento alguno, más que el de decir no.

Nos toca convertir a Liberación Nacional en el partido del sí. Este documento es un gran paso en esa dirección. Nos toca contagiar a Costa Rica de la idea de que sí es posible volver a pensar en grande; de que sí es posible construir un país mejor, en el que

todos podamos crear y crecer; de que a los errores del pasado y a los problemas del presente sólo cabe responder con la voluntad de ser mejores, de ir más lejos y volar más alto.

Hoy Liberación Nacional, con este documento, ha puesto su proa, que es la proa de Costa Rica, hacia el futuro. Le ha dicho al país que nuestra tarea no es detener las manecillas del reloj mientras el tiempo y el mundo siguen inexorablemente su marcha. Yo no quiero -como no lo querría José Figueres, ni Daniel Oduber, ni ningún liberacionista— a un Liberación Nacional y un país iguales a los del pasado, sino mejores, siempre mejores. Aspiro a militar en un partido y a vivir en un país que crean que la vida está hacia adelante y no hacia atrás, que nuestros mejores días aún están por venir, y que, como decía un hermoso verso del poeta turco Nazim Hikmet, la ciudad más hermosa es la que nuestros ojos todavía no conocen.

Muchas gracias.

¡Sí COSTA RICA! [54]

ACEPTACIÓN DE LA CANDIDATURA A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA POR EL PARTIDO LIBERACIÓN NACIONAL

Empiezo por darle un saludo a la Madre Tierra, hoy 5 de junio, Día Mundial del Medio Ambiente. Y al decir esto pienso que, en verdad, si no hacemos un esfuerzo por preservar los equilibrios de la naturaleza, nada de lo que aquí digamos o prometamos para el futuro tiene el menor sentido o la menor viabilidad. Así, pues, ¡feliz día, Madre Tierra!

Compañeras y compañeros liberacionistas:

Vengo ante ustedes a decir sí. Vengo a decirle sí a mi partido. Acepto representar, con lo mejor de mis fuerzas, mis conocimientos y mis convicciones, a 54 años de historia que han producido la obra política más grande que conozca este país. Acepto la responsabilidad de llevar el estandarte verde y blanco de nuevo a la victoria, de regresarlo a la cima, de plantarlo una vez más en el jardín de nuestros mejores sueños y en el corazón de nuestra mejor gente. Acepto emocionado la candidatura del Partido Liberación Nacional.

Vengo a decirles sí a quienes me han ayudado en este camino, \ que apenas empieza. A quienes con una fe y una generosidad

[54] Discurso pronunciado en la aceptación de la candidatura a la Presidencia de la República por el Partido Liberación Nacional, 5 de junio del 2005.

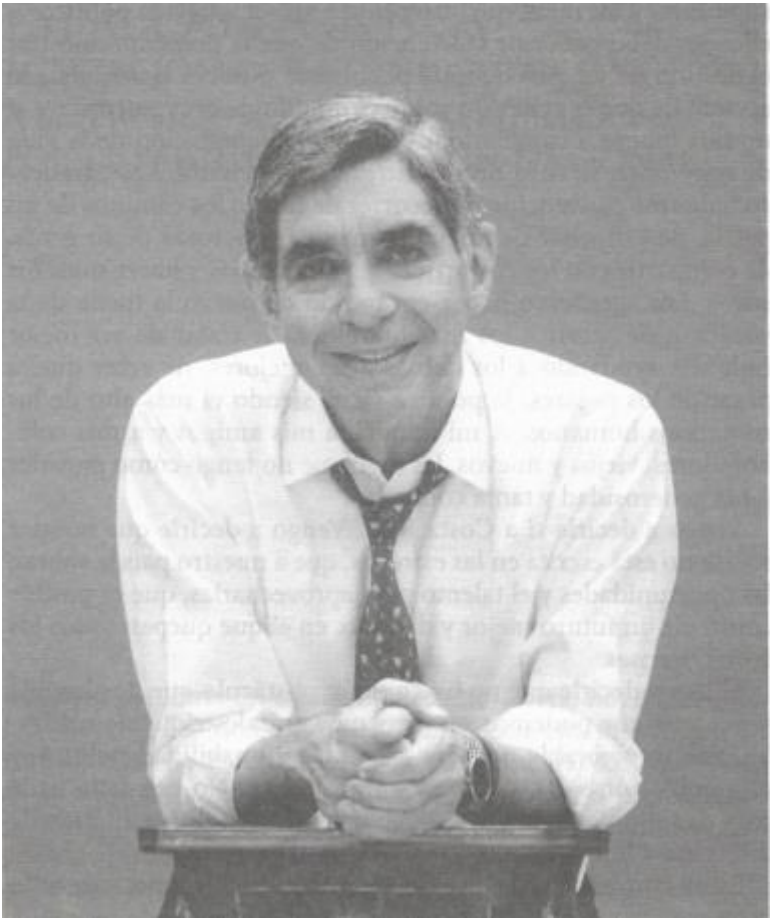
superiores a las mías, me inspiraron a volver a la vida política. A ellos les debo haberme convencido de que la preocupación por el destino de mi país de muy poco sirve si no va aparejada a la acción, de que la reflexión sobre el mundo de muy poco sirve si no nos mueve a cambiarlo, de que la contemplación de la vida de muy poco sirve si no nos atrevemos a vivirla. Les agradezco haberme convencido de recorrer de nuevo los caminos de mi patria, de estrechar de nuevo las manos generosas de su gente, de compartir con los costarricenses mis sueños y hacer míos los suyos. Les agradezco haber encendido de nuevo la llama de la vocación de servir a los más humildes, de tratar de ser mejor cada día ayudando a los demás a ser mejores, de creer que, a pesar de los pesares, la política sigue siendo el más alto de los cometidos humanos. A mi familia, a mis amigos y a mis colaboradores, viejos y nuevos, les digo que no tengo cómo pagarles tanta generosidad y tanta confianza.

Vengo a decirle sí a Costa Rica. Vengo a decirle que nuestra suerte no está escrita en las estrellas, que a nuestro país le sobran las oportunidades y el talento para aprovecharlas, que es posible construir un futuro mejor y distinto, en el que quepan todos los costarricenses.

Vengo a decirle que no hay ningún obstáculo que nos impida ser el país que podemos ser. Tenemos grandes riquezas naturales, una inmejorable posición geográfica, estabilidad política, y una población sana, educada y trabajadora. No nos falta nada para dar el salto al desarrollo, salvo voluntad política, sentido de dirección y liderazgo.

Estoy convencido de que Costa Rica puede llegar donde se lo proponga, pero primero tiene que saber hacia dónde quiere ir. Estoy convencido de que Costa Rica puede llegar a ser el primer país desarrollado de América Latina, pero primero tiene que pensar en grande. Para que un país pequeño en territorio y población aspire a la prosperidad, debe pensar en grande.

Vengo a pedirles a todos los costarricenses -hombres y mujeres, jóvenes y viejos, liberacionistas y no liberacionistas— que me acompañen a abrir las alamedas que nos pueden conducir a un futuro digno de nuestra historia. Esos caminos no se abrirán solos, ni se abrirán rápido, ni los abrirá un solo par de brazos. Es preciso abandonar la ilusión de que el navio del desarrollo llegará un día por azar a nuestras costas, como por azar, sin pedirlo, de la mano de una tropa de gitanos llegó un día el hielo a Macondo.



Los sueños fáciles no son más que espejismos. Uno de los grandes pensadores de nuestra América Latina, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, decía: "No es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sobre la tierra sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, de innumerables hombres modestos".

En efecto, al igual que hace 20 años, yo no ofrezco pan, sino levadura. No ofrezco un destino, sino un camino. No ofrezco llevar a Costa Rica a ninguna tierra prometida. Lo que ofrezco es ponerla a caminar de nuevo.

Les ofrezco caminar hacia el futuro luchando contra la pobreza y la desigualdad. Como lo hemos venido diciendo, es ofensivo

que más de 800.000 compatriotas no puedan hoy satisfacer sus necesidades básicas. Es tiempo de que, como sociedad, partamos de la premisa de que la pobreza -cualquiera que sea su magnitud— ha dejado de ser éticamente aceptable, al igual que la esclavitud. Para que Costa Rica sea la patria de cada uno de nosotros, Costa Rica tiene que ser la patria de todos.

Ningún esfuerzo contra la pobreza y la desigualdad puede tener éxito si no somos capaces de asegurar un alto crecimiento económico que, además, sea sostenido. Ese es nuestro primer deber. Pero no es el único. Costa Rica no podrá caminar hacia el futuro si nuestro gasto social no aumenta significativamente en cantidad y calidad. De no ser así, no tendremos desarrollo y tampoco tendremos justicia social. Estoy convencido de que la creación de un sistema eficiente y progresivo de recaudación y gasto público es vital para nuestro porvenir.

Les ofrezco caminar hacia el futuro creando empleos de calidad para nuestra juventud. Para ello es necesario fortalecer nuestra integración económica con el mundo, tener una política de educación general que mantenga a nuestros jóvenes en las aulas hasta los 17 años, y programas de capacitación para el trabajo que permitan crear empleos de calidad y bien remunerados.

Debemos incorporar a sectores cada vez más amplios de la población en el esfuerzo de generación de inversiones, de innovación productiva y de inserción en la economía mundial. Debemos promover los encadenamientos productivos necesarios para que el resto de los sectores y regiones se incorporen a esa nueva dinámica de mayor productividad y mayor valor agregado.

Debemos poner en práctica una política que estimule y facilite el desarrollo de las pequeñas y medianas empresas, así como fortalecer un sistema nacional para la innovación tecnológica y científica. Como país, en un período de 8 años, debemos llegar a invertir en la investigación y el desarrollo, al menos, el 2% del Producto Interno Bruto, esto es, 5 veces más que la inversión actual.

Debemos continuar con una política comercial agresiva, que consista en mucho más que la firma de acuerdos de libre comercio, por importantes que ellos puedan ser. Una política comercial exitosa implica también una agenda nacional dirigida a aumentar la competitividad de nuestra economía, a incrementar las inversiones públicas en capital humano y físico, y a mitigar los efectos nocivos de la apertura comercial sobre algunos sectores vulnerables, facilitando con el apoyo estatal su reconversión productiva. Nuestra integración con el mundo debe ser entendida como un proyecto nacional que integre a todos los ciudadanos y

los prepare adecuadamente para los retos del mañana. El precio de nuestra integración con el mundo no puede ni debe ser la desintegración de nuestra sociedad.

Les ofrezco caminar hacia el futuro haciendo una profunda reforma educativa. Vamos a hacer lo que sea necesario para invertir al menos el 8% del Producto Interno Bruto en la educación; para aumentar drásticamente las tasas de matrícula en la educación secundaria; para crear un sistema de subsidios a las familias más necesitadas que evite que nuestros jóvenes abandonen las aulas antes de los 17 años; para mejorar sensiblemente el nivel de enseñanza de la Matemática, de la Informática y del idioma inglés en nuestras escuelas; para fortalecer el desarrollo de destrezas vocacionales y otras competencias para el trabajo; para hacer posible el acceso de todos nuestros centros educativos a internet y a bibliotecas bien suplidas; para remunerar adecuadamente la profesión de educador, de manera que nuestro sistema educativo capte mentes cada vez más talentosas, a las que podamos exigir más conocimientos. Hoy, más que nunca, gobernar es educar.

Les ofrezco caminar hacia el futuro luchando contra la delincuencia y las drogas. Debemos ser duros con la delincuencia, pero mucho más duros aún con las causas de la delincuencia. La creciente desigualdad económica, el crecimiento anárquico de nuestras ciudades, la proliferación de armas y drogas, las grandes penurias organizativas y presupuestarias de nuestra fuerza pública, la falta de agilidad de nuestros tribunales para juzgar a los delincuentes, son solo algunos de los factores que tenemos que atacar si hemos de crear comunidades más seguras.

Vamos a continuar el valioso esfuerzo de profesionalización de nuestra policía que han emprendido los últimos gobiernos, a profundizar su orientación hacia la prevención de la delincuencia, y a dotarla de muchos más recursos de los que tiene. Nuestra policía prácticamente no ha crecido en tres décadas y eso es inaceptable. Vamos a mejorar los flujos de información entre el Ministerio de Seguridad Pública y el Poder Judicial, cuya incomunicación se traduce en impunidad para los delincuentes. Vamos a continuar con la organización de nuestras comunidades para prevenir la delincuencia y fomentar las relaciones de confianza entre la policía y la ciudadanía. Vamos a mejorar los mecanismos de denuncia contra la delincuencia y, en particular, contra la agresión doméstica, la forma más insidiosa de criminalidad. Vamos a combatir el narcotráfico. Y no sólo el gran narcotráfico -el que requiere patrullar nuestros mares y nuestros aeropuertos— sino, fundamentalmente, el pequeño tráfico de

drogas, el que ocurre en las esquinas de nuestros barrios, en los parques de nuestras comunidades, en los bares de moda, en las salidas y en los corredores de nuestros colegios. Con ese tráfico, que es el que tiene el potencial de destruir y corromper a nuestra "juventud, seremos implacables.

Les ofrezco caminar hacia el futuro reformando el estado costarricense, revisando algunas de sus funciones tradicionales, haciendo más eficientes sus procedimientos, poniendo sus prioridades en orden, para que haga bien lo que sólo él puede hacer. Eso implica que ciertas instituciones serán fortalecidas a toda costa. Por ejemplo, la provisión de servicios médicos por parte de la Caja Costarricense de Seguro Social en condiciones de solidaridad debe ser fortalecida, profundizada y mejorada. Lo mismo el sistema de educación pública, donde está la clave de nuestro futuro.

Pero esa reforma implica que también propiciaremos una apertura gradual, regulada y selectiva, bajo la supervisión constante de entidades estatales, de algunos monopolios del Estado que de manera cada vez más obvia conspiran contra nuestro desarrollo. Una apertura, valga repetirlo una vez más, que no signifique vender un solo activo estatal. Una apertura sin privatización.

Les ofrezco caminar hacia el futuro enfrentando el colapso de nuestra infraestructura. Si queremos tener una infraestructura a tono con los tiempos, no tenemos más opción que complementar la inversión pública con la inversión privada. Es preciso someter . las concesiones de obra pública a los controles más estrictos de transparencia en su asignación y ejecución, y estudiar, seriamente y sin prejuicios, las experiencias acumuladas por muchos países que, en todo el mundo, han utilizado este instrumento de desarrollo en forma exitosa. Pero también es urgente aumentar la inversión pública en aquellos componentes de la infraestructura, como los caminos vecinales, para los que no habremos de contar ni con la inversión privada ni con la ayuda internacional. Esos caminos, de los que depende la integración de muchos costarricenses al mundo y a la modernidad, no pasan por otro lugar que no sea la acción estatal y la solidaridad social.

Les ofrezco caminar hacia el futuro recuperando para Costa Rica el liderazgo en la causa por la paz mundial y, particularmente, en la lucha contra el comercio de armas y el gasto militar, que destruyen vidas y esperanzas en los países en desarrollo. Convocaré a los líderes del mundo para construir el Consenso de Costa Rica, mediante el cual se condonen deudas y se apoye con recursos financieros internacionales a los países en vías de desarrollo que inviertan cada vez más en salud, educación y vivienda para

su pueblo, y cada vez menos en armas y soldados.

Sobre todo, les ofrezco caminar hacia el futuro combatiendo la corrupción, hablándole a los costarricenses con respeto y sin ambages, sin ocultar nunca mis opiniones. Ofrezco exigir de mis colaboradores las más altas normas de comportamiento ético y, como fue el caso en mi primera administración, separar de inmediato de su cargo a todo aquel servidor público sobre el que pesen sospechas fundadas de corrupción. Y ofrezco la energía, la voluntad y la valentía necesarias para organizar a las inteligencias más brillantes, a los espíritus más lúcidos, a las personas de mayor mérito en un equipo de primera, comparable con los liberales de hace más de un siglo, con los nacionalistas de la década de 1920 y con los ideólogos de 1948. Entre los mejores, una selección para hacer de Costa Rica una patria más digna para nuestros hijos, los herederos del mañana. *

Ese es el camino que les ofrezco. No es un camino fácil ni corto. No se construirá en el primer mes, ni en el primer año, ni en la vida entera de la próxima administración. Pero debemos empezar.

El 17 de febrero de 1985, cuando acepté la candidatura presidencial, dije: "Yo no hago promesas, ni juego con las esperanzas del pueblo. Invito a todos los jóvenes de corazón, sin importar su edad; a los fuertes de espíritu, sin importar su partido; a las mentes esclarecidas, sin importar su pasado, a unirse en esta empresa de imaginación política, de arrojo cívico, de coraje patriótico". Hoy reitero esta invitación.

Vengo a decirle sí a la juventud. Vengo a decirle que creo en ella y a pedirle que me acompañe a abrir el camino del futuro. Vengo a pedirles a los jóvenes que participen políticamente, que no se dejen vencer por la apatía y por la indiferencia, que no permitan que sean otros los que definan para ellos el futuro del país.

Soy de una generación que tuvo el privilegio de soñar y de creer que era posible, entre todos, construir un país más próspero y más justo. Entre equivocaciones y aciertos, la vida nos ha dado la posibilidad de luchar por realizar nuestros sueños. En esos sueños encontramos, unos más, otros menos, un sentido para nuestra vida.

Nada es más importante para mí que lograr que la juventud recupere la ilusión de participar en la construcción del país con el que sueña. Costa Rica tendrá un futuro de grandeza si sus jóvenes ayudan a labrarlo. Cuando tiene oportunidades, nuestra juventud llena de orgullo a Costa Rica. Hoy tenemos entre nuestros jóvenes medallistas olímpicos, selecciones mundialistas, grandes

maestros de ajedrez y ganadores de premios internacionales por la belleza de su música. Pero sobre todo tenemos personas más educadas, más tolerantes, más críticas, más abiertas al mundo, más conscientes de la igualdad entre hombres y mujeres, que las de cualquier generación anterior.

La juventud costarricense merece mejores oportunidades de estudio, de trabajo y de superación. Más que a nadie, a la juventud pertenece el derecho de soñar con una vida y un país mejor. La Costa Rica desarrollada del mañana la construirán los jóvenes de hoy o no será construida.

Vengo a decirle sí a la democracia. Vengo a decirle a Costa Rica que por graves que sean nuestros problemas y por grandes que sean nuestros quebrantos, nunca debemos renunciar a la posibilidad de resolverlos por las vías institucionales. A todos por igual nos toca resistir la tentación del desánimo, del desencanto con la política, que a pesar de todo sigue siendo la forma más civilizada para perseguir nuestros sueños y resolver nuestras diferencias. Nos toca resistir el encanto de los discursos populistas que, ofreciendo referéndums de la calle, revoluciones morales y tierras prometidas, acaban siempre destruyendo nuestras libertades.

Hoy debemos renovar la fe en la democracia y en el estado de derecho. No tenemos ningún problema tan difícil que no pueda resolverse recurriendo a la ley y al sufragio, ni ninguno tan importante que amerite destruir la paz social y la estabilidad política, que desde siempre marcaron lo mejor de nuestra historia.

Por el bien de nuestra democracia, les pido a ustedes, compañeras y compañeros, y también a nuestros adversarios, que hagamos de esta campaña una escuela cívica que saque a flote lo mejor de nuestras convicciones, y no lo peor de nuestras ambiciones.

Les pido que recuperemos la capacidad de disentir con respeto, de ser magnánimos en las victorias, de aceptar lealmente las derrotas y de distinguir entre adversarios y enemigos, condiciones sin las cuales ninguna forma de democracia es posible. Estoy convencido de que nuestra democracia puede sobrevivir a cualquier cosa, menos al intento de convertir a la política en la continuación de la guerra por otros medios.

Es preciso, sí, que los dirigentes políticos denunciemos la corrupción con firmeza, pero también que hagamos de nuestra acción política algo más que un concierto de negatividad. Estoy convencido de que la ciudadanía costarricense está muy cansada de que las discusiones políticas se conviertan únicamente en torneos de descalificación mutua. Nuestros ciudadanos están ávidos de razones para votar por una visión, por una idea, por un

proyecto: quieren votar *por* algo, y no *contra* alguien. Debemos devolver a nuestro debate político su contenido trascendente y, sobre todo, la dignidad, la magnanimidad, la decencia y la nobleza que alguna vez lo caracterizaron.

Finalmente, y sobre todo, vengo a decirle sí a la vida. Un pensador chileno, Norbert Lechner, decía que la vida no vivida es una enfermedad de la que se puede morir. Un modo de morir antes de la muerte es el miedo: el miedo al futuro, el miedo al cambio, el miedo a volar. En Costa Rica no moriremos de miedo. No dejaremos que nos pase lo de aquel enamorado en una hermosa canción de Alfredo Zitarrosa, que porque no quiso querer, v no pudo poder.

Vengo a pedirles que a las voces de la negatividad, a la "cultura del no" que tanto daño nos está haciendo, a ese "eje del no" que se extiende desde la extrema derecha libertaria hasta la vieja izquierda populista, respondamos convirtiéndonos en el partido del sí, del sí se puede, del sí lo haremos.

Vengo a pedirles que a las voces del miedo respondamos con optimismo; a las de la impotencia con entusiasmo; a las de la parálisis con dinamismo; a las de la apatía con compromiso; a las de la pequeñez con fe inquebrantable en el destino superior de Costa Rica.

A quienes ante cada problema solo ven obstáculos, ante cada idea mala fe, y ante cada propuesta una ocasión para destruir, les decimos: por cansancio no nos van a ganar.

Aquí nos tendrán, a los mejores hombres y mujeres del país, un día sí y otro también, al alba y al anochecer, proponiendo, sembrando, tendiendo puentes, construyendo, soñando el porvenir. No nos quitarán la esperanza, no nos quitarán el derecho de soñar, no nos quitarán la posibilidad de volar más alto y navegar más lejos, no nos quitarán el gozo de saber que está amaneciendo, no nos quitarán la vida.

Vamos a salir de aquí, como en el verso de Neruda, con una aurora enredada en cada sien, como en la canción de Víctor Heredia, sintiéndonos vivos en medio de tantos muertos, y como en el poema inolvidable de Violeta Parra, dándole gracias a la vida, que nos ha dado tanto.

Y por ello, les aseguro, que no habrá quien nos detenga.

Muchas gracias.

O EXPORTAMOS BIENES O EXPORTAMOS PERSONAS[55]

ARTÍCULO PUBLICADO EN THE WASHINGTON POST

Hace casi 18 años los presidentes de El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica firmamos un plan de paz que identificaba a la democracia como la clave para la resolución de nuestros conflictos fratricidas. Estábamos convencidos de que solamente por medio de sistemas democráticos la gente de América Central estaría en condiciones de disfrutar de los beneficios de la paz.

A pesar de que América Central ha recorrido un largo camino desde las guerras de hace dos décadas, la ecuación básica de la democracia liberal continúa sin resolverse. Hoy, todas las naciones centroamericanas sostienen elecciones regulares y transparentes pero, al mismo tiempo, alrededor del 30 por ciento de nuestra gente no tiene siquiera la capacidad de comprar alimentos básicos. Con más de la mitad de las familias viviendo por debajo de la línea de pobreza, nuestras democracias no pueden cumplir con su promesa de proveer, al mismo tiempo, oportunidades económicas y paz.

[55] Artículo publicado en *The Washington Post*, 17 de julio del 2005.

Al dar inicio en la Cámara de Representantes el debate sobre el Tratado de Libre Comercio, ya aprobado por el Senado a finales del mes pasado, sus miembros no deben olvidar que el comercio es esencial para el crecimiento de las economías centroamericanas y para poder sacar de la pobreza a millones de personas. De nuestro vecino del norte no pedimos caridad sino la búsqueda de su propio interés, ya que no existe la menor duda de que los Estados Unidos es afectado por los destinos de este pequeño istmo, tan estrechamente ligado a él por la geografía y la historia y, ahora, por los millones de centroamericanos que han establecido sus hogares en el Norte.

El decrecimiento en la inmigración ilegal sería solamente uno de los beneficios que podrían obtener los Estados Unidos como resultado del impacto del TLC en las economías centroamericanas. En los años recientes el dinero enviado por los trabajadores inmigrantes a sus hogares ha sido la única tabla de salvación de los pobres centroamericanos, una situación tan injusta como insostenible. Sería absurdo, tanto para los Estados Unidos como para América Central, continuar preocupándose por la inmigración ilegal y por la pobreza cuando tienen, tan cerca de la mano, una solución mutuamente beneficiosa para ambos problemas.

El TLC le permitiría a Centroamérica salir adelante exportando bienes por medio del comercio y no exportando personas por medio de la migración. Se abrirían oportunidades para los consumidores de adquirir bienes mejores y más baratos; para que los pequeños y medianos empresarios expandan y diversifiquen sus actividades; para que la inversión privada aumente; para que nuestros países accedan a nuevas tecnologías y sus habitantes a mejores oportunidades educativas; para que el mercado laboral mejore tanto cualitativa como cuantitativamente; para que nuestras economías crezcan más, así como el ingreso gubernamental y el gasto social.

Más aún, el acuerdo incluye mecanismos para asegurar que tales oportunidades no se den a costa de la justicia social. Los capítulos sobre el trabajo y sobre el ambiente se combinan con programas de capacitación y con incentivos para cumplir con la legislación de los países de la región en estas materias, lo que constituye una herramienta sin precedentes para mejorar las condiciones de los trabajadores y promover la sostenibilidad del ambiente. En los Estados Unidos existen recursos para volver a entrenar a los trabajadores desplazados y para promover el desa-

rrollo de tecnologías que abran nuevas oportunidades laborales para los trabajadores norteamericanos. Si todas las partes tienen la voluntad de poner en práctica el acuerdo, plena y justamente, los trabajadores y sus familias se pueden beneficiar en nuestros países de cada uno de los aspectos del tratado.

El libre comercio es un instrumento muy importante para el alivio de la pobreza en América Central. Sin embargo, el comercio, por sí solo, no es suficiente. Los países de las Américas harían bien en estudiar el ejemplo de la Unión Europea, donde las políticas comerciales han sido complementadas con montos razonables de cooperación. Entre 1986 y 1999 el ingreso per cápita en los países más pobres de Europa Occidental se elevó del 65 por ciento al 78 por ciento del promedio de la Unión Europea, en gran parte gracias a la integración económica con países más ricos. Semejante progreso fue posible no solamente por la apertura de mercados sino, también, por la transferencia de recursos de los países más desarrollados de la Unión hacia los menos desarrollados, facilitando así las inversiones en tecnología y en infraestructura en estos últimos.

Aun cuando la promoción de un hemisferio pacífico, próspero y equitativo está claramente en favor del interés superior de los Estados Unidos, Washington no siempre ha apoyado la lucha de Centroamérica por el desarrollo económico. Hace solo dos décadas la región era una prioridad mayor de la política exterior, tanto para el Congreso como para el Presidente. Sin embargo, al principio de la década de 1990, con el fin de nuestras guerras civiles, la ayuda de los EE.UU. para Centroamérica se evaporó. Fuimos castigados por alcanzar la paz.

La ausencia de ayuda significativa para el desarrollo sólo ha logrado incrementar la importancia del comercio para el futuro de Centroamérica. Con un limitado mercado de 37 millones de personas, que producen lo que no consumen y consumen lo que no producen, la economía de Centroamérica no puede sobrevivir en aislamiento. Centroamérica está lista para asumir el reto del desarrollo. ¿Podremos contar con los Estados Unidos para que nos apoye?

Les digo a los miembros del Congreso, que han expresado su preocupación por el destino de los trabajadores de Centroamérica, que el libre acceso al mercado de los EE.UU. es la herramienta más importante que tenemos los centroamericanos para acelerar nuestro desarrollo socio-económico y mantener a nuestra gente en casa.

Otros libros del autor

1970, Significado del movimiento estudiantil en Costa Rica

1970, Grupos de presión en Costa Rica

1976, ¿Quién gobierna en Costa Rica?

1976,Democracia, independencia, sociedad latinoamericana

1977,Los caminos para el desarrollo de Costa Rica

1980, Nuevos rumbos para el desarrollo costarricense

1987, Frieden Für Zentralamerika (Paz para Centroamérica)

1990, Horizontes de Paz

La preocupación por el destino de mi país de muy poco sirve si no va aparejada a la acción. La reflexión sobre el mundo de muy poco sirve si no nos mueve a cambiarlo. La contemplación de la vida de muy poco sirve si no nos atrevemos a vivirla.

Estoy seguro de que épocas de grandeza nos esperan si nos convencemos de que nada le falta al país para dar un salto al desarrollo. Tenemos grandes riquezas naturales, una inmejorable posición geográfica, estabilidad política y una población sana, educada y trabajadora. Solo nos faltan claridad de ideas, sentido de dirección y liderazgo. Costa Rica puede llegar hasta donde se lo proponga, pero primero tiene que saber hacia dónde desea ir.

La juventud costarricense merece mejores oportunidades que las que hoy disfruta. Cuando tiene oportunidades, nuestra juventud nos llena de orgullo. Hoy tenemos entre nuestros jóvenes medallistas olímpicos, seleccionados mundialistas, grandes maestros de ajedrez y ganadores de premios por la belleza de su música. Pero sobre todo tenemos jóvenes más educados, más tolerantes, más críticos, más abiertos al mundo, más conscientes de la igualdad de los sexos que los de cualquier generación anterior.

Costa Rica puede llegar a ser el primer país desarrollado de América Latina. Lo será si convertimos a la educación en **la** más importante de las prioridades. Lo será si nos integramos al mundo sin caer en la desintegración social. Lo será si somos capaces de disminuir significativamente, para miles de costarricenses, una pobreza que nos llena de vergüenza.